

Santiago Ortiz Crespo y Soledad Álvarez Velasco,
coordinadores

Memorias del seminario internacional: El legado intelectual y político de Fernando Velasco Abad



FLACSO
ECUADOR

© 2014 Flacso Ecuador

Coordinación de la Colección

Pensamiento de Fernando Velasco Abad:

Santiago Ortiz Crespo y Soledad Álvarez Velasco.

Coordinación editorial del volumen: Soledad Álvarez Velasco

Edición: Álvaro Campuzano Arteta

Fotografías: Margarita Velasco, Cristobal Corral, Pocho Alvarez

Impreso en Ecuador 2014

ISBN: 978-9978-67-428-4

Flacso Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro, Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888 Fax: (593-2) 323 7960

www.flacso.edu.ec

La versión E-book de este volumen contó con el auspicio de la Fundación Rosa Luxemburg con fondos del Ministerio Alemán para la Cooperación Económica y el Desarrollo (BMZ)

Índice

Presentación	ix
<i>Soledad Álvarez Velasco y Santiago Ortiz Crespo</i>	

Apertura: el Conejo que necesitamos

Fernando Velasco: pensamiento y acción	3
<i>Alejandro Moreano</i>	

Fernando Velasco: intelectual y militante.	9
<i>Enrique Ayala Mora</i>	

I. Debates desde la teoría de la dependencia

Capitalismo dependiente y relaciones de producción en <i>Ecuador: subdesarrollo y dependencia</i> de Fernando Velasco	21
<i>Matarí Pierre Manigat</i>	

“Atrapar una imagen del pasado en un momento de peligro”: recordando y recuperando el marxismo crítico de Fernando Velasco Abad	33
<i>Agustín Lao Montes</i>	

Fernando Velasco: entre la teoría de la dependencia y el anuncio de la teoría de la revolución	43
<i>Patricio Rivas Herrera</i>	

II. Legado en los estudios agrarios

La cuestión agraria en el pensamiento de Fernando Velasco	55
<i>Manuel Chiriboga Vega</i>	
Crítica a la modernización capitalista y horizonte de autonomía en el movimiento campesino	65
<i>Francisco Hidalgo Flor</i>	
El pensamiento de Fernando Velasco Abad y las nuevas cuestiones agrarias	75
<i>Francisco Rhon Dávila</i>	

III. Legado político y organizativo

Fernando, el Conejo Velasco y su actualidad política	85
<i>Alberto Acosta</i>	
El pensamiento político de América Latina en los setenta: sus rupturas y perspectivas en el siglo XXI	95
<i>Francisco Muñoz Jaramillo</i>	
Marxismo, socialismo y teología de la liberación en la década de los setenta en Ecuador	109
<i>Hernán Rodas</i>	
El legado político del Conejo y la(s) izquierda(s) en el Ecuador y el mundo de los setenta. Un ensayo testimonial	119
<i>Máximo Ponce</i>	
Fernando Velasco	127
<i>Fander Falconí</i>	
El Conejo Velasco y la lucha de los trabajadores en la década de 1970	131
<i>José Chávez</i>	
El Conejo en la memoria de las organizaciones campesinas.	137
<i>Pedro Vásquez</i>	

IV. Hacia una lectura crítica de los proyectos de izquierda en la década de 1970

Apuntes para una crítica feminista de la izquierda (de los setenta)	145
<i>Silvia Vega Ugalde</i>	
En torno a los fantasmas de la izquierda radical ecuatoriana del setenta	163
<i>Hernán Ibarra</i>	
Visión crítica sobre los aportes en torno a la problemática indígena de Fernando Velasco Abad	177
<i>Luis Maldonado Ruiz</i>	

V. Los setentas dentro de nuevas agendas de investigación en el contexto regional y nacional contemporáneo

Las pendientes de los años setenta: cuestiones y reflexiones para una agenda de investigación	195
<i>Massimo Modonesi</i>	
Crítica y política en la sociología radical de los años setenta. Un homenaje a Fernando Velasco Abad	207
<i>Valeria Coronel</i>	
Sobre los autores	227

Presentación

A finales de noviembre de 2011 junto con Manuel Chiriboga Vega, Pochó Álvarez Wandemberg y Margarita Velasco Abad emprendimos el proyecto de recuperar el legado intelectual y político de Fernando Velasco Abad. Habían transcurrido más de tres décadas desde su temprana muerte en 1978 y, lamentablemente, su pensamiento crítico y trabajo político-organizativo no eran lo suficientemente conocidos, estudiados, comprendidos o cuestionados en el entorno nacional entre las nuevas generaciones. Esa ausencia de memoria que permita recuperar una necesaria tradición de pensamiento crítico ecuatoriano junto con la persistencia de algunas de las principales problemáticas sociales, económicas y políticas que Fernando analizó y cuestionó sostenidamente, fueron los detonantes para este proyecto.

Fernando, o el Conejo Velasco, como era conocido por sus compañeros de militancia y por sus más íntimos amigos, formado en el seno de una familia laica y liberal, fue un prominente intelectual marxista ecuatoriano que murió a los 29 años de edad luego de una vida sumamente intensa y creativa. El Conejo fue un pensador de vanguardia que analizó la situación histórica y política del país desde el lente crítico de la teoría de la dependencia. Hizo importantes aportes desde el marxismo en la comprensión del problema agrario ecuatoriano, de la lucha de clases, de la conflictividad y de la posible disputa por transformar las condiciones estructurales de la sociedad ecuatoriana. Sus reflexiones, que resultaron

nodales para el desarrollo futuro de las ciencias sociales ecuatorianas, se plasmaron en las siguientes obras: *Ecuador: subdesarrollo y dependencia* (1981), *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra* (1979), y *La dependencia, el imperialismo y las empresas transnacionales* (1982). El Conejo Velasco también tuvo un rol determinante en la organización política de la izquierda durante los años setenta: fundó el Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (MRT), fue uno de los impulsores de la Central Única de Trabajadores del Ecuador y del Frente Unitario de Trabajadores (FUT), entre otras organizaciones políticas claves para el desarrollo de la izquierda ecuatoriana. Como afirma Agustín Cueva (1998): “La obra de Velasco es [...] inseparable de su acción de militante, mas no se reduce a ésta. Tiene una densidad y un peso propios, determinados tanto por la penetrante inteligencia del autor y su amplia cultura e inquieto espíritu, como por la capacidad de ser una especie de antena abierta a todo lo nuevo que por aquel entonces surgía no solo en nuestro país sino en el ámbito, más vasto y ciertamente más agitado, de todo el continente latinoamericano”.

Comprender el pensamiento y la acción de Fernando Velasco Abad supone traer al presente simultáneamente el legado de toda una generación que pensó, creó y militó desde la izquierda durante los años setenta del siglo pasado con la firme convicción de transformar radicalmente las condiciones de desigualdad e injusticia del país. Reactivar la memoria crítica arroja luces para discernir el momento histórico actual en el que persisten los mismos conflictos estructurales que el Conejo y su generación cuestionaron sostenidamente: la dependencia histórica de la economía ecuatoriana frente a las economías centrales y a un modelo extractivo altamente destructivo en términos sociales y ambientales; la compleja situación del agro ecuatoriano junto con la desigualdad en la que viven campesinos e indígenas; y la ausencia de una unidad de las izquierdas que pueda generar alternativas críticas ante la actual coyuntura política.

Convencidos de la vital importancia que para las nuevas generaciones tiene la reactivación crítica de la memoria, desarrollamos un proyecto articulado por cuatro ejes entrelazados: artístico, audiovisual, editorial y de reflexión pública. Cada eje contó con el apoyo económico de diversas

instituciones públicas y privadas. El primero, de corte artístico, implicó la creación de una escultura de Fernando Velasco Abad hoy ubicada en el parque que lleva su nombre en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). La obra fue elaborada por el escultor estadounidense Howard Tekieff y financiada por FLACSO. En torno a la invención de la escultura, se desarrolló el segundo eje de este proyecto: el documental *El Conejo Velasco* a cargo del cineasta ecuatoriano Pocho Álvarez Wandermberg. Esta obra cinematográfica dispara una reflexión en torno a la figura del Conejo Velasco, a la conflictividad social y política de la década de 1970, y al –tal como se subtitula el documental– “legado y memoria de una generación que creció con el sueño de la revolución”. Este trabajo audiovisual tuvo el apoyo económico del Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, el Ministerio de Cultura y Patrimonio, la Universidad Andina Simón Bolívar, la Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO por sus siglas en inglés), y VEINCO (Photo Video Lighting Store).

El tercer eje, de corte editorial y actualmente en curso, tiene como propósito republicar dos de las obras del Conejo Velasco (*Ecuador: subdesarrollo y dependencia* (1981) y *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra*), junto con tres estudios críticos de su pensamiento. La Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo (SENPLADES) ha sido la institución pública que ha viabilizado los fondos para llevar a cabo los siguientes tres estudios críticos: un primero sobre los aportes en la discusión de la teoría de la dependencia a cargo de Matari Pierre; un segundo en torno a los aportes a los estudios agrarios a cargo de Manuel Chiriboga Vega; y un tercero, sobre el trabajo político-organizativo de Velasco Abad y la dinámica política durante la década de 1970 a cargo de Santiago Ortiz Crespo. La republicación de las dos obras y de los tres estudios críticos será posible gracias al apoyo económico de FLACSO y de la Secretaría Nacional de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación (SENESCYT).

El cuarto eje, por último, consistió en la organización del Seminario Internacional sobre el legado político y organizativo de Fernando Velasco Abad que, bajo el auspicio de FLACSO y de la Fundación Rosa Luxem-

burgo, fue coordinado por Santiago Ortiz Crespo y Soledad Álvarez Velasco. El evento tuvo lugar entre el 27 y 28 de noviembre de 2013 en los auditorios de FLACSO. Veinte y dos intelectuales de Ecuador, México, Haití, Argentina e Italia, además de militantes de izquierda y amigos cercanos de Fernando Velasco Abad, discutieron en seis mesas temáticas en torno a la vigencia de su legado, a la dinámica política-organizativa de la década de 1970 en Ecuador y en América Latina, y sobre los límites del pensamiento y de la militancia de la izquierda de esa época. En el evento participaron intelectuales indígenas, feministas, escritores, un sacerdote comprometido con su comunidad, varios historiadores, economistas y sociólogos, dirigentes sindicales y campesinos, de manera que se contó con una diversidad de miradas que contribuyeron al debate sobre una década crucial en la historia del siglo XX. El Seminario puso en evidencia la necesidad de continuar abonando a un proceso de recuperación de una tradición de pensamiento crítico ecuatoriano a partir de la creación de una agenda crítica de investigación-acción que involucre a las nuevas generaciones. Uno de los hechos que permitieron constatar esta necesidad fue que el Seminario contó con un auditorio lleno con más de 200 personas, entre estudiantes universitarios quiteños y de provincia, investigadores, docentes y público en general, quienes participaron activamente de las dos jornadas de reflexión.

Con el propósito de dar continuidad al proceso necesario de reactivación de una tradición de pensamiento crítico, como la de Fernando Velasco Abad y su generación, la Fundación Rosa Luxemburgo y FLACSO han aunado nuevamente esfuerzos para publicar este libro donde se recogen las memorias del Seminario Internacional. Si bien todos los ponentes que participaron del mismo fueron invitados a presentar sus artículos, 19 fueron efectivamente los que enviaron sus colaboraciones.¹ Al estructurar el libro hemos mantenido prácticamente la misma estructura bajo la que se organizó el Seminario, salvo por ciertas modificaciones propuestas por

1 Si bien Santiago Ortiz Crespo participó como ponente en la Mesa No.3 del Seminario “Legado político: el pensamiento político de la izquierda en la década de 1970”, su ponencia forma parte de un estudio crítico más amplio sobre el legado político-organizativo de Fernando Velasco Abad y de la dinámica del Movimiento Revolucionario de los Trabajadores. Dicho estudio será publicado próximamente.

el editor de esta obra. En la apertura, Alejandro Moreano y Enrique Aya-la Mora, desde una remembranza personal de su amistad con Fernando Velasco Abad reflexionan sobre la vigencia de su legado y la importancia del mismo en la coyuntura actual. En la primera sección, Matari Pierre Manig, Agustín Lao Montes y Patricio Rivas, por su parte, hacen una lectura de la importancia de la teoría de la dependencia en el contexto latinoamericano de la década de 1970 y sitúan ahí las contribuciones de Velasco Abad. En la segunda sección, Manuel Chiriboga Vega, Francisco Hidalgo y Francisco Rhon Dávila discuten en torno al legado del Conejo en los estudios agrarios, señalando cómo la realidad agraria ecuatoriana mantiene ciertas estructuras similares a las que Fernando analizó y a la vez ha sufrido importantes transformaciones que presentan nuevos desafíos. A continuación, en la tercera sección, Alberto Acosta, Francisco Muñoz Jaramillo, Hernán Rodas, Máximo Ponce, Fander Falconí, José Chávez y Pedro Vázquez discuten sobre el legado político y organizativo insistiendo, cada uno desde una arista diferente, en la necesidad de recuperar una militancia de izquierda siempre vinculada a un pensamiento profundamente crítico y consecuente. Por su parte, dentro de la cuarta sección centrada en lecturas críticas de los proyectos de izquierda de la década de 1970, Silvia Vega Ugalde contribuye con una necesaria crítica feminista a la izquierda de los setenta, Hernán Ibarra repasa la dinámica organizativa de la izquierda resaltando los conflictos, tensiones y contradicciones al interior de la misma, y Luis Maldonado Ruíz analiza las limitaciones de la izquierda de esa época para acoger la problemática indígena. La sección de cierre está cargo de Massimo Modonesi y de Valeria Coronel, quienes proponen una lectura del contexto regional y nacional en la década de 1970 para dar las primeras pinceladas de lo que puede constituir una agenda de investigación fundada en la recuperación del pensamiento crítico ecuatoriano.

En un momento político en que se requiere cada vez más de diversidad de voces para comprender la complejidad del presente y donde se intensifica el debate en torno a qué significa la militancia y el pensamiento desde la izquierda, el legado de las generaciones pasadas nos llama especialmente a ser recuperado críticamente. Esperamos que este libro aporte en la nece-

saría construcción de esa agenda colectiva de acción-investigación desde el pensamiento crítico de izquierda, y así, simultáneamente reevaluar y cuestionar el pasado y sobre todo el presente. A la vez, concebimos este esfuerzo colectivo como un homenaje no solo para Fernando Velasco Abad, sino también para Manuel Chiriboga Vega, intelectual crítico, amigo muy cercano de Fernando, e impulsor de este proyecto. Mientras concluía la edición y el diseño de este libro, el entrañable y tan querido Manuel partió al encuentro con el infinito dejándonos un vacío inconmensurable. Ahora más que nunca necesitamos recuperar la lucidez, la tenacidad, la valentía, la coherencia y el sentido crítico del Conejo y de Manuel.

Soledad Álvarez Velasco
Santiago Ortiz Crespo

Apertura:
el Conejo que necesitamos



Fernando Velasco: pensamiento y acción*

Alejandro Moreano

Ciertas vidas se corresponden tan profundamente con su época que ciclos vitales e históricos son idénticos. La vida intelectual de Agustín Cueva, por ejemplo, fue una sola con la época que nació con la Revolución Cubana y culminó con el desmoronamiento de la URSS y del Este europeo. La corta vida de Fernando Velasco (1950-1978) también se correspondió muy profundamente con su época. En el argot intelectual actual diríamos que Fernando fue un “setentero”: su actividad política e intelectual se desplegó en la década de 1970, ciclo de enorme gravitación en la vida social y política y en el desarrollo teórico de América Latina y del Ecuador que, hasta hace poco, era blanco de ácidas críticas desde el imaginario neoliberal.

A partir de la Revolución Cubana y en menos de 20 años, América Latina atravesó y superó vertiginosamente épocas enteras del desarrollo político de la humanidad. De las mil y una noches a las corrientes de vanguardia, de la edad de piedra a la era atómica, América cantó al unísono los sonos precolombinos, los cantos gregorianos, la Marsellesa y la Internacional. Durante esta época en la que vivió Fernando Velasco, América Latina unificó la revolución francesa y la bolchevique, la formación auténtica de la nación y el internacionalismo militante de la clase obrera. Desarrollo

* Este artículo es una actualización del prólogo escrito hace más de tres décadas (el 15 de febrero de 1981) para *Ecuador: subdesarrollo y dependencia*, libro de Fernando Velasco Abad con el que se estrenó la editorial El Conejo.

desigual y combinado, amalgama de épocas distintas, sucesivas y simultáneas a la vez. Mosaico, jeroglífico y rompecabezas: el movimiento real de la sociedad latinoamericana fue un motor extremadamente rico y múltiple para el desarrollo de un pensamiento político lleno de mutaciones y virajes, pero vivo y germinal.

Más aún, diríamos que en los setentas América fue el eje de la dinámica intelectual mundial. Una somera revisión de los grandes temas lo demuestra.

El surgimiento de la teología de la liberación, germinada en nuestro continente a partir del Concilio de Medellín, fue sin duda el acontecimiento central que permitió a la teología universal superar el impasse provocado por la crítica a la teología de la nueva cristiandad a partir de la cual la Iglesia Católica pretendía ponerse a tono con el capitalismo moderno. Múltiples corrientes cuestionaron la teoría de “la distinción de planos” y postularon una teología de la historia e incluso de la muerte de Dios. ¿Cómo vivir la trascendencia divina en la inmanencia de la historia? Esa era la gran inquietud que la teología de la liberación vino a resolver con la revolución como dimensión trascendente.

El llamado “boom” de la literatura fue el otro gran momento cultural de los setenta. En otras ocasiones he señalado que en la historia de la narrativa moderna abierta con Balzac, tuvimos tres grandes momentos cenitales: la literatura francesa de la primera mitad del siglo XIX (Balzac, Flaubert, Maupassant, los Goncourt...); la literatura rusa de la segunda mitad de ese siglo (Dostoievski, Tolstoi, Gogol, Turgueniev, Gorki...); y la norteamericana de la primera mitad del siglo XX (Dos Passos, Faulkner, Steinbeck, Fitzgerald, Hemingway...). La literatura del “boom” fue sin duda la gran literatura de la segunda mitad del siglo XX.

Por otra parte, la teoría de la dependencia, junto a trabajos como los de Samir Amin, constituyó el centro del pensamiento económico mundial durante el período y tuvo una notable influencia en múltiples regiones del mundo.

Además de esas tres grandes creaciones, tenemos: el “guevarismo”, el humanismo del Ché; la *pedagogía del oprimido*; la comunicación popular; el *cinema verdad* del Brasil; el *cine pobre* boliviano de Sanjinés; la *canción protesta*; la revalorización de la música popular junto a la radicalización del rock y

otros ritmos modernos; una poesía agitacional y movimientos de vanguardia inmersos en un imaginario artístico que combinaba guerrilla con ayahuasca, Maiakowsky con Allen Ginsberg, Brecht con Henry Miller...

El humanismo “setentero” de Fernando Velasco

Procedente de las filas del humanismo cristiano, una de las vertientes de pensamiento revolucionario de América Latina en la época, Fernando Velasco atravesó diferentes fases y distintas concepciones: del humanismo al materialismo, de las ideas democristianas al socialismo revolucionario, de las tesis de la CEPAL al análisis marxista del capitalismo dependiente, de las capas medias progresistas a la praxis de los trabajadores.

La producción intelectual de Fernando Velasco cubre una variedad de gamas: el carácter de la formación social ecuatoriana y de su historia, el problema del imperialismo y la lucha nacional, las transformaciones agrarias y el movimiento campesino, la formación de un sindicalismo clasista y revolucionario, la relación entre la vanguardia política y los sindicatos, la educación ideológica y política de las masas, problemas de táctica y estrategia. Es decir, los principales problemas teóricos y políticos, cuya correcta comprensión era y es fundamental para la organización y dirección del proceso revolucionario.

El análisis del problema agrario, formulado en su libro *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra* es, sin duda, el mejor aporte de Fernando Velasco al pensamiento marxista ecuatoriano y el mejor estudio político sobre el tema.

Otros estudios sobre las transformaciones agrarias de las dos últimas décadas, especialmente los de Andrés Guerrero, Manuel Chiriboga, entre otros, han demostrado con rigor científico el carácter general del proceso y las principales determinaciones económicas del mismo. Pero el libro de Fernando Velasco eleva esos análisis al plano político, los desarrolla en la comprensión de la lucha social gestada en el curso de la llamada reforma agraria y descubre lo que es consubstancial al pensamiento leninista: la estrategia y la táctica de las diversas clases y sus representantes políticos.

En el libro *Ecuador: subdesarrollo y dependencia*, y en el capítulo “La estructura económica de la Real Audiencia de Quito” del libro *Ecuador, pasado y presente*, Fernando Velasco enfrenta el problema del carácter de la formación social ecuatoriana y de su historia. Difícil y complejo problema que suscitó un amplio movimiento teórico e investigativo en las décadas 1970 y 1960 en el cual participaron múltiples intelectuales. En el momento en que dichos textos fueron escritos, predominaba en el pensamiento social latinoamericano y ecuatoriano la corriente denominada teoría de la dependencia.

En diferentes artículos y textos, en sus libros sobre la economía ecuatoriana, en una conferencia suya publicada con el título “La dependencia, el imperialismo y las empresas transnacionales”, Fernando Velasco plantea con toda seriedad y en toda su profundidad el problema nacional del Ecuador como país dependiente dominado por el imperialismo. Le interesa particularmente analizar las nuevas características de esa dominación. Hacia los sesenta y setenta el control directo de los procesos productivos fundamentales por el gran capital financiero internacional y el desplazamiento de las inversiones del sector primario-exportador a la producción industrial eran la línea. Esa reorientación tuvo una importancia política fundamental, pues implicaba que el imperialismo había dejado de estructurar una alianza con las fuerzas pre capitalistas, para entabrar el desarrollo del capitalismo en las formaciones sociales dependientes deviniendo, por el contrario, uno de los motores del peculiar desarrollo del mismo.

Bajo esas condiciones, la lucha por la soberanía nacional adquiriría un sentido y perspectiva distintos a los clásicos formulados por la izquierda tradicional. En la perspectiva de Fernando, el imperialismo no constituía una estructura de opresión externa, sino un proceso permanentemente internalizado en todos los órdenes de la vida de nuestros países. La llamada “burguesía nacional” carecía, pues, de una base material de existencia, menos aún de desarrollo. La lucha antiimperialista no tenía otros protagonistas que los trabajadores, el campesinado, los sectores semiproletarios y las capas medias progresistas, y se encontraba objetivamente ligada a la lucha contra la opresión del capital.

Por otra parte, Fernando Velasco analiza las nuevas formas orgánicas y jurídicas asumidas por el capitalismo mundial: la empresa transnacional.

En la actualidad, el carácter primario exportador de nuestra economía ha cobrado relevancia otra vez en el marco de la crisis de la hegemonía imperial norteamericana clásica. La visión del imperialismo como estructural e interior que postuló Fernando es muy sugestiva y válida para la época actual. En esa perspectiva, tal como sostiene Samir Amin, el imperialismo sería la forma de existencia substancial del capitalismo y no una forma coyuntural.

Fernando Velasco murió a los 29 años, cuando se encontraba en plena actividad teórica y práctica. Pero a pesar de su prematura partida dejó señalados los siguientes lineamientos políticos básicos: lucha independiente, progresiva hegemonía de los trabajadores urbanos y rurales, amplio frente que articule la lucha por la democracia, la tierra, el poder y el socialismo.

Desde 1973 hasta su trágica muerte, ocurrida el 9 de septiembre de 1978, la vida de Fernando Velasco estuvo ligada a tres procesos fundamentales, cuya unidad fue el motor de la izquierda ecuatoriana: el fortalecimiento de la unidad y la lucha de las tres grandes centrales sindicales nacionales (especialmente la CEDOC), el desarrollo del pensamiento marxista y, como expresión aún débil e incompleta de un proceso de fusión también débil e incompleto de los dos procesos anteriores, la unidad del conjunto de la izquierda.

Para Fernando Velasco, la organización revolucionaria es un complejo y múltiple proceso histórico, reivindicativo, político, ideológico, teórico, cuyo eje vertebrador es la existencia y la praxis material de los trabajadores. Sin duda, el problema es mucho más complejo de lo que hemos señalado y de lo que Fernando Velasco alcanzó a escribir y reflexionar. Sin embargo, lo que se debe subrayar en estas líneas es que sus tesis mantienen gran validez en los momentos actuales.

Las dos problemáticas fundamentales de su pensamiento –la cuestión agraria y la teoría de la dependencia–, que hacia fines del siglo XX se consideraban superadas, han tenido un desarrollo singular. María Fernanda Beigel escribió no hace mucho un texto titulado “Vida, muerte y resurrección de la teoría de la dependencia” en el que analiza la crisis de esta teoría en la era neoliberal. Empero, habla de resurrección. Theothonio dos Santos, uno de los grandes teóricos de los setenta que ha vuelto a la carga,

nos habla y presenta tal renacimiento. En nombre de dicho proceso, Beigel ha desarrollado un estudio de los principales teóricos de la dependencia, entre los que incluye a Fernando Velasco.

Por otra parte, la problemática de la cuestión agraria ha retornado al primer plano en referencia a la categoría de soberanía alimentaria. En este terreno Fernando Velasco, quien popularizó la tesis *por una tierra sin patronos*, tiene mucho que decirnos, sobre todo si consideramos que hoy la categoría de *patrones* incluye a las agroindustrias y a trasnacionales como Monsanto.

A la par, su condición de intelectual comprometido con las luchas sociales es quizá su mejor lección.

En medio de las luchas más limitadas y estrechas, de las fases de reflujos del movimiento obrero y popular, Fernando Velasco supo insistir en la necesidad de la concentración teórica y política, del fortalecimiento de la unidad ideológica, de la independencia política histórica, de la tenaz conservación de los objetivos estratégicos, del sueño revolucionario.

Fernando Velasco fue un ejemplo de intelectual revolucionario.

Fernando Velasco: intelectual y militante

Enrique Ayala Mora

Cuando se trata de Fernando Velasco Abad, del Conejo como le llamábamos, me resulta imposible dividir el estudio de su pensamiento y su lucha, de la memoria sobre la experiencia personal de una entrañable vivencia común. Por ello, esta semblanza que me permito ofrecer ahora tiene sobre todo el tono de un testimonio. Quienes tuvimos el privilegio de conocerlo y participar con él de los agitados años sesenta y setenta, ante todo lo recordamos como el gran ser humano que fue, aunque también destacamos su legado académico. Los trabajadores de las ciencias sociales de las generaciones que nos han seguido, por su parte, tienen la posibilidad de estudiar críticamente sus aportes intelectuales y valorar su acción como dirigente y militante.

Un hombre múltiple

Fernando Velasco fue, en realidad, un hombre múltiple. Dotado de un talento absolutamente excepcional, entendía por igual tanto las complejas fórmulas de la econometría como los difíciles enredos de la política nacional. Podía debatir de igual a igual con Theotonio dos Santos y al mismo tiempo explicarle el funcionamiento de una cooperativa a Almagro Mera, entonces y ahora destacado dirigente campesino. En 1988, a los diez años de su muerte, recordaba a mi auditorio de entonces:

Fue tan rico y tan multifacético el Conejo que resulta difícil definirlo. Sus adversarios en la derecha le decían comunista. Los comunistas lo acusan de social-demócrata. Los ideólogos liberales no le perdonan sus presuntos “devaneos católicos”. Pero claro, ni era comunista, ni social-demócrata, ni católico. Fue un hombre cuya fuerza fue la búsqueda hasta los bordes de todas las ortodoxias, pero con un compromiso cada vez más claro. Era, más allá de todo, un revolucionario, un combatiente imaginativo, definido y honesto por el futuro revolucionario que construyen los trabajadores.

Como ha sucedido en muchos casos, pero con mayor nitidez que en la inmensa mayoría, su experiencia vital fue de avance y aclaramiento, tanto de sus posturas intelectuales, como de sus definiciones políticas y sus actividades junto al movimiento social. Fernando nació justamente en la mitad del pasado siglo XX. Vivió en medio de grandes transformaciones tanto en el país como en el mundo y fue encontrando formas cada vez más definidas y comprometidas de pensamiento y acción. Durante las tres décadas que le tocó vivir, no solo atestiguó sino que protagonizó grandes cambios en nuestro país. En un marco internacional de guerra fría y renovación, las viejas estructuras latifundistas del Ecuador fueron cuarteándose en medio de un proceso de rápida modernización. En la intervención a la que he hecho referencia, me referí al mundo en que iniciamos nuestra vida universitaria y de opción política en estos términos:

Una vida internacional caracterizada por el dominio de figuras como Churchill, Pío XII, Eisenhower y Stalin se vio de pronto turbada por remezones como la Revolución Cubana y el Concilio Vaticano II. Y el Comandante Fidel Castro y Juan XXIII fueron, entre otros, referentes de una ola contestataria que inundó América Latina con los ritmos de los Beatles y de Inti Illimani; que pintó paredes y cercas con las tintas de los muros de París del 68 y con la brocha gorda de nuestras protestas universitarias; que vivió con igual intensidad la campaña por detener los bombardeos de Vietnam y la lucha por el triunfo de Salvador Allende, figura máxima de la capacidad de victoria y resistencia de todo nuestro pueblo latinoamericano.

Un país propiedad de grandes señores de la tierra, de la banca y el comercio, que se disputaban parcelas de poder sin abandonarlo jamás —ni por mal sueño—, alternando enfrentamientos confesionales y actos de irrupción caudillista bien controlados, se halló en cortos años envuelto en un proceso rápido de modernización y reacomodo. Este país ya no podía ser explicado por el discurso de los intelectuales tradicionales entendidos en la abogacía, los poemas provincianos y las biografías de los héroes. Un país en cambio brusco tenía que ser explicado con nuevas formas de ideología para que, pese al remezón, todo quedara igual al fin, o tenía que ser entendido desde perspectivas científicas y revolucionarias que coadyuvaran al avance de los protagonistas de su propia liberación.

Se han hecho unos pocos estudios sobre el pensamiento y práctica política de Fernando Velasco, pero no se ha enfatizado en forma adecuada, a mi juicio, que nació y se formó en un hogar de maestros laicos y que estudió en establecimientos educativos laicos también. Entender esto, que era mucho más determinante hace cincuenta años que lo que podría ser hoy, permite entender mejor su trayectoria. Él, como a veces equivocadamente se afirma, no vino de la formación católica al pensamiento crítico, como fue el caso de varios de nosotros. Tuvo una formación laica. Las doctrinas sociales católicas fueron para el Conejo un descubrimiento en las aulas de la Universidad Católica y del Ecuador en las filas de la CEDOC, organización popular de origen confesional. En la vida y transformación de ambas instituciones tuvo un papel destacado.

Por ello fue que pudo dialogar desde el humanismo secular con el cristianismo social, que ha sido uno de los rasgos más profundos de la cultura nacional. En su formación y su práctica alternó con varias figuras de la acción social católica, con Hernán Malo, con Monseñor Leonidas Proaño y con muchos jóvenes de su edad que venían de la educación católica tradicional, marcada por las ideas del Concilio Vaticano II y la teología de la liberación.

En la Universidad Católica del Ecuador tuvo sus primeras experiencias políticas estudiantiles y allí se formó como economista, llegando a ser a los veinte años el profesor más joven de esa casa de estudios —y muy posiblemente del país—. Por otra parte, antes de cumplir los 18

años, estaba ya participando en varios estudios sociales de instituciones de orientación cristiana y en la organización de la Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos (CEDOC) y la Federación Nacional de Organizaciones Campesinas (FENOC), en donde fue figura central de su renovación y compromiso con el socialismo. A esa experiencia se sumó su temprano contacto con la Universidad Central, especialmente por su presencia como docente de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas, donde surgían nuevos cuestionamientos y nuevas propuestas de construcción de las ciencias sociales en el Ecuador, alentados principalmente desde la izquierda marxista.

Su producción

A partir de esos ejes de pensamiento y de ese diálogo, vino su asimilación de las posturas avanzadas de la interpretación social latinoamericana. El Conejo llegó a las teorías del desarrollo, de la marginalidad y la dependencia, al replanteamiento del imperialismo y el marxismo, desde la necesidad de explicarse la realidad nacional. Pero, en su caso, esto no fue solo un ejercicio intelectual, ni exclusivamente un trabajo para dotarse de textos para la cátedra. Fue también un esfuerzo por producir nuevos materiales para la educación sindical y popular. Su producción publicada hasta ahora se reduce a tres textos, verdaderos clásicos del pensamiento nacional.

Ecuador: subdesarrollo y dependencia lo produjo a los veinte años. Fue su tesis para la obtención del título de economista en la Universidad Católica del Ecuador. Allí confluyeron su formación profesional y sus lecturas de la literatura de punta sobre las teorías de la dependencia y la marginalidad. Pero en ese trabajo también estuvo presente su preocupación por contar con un texto que ofreciera una interpretación global de nuestra historia económica, destinado a la formación sindical y a la cátedra universitaria.

La producción de este libro fue una oportunidad para afinar el uso de nuevos conceptos, pero le permitió también un acercamiento histórico a la realidad y la consolidación de una postura marxista en que confluían la teoría y la práctica. El resultado fue un trabajo que fue leído en copias

oficiosas por muchos y se transformó en un eje de la corriente ahora conocida como “Nueva Historia del Ecuador”, no solo por sus enfoques interpretativos y metodológicos, sino también porque sirvió de base a varias obras que tenían interpretaciones opuestas. La tesis la escribió el Conejo en 1970. Y desde entonces fue ampliamente citada y reproducida a través de las primitivas formas de fotocopia entonces disponibles. Pero el autor no quiso, con una actitud perfeccionista, dar esta obra a la imprenta sin revisarla y ampliarla previamente. El resultado fue que permaneció inédita casi una década y se publicó solo luego de su muerte. Pero varios de los libros del primer “boom” de las ciencias sociales en Ecuador se escribieron tomando en cuenta su lectura. Para mencionar el más conocido, en *El poder político en el Ecuador*, publicado en 1977, Osvaldo Hurtado recoge algunas de sus interpretaciones y cuestiona otras, precisamente porque entre los dos autores se había dado una relación de colaboraciones y discrepancias.

Es mucho lo que podemos aprender aún hoy de este libro, pero quizá sus más destacados aportes, además de su imaginativo e inédito esfuerzo de periodización, sean los lúcidos análisis del carácter capitalista de la sociedad ecuatoriana, de la naturaleza y evolución de sus sectores dominantes y de la acción, a veces confusa y a veces precipitada pero siempre determinante de las masas.

Reforma agraria y movimiento campesino de la Sierra es obra de su madurez, si podemos llamarla así, como analista y como dirigente. A través de este libro realiza un estudio de la tenencia de la tierra y la lucha social dentro del proceso de reforma agraria del Ecuador. Parte de un análisis de la estructura agraria antes de 1964, para luego estudiar tanto el proceso de la reforma agraria como la acción del movimiento campesino en los años subsiguientes. La obra, producida como un aporte desde la práctica organizativa, esclarece un viejo debate, pero propone también una línea autónoma de desarrollo del movimiento campesino indígena, surgida de la acción de sus organizaciones más avanzadas y del esfuerzo por constituir un espacio político revolucionario socialista de nuevo tipo.

La dependencia, el imperialismo y las empresas transnacionales es una conferencia de Fernando Velasco que, desde su título, contiene palabras mal-

ditas o al menos “anticuadas” en estos tiempos de globalización y posmodernidad. Pero este pequeño trabajo, que en muchos aspectos se adelantó a su tiempo, es una clave fundamental para entender el proceso que ahora se vive en nuestro país y América Latina. A través de esa intervención se estudia el funcionamiento de las grandes corporaciones transnacionales y la naturaleza del imperialismo, no como una fuerza externa a las sociedades latinoamericanas, sino como una realidad presente y actuante en su interior. Releer este trabajo ahora es todavía más necesario que cuando fue escrito. Actualmente nos topamos de manos a boca con los representantes de los intereses del imperialismo entre nosotros, a quienes el Conejo no consideraba posibles aliados, ni siquiera en nombre de la democracia y la “governabilidad”.

El militante

La contribución de Velasco a las ciencias sociales del Ecuador fue significativa, pero ésta no puede entenderse sino como la de un pensador que al mismo tiempo fue actor de un proceso crucial de la vida de nuestra patria, especialmente de sus organizaciones sociales, como se ha destacado tantas veces. Ya a inicios de los años setenta estaba vinculado a la rica experiencia de la Central Ecuatoriana de Servicios Agrarios (CESA), con lo cual se dedicó a los estudios y la promoción agraria. De ese modo, colaboró cada vez más estrechamente con la FENOC y el movimiento campesino, así como con su matriz sindical de entonces, la CEDOC.

Tras un período de maduración y conflicto, a mediados de los años setenta, la CEDOC, institución que había nacido al calor de la influencia clerical y conservadora, llegó a una dirección de los trabajadores. Fue así cómo optó por una definición socialista. Ese fue un paso histórico y un coadyuvante fundamental para la unidad de las fuerzas populares del Ecuador en el Frente Unitario de los Trabajadores (FUT). En ese proceso, Fernando Velasco tuvo un papel crucial como orientador. En medio del conflicto la derecha le acusó de ser el “promotor” de esa radicalización, pero esa apreciación solo reflejaba una falta de entendimiento de la reali-

dad. Los trabajadores consolidaban su proceso unitario por ellos mismos y Velasco los acompañó en ese tránsito con entrega y lucidez.

Es imprescindible reconocer que la opción política de la organización social llevaba a la definición militante. Velasco junto con muchos otros, hizo un gran esfuerzo por hallar una alternativa y de allí surgió una propuesta que recogía las raíces y al mismo tiempo planteaba nuevas líneas de construcción del socialismo en el Ecuador y América Latina: el Movimiento Revolucionario de Trabajadores (MRT). Con la activa participación de Velasco el movimiento fue creciendo. No asumió una postura comunista, que se consideraba muy dependiente del estalinismo y el reformismo. Se definió como socialista, siguiendo la tradición de nacionalismo, originalidad y radicalidad revolucionaria de la corriente que se inició en 1926 con la fundación del Partido Socialista Ecuatoriano (PSE), estableciendo como tarea central la unidad de las fuerzas de izquierda y sectores populares organizados en su lucha por la revolución.

Buena parte de los documentos políticos del MRT, de los materiales de educación y de la producción periodística del movimiento fueron escritos por Fernando Velasco. Otros resultaron producto del debate colectivo en el que participó activamente. A casi cuarenta años de distancia, me complace comprobar que su contenido, no solo tiene aportes que luego confluyeron en la reconstitución del socialismo que se dio en los años ochenta, sino que nos dice mucho ahora, para el presente del país, cuando se ha pasado del enunciado de campaña del “socialismo del siglo XXI”, a poner las condiciones de modernización y represión necesarias para el desarrollo del capitalismo del siglo XXI.

Pero muchos de esos materiales, como los contenidos en la publicación periódica *Tarea Urgente*, no han vuelto a publicarse. Además de los tres textos ya mencionados, hay una gran cantidad de escritos del Conejo Velasco que deben ser recogidos, publicados y sobre todo estudiados. Esta será una parte importante de la tarea de rescate del pensamiento crítico y de la producción de los movimientos sociales del Ecuador que ahora tenemos como un objetivo crucial.

El Conejo que necesitamos

Desde nuestro aquí y ahora, hemos resuelto rememorar la figura del Conejo Velasco. Pero en realidad, él no necesita homenajes. Somos nosotros lo que lo necesitamos a él con su figura fresca y su pensamiento profundo y radical.

Quizá el único legado positivo que nos dejó la desgracia que vino a ser la prematura muerte del Conejo, es que hasta ahora lo vemos como un joven, con actitud y sonrisa de joven. Se salvó, por ello, de llegar a nuestros días como nosotros, a quienes hoy nos ven ya viejos, cargados de canas y experiencias, que son los nombres que solemos dar a nuestros errores y flaquezas. Pero esa imagen perenne de frescura y juventud no es solo una evocación. En su momento fue una realidad muy concreta.

El Conejo Velasco, en muchos sentidos fue un joven como el resto: alegre y lleno de humor. Le gustaban las fiestas. Yo mismo lo conocí en una de quince años. Le encantaba el baile y era incansable para eso. Aún en las reuniones políticas y de la organización, en ciertos momentos se desenchufaba de las deliberaciones pesadas, dejaba a los “intelectuales” filosofando en una esquina y se lanzaba al ruedo, donde las compañeras lo disputaban cumbia tras cumbia. Le encantaban los Beatles y los Inti Ilimani, pero también cantaba pasillos, cuyas letras se acordaba de memoria con bastante precisión. Por eso no me extraña, aunque me llena el alma, que Juan Fernando Velasco –o sea “El Orejo” para los mayores– haya logrado hacer que los jóvenes de hoy vuelvan a cantar pasillos como cosa propia y sentida. Fernando tenía un inagotable sentido del humor, pero no ofendía con sus bromas. Se pegaba los tragos, pero muy excepcionalmente se propasaba. Y entonces, no era bronquista ni conquistador. Se iba nomás tranquilito a la cama, para amanecer al día siguiente con su dosis de ceviche y su biela.

Pero su gran calidad humana no se expresaba solo en lo sociable, en lo fiestero: se la podía apreciar sobre todo en el ejercicio del diálogo y el consenso. Tenía ideas y posturas firmes, pero al mismo tiempo buscaba siempre puntos de acercamiento. No le gustaban los puestos directivos de figuración, pero reclamaba estar en las reuniones donde se tomaba decisio-

nes. Le encantaba el cabildeo y las juntas conspirativas, aunque no siempre fueran para lo importante. Era un optimista y siempre veía el lado más positivo de las cosas. Era solidario y se jugaba por sus compañeros aunque a veces eso le diera malos ratos. Si había que hacer tareas prácticas, no las eludía. Más bien las buscaba.

En la madrugada del 9 de septiembre de 1978 un grupo directivo de la FENOC, que viajaba a una reunión en un vehículo de trabajo, tuvo un accidente en la carretera. El compañero que lo conducía, Fernando Velasco, había trabajado hasta hace pocas horas antes sin ningún descanso en la producción de varios documentos y fue vencido por el agotamiento. Con el impacto sufrió severos traumas en el cerebro y murió en pocas horas. Fue quizá el golpe más duro que sufrió la gente de la juventud de esa época.

Muchos creímos entonces que esa había sido una manera muy prosaica de morir para el Conejo Velasco, a quien desde entonces consideramos el más brillante de nuestra generación. Pero ahora, tras los años, quizá empezamos a comprender que fue una forma coherente de irse para siempre. Al fin y al cabo todo revolucionario sueña con morir luchando. Y nuestro querido Conejo se fue en plena lucha. Porque esa muerte prosaica de quien había llegado a ser uno de los más altos referentes de la organización popular del Ecuador, fue parte de la opción política de un intelectual que supo que se debe conocer lo que se pretende cambiar, y por ello dedicó buena parte de su trabajo a investigar y explicar la realidad de este país y de América Latina.

Al releer la obra del Conejo y al recordar su vida, encontraremos cada vez más aspectos para estudiar. No podría aquí, desde luego, mencionar siquiera todos. Pero, al finalizar, me parece que debo destacar uno de los elementos más originales del pensamiento y la postura de Fernando Velasco que no ha recibido la necesaria atención. En toda su obra, cruzada fundamentalmente de un sentido educativo, está la búsqueda de un proyecto nacional ecuatoriano renovado, en un marco latinoamericano de insurgencia y solidaridad. En el centro de su propuesta y de su acción estaba el Ecuador, como nación y proyecto, cuya bandera e identidad debe recobrar aquí y ahora la izquierda y el movimiento social de manos del caudillismo.

Buscar un sentido renovador para el proyecto nacional ecuatoriano. A eso nos lleva la memoria del Conejo Velasco. Porque la búsqueda iniciada por él desde las raíces de su propia infancia fue la característica fundamental de su espíritu inquieto, crónicamente insatisfecho, al tiempo que brillantemente creador, sobre todo desde cuando en esa búsqueda encontró a nuestro pueblo, fuente y sentido de todas las luchas.

I. Debates desde la teoría de la dependencia



Capitalismo dependiente y relaciones de producción en *Ecuador: subdesarrollo y dependencia* de Fernando Velasco

Matari Pierre Manigat

La producción intelectual de Fernando Velasco durante los años 1970 se situó en el momento más álgido de la polémica sobre la naturaleza del subdesarrollo y sobre las vías y medios para su superación. La controversia, protagonizada por la teoría de la modernización, el desarrollismo de la CEPAL, la teoría de la dependencia y el marxismo, se estructuró en torno de dos grandes problemáticas: 1) la primera, práctica, consistió en la búsqueda de una estrategia económica para el desarrollo de los países del subcontinente; 2) la segunda, teórica e historiográfica, consistió en una reflexión sobre el carácter de los modos de producción predominantes en estos países. Velasco abordó las dos problemáticas específicamente a partir de la historia del Ecuador. Tanto su comprensión sobre los grandes problemas económicos y sociales de su país como su posicionamiento teórico deben ser considerados dentro del debate que sostuvieron las principales escuelas de pensamiento sobre el desarrollo. Velasco reprochó a las teorías dominantes su carácter ahistórico y sus fundamentos antropológicos esencialistas (rasgos muy marcados en la teoría del crecimiento de Walter W. Rostow así como en las tesis que se inspiraban en el “dualismo estructural” de Arthur Lewis¹). Doblemente influenciado por el estructuralismo

1 Velasco rastreó la noción de *homo economicus* asociada a la teoría neoclásica hasta la filosofía moral de Adam Smith. El artículo “Desarrollo económico con oferta ilimitada de mano de obra” de Lewis (1954) y *Las etapas del crecimiento económico* de Rostow (1960) eran, entonces, los dos trabajos más influyentes en materia de economía del desarrollo.

cepalino y por el marxismo, Velasco consideró el subdesarrollo como un “fenómeno global”, caracterización que funda la necesidad de integrar en un sólo análisis “los aspectos económicos, políticos, sociales y culturales” (Velasco, 1972: 8). Este enfoque determinó su adopción del “estructuralismo-histórico”, principio metodológico que preside toda su obra.

A continuación trataremos tres problemáticas que atraviesan la primera obra de Velasco, *Ecuador: subdesarrollo y dependencia*. En una primera parte, analizaremos su definición tanto del capitalismo como de la noción de dependencia estructural. En una segunda parte, consideraremos su análisis de la dinámica del capitalismo dependiente durante los grandes ciclos exportadores de la historia del Ecuador a partir del concepto de demanda efectiva. Finalmente, en una tercera parte examinaremos sus análisis sobre la transformación de las relaciones de producción.

La caracterización de los modos de producción y la dependencia

El debate sobre la formación del capitalismo en América Latina alcanzó su apogeo entre los años cincuenta y setenta y fue dominado por dos grandes enfoques. El primero hizo hincapié en las condiciones generales de producción y en los marcos institucionales para caracterizar los sistemas económicos. Desde este enfoque se enfatizó en los conflictos dentro de dichos sistemas, considerándolos como parte de los factores de la formación del capitalismo. Estas tesis –análogas en su perspectiva fundamental, pero diferentes en cuanto a sus resultados– tropezaron a la hora de considerar las determinaciones del mercado mundial. Ello contribuyó al éxito de la escuela de la dependencia cuyo mérito fue, precisamente, tornar imposible el estudio de cualquier problema de la historia económica de la región independientemente de las influencias del mercado mundial. Desde el punto de vista teórico, la controversia reprodujo los argumentos esenciales del debate entre Maurice Dobb y Paul Sweezy. El segundo disociaba el feudalismo de la servidumbre, en cuanto vínculo específico entre productores directos y propietarios de los medios de producción, y definía al feudalismo como

“sistema de producción para el uso” opuesto a un “sistema de producción para el mercado”. Pero había otro elemento, quizás más profundo, en la argumentación de Sweezy: su explicación de la dinámica del modo de producción feudal. En su opinión el feudalismo no tenía *per se* una dinámica interna. La explicación común según la cual los señores feudales incrementaban tendencialmente sus ingresos no podía ser considerada como una ley interna del feudalismo, como contrariamente ocurre en el proceso de acumulación dentro del modo capitalista de producción (Sweezy, 1950: 51-54). En cuanto sistema inerte, era preciso buscar la dinámica del feudalismo fuera del feudalismo mismo. Precisamente, los intercambios comerciales y en particular el comercio mundial desempeñaban, para Sweezy, ese papel de factores exógenos que imprimieron la dinámica que llevó al feudalismo al ocaso. Esta oposición entre “sistema de producción para el uso” y “producción para el mercado” condicionó, directa o indirectamente, las reflexiones de los autores de la teoría marxista de la dependencia.

Pero la teoría de la dependencia, a la cual se adscribía Velasco, no se limitó a considerar que la producción para el mercado definía a una economía capitalista. La especificidad de esta corriente radicó en incorporar a la discusión la hipótesis de una relación interdependiente y desigual entre el desarrollo y el subdesarrollo. Dicha hipótesis se generalizó paulatinamente a partir de finales de los años 1950 a través de los trabajos de Paul Baran, Arghiri Emmanuel, Celso Furtado, Samir Amin, Fernando H. Cardoso, Enrique Faletto y André Gunder Frank, entre otros. De acuerdo a estos autores, la peculiaridad de la historia económica de América Latina radicaba en que, desde la inserción subordinada del subcontinente al mercado mundial en el siglo XVI, éste último ha desempeñado un papel fundamental en la determinación de las metas y métodos de producción. Situados en la estela de Sergio Bagú (1949) –con toda probabilidad el primero en deducir el carácter capitalista de las economías coloniales a partir de su subordinación al mercado mundial– los dependentistas intentaron sacar las consecuencias últimas de dicha constatación histórica.

Para Velasco era “evidente que a través de toda la historia existió un modo de producción capitalista dominante, y que ha conferido especificidad a la formación social vigente. El hecho fundamental que, a nuestro juicio, con-

fiere un carácter capitalista a la sociedad, es el de que la producción se realiza para el mercado y no para el consumo interno de las unidades productivas, dándose esta situación en la Sierra y en la Costa” (1972: 146). El problema más bien radicaba entonces en conocer las formas que había adquirido este capitalismo. Velasco identificó cuatro grandes ciclos de exportación en la historia ecuatoriana: el ciclo del textil que abarcó toda la primera fase de la colonia (siglos XVI y XVII); el ciclo del cacao que arrancó a finales del siglo XVIII y que conoció su auge entre mediados del siglo XIX y la Gran Depresión del siglo XX; el ciclo del banano entre el final de la Segunda Guerra Mundial y finales de los años 1950; y finalmente el ciclo del petróleo que arranca desde la década de 1970. El auge y ocaso de cada ciclo de exportación fueron triplemente determinados, de acuerdo a Velasco, por: el proceso de consumo en los países industrializados; las necesidades de materias primas de estos centros; y la competencia extranjera entre países productores de materias primas. Si bien cada uno de estos ciclos conllevó efectos diferenciados sobre la economía, su denominador común radicó en que reproducían y ensanchaban la *dependencia estructural* de la economía.

Para Velasco, las relaciones económicas entre los países latinoamericanos y metropolitanos se caracterizan por la preeminencia de un polo sobre el otro y es precisamente este rasgo lo que caracteriza a la dependencia (1972: 116). La dependencia se afirma en el drenaje de parte de los excedentes hacia los centros. Los mecanismos fundamentales de este drenaje son tres: el intercambio desigual, las remesas de las utilidades y el pago de las deudas externas públicas. Estos tres mecanismos se combinan en función de la evolución de la estructura del capitalismo mundial.

El intercambio desigual empieza con la política mercantilista de las metrópolis hasta llegar al periodo contemporáneo como efecto de la evolución desfavorable de los términos de intercambio —fenómeno que se exacerba en la fase monopolista por el poder de determinación de los precios que tienen las corporaciones industriales. Las remesas de utilidades, en cuanto mecanismo de drenaje, acompañan la expansión de las inversiones extranjeras y se refuerzan a medida que crecen estas inversiones en el proceso de producción. Finalmente la deuda pública externa se convierte en mecanismo de drenaje a partir del momento en que se materializan las

independencias políticas, es decir, a partir de la repartición de la deuda de la Gran Colombia, de la cual el Ecuador heredó la quinta parte. Los tres mecanismos determinan el grado de apropiación del excedente entre las clases dominantes locales, por un lado, y los extranjeros, por el otro.

La demanda efectiva: motor de la producción en el capitalismo dependiente

Pero lejos de limitarse a un problema de absorción de los excedentes, la característica de la dependencia estructural radica también en la dinámica que ejerce sobre el resto de la economía. Para Velasco, la demanda efectiva, en el sentido keynesiano, constituye el motor de la dinámica del sistema económico. Velasco analizó el impacto de esta demanda efectiva a partir de la distinción establecida por Baran entre *excedente potencial* y *excedente real*. Consideró desde dicha perspectiva la dinámica del capitalismo dependiente en el Ecuador durante cada uno de los grandes ciclos exportadores.

La dinámica del ciclo del textil estuvo determinada por la demanda de los centros mineros del Perú y se desarrolló en el marco de la división intra-colonial del trabajo entre los siglos XVI y XVII. La crisis de estos centros y la consecutiva merma de la demanda determinaron la crisis de las exportaciones de textiles así como la integración de este sector al latifundio. Esta “fusión de los intereses agrarios e incipientes intereses industriales”, manifiesta a partir del siglo XVIII, será decisiva para el desarrollo económico y político del país hasta después de la segunda mitad del siglo XX (1972: 109). A lo largo del ciclo textil, el monopolio comercial metropolitano y el pago del tributo indígena fueron los principales mecanismos de drenaje del excedente en la Real Audiencia de Quito.

Si bien se remonta a fines del siglo XVIII, el auge del ciclo cacaotero ocurrió entre mediados del siglo XIX y la década de 1920. A pesar del poderoso crecimiento de la demanda efectiva, que hizo del Ecuador uno de los primeros productores de cacao, el ciclo no propició la creación de un mercado interno capaz de estimular una diversificación de la economía. En primer lugar, porque el intercambio desigual y la dominación de las ca-

sas comerciales extranjeras fueron mecanismos centrales de drenaje de una parte del excedente. En segundo lugar, porque las utilidades netas de los exportadores se utilizaron fundamentalmente para la importación de bienes de consumo de lujo (1972: 176-177) y/o para ampliar el sector exportador caracterizado por técnicas intensivas en mano de obra y por tecnologías rudimentarias que no requerían grandes inversiones. Si la fase descendiente del ciclo cacaotero empezó con la crisis mundial desatada desde 1921, la merma se debió, fundamentalmente, a la exacerbación de la competencia entre los productores de cacao para el mercado estadounidense, territorio que ya absorbía más de la mitad de las exportaciones del Ecuador. La singularidad del agotamiento del ciclo del cacao en esas condiciones radicó en la ausencia de elementos objetivos capaces de fungir como fundamentos de un desarrollo industrial. El carácter raquíutico de las pocas ramas industriales (en Guayaquil) y la supeditación de los intereses textiles al latifundio explican por qué el periodo histórico que se inauguró con la revolución de julio de 1925 y la Gran Depresión fue marcado por la ausencia de fuerzas sociales capaces de construir una alianza de clases con el objetivo de apuntalar una política de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), tal como sucedió en otros países de la región (1972: 183-4).

Fue con este antecedente histórico que empezó el ciclo del banano a partir de la segunda mitad de los años 1940 y finales de los años 1950. A diferencia del ciclo cacaotero, las exportaciones bananeras sí provocaron un aumento y una diferenciación de la demanda interna. Ello fue determinante en la modificación de la estructura de las clases sociales. Fue únicamente a partir del ciclo del banano que quedaron reunidas ciertas condiciones *sine qua non* para una política industrializadora. La más importante fue, para Velasco, que los industriales solo surgieron como fracción de clase relativamente independiente tras el ciclo bananero. Sin embargo, estas condiciones se dieron precisamente en el momento en que ya quedaba cerrada toda posibilidad para un desarrollo auto centrado, tal como lo preconizaba la CEPAL. En este sentido, la política económica emprendida a partir de los años 1963-1965 fue la expresión de una ISI tardía.² Si bien el resultado

2 Esta política económica incluyó: aumento del poder adquisitivo de los estratos sociales medios, ley de protección industrial, aranceles aduaneros y canalización de créditos hacia la industria.

fue un fuerte crecimiento del sector industrial entre 1966 y 1970, esta ISI enfrentó los límites clásicos diagnosticados por la CEPAL a partir de los años 1960: estrangulamiento de la demanda por la estructura regresiva de la distribución del ingreso nacional (1972: 211-212; 222).

Pero más profundamente, para Velasco esta ISI se dio en condiciones de adversidad que no permitían equipararla a sus similares en otros países de la región. En éstos el proceso de industrialización empezó bajo condiciones de debilitamiento de las relaciones de dependencia durante la Gran Depresión, mientras que el intento ecuatoriano ocurrió “en una coyuntura de reforzamiento de la dependencia” a finales de la década de 1950. En este sentido, la joven burguesía industrial ecuatoriana estaba destinada a ser congénitamente dependiente: había llegado demasiado tarde a un mundo demasiado viejo para veleidades independentistas. Ello se observa claramente en la evolución del control del aparato productivo. Hasta el ciclo bananero, la dominación y el control extranjero se afirmó esencialmente en la esfera de la circulación. Esta situación cambió con la penetración de las inversiones extranjeras directas (IED) en los incipientes sectores industriales, a medida que se transformó el tipo de especialización en el mercado mundial. El principal vector de la desnacionalización del capital fue la dependencia tecnológica que se afirmó en el Ecuador a partir del momento en que los capitales extranjeros penetraban los sectores caracterizados por una mayor composición orgánica del capital. De ahora en adelante, ya no era solamente la demanda del mercado mundial, sino directamente las firmas multinacionales (FMN) las que imponían el modelo de desarrollo. Velasco predice entonces que el ciclo petrolero iniciado en los años 1970 consagraría esta tendencia y reproduciría los rasgos de la dependencia estructural en una escala ampliada.

En resumen, la dinámica de la demanda efectiva sobre la economía mostró la reproducción y la transformación de los principales rasgos de la dependencia estructural. Asimismo, es dentro de este nivel de análisis que se transparenta la doble influencia que presidió a *Ecuador: subdesarrollo y dependencia*: el estructuralismo cepalino y la teoría de la dependencia (Moreano, 1981). Queda por integrar a este marco interpretativo general, el análisis de las relaciones de producción, es decir de las formas de existencia de la mano de obra.

Las formas de existencia de la mano de obra y el capitalismo dependiente

Definir el capitalismo a partir de la supeditación de la región al mercado mundial condujo a Velasco a enfrentar una dificultad analítica mayor: la caracterización de las relaciones de producción a lo largo de la historia del Ecuador. Su estudio trató de poner en relieve el carácter capitalista oculto detrás de las relaciones laborales marcadas por la compulsión extra-económica. Precisamente el carácter predominante de estas relaciones de servidumbre servía de base para los análisis dualistas. Asimismo esta realidad fundamentaba las tesis del carácter semi-feudal de la formación social. De hecho, tal era la tesis defendida por Pedro Saad, el secretario general del Partido Comunista Ecuatoriano (PCE).

A diferencia de otros autores dependentistas que esquivaron esta dificultad retocando la realidad con tal de que calzara con sus esquemas generales, Velasco tomó el toro por los cuernos y, asumiendo el carácter precapitalista de estas relaciones, mostró cómo la presión de la producción para el mercado determinó su transformación hasta alcanzar la formación de relaciones asalariadas.

La corrosión de las relaciones precapitalistas bajo la presión del mercado mundial inició desde la mismísima economía colonial. Velasco subrayó cómo el pago del tributo indígena transitó rápidamente de un pago en trabajo a un pago en dinero a partir de finales del siglo XVI. Por otra parte, si bien la mita correspondió a una forma de trabajo forzado, Velasco notó que los mitayos “recibían un determinado salario, según la actividad que cumplían, del cual pagaban su tributo personal” (1972: 98). Pero más profundamente, consideró que la presión de la producción para el mercado determinó la crisis de la mita y la necesidad de su complementación y posterior sustitución por el sistema de *concertaje*. Velasco consideró al concertaje como “una forma más evolucionada de relación laboral que presuponía la capacidad del hacendado y del trabajador para concertar ciertas condiciones de trabajo.” Empero tenía un “carácter similar a la servidumbre feudal”, dado su “sistema de endeudamiento progresivo y casi forzoso” (1972: 111). Con todo, el concertaje

estaba también condenado a medida que se reforzaban los vínculos con el mercado mundial. En este sentido, ya en la época republicana, el auge cacaotero de finales del siglo XIX y de inicios del siglo XX fungió como un “poderoso estímulo no sólo [de] los salarios monetarios sino también [...], hasta cierto punto [de] la abolición del concertaje en 1918” (1972: 178). Lo mismo vale para el llamado “sistema de redención”.³ En suma, si la dinámica cacaotera aceleró una evolución de las relaciones de producción hacia una relativa proletarización de los trabajadores, estas relaciones siguieron marcadas por el sello del trabajo no libre.

El surgimiento de un campesinado compuesto de granjeros libres de vínculos semi-serviles sólo ocurrió verdaderamente dentro de la estela del ciclo bananero. A diferencia de los anteriores, el ciclo bananero se desarrolló a partir de pequeñas y medianas propiedades –fincas inferiores a 100 hectáreas– cuya formación se debió en gran parte a la ampliación de la frontera agrícola en la cordillera occidental. En esta línea, el análisis de Velasco en torno a los efectos de la reforma agraria de los años 1960 sobre las relaciones de producción muestra su cautela. Ya que si bien esta reforma no transformó la estructura de la tenencia de la tierra, Velasco admitió que su alcance radicó en acelerar e impulsar “el desarrollo de las relaciones salariales en el campo y en la eliminación de ciertas supervivencias *feudales*” (1972: 207).

Conclusión

Ecuador: subdesarrollo y dependencia fue mucho más que un libro pionero cuyos planteamientos “aún no han recibido una repuesta teórica ni práctica definitivas” (Cueva, 1989). Fernando Velasco elaboró un ambicioso marco interpretativo para el estudio de las grandes problemáticas de la historia económica y del carácter de la formación social ecuatoriana. Ciro F. S. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli se apoyaron en publicaciones posteriores de Velasco extraídas directamente de *Ecuador: subdesarrollo y dependencia* para la elaboración de su *Historia económica de América Latina*, una

3 Relación mediante la cual el terrateniente obtiene el cacao a bajo costo gracias a la cesión de parcelas a los campesinos para la siembra de medios de subsistencia conjuntamente con el cacao.

de las mejores referencias hasta la fecha. Pero más allá de su vigencia para futuros estudios sobre la historia y las características actuales de la economía ecuatoriana, la obra de Velasco esclarece ciertos problemas propios de la elaboración de algunos conceptos clave de la teoría de la dependencia.

En primer lugar, a diferencia de autores como Frank, quienes consideran la cadena de la dependencia de manera unilateral, es decir solo desde el punto de vista del drenaje de los excedentes, el análisis de Velasco sobre el papel de la demanda efectiva en el capitalismo dependiente muestra los efectos internos sobre la modificación de las relaciones de distribución, el mercado interno y las estructuras de las clases sociales. En este sentido, la relectura de Velasco abre la vía para una reinterpretación del debate en torno a la dependencia a la luz de la influencia keynesiana y post-keynesiana en el papel de los mercados en la dinámica de las economías latinoamericanas. Finalmente, la articulación del análisis de las relaciones de producción precapitalistas con la tesis del capitalismo dependiente no dejó satisfecho a Velasco. Consciente de la incongruencia metodológica de fundar su tesis en la esfera de la circulación, el autor prestará una mayor atención al problema de la articulación de distintos modos de producción. Será en *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra*, libro elaborado a partir de una profundización del análisis de las formas de la renta del suelo, que Velasco conseguirá demostrar el carácter combinado –capitalista y precapitalista– de las relaciones de producción en la hacienda serrana. Es cierto que Velasco no procedió nuevamente a una exposición histórica del problema y que, más bien, se concentró en el periodo previo a la reforma agraria de los 1960. No obstante, ciertas observaciones presentes en este último libro permiten establecer un lazo de continuidad con la preocupación que presidió a *Ecuador: subdesarrollo y dependencia*. Tal continuidad se expresa, en particular, en la convicción del autor de que el error de aquellos que sostuvieron la tesis del feudalismo en Ecuador radicó en que hicieron de las unidades políticas del Imperio español el punto de arranque de su análisis, prescindiendo de esta manera del carácter capitalista de la acumulación que sólo se afirma a nivel global.

Bibliografía

- Bagú, Sergio (1949). *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina*. México, Grijalbo, 1992.
- Baran Paul (1957). *La economía política del crecimiento*. México, FCE, 1964.
- Cardoso, Fernando H. y Faletto, Enzo (1969). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México, Siglo XXI.
- Cardoso, Ciro F. S. y Pérez Brignoli, Héctor (1979). *Historia económica de América Latina*. Barcelona, Crítica.
- Cueva, Agustín (1989): “Ecuador: subdesarrollo y dependencia de Fernando Velasco” (mimeo).
- Emmanuel, Arghiri (1959). *L'échange inégal*. Paris, François Maspero, 1969.
- Frank, André Gunder (1967). *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. México, Siglo XXI.
- Furtado, Celso (1969). *La economía latinoamericana de la Conquista ibérica hasta la Revolución Cubana*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- Lewis, Arthur (1954). “Desarrollo económico con oferta ilimitada de mano de obra” en *El trimestre económico*, Vol. XXVIII (4), octubre-diciembre 1960, México.
- Moreano, Alejandro (1981): “Introducción” a Fernando Velasco *Ecuador: subdesarrollo y dependencia*. Quito, Editorial El Conejo.
- Rostow, Walter W. (1960). *Las etapas del crecimiento económico*. México, FCE, 1967.
- Saad Pedro (1960). *Problemas de la revolución ecuatoriana: la reforma agraria democrática*. Guayaquil, Comité Central del Partido Comunista del Ecuador, 1976.
- Sweezy Paul (1950). “Crítica” en Hilton Rodney (editor). *La transición del feudalismo al capitalismo*. Barcelona, Crítica, 1976.
- Velasco Fernando (1972). *Ecuador, subdesarrollo y dependencia*. Quito, Editorial El Conejo, 1981.
- _____ (1975). “La Real Audiencia de Quito” en Varios Autores, *Ecuador: pasado y presente*. Quito, Editorial El Conejo, 1995.
- _____ (1979). *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra: hipótesis para una investigación*. Quito, Editorial El Conejo.

“Atrapar una imagen del pasado en un momento de peligro”: recordando y recuperando el marxismo crítico de Fernando Velasco Abad

Agustín Lao Montes

“El pensamiento crítico solo puede serlo en libertad, si sirve a algún amo deja de serlo”.
Bolívar Echeverría

En sus *Tesis sobre la filosofía de la historia*, Walter Benjamin afirma: “Articular históricamente el pasado no significa conocerlo «tal como verdaderamente fue». Significa apoderarse de un recuerdo tal como éste relumbra en un instante de peligro”. Recordar y recuperar el pensamiento y la acción política de Fernando Velasco Abad, uno de los intelectuales-activistas ecuatorianos más lúcidos de los años 1960 y 1970, es hoy una tarea significativa, digamos urgente, porque la memoria del pasado próximo es constitutiva de nuestros modos de asumir el presente y de construir futuros posibles.

Como argumentó el intelectual haitiano Michel Rolph-Trouillot: “La historia es un relato sobre [y desde] el poder [donde] el pasado no existe independientemente del presente; de hecho, el pasado sólo es pasado porque hay un presente.” Tocando ese tambor, la memoria radical de las décadas 1960-1970, es tanto una acción de recuerdo como un accionar político en el presente. En otra de sus tesis Benjamin escribió que “la imagen verdadera del pasado es una imagen que amenaza con desaparecer con todo presente que no se reconozca aludido en ella”. En esa vena, este trabajo busca entablar un diálogo político e intelectual desde los dilemas y perspectivas

de hoy con la generación del Conejo Velasco, una suerte de memoria crítica que orienta una continua reevaluación recíproca de pasado y presente.

Más allá del recuerdo singular del Conejo Velasco, a quien tuve la oportunidad de conocer brevemente en mi juventud temprana (en una conferencia en la cual indiscutiblemente fue el portavoz principal de la izquierda estudiantil latinoamericana y donde me impresionó de por vida por su peculiar brillantez intelectual y carisma político) aquí nos ocupa su significado histórico como personaje clave dentro de lo que Pocho Álvarez W. ha definido en el subtítulo de su última película como la “memoria y legado de una generación que quiso hacer la revolución”. Ciertamente, el corto ciclo de vida de Velasco se desplegó en un periodo donde se desataron la creatividad y la esperanza con increíble vigor, una era de luchas cuya cúspide en 1968 Wallerstein denominó “revolución en el sistema-mundo”. La vida de Velasco casi coincidió con la época denominada como los sesenta, que no fue una década cronológica sino un momento histórico cuyo comienzo se puede trazar desde fenómenos como la conferencia anti-colonial de Bandung en 1955 y la chispa inicial del movimiento de liberación negra en los Estados Unidos con la protesta de Rosa Parks en 1956, pasando por la Revolución Cubana de 1959 hasta llegar a la explosión de la crisis mundial de acumulación capitalista y la incepción de la contrarrevolución neoliberal desde mediados de los años 1970. Dentro de la riqueza de esta era, frente a la cual necesitamos priorizar el estudio de su complejidad y hurgar en la memoria radical como área de investigación, cabe destacar el experimento socialista chileno. Al respecto, como bien ha planteado Patricio Rivas “la vía chilena al socialismo” constituyó “el primer triunfo mundial de un candidato claramente marxista” (Rivas, 2007). Entonando la misma clave, Alejandro Moreano plantea que a propósito del “marco ideológico conflictivo que explica las mutaciones y desarrollo del pensamiento de Fernando Velasco [...] [e]l periodo comprendido entre el Cordobazo argentino y la formación de los Cordones Industriales de la revolución chilena, viene a construir el 1848 latinoamericano. Es decir el hito histórico que abrió la nueva época anunciada por la revolución cubana” (Moreano, 1981). Hago hincapié en la experiencia de gobierno socialista en Chile por la ca-

rencia de memoria y discusión sobre ella y su significado actual. Al igual que la vida del Conejo, fue breve, intensa y transcendental.

Pero historiar este momento de victorias y derrotas de movimientos antisistémicos y de experimentos de gobierno revolucionario es una tarea que trasciende las posibilidades de estas líneas. Lo que buscamos aquí es intervenir limitadamente en el debate a partir de una interpretación de los aciertos y problemas de las teorías de la dependencia y de los proyectos revolucionarios vinculados a dicha perspectiva, a partir de una lectura del libro de Fernando Velasco Abad titulado *Ecuador: subdesarrollo y dependencia*.

El texto fue originalmente su tesis de licenciatura en economía presentada en la Universidad Católica del Ecuador en 1972 y fue publicado póstumamente por la Editorial El Conejo en 1981. Esta obra puede leerse como una historia económica del Ecuador hasta su tiempo de producción y como un texto importante de lo que se ha llamado la vertiente de izquierda de la teoría de la dependencia. Mi lectura será parcial y enfocará tres temas: 1) la crítica de Velasco de la razón económica (tanto neoclásica como keynesiana) que se enlaza con su análisis marxista, relievando cuestiones de método; 2) su argumento sobre la dependencia y el subdesarrollo que comprende una crítica del desarrollismo en diálogo creativo con las teorías de la dependencia y que anticipó las teorías de sistema-mundo; y 3) sus planteamientos sobre el carácter de las ciencias sociales y los intelectuales.

Velasco postula tres acontecimientos clave en la historia económica del Ecuador de su tiempo: la crisis de las exportaciones bananeras, el surgimiento del polo industrial y el descubrimiento del petróleo. Dicho sea de paso, para seguir la secuencia hasta nuestros días podríamos añadir dos giros a partir de los años 1980, primero el neoliberal y luego el posneoliberal o neodesarrollista. Velasco argumenta que para analizar “el desarrollo histórico de la unidad geográfica-política que hoy llamamos Ecuador” hay que “estudiar estructuras históricamente” (Velasco, [1972] 1981). Para esto esgrime el método histórico-estructural que desde José Carlos Mariátegui ha sido una contribución propia del marxismo latinoamericano, siendo elaborado de forma original por figuras como René Zavaleta Mercado y Aníbal Quijano. A propósito de esto, escribe Velasco, “[e]l método de análisis debe ser dinámico, totalizante, con una perspectiva sociológica que

conciba a la sociedad integrada por grupos cualitativamente diferenciados e interactuantes y con una visión histórica que permita captar la especificidad del proceso [...] tras el enfoque histórico-estructural, subyace una percepción dialéctica de la realidad”. Dicha propuesta de método –que también vemos en Jean Paul Sartre, Henri Lefebvre y Karel Kosik– es a nuestro entender una contribución todavía vigente de Marx y los marxismos críticos a la producción de conocimiento socio-histórico que el marxismo latinoamericano ha desarrollado desde Mariátegui con el análisis de la heterogeneidad estructural de las formaciones sociales. Velasco utiliza este método para investigar los patrones y contradicciones en la historia del Ecuador enfocando tanto los procesos de acumulación de capital y de luchas de clases como los procesos de formación del Estado.

Ya que el libro fue originalmente su tesis de grado en Economía, en él se resalta el Velasco economista, profesión de gran importancia política en el Ecuador como se evidencia en el hecho de que tanto el actual presidente como su opositor de izquierda en las pasadas elecciones son economistas. Los lineamientos críticos del positivismo en las ciencias sociales que traza Velasco tienen como blanco principal lo que denominamos crítica de la razón económica. En esta línea, Velasco argumenta que los modelos matemáticos “no tienen sentido si no es en el marco de una teorización histórica y estructural”. A contrapunto, plantea que “el enfoque dinámico y estructural de Marx va evidentemente a trascender los imprecisos límites de la ciencia económica”. En clara clave tanto Althusseriana como Braudeliana añade que “Marx fundó una ciencia nueva: la ciencia de la historia”. Cabe acotar aquí que el debate actual sobre el legado político epistémico de los años 1960-1970 debe asumir con más rigor no solo los problemas de la tradición Althusseriana sino también sus contribuciones que permanecen de forma invisible en trabajos de figuras como Michel Foucault, Stuart Hall y Ernesto Laclau. Volviendo a Velasco, uno de sus rasgos originales fue combinar dos dimensiones frecuentemente segregadas del marxismo: su crítica de la economía política en aras del análisis socio-histórico y su utilización como una exposición analítica de la particularidad de los procesos económicos. Aquí cabe destacar cómo en *Ecuador: subdesarrollo y dependencia* Velasco realiza un análisis de los circuitos de capital avan-

zando más allá de los debates de la época sobre qué era más importante, la producción o la circulación, para así analizar el desarrollo desigual a nivel mundial, utilizando los esquemas de reproducción del volumen II de *El Capital* (que con la excepción de Rosa de Luxemburgo casi no se han usado como marco interpretativo). En el mismo renglón Velasco plantea que “el concepto dinámico de desarrollo está presente permanentemente en la obra de Marx” a la vez que argumenta que “el mismo concepto de desarrollo demanda, para su desentrañamiento, el análisis de la evolución del sistema. Es aquí precisamente que saldrán las últimas causalidades que permitan detectar las leyes que rigen tal proceso... la noción de desarrollo implica un proceso global que se da a través del tiempo”, lo que conduce a la necesidad de “utilizar un método dinámico para su comprensión” (Velasco, [1972] 1981). Esta crítica de la noción hegemónica de desarrollo aparejada a un intento de elaborar un concepto marxista de desarrollo capitalista como fenómeno global anticipa argumentos acuñados después por Arrighi y Wallerstein a la vez que muestra semejanzas con la noción de desarrollo desigual y combinado que acuñó Trotsky. Los análisis de Velasco del sistema mundial como una secuencia de ciclos de hegemonía imperial también anticipan trabajos posteriores de figuras como Arrighi y Stephen Gill que releen a Gramsci en perspectiva global. Esto nos conduce a discutir su concepto de dependencia.

Describiendo el proyecto del libro, Velasco afirma que “el trabajo analiza principalmente la evolución de las relaciones de dependencia que ligan la sociedad nacional con otras naciones dentro del sistema capitalista mundial” (Velasco, [1972] 1981). Más tarde, al analizar la Colonia, asevera que “la particular combinación de diversos modos de producción que constituyó la formación social vigente durante la época colonial estaba sobredeterminada por la estructura capitalista vigente a nivel internacional, de la cual formaba parte” (Velasco, [1972] 1981). Aquí se revela un tipo de análisis que trasciende tanto la reducción eurocéntrica de América Latina al feudalismo como la reducción totalizante de Gunder Frank donde la ecuación de subdesarrollo y capitalismo dependiente reducía la posibilidad de ver cambios internos. En Velasco, el imperativo analítico consistía en investigar históricamente los escenarios locales y nacionales junto con el

imperativo político de la revolución socialista. Bajo esta luz, lo colocamos junto a Ruy Mauro Marini, Theotonio dos Santos, Vania Vambirra y Aníbal Quijano, dentro de la vertiente de izquierda de las teorías de la dependencia. ¿Por qué de izquierda? La respuesta simple es por su combinación de un concepto de dependencia como condición estructural de subordinación en el sistema mundial capitalista junto con su vocación política anti-capitalista y socialista. A través de su libro Velasco dialogó con casi todos los intelectuales que componen la generación dependentista y con las corrientes internacionales del marxismo de la época, lo que se constata en una bibliografía que recoge las corrientes intelectuales más importantes del momento. Su afinidad con Marini, además, se podría demostrar a partir del concepto de sobreexplotación como fundamento de la dialéctica de la dependencia. Aunque todavía no se había publicado el texto de Marini *Dialéctica de la dependencia* y aunque Velasco no elabora el concepto de sobreexplotación en su libro, hay afinidades que se pueden inferir en los argumentos de ambos autores.

Se han escrito muchas letras sobre la importancia de las teorías de la dependencia en el periodo fundacional de las ciencias sociales en América Latina. Más que de una teoría singular, se trata de la gestión analítica e investigativa de una generación de intelectuales-activistas que emergió en el contexto de la erosión del experimento modernizador desarrollista del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial junto a la insurgencia de movimientos de liberación nacional en Asia, África y el Caribe (la tercera era de descolonizaciones), de una nueva izquierda socialista en Latinoamérica y de la efervescencia de luchas estudiantiles, feministas, anti-guerra, anti-racistas y anti-imperialistas en Estados Unidos y Europa, que en su conjunto constituyeron una poderosa ola de movimientos antisistémicos. En este contexto, se politizó de forma significativa el conocimiento, sus modos de producción, sus propósitos y sus actores. Las universidades fueron espacios clave por el radicalismo tanto de los movimientos estudiantiles como de la emergencia de una academia de izquierda donde las ciencias sociales jugaron un papel central. Esta es la tradición de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) que comenzó en Chile, del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile que fundó Hugo

Zemelman en 1966 con la izquierda dependentista y en el Ecuador de figuras como Agustín Cueva, Gonzalo Abad, Alejandro Moreano y Fernando Velasco quien defendía “la preocupación fundamentalmente política de la investigación [...] con el objetivo de formular científicamente una estrategia revolucionaria” (Velasco, [1972] 1981). Con esta óptica, al presentar el segundo número de la *Revista de Ciencias Sociales* de la Escuela de Sociología de la Universidad Central del Ecuador, Velasco argumenta que “la crítica de la historiografía oficial constituye un ámbito más de la lucha de clases que va develando verdades actuales y pretéritas” añadiendo que “el problema fundamental de las Ciencias Sociales es el de la comprensión cabal de los procesos históricos [...] en una forja de armas teóricas y en un combate contra las verdades establecidas” (Velasco, [1972] 1981). Este maridaje de teoría, investigación histórica y compromiso político, que muchos hoy día califican como falta de rigor, es constitutivo de las ciencias sociales latinoamericanas en un momento de hegemonía intelectual del dependentismo. En un libro publicado en 2002 con el título *Teoría de la dependencia: balance y perspectivas*, Theotonio dos Santos escribe: “[e]ste libro es una contribución más a esta batalla que, como mostramos, pasa profundamente por la lucha ideológica, por la historia de las ideas y por la evolución de las ciencias sociales, convertidas en discursos académicos similares al pensamiento escolástico medieval” (Dos Santos, 2002). El debate sobre la relación entre ciencia y política y sobre el rol histórico de los intelectuales, como vemos, sigue abierto.

Para ya acercarse al cierre de este trabajo, es necesario referirse a las contribuciones y limitaciones del pensamiento y la política de Fernando Velasco, que en gran medida fueron también las del horizonte de sentidos y perspectivas de futuro de la época en que vivió. Esto a su vez apunta hacia sus implicaciones actuales. Las contribuciones intelectuales de Velasco están íntimamente ligadas a las persistentes aportaciones de las corrientes de izquierda a las teorías de la dependencia que se pueden resumir en los siguientes puntos: 1) un análisis crítico del desarrollo desigual y combinado en el sistema-mundo capitalista y por ende de los límites del desarrollo capitalista; 2) una comprensión del carácter capitalista del Estado contra el sentido común liberal que lo veía como institucionalidad neutral (en aquel

momento todavía primaba en la izquierda el análisis del Estado como instrumento de poder de clase); 3) un compromiso de cambio radical a partir de la organización popular y la construcción de conocimiento crítico; 4) una convicción y visión de construir futuros pos-capitalistas. Todo esto no niega los límites que tuvo incluso lo mejor del pensamiento y la política de izquierda en los años 1960-1970, que incluyen un reduccionismo de clase asociado a la ceguera a opresiones étnico-raciales y de género y sexualidad; un sesgo economicista que no dio suficiente cabida a entender la especificidad de lo político y por ende a valorar suficientemente la cuestión de la democracia con una política de partidos y sindicatos que no dio cabida a las políticas posteriores de movimientos sociales; y, asimismo, una falta de comprensión sobre el carácter constitutivo de lo cultural en las relaciones de poder (a esta ausencia respondió el llamado giro cultural en la década de 1980 que llegó junto con la crisis del socialismo actualmente existente).

En gran medida, la contrarrevolución neoliberal, que unos catalogaron como ‘el retorno del Capital’ y otros como ‘el fin de la historia’, constituyó una derrota para el proyecto revolucionario de los años 1960-1970. Pero fue una derrota relativa. En 1979 la Revolución Sandinista dio inicio a una ola de actividad revolucionaria en Centroamérica que, aunque ahora está fuera de la mayoría de las memorias tanto gubernamentales como de los movimientos y las izquierdas, además de renovar la esperanza, como dice Patricio Rivas, “reactualizó la opción de izquierda revolucionaria y precipitó debates sobre formas de lucha, alianzas y modelos de transición al socialismo” (Rivas, 1996). Cuando lamentábamos las derrotas en Centroamérica, nos sorprendió la revuelta zapatista en 1994 y luego la victoria de Chávez en 1998 que abrió otro horizonte histórico a futuros más allá del capitalismo. Ante este repertorio surge la interrogante sobre qué significados atribuir a las izquierdas de los años 1960-1970. ¿Fueron sus análisis y proyectos derrotados o algunos tienen vigencia? ¿Qué lecciones positivas y negativas aprender de aquella ola de movimientos antisistémicos y qué relación podrían tener con la crisis actual de la civilización capitalista y la nueva ola de luchas? Estas son preguntas fundamentales para el diálogo político epistémico entre pasado y presente que postulamos al principio. En torno a la década de 1960 es importante hablar de derrotas temporales

y parciales entendiendo la persistencia de las contradicciones del capitalismo y las constantes re-emergencias de ciclos revolucionarios y olas de movimientos antisistémicos que abren espacios de liberación y acumulan repertorios de acción. Trouillot dice que la historia en tanto relato de poder es un relato de quienes ganaron. Pero se puede ganar perdiendo, abriendo espacios democráticos (sociales, sexuales, étnicos) y creando repertorios de acción (como la ocupación de espacios públicos e institucionales) que pueden revivirse después. La producción del archivo radical de las izquierdas y movimientos constituye un contradiscurso a historias oficiales que tienden a negar agencia a las mayorías subalternas, una suerte de visibilización de las caras ocultas de la historia. Por eso la importancia de cultivar una memoria crítica de los años 1960-1970, pues como escribió Benjamin “tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo, si éste vence. Y este enemigo no ha cesado de vencer”.

La escultura del Conejo Velasco recientemente develada en la sede de FLACSO en Quito constituye, precisamente, un artefacto de arte público para rescatar esa memoria y construir un archivo de luchas y aspiraciones. Velasco vivió en tiempos de transición y como visionario de dicho momento fue un intelectual radical fronterizo de larga visión y muchas de sus perspectivas teóricas y políticas están vigentes. Trouillot dice que “los seres humanos participan en la historia como actores y narradores” (Trouillot, 1997). El Conejo fue tanto un actor protagónico como un narrador de la historia del Ecuador en perspectiva mundial. Hoy que el Ecuador emerge como actor visible a nivel regional y hasta cierto punto a escala mundial, cabe preguntarse la vigencia de las críticas del Conejo a los límites del desarrollo nacional sin realizar transformaciones de corte socialista en el país y en el mundo. ¿Se podrá cambiar la matriz productiva sin alterar la estructura de clases?

Termino con dos citas extraídas de los prólogos de dos libros de Fernando Velasco que expresan con elocuencia su valor perdurable como intelectual. En su ensayo “El pensamiento y la acción política de Fernando Velasco” publicado como prefacio a *Ecuador: subdesarrollo y dependencia*, Alejandro Moreano escribía: “en estos momentos de dispersión teórica, política e ideológica de la izquierda, la vida de Fernando Velasco es, tam-

bién ejemplar [...] Fernando Velasco fue un ejemplo de intelectual revolucionario”. En su prólogo al libro *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra*, publicado unos meses después de la muerte física del Conejo (y digo muerte física porque el Conejo vive no solo en el recuerdo sino en su obra y legado), Alfonso Martínez afirma que en nuestro querido personaje “se supera la tradicional dicotomía entre el intelectual y el activista. Eso lo estamos aprendiendo de Fernando Velasco”. Sí, aquí estamos aprendiendo de Fernando Velasco, porque el espíritu revolucionario del Conejo vive vivo como recurso de esperanza y como fuerza de liberación.

Bibliografía

- Dos Santos, Theotonio (2002). *Teoría de la dependencia: balance y perspectivas*. Madrid: Palza Janés.
- Moreano, Alejandro (1981). “Presentación”. *Ecuador, subdesarrollo y dependencia*. Quito, Editorial El Conejo.
- Velasco Fernando ([1972]1981). *Ecuador, subdesarrollo y dependencia*. Quito, Editorial El Conejo.
- Rivas, Patricio (1996). *La izquierda ante el fin del milenio*. Santiago de Chile: Cuadernos ACRIS.
- _____ (2007). *Chile un largo septiembre*. México: ERA.
- Trouillot, Michel-Rolph (1997). *Silencing the Past: Power and the Production of History*. Boston: Beacon Press Books.

Fernando Velasco: entre la teoría de la dependencia y el anuncio de la teoría de la revolución

Patricio Rivas Herrera

Explicar los vínculos entre la vida de un sujeto y su entorno, por ejemplo entre la figura de Fernando Velasco y los contextos que van iluminando cómo un proceso histórico forjó su vida, ha sido un asunto tan recurrente como inconcluso en el pensamiento político y filosófico. Estas dinámicas culturales y psicosociales nos compenentran en los intersticios de cómo pasiones, derrotas y victorias, fraguan voluntades colectivas, sensaciones de época e incluso irrupciones plebeyas. Pero no hay una sucesión acumulativa entre todo esto y la construcción de individualidades. Estas últimas parecen responder a sensibilidades, biografías e incluso circunstancias inesperadas, repletas de azar. En todo caso, el fenómeno del ensamblaje entre cultura teórica y política en la región latinoamericana es frecuente pero no común. Desde este ensamblaje y su despliegue militante es como miramos desde aquí a Fernando Velasco, reconociendo que al final lo que configura el perfil de vida de una persona como él escapa a cualquier análisis convencional.

La vinculación de Velasco con la producción teórica latinoamericana –y particularmente con la de Ruy Mauro Marini– es tensa porque Velasco no buscó la importación de un patrón o modelo teórico consagrado, sino la construcción de pistas para entender la compleja forma del capitalismo dependiente ecuatoriano y las tareas revolucionarias que se infieren de esa comprensión. Esta aproximación epistémica y política se encontraba, por otra parte, sostenida en la naturaleza del ciclo intelectual de la época en la región: el afán de la teoría se correspondía en muchos casos con el ímpetu

de la acción política. Esto urdía en el análisis teórico una dirección programática muy marcada.

Más allá de esas décadas, reconozcamos que en América Latina en pocas circunstancias y periodos hemos logrado construir la originalidad de diálogos fluidos entre teoría de la revolución y procesos revolucionarios como se dio entre la *teoría de la dependencia* y la *teoría de la revolución*. No se debe olvidar que la propia noción de diálogo entre teorías requiere de un clima político y ético muy delicado de respeto entre paradigmas y nociones que no solo compiten desde el rigor científico sino que, además, disputan modelos de interpretación de realidad humana y social. En el campo revolucionario mundial ha sido muy difícil mantener el ambiente propicio para que la luchas de ideas no se trastorne en conflictos de poder y prestigio.

En más de una ocasión, la intelectualidad de izquierda latinoamericana ha actuado con una lógica tecnocrática o incluso con la actitud de un “mandarín de la ideas”, fenómeno que ha abierto brechas entre acción y pensamiento que en última instancia debilitan todo proceso revolucionario. Si bien este fenómeno ha sido explicado hasta el hartazgo por la división del trabajo en el seno del mundo capitalista, esta explicación en nuestra región es insuficiente. Por su historia libertaria y comunitaria, en América Latina han surgido masas de intelectuales anónimos que no han sido reconocidos por las lógicas institucionales del saber.

Por otra parte, muchos de los pensamientos de gran solvencia teórica y política que han nacido en la región, han provenido de procesos ubicados por fuera de las elites intelectuales consagradas y de las instituciones donde éstas despliegan su actividad laboral que, a pesar de ellas mismas, tienden a la reiteración y cosificación segura de las teorías consagradas. Donde hay lucha teórica por los sentidos y categorías con las cuales se analiza y comprende la realidad suele darse, por ello mismo, una solvente lucha política por la dirección de los procesos sociales y por la orientación global de lo que cada fuerza histórica pretende.

La posibilidad de generar hipótesis sobre la teoría de la dependencia, fraguada a partir de mediados del siglo pasado, desde las condiciones del actual siglo XXI es un riesgo que considero indispensable asumir para actualizar con rigor la propia teoría de la revolución para los tiempos actua-

les. Desde este ángulo, el tejido al cual responde Fernando Velasco es el de una intelectualidad orgánica latinoamericana que emerge desde fines del siglo XIX y que encontrará uno de sus mayores puntos de condensación en FLACSO-Chile entre 1969 y 1973 (donde la producción, el debate y la circulación de ideas fueron expansivos). Observemos que la llamada vía chilena al socialismo alteraba muchas de las premisas de pensamiento de la izquierda mundial del siglo XX. En la gramática de un gran diálogo entre la izquierda chilena de ese momento, la intelectualidad nacional y mundial y el propio presidente Salvador Allende (quien se vinculaba recurrentemente con conversaciones transversales sobre asuntos que tenían una notable amplitud teórica pero que también estaban implicadas en el debate de la lucha política), se produjo esa excepcional convergencia entre el *ethos* de la reflexión y el riesgo de someterla a la prueba de la praxis.

Desde otro ámbito, en la historia del marxismo latinoamericano existen demasiados vacíos y brechas en la conexión dialógica e intelectual entre por lo menos tres grandes zonas geoculturales y políticas. El Cono Sur, con su acelerado desarrollo dependiente, generador de un joven proletariado organizado y militante y de una izquierda marxista estructurada. La región Andina con una complejidad en términos de su formación social que abarca desde los pueblos originarios de los Andes, las zonas caribeñas y costeras pacíficas, hasta la Amazonía, con asimétricos y dispersos polos de mono exportación. Y la región que comprende desde Panamá hasta México, donde el tema del antiimperialismo militante, en virtud de las sucesivas invasiones norteamericanas, ha sido una cuestión esencial. En estos territorios, a los que hay que sumar al Caribe, vamos a encontrar –singularmente en México– el desarrollo de un amplio proletariado agrícola y de un poderoso movimiento obrero, así como de intelectuales de la magnitud de José Revueltas quien intentó responder a lo largo de toda su vida a esta abigarrada diversidad de fuerzas sociales.

La pertinencia de la descripción anterior emana del hecho que los Fernando Velasco, los Tomás Amadeo Vasconi, los Ruy Mauro Marini o Emir Sader, por mencionar solo algunos de los más destacados, intentan asumir el desafío teórico y político de pensar todas estas *américas latinas* desde dos grandes matrices: la teoría de la dependencia, particularmente desde su

versión de izquierda, cuyo intelectual aglutinante fue Ruy Mauro Marini, y por otra parte, una teoría de la revolución, cuya construcción proviene desde los movimientos agrarios, proletarios y comuneros insurreccionales del siglo XIX, pasa por los intentos del modelo chileno al socialismo, e incluye el modelo de transición del Sandinismo en Nicaragua.

Esta relación compleja entre teoría y modelo político de revolución implica por lo menos tres desafíos: la construcción de fuerzas sociales revolucionarias; la dirección de esas fuerzas en términos estratégicos y de alteración de las condiciones en las cuales se reproduce el poder; y la relación entre estos factores y las formas de propiedad, la generación de riqueza y la autonomía de los trabajadores. Estos problemas han estado presentes en el debate de la izquierda mundial por lo menos desde 1920, con los giros de la política económica de la Revolución Rusa, el agrarismo mexicano de 1910, los experimentos históricos como el cubano, el chileno, en su momento, y ahora con los procesos ecuatoriano, venezolano y boliviano. Pensar a partir de estos dos universos analíticos de forma fluida y no subsumida a esquemas donde la teoría económica le pondría el freno sensato a la política, siempre ha sido un desafío pendiente en el campo revolucionario que ha sido resuelto únicamente por periodos. Escarbar en la realidad desde esta tensión supone asumir con seriedad a la economía como economía política y a la acción política como teoría política de la revolución. Pero inclusive hasta en la singular situación actual en la izquierda latinoamericana, persiste la disociación entre una política entendida como pura voluntad y una economía entendida como racionalidad exacta.

Resaltemos que en el caso ecuatoriano, el tema de transformar la matriz productiva, que es de una extraordinaria complejidad teórica, no se vincula con el tema de la alianza política y de clases que implica. No vemos en el debate de ideas en torno a este importante asunto una discusión sobre cómo se articulan los acuerdos, las alianzas y los programas para sacar este proyecto efectivamente adelante. Es decir, se trata nuevamente de cómo armonizar el pensamiento desde un modelo explicativo que en este caso se apoya fuertemente en la teoría de la dependencia, y la articulación de un modelo político original que responda con eficacia y ductilidad a lo que en Ecuador se denomina revolución ciudadana.

Pero para retornar a una perspectiva más amplia y regional, como señalábamos, las revoluciones y revueltas urbanas y rurales fueron forjando experiencias colectivas y subversivas en el campo de las luchas populares durante buena parte del siglo XX. La Revolución Mexicana de 1910, la cubana de 1959 y la nicaragüense de 1979, como ya lo dijimos, se inscriben en esta zaga como los procesos más logrados de un perdurable estado de lucha directa en toda la región latinoamericana, que hoy se extiende de manera más observable a Bolivia, Venezuela, Brasil y Ecuador. Resaltemos que la intelectualidad revolucionaria en la región que ha tenido mayor fuste y proyección ha sido la que se ha vinculado directamente (a través de la participación social o la militancia) o indirectamente (como analista, observador, pedagogo o comentarista) a la crisis revolucionaria de las formaciones sociales dependientes o a la construcción molecular o amplia de un pensamiento disidente anticapitalista. De los ejemplos señalados, hay que destacar que por cuestiones de naturaleza del ciclo mundial de 1960-1970, la Revolución Cubana logró hasta hace algún tiempo convertirse en un eje de pensamiento crítico y de conversación diversa desde el ángulo temático, teórico y propositivo. Justamente en la década de 1960 las polémicas sobre las formas de construir el socialismo, el tema de los incentivos morales o materiales y los agudos problemas teóricos de la planificación central se dieron en amplios debates donde figuras como Ernest Mandel, Charles Bettelheim y el propio Che Guevara participaron en muchos casos a través de *Pensamiento Crítico*, la notable revista cubana de ese periodo. Este debate, por lo demás, marcó momentos clave en la elaboración de la política económica en Chile durante el periodo de la Unidad Popular y en los primeros años del Sandinismo en el gobierno.

Hay una capa tectónica en permanente tensión que subyace a los debates teóricos en América Latina entre las más diversas ideas del desarrollo acumulativo y gradual para alcanzar el bienestar social de todos y todas. Estas opciones supeditan su eficacia al hecho de que somos parte orgánica de una estructura de dependencia de los grandes centros de la economía mundial o de la economía mundializada tomada como conjunto. En otro momento sería importante analizar cómo la dependencia genera patrones psicológicos y teóricos de análisis muy supeditados a una manera

de observar la realidad a la que le cuesta romper epistemológicamente con la realidad intelectual de esa misma dependencia.

La ruptura cultural y sociológica del pensamiento revolucionario en América Latina con el gradualismo desarrollista contiene dos núcleos que hay que destacar aquí. Por una parte, desde esta ruptura se remarca que las formas más avanzadas de capitalismo dependiente en nuestra región no diluyen sino que se integran a las más atrasadas, y por otra, que incluso los sectores más dinámicos de las economías internas de la región sufren a su vez la extracción de ganancia en virtud de su supeditación a la economía internacional. Este asunto es relevante ya que establece hasta ahora una diferencia entre quienes piensan que el bienestar es posible dentro de los marcos de la dependencia frente a quienes sostienen que las relaciones de dependencia son consustanciales a la reproducción del atraso, la superexplotación y la exclusión. Por esto el núcleo de una política revolucionaria no se agota en la indispensable tarea de mejorar las dramáticas condiciones de vida de nuestra población, sino que además debe apuntar a alterar los términos de la balanza de poder interno y externo, es decir a superar las condiciones que producen el dominio.

Más aún, al confrontar la tesis de la gradualidad, los dependentistas de izquierda jamás cayeron en una suerte de paroxismo a partir del que se asumiera que era posible hacer todo de inmediato y al mismo tiempo. Al contrario, el eje argumentativo de esta corriente era que para llevar a cabo cada gran tarea transformadora se debía contar no sólo con un programa en términos de secuencias y jerarquías, sino con las fuerzas sociales y políticas movilizadas que estén en condiciones de implementarlo con ductilidad y un adecuado manejo político-estratégico. Este ámbito del poder social de un proceso revolucionario relaciona el poder material para modificar las condiciones de vida con el poder político para crear nuevas formas de representación, dirección y participación en la vida política de una ciudadanía revolucionada. Por esto convengamos en que la teoría de la dependencia no nos aporta solamente una rigurosa matriz analítica para comprender las condiciones en las que se reproduce ampliamente el modelo capitalista de producción. Esta comprensión requiere de una segunda lectura que es de carácter político estratégico y que se sustenta en el tipo de fuerza social

y política que se puede forjar en cada territorio singular de una formación capitalista. Si el primer tema es de *economía política*, este último es de *estrategia política*. La mayoría de elaboraciones sólidas sobre la economía política de la dependencia abarcaron los planos políticos del tema, ya que se entendía que en éstos radicaba la condición básica de la superación de esa dependencia. En esta segunda década del siglo XXI, en un mundo de relaciones sociales integradas, esta perspectiva adquiere mayor centralidad que nunca antes en la historia del capitalismo mundial.

Pero aquí nuevamente nos encontramos con la relación densa entre sujeto e historia que señalamos al principio, o bien, entre programa histórico y utopía concreta. El estudio de la economía política que elabora Fernando Velasco, hace referencia a un afán por actuar, por poner en juego progresivo las fuerzas sociales y de clase que se confrontaban en la vieja matriz productiva ecuatoriana: campesina, agroexportadora y de pequeña producción minera y petrolera. Hacer visible y comprensible ese juego de fuerzas y leer desde ese panorama la política y cultura ecuatoriana en términos de proceso y voluntad política, es desde luego una ruptura con el costumbrismo teórico de las oligarquías políticas dominantes.

Quizás por ello Fernando Henrique Cardoso se equivoca esencialmente en pensar que las formas más avanzadas del capitalismo dependiente borran las formas más atrasadas de ese mismo capitalismo. Cardoso soslaya la categoría de formación económica y social. Por lo tanto, para él, la expansión capitalista de la dependencia iría borrando las formas más atrasadas de ese mismo capitalismo. Suposición que no permite comprender, por situar solamente algunos ejemplos, los procesos políticos en Ecuador, Bolivia y gran parte de Centroamérica, ya que estos combinan distintas intensidades en el desarrollo histórico del capitalismo, de manera simultánea e incluso con cambios de eje de acuerdo al ciclo económico. En efecto, en condiciones de recesión de la economía mundial y nacional, las formas más atrasadas de capitalismo muestran una notable capacidad de resistencia frente a otras que dependen de las exportaciones, líneas de crédito, tecnología y del mercado interno y externo en expansión. A pesar de su voluminosa producción, Cardoso trabaja con la noción de un capitalismo ideal que se autosupera sin límite de historia y tiempo, en el cual los países atrasados

lograrían salir de sus miserias si son más capitalistas y dejan atrás formas históricas atrasadas. En contraste, para la teoría de la dependencia la noción de superexplotación se comprende desde el análisis mundial de las relaciones de producción, circulación y realización capitalista, donde cada formación histórica es parte constitutiva de ese orden mundial. Señalar los atrasos en los modos productivos como anomalías que se superarán por la dinámica propia de los modos más actualizadores implica no asumir analítica y políticamente las lógicas de dominio y jerarquía que entraña toda forma de dependencia con los ámbitos mundiales de poder.

La teoría de la dependencia, desde nuestro ángulo, va a abarcar distintos niveles de abstracción que se orientan a la búsqueda de explicar la *valorización del valor*, donde las necesidades sociales o amplias de la población, son sustantivas y funcionales a la reproducción del capital, con un sujeto social y político cuya conciencia está acotada por una noción de realidad que le impide superar los constantes cercos de las formas de pensamiento dominante. La teoría de la dependencia dio lugar, aunque ella misma no lo fue, al desarrollo de una teoría crítica de los procesos culturales más contemporáneos, dependientes de las nociones de industrias culturales y mercados culturales que, por ejemplo, encontró en Bolívar Echeverría a uno de sus principales analistas y estudiosos.

Como nos lo recuerda Ruy Mauro Marini al analizar el tomo 3 de *El Capital*, la personificación fetichista permite hacer invisible la materialización histórica, social y biológica de las relaciones de explotación. Por ello las categorías de la teoría de la dependencia, como son la súper explotación de la fuerza de trabajo, la amplificación en extensión y profundidad de la extracción de plusvalía absoluta y relativa, y la jerarquización en términos de unidades productivas que vinculan atraso con intensificación de los tiempos productivos, permite, pero no resuelve automáticamente, *ir elaborando* una teoría de la revolución. Al estudiar al capitalismo en sus diversas fases de producción, circulación y acumulación desde el modelo que sugiere la dependencia, se van generando los espacios para comprender a los sujetos políticos y sociales que produce esta dependencia estructural de nuestras economías frente al sistema capitalista internacional.

Recordemos que un sujeto social y económico no es necesariamente un sujeto político. Este último supone niveles de conciencia y articulación que rompen en diversos grados con la lucha radicada solamente en la subsistencia o en la mejoría de las condiciones para vender la fuerza de trabajo. Asimismo, un sujeto social se despliega en virtud de su rechazo al orden de lo existente, pero su capacidad de generar fenómenos relevantes y duraderos va a depender de su incidencia como actor político que altera el orden político y las relaciones de poder.

Para recuperar el punto de arranque de este trabajo, entender el origen cultural y sociológico de un Fernando Velasco y explorar cómo estas discusiones, de pronto sumamente densas y en ocasiones completamente militantes, agrupan paulatinamente fuerza política y materializan la idea de rebelión, conduce a las tres consideraciones de cierre que expongo a continuación.

A partir de fines de la década de 1940 se produjo en toda la región, casi sin excepción relevante, una crisis por arriba en los modelos políticos y de crecimiento económico. Dicho sea de paso, esta será una de las causas del movimiento Cepalino, aunque no la única, ya que la otra responde a factores no suficientemente explicados que remiten al giro en la teoría económica mundial ocurrido después de la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte, la mencionada crisis en la región va a provocar una profunda y no siempre acelerada crisis de gobernabilidad en las elites regionales. Esto llevó a generar espacios intelectuales y políticos de asamblea que cuestionaron las ideologías de un liberalismo tardío latinoamericano proveniente del ciclo anterior a la Primera Guerra Mundial y basado en la relación ya conocida de exportación de materias primarias. Por último, la búsqueda desde la izquierda, pero también desde los partidos de centro, de modelos de desarrollo que resolvieran la crisis *por arriba* de Estados y gobiernos, y que controlaran *por debajo*, de manera clientelar, pero también satisfaciendo necesidades primarias de emergentes movimientos populares que ya no podrían ser encuadrados en las relaciones oligárquicas y hacendatarias de poder.

Convendría señalar en este punto, que el debate entre Agustín Cueva y Ruy Mauro Marini respecto a la naturaleza de la revolución, así como de las fuerzas sociales y los modelos productivos, evidencia —a pesar de

considerar que la respuesta de Ruy es contundente para rebatir una suerte de izquierdismo clásico de Cueva— un ambiente de ideas entre la intelectualidad ecuatoriana que se orienta a buscar de modos originales cuáles serían las singularidades de este capitalismo —cuestión que de alguna forma, décadas después, va a ser parte de la discusión teórica en el seno de la gran izquierda ecuatoriana durante el periodo del gobierno de Rafael Correa—.

Hay que recordar que muchos otros ecuatorianos, como Rafael Quintero y Érika Silva, en su momento venían ya urdiendo producción empírica y teórica sobre estos asuntos. Al respecto, quisiera señalar que aunque la construcción de una personificación de tanta solvencia y amplitud teórica como Bolívar Echeverría tiene que ver con su larga estadía en México y su estadía en Europa, la historia profunda de sus escritos evidencian una tensión fructífera entre universalismo teórico y el Ecuador profundo. Velasco se incrusta en este ancho ámbito de debates, pero produce una vuelta de tuerca de carácter político, militante y organizativo en términos de acción revolucionaria. Por este motivo, sus formulaciones no son solamente parte de la historia de las ideas de izquierda en Ecuador, sino de la construcción de una izquierda revolucionaria a la altura de la reflexión más sistemática sobre la naturaleza social del país y su estructura de clase.

II. Legado en los estudios agrarios



La cuestión agraria en el pensamiento de Fernando Velasco

Manuel Chiriboga Vega

A partir de un análisis minucioso de los estudios de Fernando Velasco Abad, a través de este trabajo se exponen las líneas principales de su pensamiento agrario. Sobre la base de esta exposición, como cierre, se presentan algunos breves apuntes orientados a alimentar debates especialmente relevantes dentro del campo de los estudios agrarios del Ecuador contemporáneo.

El pensamiento agrario de Fernando Velasco se despliega a través de tres escritos centrales, todos producidos entre 1976 y 1978, año de su temprana muerte. El primero y seguramente su obra mayor es *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra*, libro publicado en febrero de 1979 por la Editorial El Conejo a poco tiempo de su muerte. Una segunda obra de menor dimensión se publicó en 1978 como parte de la serie Cuadernos de Discusión del Centro de Investigaciones y Estudios Socio Económicos (CIESE) bajo el título “Hipótesis sobre el proceso de descomposición del campesinado”. Finalmente, hay un tercer trabajo, de índole diferente como veremos, que se tituló “Líneas básicas para un programa de desarrollo de los sectores marginales del campo”, donde Fernando Velasco resume en líneas generales su pensamiento agrario.

Los dos primeros trabajos fueron elaborados como contribución a la creación del CIESE. Este organismo de investigación fue promovido por Velasco con la idea de construir una institucionalidad que permita generar y sostener una alternativa frente al pensamiento agrario predominante en el Ecuador de los años 1960 que fuera formulado desde la democracia

cristiana y sus instituciones.¹ En ese marco, el CIESE se estableció como un centro independiente dedicado principal pero no exclusivamente a la investigación agraria. Sus primeras publicaciones fueron justamente las de Fernando Velasco y éstas sirvieron de base conceptual para el establecimiento del CIESE. En contraste, la tercera obra fue elaborada para el Banco Central del Ecuador (BCE) como contribución al establecimiento del Fondo de Desarrollo Rural Marginal (FODERUMA), un organismo establecido en esos años que buscaba canalizar la liquidez del BCE hacia los grupos de bajos ingresos en el campo. El objetivo de este texto fue, entonces, más normativo que académico y de investigación.

El libro *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra* constituye, ante todo, una propuesta metodológica para la investigación elaborada para generar un campo de estudios agrarios en Ecuador. En este sentido, no es una obra que refleje los resultados de una investigación. Por el contrario, en *Reforma agraria* se plantean un conjunto articulado de preguntas e hipótesis de investigación que encuadraron el trabajo del CIESE en sus primeros años.

Me parece que la propuesta de investigación de Fernando Velasco se establece sobre la base de ocho proposiciones básicas que es importante aislar y analizar cuidadosamente. Éstas se basan en una conceptualización del proceso de cambio en las estructuras agrarias y rurales elaborada a partir del análisis de la estructura y el desarrollo de las fuerzas materiales y, por lo tanto, de las posibilidades o capacidades de los grupos sociales —en este caso rurales—. Se trata entonces de un estudio orientado al desarrollo de la conciencia y de la organización campesina. La relación entre estructura y agencia de los actores es fundamental en la visión del autor: “los logros no están pre-fijados de antemano”, escribe, subrayando una lógica donde “lo objetivo y lo subjetivo se van determinando mutuamente” (Velasco, 1979). Inmersas en el proceso de fondo de desarrollo del capitalismo en la sociedad más amplia y en las zonas rurales, las clases y fracciones de clase tejen

1 Adicionalmente, junto con otros intelectuales Fernando Velasco promovió la fundación del Centro Andino de Acción Popular (CAAP), cuya actividad se centró inicialmente en el apoyo a organizaciones rurales. El CAAP se denominó originalmente Centro de Arte y Acción Popular, pero desde 1979 esa denominación fue sustituida por la que se conserva hasta la actualidad.

alianzas y tienen capacidad de influir sobre las tendencias de tal proceso. En el ámbito campesino esto remite a su capacidad organizativa, a su concienciación y sus iniciativas. Con este marco de referencia, Fernando adelantó un conjunto de hipótesis y proposiciones que describimos a continuación.

La primera proposición, que proviene de una discusión con la economía política marxista ortodoxa, remite al tema de la renta absoluta y su eliminación. De acuerdo al planteamiento tradicional, la existencia de la renta absoluta impide que el sistema capitalista funcione plenamente, pues al no formarse una tasa media de ganancia se presiona hacia arriba los precios de los alimentos y se permite la existencia de varios sectores económicos con tasas de ganancia diferentes. Sobre la base de los escritos de Marx retomados por Kautsky —principalmente y después por otros seguidores—, la nacionalización de la tierra se concebía entonces como la salida necesaria que, por lo demás, resultaba afín a los intereses de los capitalistas, especialmente los industriales. Estos sectores, por tanto, apoyarían la necesidad de una reforma agraria. Este razonamiento fue pensado para América Latina, por ejemplo, por Michel Gutelman. Frente a todo este planteamiento, Velasco argumenta dos ideas centrales. Primero, que dependiendo de las correlaciones concretas de fuerzas políticas, en un contexto de debilidad de las burguesías nacionales son los sectores subalternos los que impulsarían, bajo ciertas circunstancias, tal reforma agraria. Segundo, que la penetración del capitalismo en la agricultura asumiría diversas vías. Por la vía del mercado se modificaría el funcionamiento de los anteriores sistemas de producción y se elevaría la composición orgánica del capital. Complementariamente, por la vía de inversiones privadas y públicas se equipararían las condiciones para el capital. Al elevarse la composición orgánica del capital de hecho se eliminaría la renta absoluta. Velasco termina señalando que: “en una sociedad en la cual se ha generalizado totalmente el capitalismo en la agricultura y en la cual la composición orgánica de capital en la agricultura es mayor o igual que la composición social media, la única forma de existencia de la tierra al interior de la producción es como capital tierra” (Velasco, 1979). El correlato lógico de esta proposición es que las burguesías no tenían un interés objetivo de llevar adelante un proceso significativo de reforma agraria. Este proceso solo podría ser impulsado desde los

campesinos y no puede verse como el resultado indefectible del desarrollo del capitalismo, sino “como respuesta política a condiciones concretas que emanan del desarrollo de una formación social y de las contradicciones que este proceso genera.”

Una segunda proposición se relaciona con la transformación de la estructura agraria antes de 1964, año en que se decreta la primera reforma agraria en el país. Fernando Velasco revisó exhaustivamente la literatura entonces publicada sobre el tema. Entre ésta sobresalen el informe clásico del Comité Interamericano de Desarrollo Agropecuario (CIDA) –cuyo líder indiscutible fue el chileno Rafael Barahona– titulado “Tenencia de la tierra y desarrollo socio económico del sector agrícola”, pero también trabajos ya clásicos como los de Andrés Guerrero y Osvaldo Barsky sobre la hacienda precapitalista y la diferenciación de haciendas, respectivamente. A partir de esta revisión, Velasco propone que la agricultura ecuatoriana está en pleno proceso de transformación capitalista y que, al menos en la Sierra, no constituye un sistema feudal –como muchos estudiosos habían argumentado a partir de tres constataciones: la existencia de relaciones serviles al interior de la hacienda, el predominio del latifundio y la relativa ausencia y debilidad de relaciones comerciales–. Frente a esta concepción bastante arraigada, Velasco argumenta que la hacienda constituía una articulación compleja de relaciones sociales, que incluía huasipungueros que trabajaban a cambio de acceso a pequeños lotes de tierra, un conjunto de aparceros externos a la hacienda (arrendatarios, sitiajeros y yanaperos) de los que la hacienda recibía rentas en dinero, en productos o en trabajo y, finalmente, un conjunto de peones libres o contratados entre los arrimados de la familia huasipunguera que trabajaban a cambio de salarios. Adicionalmente, sostiene Velasco, la hacienda estaba lejos de ser autárquica. Por el contrario estaba articulada a los mercados regionales y locales. La hacienda no existía, ni existe, aislada, sino articulada al conjunto de la economía del país. Lo que las haciendas producen es lo que el mercado demanda, en cantidades compatibles con ella, considerando las condiciones de fertilidad del suelo. Este era el caso en la década de 1950 cuando, en el contexto del primer boom bananero y de una fuerte expansión económica, el mercado creció y presionó para conseguir más productos, lo que implicó

una fuerte presión por limitar, relocalizar o desplazar a los huasipungueros y expandir las tierras de la empresa hacendaria. Las relaciones no capitalistas habían sido hasta entonces funcionales para la satisfacción de necesidades de alimentos baratos de una importante población rural que no encontraba mayores opciones laborales. Pero estas relaciones comenzaron, al menos en ciertos sectores, a entrar en conflicto con las mayores demandas del mercado. Fue en ese marco que se produjo un importante proceso de proletarianización campesina: “el origen del grueso de asalariados se halla en las limitaciones al crecimiento en el número de huasipungos o en el proceso de fragmentación del minifundio” (Velasco, 1979).

Este proceso contradictorio y desigual de determinación capitalista va a implicar también un proceso de diferenciación entre las haciendas. Basándose en el informe del CIDA y en Barski, Velasco señala que para inicios de los años sesenta eran visibles varios tipos de hacienda. La forma de hacienda que más impulsaría un proceso de proletarianización campesina se localizaría especialmente en los valles lecheros de la Sierra norte. Durante los años sesenta, en términos generales, se produjo un proceso importante de proletarianización rural.

En este contexto, y esta es la tercera proposición, se dio una importante disputa sobre el sentido y profundidad de la reforma agraria que se resolvió por la vía conservadora. Dada la fuerte visión anti-comunista de la época, las fuerzas conservadoras lideradas por el presidente Camilo Ponce Enríquez (1956-1960) primero y la Junta Militar (1963-1966) después, determinaron una acción redistributiva limitada que apoyó lo que hoy podríamos denominar una modernización conservadora. Para Fernando Velasco este proceso no fue el resultado de un plan preconcebido, sino de la forma cómo se dio la interacción entre diversas fuerzas. El objetivo de la modernización conservadora era eliminar las relaciones pre-capitalistas en la agricultura a fin de ampliar el mercado interno y promover el desarrollo de las fuerzas productivas, alcanzar mejoras tecnológicas e incrementar la productividad, por medio de la transformación de las viejas haciendas en empresas capitalistas. Paralelamente, se buscaba consolidar un sector de pequeña burguesía rural que cumpla un papel de distensión en la conflictividad rural.

Una cuarta proposición que me parece central es que la reforma agraria y las luchas en torno a ella tuvieron como efecto mayor descongelar la trama de relaciones de dominación social e ideológica que existían en el campo. Esto permitió que aflore el “hambre por la tierra” y en general contribuyó a la descomposición del sistema de dominación rural, permitiendo que surjan tanto un campesinado independiente como un conjunto de comunidades con capacidad de interlocución propia. Lo primero, el hambre por la tierra, adoptó la forma de luchas y tomas de tierras, pero también de iniciativas individuales para comprar tierras. Esa demanda y presión por la tierra fue aún mayor cuando comenzó a bajar la mortalidad rural y se produjo un auge demográfico importante. Pero este descongelamiento implicó también que el sistema de control social en el campo, que no era solamente económico sino que tenía fuertes elementos culturales y sociales, crujía y se debilita, abriendo enormes posibilidades para el surgimiento de un campesinado y una población indígena autónoma en muchos sentidos.

Una quinta proposición apunta al hecho de que las comunidades indígenas, al “mantener una estructura interna de relaciones que particularizan su organización social” (Velasco, 1979) y que resulta de un largo proceso histórico, demuestran una notable capacidad de resistencia frente al impacto que tienen la estructura productiva y el desarrollo capitalista sobre los remanentes de la estructura social pre-colonial y colonial. Al mismo tiempo, sobre la comunidad opera un sistema de estratificación social basado en la discriminación que es funcional a la sobre-explotación tanto en la esfera de la producción como en la del intercambio. De allí surge una idea fuerza: en tal contexto, una lucha que solo subraye los aspectos culturales y no enfatice los elementos estructurales, terminará siendo funcional a los procesos de modernización. Hoy podríamos afirmar que la lucha campesina puede descomponer la estratificación étnica y abrir paso a la lucha por los ejes estructurales de la modernización.

Una sexta proposición se relaciona con la caracterización del movimiento campesino en los años sesenta. En aquella década eran hegemónicas las posiciones del Partido Comunista Ecuatoriano, es decir, su consigna de lucha anti-feudal y su búsqueda de una alianza con una supuesta burguesía industrial nacional. De acuerdo a Velasco, este posicionamiento terminó

por “subordinar el movimiento campesino a los intereses de una naciente burguesía agraria que [...] impulsó el desarrollo capitalista del campo serrano de acuerdo a sus propios intereses” (Velasco, 1979). De hecho, los tres grandes momentos de movilización campesina –a inicios de los años sesenta, a finales de esa década en la Costa arrocera y a inicios de los años setenta– culminaron con cambios en la normativa legal pero con reducidas acciones redistributivas. Aquí se constata una cierta repetición de los ciclos de lucha y movilización y de construcción de alianzas con grupos reformistas en el Estado que terminan con resultados pequeños y con la reconducción de la modernización conservadora del campo. Este tipo de procesos, cabe destacar, son apoyados con importantes transferencias de recursos vía créditos a bajo interés y fondos de redescuento. La visión de Velasco sobre los conflictos rurales en los años sesenta y setenta termina sosteniendo la afirmación de que el movimiento campesino quedó en una posición subordinada al proceso de modernización conservadora predominante en el país. Ello debido, entre otros factores, al “legalismo, aislamiento e inmediatismo, que implicó que sus movilizaciones tuvieran una desigual y en todo caso escasa capacidad de presión, evidentemente insuficiente para poder imponer sus intereses de clase, centrados en lo esencial en lo que sería una vía campesina de desarrollo del capitalismo en el campo” (Velasco, 1979). Los campesinos necesitarían entonces de aliados externos como condición para romper su propio aislamiento dado por sus limitaciones como clase social. Los campesinos con experiencia urbana, los líderes y activistas urbanos estarían llamados, entonces, a jugar un papel importante en imprimir a la movilización campesina una dimensión estratégica.

La séptima proposición de Velasco trata sobre cuáles son los campesinos con capacidad de promover una transformación agraria e imponer una vía campesina. En su estudio, los campesinos como clase se subdividen en tres estratos sociales. El campesinado pobre y el semiproletariado rural se caracterizan por poseer muy pequeñas parcelas y tener la necesidad de vender su fuerza de trabajo. Este grupo atravesaría por un proceso transicional lento, cuyo horizonte es la migración y la proletarización. El campesinado medio, por otra parte, tiene acceso a mejores y mayores extensiones de tierra y, con el concurso de la familia, puede obtener ingresos suficientes.

Este campesinado vende su fuerza de trabajo más o menos en la misma proporción que la contrata pero tiene fuertes limitaciones dadas por sus dificultades en acceder a conocimientos tecnológicos, créditos, sistemas de comercialización más directos y al asociativismo. Finalmente está el campesinado rico que si bien trabaja en la parcela, contrata fuerza de trabajo en mayor proporción que la que aporta la familia. Como señala Velasco, el semiproletariado es enteramente funcional al sistema nacional de acumulación, pues ayuda a bajar salarios y también los precios de los alimentos. Por el contrario el campesinado medio podría ser un aliado central en los procesos de transformación, pero es sujeto a constantes presiones pues se reconoce en él un soporte principal y un amortiguador de las contradicciones de la modernización conservadora. Como señala Fernando en sus “Hipótesis sobre el proceso de descomposición del campesinado” (1978), sobre este sector “actúan una serie de determinaciones estructurales y políticas que le impulsan en la generalidad de los casos, a constituirse como un grupo que simultáneamente subordina ideológicamente a los estratos campesinos inferiores y que además por su propia óptica, actúa ligado a los intereses de la burguesía”.

Si bien Fernando no avanza una definición sobre el sujeto principal de la movilización, su preocupación principal apunta a pensar cómo el campesinado en todas sus fracciones se puede liberar del control terrateniente y ganar en autonomía en la toma de decisiones. Adicionalmente, Fernando parece señalar que finalmente son el semiproletariado y el campesinado pobre quienes podrían jugar un papel central en la transformación. Pero ello requiere de un trabajo integral de acción sobre las condiciones objetivas y subjetivas de los campesinos, una acción que deben desplegar los activistas rurales.

Una última proposición apunta a la necesidad de entender las formas concretas que asume el desarrollo capitalista del campo y las tendencias hacia donde apunta la diferenciación campesina. A ello Fernando agrega la necesidad de sintetizar el conjunto de determinaciones que concretizan un proceso como única vía de superar tanto el empirismo como el teoricismo. Es decir, señala la necesidad de elaborar análisis con fuerte evidencia, pero que no solo se ocupen de los factores estructurales sino también de los subjetivos, y de hacer esfuerzos de síntesis.

A la luz de esta síntesis de las ideas de Fernando Velasco, como cierre provisional quisiera plantear una reflexión orientada a abrir debates necesarios en la actualidad.

Una idea central que se desprende de las investigaciones de Fernando es que en los años setenta se desataron dos procesos simultáneos: una modernización conservadora del campo y, por otro lado, una ruptura de los sistemas de control social y de dominación neocolonial en el campo. Captar esta simultaneidad me parece una clave que debe ser incorporada al analizar los procesos que han ocurrido desde el cierre de la década de 1970 hasta el año 2005. Por un lado, hemos atravesado ciclos de modernización conservadora, que hallarán su expresión más fuerte con la ley de modernización agraria de fines de la década de 1990 –proyecto orientado a eliminar las posibilidades concretas de reforma agraria–. Pero al mismo tiempo, en forma contradictoria, también ocurrió un proceso de desate del movimiento campesino. El movimiento indígena, principalmente, va a constituirse en este período como una fuerza que actúa a contracorriente del proceso de modernización conservadora, asediándolo constantemente. Como se recordará, el proyecto de ley de modernización agraria tuvo que terminar en una mesa de negociación con la dirigencia indígena y el movimiento campesino. El tema agrario fue ciertamente fundamental en los orígenes del movimiento indígena aunque con el tiempo perdió algo de su importancia. Sin embargo este problema ha sido retomado en el último período.

Actualmente, dentro de un nuevo ciclo de modernización conservadora se han desatado procesos importantes que menciono a continuación, aunque solo sea telegráficamente. 1) La constitución de un sector de agroindustria plenamente integrado a la producción –fundamentalmente en la Costa norte y en buena parte de la Costa central–, cuyo eje paradigmático es la palma aceitera, pero que se puede reconocer también, con diferentes formas y características, en el caso de ciertos sectores bananeros y en la producción de flores y brócoli. 2) Existe una tendencia a la consolidación de haciendas capitalistas separadas de la agroindustria principalmente en el complejo lechero. 3) La constitución de un sector de pequeña burguesía asociada a la agroindustria productora, se manifiesta en complejos como el del maíz, los pollos y los cerdos. 4) Los procesos de concentración de la

tierra en viejos ejes de colonización, como ocurrió en Santo Domingo de los Tsáchilas pero también hacia el norte en Esmeraldas, constituyen una fuerte expansión de la agricultura capitalista que actúa como fuerza dominante de transformación.

Ahora bien, a la par de todo este proceso ha ocurrido otro, que tuvo tal vez su auge hasta los años 2003 y 2004, de expansión de la economía campesina. Esto ha sucedido no solamente en torno a la producción de algunos alimentos básicos, contribuyendo significativamente a la seguridad y soberanía alimentarias –como en el caso del arroz–, sino también en ciertos sectores de la pequeña y dinámica burguesía agraria dedicados a la producción hortícola, frutícola, de café y cacao, en varias circunstancias.

En medio de este panorama, la autonomía largamente disputada como un factor crucial en la construcción del movimiento campesino, hoy parece amenazada por el reemplazo de una alianza entre los campesinos y sus aliados y activistas por una alianza con el Estado. Efectivamente, aunque en buena medida ha sido desde el Estado que se han absorbido muchas de las demandas de los campesinos, esta misma condición a la vez ha ido carcomiendo los niveles de *autonomía* que el movimiento campesino ha conseguido como resultado de un largo proceso de lucha. La recuperación de la memoria de estas luchas y de los modos en que fueron interpretadas, teorizadas y apuntaladas por intelectuales como Fernando Velasco, sin duda puede esclarecer nuestros desafíos actuales.

Bibliografía

Velasco Fernando (1972). *Ecuador, subdesarrollo y dependencia*. Quito, Editorial El Conejo, 1981.

_____ (1979). *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra: hipótesis para una investigación*. Quito, Editorial El Conejo.

Crítica a la modernización capitalista y horizonte de autonomía en el movimiento campesino

Francisco Hidalgo Flor

Para explorar el legado del pensamiento y la obra de Fernando Velasco Abad respecto de la temática agraria voy a referirme a los planteamientos centrales de su libro *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra: hipótesis para una investigación* publicado por la Editorial El Conejo en Quito en 1979, a un año del lamentable fallecimiento del autor.

En primer lugar, cabe llamar la atención sobre el subtítulo del texto “hipótesis para una investigación”. Esta aclaración sobre el alcance de este trabajo de hecho se reitera explícitamente en un par de ocasiones a lo largo del texto. Al momento de escribir los esbozos de un programa de investigación a fines de los años 1970 —que luego se transformarían en su libro sobre la reforma agraria—, Fernando Velasco también animaba un naciente movimiento político de izquierda, el Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (MRT) y trabajaba junto a organizaciones campesinas como la Federación Nacional de Organizaciones Campesinas (FENOC), en cuyo seno se daba una disputa frente a la matriz de la Democracia Cristiana. En este marco, dentro de la perspectiva de robustecer un movimiento campesino inserto en un bloque social revolucionario, Velasco tenía en mente, como un eslabón fundamental, la necesidad de afianzar un colectivo dedicado a la investigación sobre la problemática agraria. He aquí un primer aspecto a ser destacado en relación a la pertinencia de su legado: la propuesta de crear un programa de investigación articulado con las demandas y desafíos de movimientos populares y de tendencia de izquierda.

En los tiempos actuales, en medio de la globalización de la educación universitaria, parecería que un programa de investigación solo podría tener dos fuentes generadoras: las necesidades de la institucionalidad académica, ligadas a la obtención de títulos de magister o de doctorado, donde priman las inquietudes individuales de los investigadores; o las necesidades de las entidades que manejan los fondos de investigación, sea el Estado o la cooperación internacional, ambos con agendas ya trazadas, donde en última instancia las problemáticas de investigación son funcionales.

A contracorriente de estas tendencias, Velasco se proponía crear un programa de investigación a partir de las tensiones generadas en la disputa por los sentidos y proyecciones de un movimiento social –en este caso el movimiento campesino, pero en general los movimientos populares– en un contexto político determinado: el Ecuador y la izquierda entre los años 1977 y 1978. Es decir, al cierre de la etapa desarrollista de sustitución de importaciones y, en consecuencia, también de la etapa de reformas agrarias impulsadas por las dictaduras y, a su vez, en medio de una apertura a regímenes de elección popular, a nuevos modelos de desarrollo y al avance de un proceso de modernización capitalista en el agro y en general en la economía ecuatoriana. Sin lugar a dudas, dentro de las señales de este nuevo momento, en el ambiente de la intelectualidad ecuatoriana de izquierda también estaba presente el influjo de las luchas insurgentes en Centroamérica, especialmente en Nicaragua. Se trataba entonces de un contexto donde se avizoraban caminos abiertos para el despliegue de los movimientos populares y las izquierdas. Muchas miradas estaban centradas en las evoluciones de un campo marcado por las reformas agrarias de las década de 1960 y 1970, por vigorosos movimientos campesinos y también por la temática indígena al interior del movimiento campesino y la sociedad ecuatoriana en general.

Se planteaba entonces en este específico contexto la inquietud sobre el posible sentido que podrían tener los proyectos de investigación (¿para qué investigar?, ¿para quién investigar?). Al respecto, Alfonso Martínez, prologuista de *Reforma agraria*, nos ofrece la siguiente pista: “el debate gira sobre la conformación del bloque social revolucionario [...] ese desentrañamiento y su correlativa definición, como lo señalaba reiteradamente

Fernando Velasco, será por la experiencia histórica del movimiento campesino y la síntesis de las fuerzas socialistas” (pág. XXIV). A través de su programa de investigación, Velasco se propuso dar luces respecto de hacia dónde, cómo y con qué programa sería posible consolidar un movimiento campesino e indígena en un contexto de apertura a la participación, la organización e incidencia política, dentro de la disputa por ampliar los márgenes de incidencia de la izquierda ecuatoriana.

¿Cuáles son las temáticas que componen ese programa de investigación? 1) La modernización y las relaciones de producción en el campo. 2) El carácter de la reforma agraria en un contexto de expansión capitalista. 3) La superación de la condición de subordinación de los movimientos campesinos. 4) Las perspectivas del movimiento campesino y la disputa por la orientación del bloque popular. Hoy, en la segunda década del siglo XXI, en medio de un tiempo de cambios en el Ecuador y Latinoamérica, tales inquietudes no solo que tienen pertinencia sino que permiten ilustrar las cuestiones que nos plantea el nuevo momento del país y la región.

Vía capitalista de desarrollo y modernización en el campo

“El resultado está a la vista: un empeoramiento de las condiciones materiales de existencia, como base para el proceso de pauperización – proletarización que exige el desarrollo capitalista” (Velasco, 1979: 144).

Es evidente que en Ecuador y en buena parte de los países latinoamericanos, el discurso que apela a la modernización sigue teniendo un enorme poder como imaginario para la construcción de hegemonía, o bien, para lograr la aceptación entre las clases populares de un proyecto económico que no necesariamente encarna sus aspiraciones y demandas, pero que es asumido bajo la promesa de un futuro deseable. La vía capitalista de desarrollo, especialmente en cuanto a la evolución de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción en el campo, se presenta como el sinónimo de la promesa de modernización y progreso. Por ello es interesante rescatar la postura

que adoptara Fernando Velasco al analizar una de las etapas más intensas del apuntalamiento de la vía capitalista a través de la intervención del Estado en el campo, como fue el período 1960-1978. Como sabemos, durante este periodo se llevaron a cabo las únicas reformas agrarias implementadas en la historia del Ecuador, como parte de una estrategia de desarrollo por la vía de sustitución de importaciones ejecutada por gobiernos militares.

Velasco destaca que la “necesidad estructural de modernización capitalista del campo exigía una rápida abolición de las formas precapitalistas, que permita la expansión de las relaciones salariales y el desarrollo de las fuerzas productivas” (Velasco, 1970: 138). La modernización capitalista tiene objetivos muy precisos. El más destacado es la expansión de las relaciones salariales, esto es, la proletarización de la población económicamente activa en el campo. Esto implica asegurar a los capitalistas agropecuarios el acceso a mano de obra barata proveniente, por lo general, de los estratos jóvenes de la fuerza de trabajo disponible que antes se desenvolvía en formas precapitalistas. Es muy relevante poner en cuestión que la perspectiva de proletarizar la fuerza de trabajo rural sea la opción para un desarrollo rural concebido, como diríamos ahora, en términos de equidad y sustentabilidad.

En el mismo texto Velasco plantea desde otro ángulo su crítica a la modernización capitalista: “La profundización del desarrollo capitalista exige necesariamente del trabajador ‘libre’, despojado no sólo de la posesión de los medios de producción, sino también de las ataduras ideológicas que le inhiben la participación plena en la racionalidad productiva capitalista” (Velasco, 1979: 162). En este proceso, el campesino salido del yugo del sistema hacendatario tradicional, no solo pierde el acceso a medios de producción propios –en especial la tenencia de la tierra–. A la vez, este sector social es despojado de los mecanismos de convivencia y de la cultura que le resultan característicos como parte de pueblos campesinos e indígenas y que son distintos a los que requiere la racionalidad productiva capitalista. La vía capitalista de modernización del campo termina promoviendo una desapropiación material de las poblaciones rurales que es capaz de presionar hacia la proletarización de la fuerza de trabajo y al desgajamiento de sus vivencias comunitarias y colectivas –ataduras que la inserción ideológica en la racionalidad productiva capitalista exige disolver–.

A ello se añade otra crítica, sobre la que vamos a profundizar a continuación. La hegemonía del discurso de la modernización está avalada dentro el bloque popular por una estrategia política de subsunción del programa a una fracción de las clases dominantes, la que se presenta como la fracción progresista.

La lucha por la tierra y el movimiento campesino

“La apropiación privada de la tierra es sostenida por la importancia ideológica-política que tiene y además como mecanismo de mantenimiento de la proletarianización de la población” (Velasco, 1979: 28).

En la lectura de Velasco sobre la reforma agraria, que opera como *leitmotiv* del texto, se reconoce la tensión de una política que está a medio camino entre la vía capitalista y la vía campesina de desarrollo rural. Es insuficiente entender a la reforma agraria únicamente desde el lado de la racionalidad de la modernización capitalista, esto es, como superación y eliminación de las formas precapitalistas que responden a la necesidad de superar el viejo sistema hacendatario que constreñía la evolución de las fuerzas productivas en el campo para abrir las puertas hacia una masiva proletarianización de la fuerza de trabajo. La reforma agraria es también la condición para la afirmación de la vía campesina. Esto porque la tenencia de la tierra en manos de los campesinos permite generar las condiciones estructurales desde las que se puedan desplegar las potencialidades de una agricultura campesina y familiar, dinamizar el mercado interno, así como construir un bloque histórico.

Las reformas agrarias aplicadas en el ciclo de los años sesenta y setenta en el Ecuador fueron incompletas e insuficientes y afectaron sólo de manera parcial la estructura de inequidad en el acceso a la tierra.¹ Pero, a la par,

1 Durante el período de vigencia de leyes de Reforma Agraria, entre 1964 y 1994, se registró una afectación total de novecientos mil hectáreas de superficie. Las etapas más intensas se registraron entre 1964 y 1968, con la promulgación de la primera ley, y luego entre 1974 y 1979 con la segunda ley. Las etapas más bajas corresponden al período posterior a 1982. Con la ley de 1994 se

sin desconocer sus limitaciones, estas reformas abrieron las puertas para la consolidación de las agriculturas campesinas y familiares, que se desplegaron como ejes de la producción alimentaria en las décadas subsiguientes y generaron condiciones objetivas para la afirmación del movimiento indígena y campesino de los años 1990 e inicios del siglo XXI.

La vía capitalista de modernización del campo se desplegó fragmentariamente en zonas de enclave –la cuenca baja del río Guayas y los valles interandinos articulados en el patrón de acumulación primario exportador–. Se trata de tierras capaces de aportar una ganancia extraordinaria sobre la base de una renta diferencial. Específicamente, lo que se impulsó es un capitalismo rentista alrededor de la exportación bananera, florícola, la expansión ganadera y arrocera, a lo que habrá que añadir el crecimiento de la exportación camaronera. En las zonas de reparto, por su parte, las condiciones fueron de clara desventaja en términos de fertilidad del suelo, de tamaño de la unidad productiva, de acceso a fuentes de agua y a vías de comunicación. En cuanto a la agricultura campesina y familiar, esta se orientó a la producción de alimentos para el mercado nacional, constituyendo la base productiva y cultural de lo que desde inicios de los 2000 denominamos “soberanía alimentaria”.

En un país como Ecuador, marcado por el colonialismo y los remanentes del sistema hacendatario, la política de reforma agraria siempre fue denostada. Uno de los blancos de ataque preferidos durante el despliegue del modelo neoliberal fueron, precisamente, las instituciones que pudieran sostener un reparto de tierras, los institutos nacionales sobre la tierra y el agua, la dirección nacional de catastros y las instancias jurídicas sobre la tenencia de la tierra. Más que constituir un requerimiento de la productividad económica, la preeminencia de la gran propiedad privada sobre la tierra es un elemento necesario dentro del dominio político e ideológico del *statu quo* capitalista sobre los sectores campesinos e indígenas.

Un pilar de la vía campesina de desarrollo en el campo atraviesa por promover y garantizar el acceso a la tierra a las presentes y futuras generaciones, pero ya no sólo como un argumento productivo, sino como

cierra el periodo de reformas agrarias en el Ecuador. Sobre el detalle de las superficies afectadas ver Gondard y Mazurek (2001).

garantía del trabajo integral y como condición para la preservación de los ecosistemas. Elementos todos estos de un modelo de agricultura diversificada que asegure una verdadera soberanía alimentaria.

Horizonte de autonomía para el bloque popular

“Carente el campesinado de una fuerza autónoma, pierde rápidamente la iniciativa” (Velasco, 1970: 116).

Como ya señalamos, el debate en el que participó Velasco en torno a una vía autónoma para el movimiento campesino, en particular, y para el conjunto de los movimientos populares, en general, se dio en el marco del inicio de una tendencia ascendente de las organizaciones sociales y partidos de izquierda en la antesala del denominado “retorno a la Constitución” luego de los gobiernos militares del periodo 1972-1978. Se percibía entonces que el paso por la etapa desarrollista, si bien resultó complejo y en algunos aspectos adverso, en especial para el movimiento campesino que vivió la implementación de una reforma agraria direccionada “desde arriba”, abrió la gestación de un bloque popular y espacios de participación política directa de las izquierdas. La unidad de las centrales sindicales estaba en ciernes. La participación electoral y la disputa abierta ante el discurso sobre el cambio estaban a la orden del día. La confrontación con la democracia cristiana y su influencia en los gremios obreros y campesinos colocaba en la agenda la cuestión de la dirección y orientación del bloque popular. Fernando Velasco fue muy activo en estos ambientes, animando a los denominados movimientos de la nueva izquierda.

En ese contexto, al plantearse el tema del movimiento campesino, estaba en cuestión la dirección política del mismo durante una coyuntura de bifurcación. La participación del movimiento campesino en la agenda desarrollista estaba marcada por la dirección del viejo Partido Comunista Ecuatoriano, que imprimía la lectura de las dos fases históricas necesarias del proceso revolucionario. Como lo recalca el propio Velasco: “hay aquí un problema en torno a las alianzas de las clases posibles para el cambio

revolucionario; la estrategia reformista, hegemónica en el movimiento popular, apunta a una alianza con una hipotética burguesía nacional [...] sin embargo, no existe ninguna contradicción de carácter antagónico entre la burguesía industrial y los terratenientes” (Velasco, 1979: 113). De hecho buena parte del texto y del programa de investigación que se plantea Velasco propone demostrar con análisis cuantitativos y cualitativos que no existían fundamentos para sostener supuestas “contradicciones antagónicas” entre estas dos fracciones de las clases dominantes. De lo que se trataba, por lo tanto, era de superar esta falsa dicotomía, superar la hegemonía de la estrategia reformista y avanzar hacia un programa revolucionario que confronte al dominio burgués como una totalidad.

La experiencia del movimiento campesino en la lucha por la reforma agraria refuerza este planteamiento. Al ser colocado detrás de una de las fracciones de clase y en situación de subordinación frente al Estado, este movimiento perdió toda capacidad de iniciativa y dirección. Pero hacia donde Velasco apuntaba era hacia la generación de una situación de autonomía para el movimiento campesino y para el bloque popular, a partir de la que se pueda sostener un proceso que podemos denominar de contrahegemonía. Se trata, entonces, de asumir una estrategia de transformaciones de la estructura –en el caso del campesinado esto remite a la cuestión de la tierra– y no de quedarse detrás de un discurso de modernización, que en esencia representa la vía capitalista de desarrollo.

En los años 1990 e inicios de la década del 2000, la lucha popular contra el neoliberalismo y la oligarquía se puede leer como una onda que arrancó desde esos espacios de afirmación del movimiento popular. Las nuevas izquierdas lograron superar, en cierta medida, la condición de subalternidad y lograron desenvolverse en espacios de autonomía y, por ello, construir plataformas potentes de lucha como la plurinacionalidad, la soberanía alimentaria, los derechos de la naturaleza y la exigencia de procesos constituyentes.

Instalando estos debates en nuestro presente, las tensiones en escenarios posneoliberales, donde se apela con mayor resonancia al término revolución, reactivan la demanda por la autonomía de los movimientos populares. Hoy en día se acentúa la necesidad de sostener un programa propio y

de sentar las bases de un bloque histórico capaz de impulsar transformaciones estructurales frente al capitalismo, sin permitir la subordinación ante las tesis que propugnan la disolución del movimiento en la retaguardia de la fracción industrial de la burguesía.

En síntesis, el legado de Fernando Velasco para los estudios agrarios y rurales en el Ecuador del siglo XXI marca una perspectiva de trabajo intelectual e investigativo articulado con los movimientos sociales y con la organicidad colectiva de las izquierdas. A la par, este legado vigoriza el pensamiento crítico respecto de la vía capitalista de modernización del campo, incluidas sus variantes desarrollistas.

Bibliografía

- Fernando Velasco (1979). *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra: hipótesis para una investigación*. Quito, Editorial El Conejo.
- _____ (1981). *Ecuador: subdesarrollo y dependencia*. Quito, Editorial El Conejo.
- Gondard, Pierre y Hubert Maxurek (2001). “30 años de reforma agraria y colonización en el Ecuador: dinámicas espaciales” en *Estudios de Geografía* vol. 10, Quito, PUCE.

El pensamiento de Fernando Velasco Abad y las nuevas cuestiones agrarias

Francisco Rhon Dávila

Al elaborar este trabajo, en principio pensaba darle la vuelta a algunas otras ideas y algunos otros datos. Pero gracias al Dios de la Vida –como diría Hernán Rodas– se me permitió trabajar junto a Fernando y tener la oportunidad de contarle después. Creo que esto es entrañable y por lo tanto hasta pensé titular esta pequeña exposición “Aportes para conocer algo más de la vida de un entrañable amigo”. Uno empieza a preguntarse a las alturas de estos tiempos, en caso de que Fernando viviera –y más o menos tendría mi edad– qué estaríamos discutiendo si, como en los años setenta, él siguiera reflexionando junto a Manuel Chiriboga y otros colegas la cuestión agraria. Como ya se mencionó, con Manuel fundamos el Centro de Investigaciones y Estudios Socio Económicos (CIESE) y más tarde el Centro Andino de Acción Popular (CAAP). El CIESE fue una iniciativa del economista Fausto Jordán, en aquel entonces director de la Central Ecuatoriana de Servicios Agrícolas (CESA), institución inspirada en el pensamiento y acción del grupo de intelectuales creado por los jesuitas en Santiago de Chile (Beigel, 2011) –con quienes Fernando Velasco realizó una de las experiencias más importantes de su vida–.

¿De qué estaríamos conversando si Fernando estuviera entre nosotros? Seguramente sobre cómo se transformó la cuestión agraria al grado que ese capital que es la tierra capital orgánico, como ha señalado Manuel, dejó de ser importante como tal para el agronegocio, pasó a ser incluso una mercancía, se volvió objeto de arrendamiento ya que las grandes empresas

de ahora no requieren ser propietarias. Qué sucede, nos preguntaríamos, cuando ocurre un cambio estructural tan profundo impulsado por una tecnología de alto conocimiento, como la ingeniería genética, por ejemplo, donde la agricultura pasa a un nuevo momento que podríamos definir como un momento de industrialización, pasa a ser un hecho industrial en el cual hay varios componentes y procesos modulares, no necesariamente conectados en una misma unidad productiva. Al igual que en la industria, los insumos son provistos por agentes externos especializados. Las semillas genéticamente modificadas, que están en la mayor parte de los productos que consumimos, así como todo el paquete de insumos –fertilizantes, fungicidas, controladores de maleza– provienen de empresas especializadas que controlan los precios y todo el servicio informático que está detrás. Este manejo de la información conlleva una mayor eficiencia y eficacia productiva, a la que se denomina como agricultura de la perfección, es decir, aquella agricultura que mide las necesidades de nutrientes y de agua vía sistemas satelitales que cada planta necesita en cada momento y cuánto se desperdicia en riego y cuánto hay que ahorrar para no invadir el suelo y por lo tanto producir pérdidas mayores por el crecimiento de malezas, algunas incubaciones de plagas y erosión. Todo este aparataje de información, que es parecido al que se dispone en cualquier empresa, al igual que los instrumentos de mercadotecnia, está presente en la agricultura actual. Finalmente, toda la fase de cosecha es realizado por maquinarias sofisticadas, cosechadoras denominadas tracto mulas, unos vehículos inmensos capaces de cultivar de 20 a 30 hectáreas en menos de un día, provistos por empresas especializadas en dotar de estos servicios y obtener réditos.

Esta agricultura, no tiene, en cuanto a la gestión, los procesos y la adopción de nuevas tecnologías, diferencia alguna con lo que sería una fábrica de zapatos: el cuero viene de un lado, el hilo viene de otro lado y al final hay una fuerza interior que controla los procesos de producción y determina si el zapato tiene los suficientes parámetros como para ser vendido a precio módico. Esto es lo que está sucediendo en la agricultura mundializada. Grandes productores y mercados a escala planetaria imponen los precios, el proceso de cultivo y la calidad, sin ninguna incidencia de los campesinos.

Así, si en los años sesenta, de acuerdo al denominado Informe CIDA¹, la contradicción central se daba entre la economía rentista latifundista versus los campesinos, hoy la contradicción principal se da entre la economía de mercado capitalista versus los pequeños e incluso medianos productores. De manera que las contradicciones que tenemos ahora en el agro, ya no remiten a la contradicción entre el campesino de las épocas de Fernando y el terrateniente latifundista. Ahora se trata de una contradicción básica entre la pequeña producción familiar, que de alguna manera habría que definir y caracterizar como concepto y que tal vez coincidiría con esa pequeña burguesía y ese campesino medio a los que se refería Fernando Velasco en su análisis (Velasco, 1971 y 1974), y el nuevo agronegocio que poco tiene que ver con la agroindustria. Estamos pues frente a otra realidad. Si los pequeños y medianos productores pueden realizar procesos de articulación productiva y pequeñas transformaciones productivas, los otros procesos que están involucrados en toda esta nueva agricultura del agronegocio, como ya menciona Manuel Chiriboga en su colaboración para este libro, se dirigen fundamentalmente a la agroexportación. Dentro del agronegocio nos referimos básicamente a la palma aceitera, la caña de azúcar y por el momento los arándanos. Productos a los que se conoce también como de producción “flexible”. El aceite de palma puede usarse para cocinar, para producir el combustible para vehículos, cosméticos, medicinas, etcétera. Algo similar ocurre con la caña de azúcar. Ésta se puede convertir en agrocombustible o también en cosméticos. Los arándanos, asimismo, pueden servir para producir jugos, tintes, etcétera. Estamos frente a otros mercados, a otras funciones y utilidades de la agricultura, donde las fuerzas campesinas a las que hacía referencia Fernando y a las que todos nosotros apostábamos como un motor de las profundas transformaciones que se requerían –y que aún son actuales– también son otras.

Aquí cabe recordar una vieja discusión sobre el papel del campesinado, nunca suficientemente resuelta. ¿El campesinado era un sujeto revolucio-

1 El informe “Tenencia de la tierra y desarrollo socioeconómico del sector agrícola. Ecuador” fue publicado por el Comité Interamericano de Desarrollo (CIDA) de la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1965. El estudio sobre Ecuador fue realizado por Rafael Barahona, geógrafo chileno a quien recordamos con respeto y afecto.

nario en sí mismo o simplemente era un aliado del proletariado que debía triunfar y darnos la libertad?, ¿o acaso se trataba de formar una alianza permanente de dos sujetos iguales? Es necesario recordar que cuando se formulaban este tipo de interrogantes en los años setenta del siglo pasado, existía una muy incipiente industrialización y la mayor parte de las centrales sindicales estaban compuestas por empleados y funcionarios públicos antes que por obreros propiamente tales.

Por otra parte, Fernando Velasco empezó a vislumbrar un proceso mucho mayor que ahora denominamos globalización y que en aquel entonces se llamaba internacionalización del capital. No hay que olvidarnos que la tesis con la que se gradúa Fernando en la Universidad Católica del Ecuador, se refiere a cómo la economía colonial se articulaba ya al desarrollo internacional de acumulación a escala planetaria del capital. En Fernando siempre estuvo presente la idea de la internacionalización del capital que después se va a conocer como globalización. Pero a partir de esta constatación, no le vamos a pedir a alguien de los años setenta que entienda procesos que apenas estaban en su momento de inicio, que empiezan en el año 1975 pero que van a ser evidentes en la década de 1980. Como sabemos, la globalización describe básicamente esa impresionante capacidad de transformación de información en tiempo real que conlleva una inmensa capacidad de afectar y provocar otras transformaciones en el campo productivo. Dentro de la actual forma de división internacional del trabajo, nos corresponde ser proveedores de materias primas. Sin que se vislumbren mayores alternativas viables, parece difícil salir de ser un país básicamente primario exportador. Por más universidades que podamos implementar, la acumulación de conocimiento que existe a escala planetaria está muy lejos de nosotros, los procesos que están detrás de transformar ese conocimiento en producto y colocar ese producto en el mercado están muy lejos de cualquiera de nuestras capacidades. De hecho, persiste una clara hegemonía de los Estados Unidos, de algunos países europeos y de Japón en la construcción o industrialización de ese conocimiento. Aquí vuelvo a dar gracias a la Vida por permitirme volver a ver estas realidades a través de la conversación que añoro con mi amigo.

El pensamiento de Fernando Velasco se va forjando, por un lado, en sus estudios en la Universidad Católica, pero posteriormente con su sen-

cillez y sus hábitos de gran lector y su vocación de académico ligado a la praxis, participa, se nutre y debate con una corriente importante de la intelectualidad jesuita que empieza a pensar en un nuevo modo de vida y que se gesta desde la década de 1950 hasta las de 1960 y 1970. Ahí se formó un grupo de pensamiento formidable donde esta gente como Armand Mattelart y Franz Hinkenlammert, grandes pensadores y filósofos de ese tiempo, que se agrupan entre otras instituciones en Desarrollo y Sociedad de América Latina (DESAL) y en Iglesia y Sociedad de América Latina (ISAL). Fernando participó mucho en esos espacios y también formó parte de ese espíritu de búsqueda. El mundo es injusto, es esencialmente injusto y por lo tanto hay que cambiarlo, se pensaba. La diferencia de la versión de los jesuitas con la nuestra, los socialistas noveleros radicales, era que ellos pensaban que era posible hacer una revolución en paz. En contraste nosotros creíamos que se debía hacer una revolución socialista, al menos se pensaba en una revolución socialista, tomando incluso el caso cubano reciente como ejemplo. Parte del debate ideológico-político tenía relación con el dilema fundamental de si esa transformación debía hacerse por la vía armada. Fernando sostenía que no, que hay que hacer una revolución a partir de transferirle poder a los sectores populares. Es así como, siguiendo lo que ya apunta Francisco Hidalgo en esta publicación, los sectores populares ganan espacio político, capacidad de lucha y se vuelven capaces de aliarse con otras fuerzas para conquistar el poder. Al final Fernando admitió, tuvo que admitir, que alguna parte de este proceso podría ser militar, pero nunca asumió como punto inicial la necesidad de la lucha armada. Ningún trabajo de Fernando llama a la lucha armada, no existe ningún escrito publicado donde abogue por esta opción. En apoyo permanente a Mesías Tatamuez, era Fernando quien redactaba casi todos los manifiestos de la vertiente socialista de la Central Ecuatoriana de Obreros Católicos (CEDOC) y del Frente Unitario de Trabajadores (FUT) —entonces en formación—. La idea de la vía armada no está presente en esos trabajos y esto tal vez encuentra su origen en esa gran virtud de académico y humanista de Fernando. Quizá en algún momento llegó a pensar, de algún modo, en ambos caminos: en la necesidad de esa larga lucha para conquistar el poder, si se quiere un poco al estilo maoísta, rememorando la gran marcha para

conquistar el poder –se trata de una interpretación mía, probablemente errónea–, desde una acumulación permanente de fuerzas que generen la intuición y capacidad de entender una posibilidad de lucha no violenta, pero de admitirla si es que es necesaria. En todo caso, con Fernando tuvimos la oportunidad de abrir una serie de debates y discusiones sobre estos temas y sobre nuestras versiones de la coyuntura y el momento político del campesinado y, sin duda, quedan un cúmulo de asuntos que nos gustaría volver a discutir con él.

La práctica, la acción que enriqueció el conocimiento de Fernando sobre la realidad agraria, se realizó en CESA, institución fundada hace cerca de cincuenta años. Lo que se llevó adelante conjuntamente con Fausto Jordán y los colegas de CESA fue una propuesta de desarrollo rural, que la podríamos entender como una adaptación en los Andes de la vía *farmer*. Un modelo de transformación agraria, conceptualizado originalmente por Chayanov, que a la vez que desestructuraba la forma latifundiaría, buscaba, en nuestro caso, dotar a los campesinos de capacidades y de fuerza para la recuperación de la tierra y para el control de los mercados de la tierra, pero sin perder autonomía como sujetos políticos. Los proyectos que CESA implementó en los tiempos de Fernando Velasco surgieron principalmente a partir de procesos de reforma agraria. Ya sea que CESA se encargó de la distribución de la tierra de propiedad de la Curia, como en el caso de las haciendas de Riobamba y Ambato, o de otras instituciones, en todos los casos se trataba del resultado de la lucha y organización de la gente.

Monseñor Leonidas Proaño, contemporáneo en las luchas por la justicia y la eliminación de la dominación, siempre vivió, me parece, en la angustia generada entre la búsqueda de la libertad, la igualdad y la autodeterminación de los pueblos indígenas –lo que podríamos entender ahora como la plurinacionalidad– pero al mismo tiempo por esa práctica del desarrollo asistencial y productivista. Creo que esta paradoja era vivida con angustia por Proaño y de alguna manera también por Fernando quien atestiguó la tensión generada entre la búsqueda de una transformación nacional y unos programas de desarrollo pragmáticos y efectivistas que, como efecto no deseado, producían distinciones y desigualdades entre quienes accedían a la tierra y a los programas de desarrollo y aquellos que no eran

parte de tales beneficios. Luego del tiempo transcurrido y de constatar los resultados visibles, tendríamos otro tema más para discutir con Fernando.

A través de un interesante, bien documentado y argumentado trabajo, Víctor Bretón (2012) estudió una zona donde se ejecutó uno de los proyectos exitosos de CESA (el Tanicuchi, Pastocalle, Toacazo). En esta investigación, se analiza la aplicación del particular modelo *farmer* y se ponderan los efectos positivos alcanzados pero también se señalan aquellos que impactaron en la desigualdad y conflictividad intercampesina en la zona. A partir de estudios como éste, contando con la ventaja del tiempo y con la perspectiva de los cambios ocurridos, así como un mayor y mejor bagaje de conocimientos acumulados, estaríamos en mejores condiciones para inquirir, describir y analizar esos procesos, su inserción en la nueva estructura agraria, su relación con cuestiones como la realidad de la agricultura familiar y los cambios en la agricultura impulsados y modelados por el proceso global de mundialización de mercados, precios, productos y usos del suelo agrícola. Todo esto genera un conjunto de grandes preguntas, algunas derivadas de respuestas anteriores. En este sentido, frente a las permanentes conversaciones con Fernando, parecería que se invierte un conocido dicho y podríamos afirmar que ‘teníamos la pregunta pero nos cambiaron las respuestas’.

Bibliografía

- Beigel, Fernanda (2011). *Misión Santiago. El mundo académico jesuita y los inicios de la Cooperación Internacional Católica*. Santiago, LOM Ediciones.
- Bretón, Víctor (2012). *Toacazo en los Andes Equinocciales tras la Reforma Agraria*. Quito, FLACSO / Abya-Yala.
- Velasco, Fernando (1971). *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra: hipótesis para una investigación*, Quito, Editorial El Conejo, 1981.
- _____ (1971). “Una experiencia de desarrollo rural”. Quito, CESA.

III. Legado político y organizativo



Fernando, el Conejo Velasco y su actualidad política

Alberto Acosta

“Lo primero que salta a la vista es la necesidad de un enfoque integrador, totalizante. Entendido el subdesarrollo como un fenómeno global, que afecta a todos los órdenes de una nación, es evidente que la explicación del mismo, para ser coherente, deberá conjugar aspectos económicos, políticos, sociales y culturales”.

Fernando Velasco (1981)

El pensamiento de Fernando Velasco Abad influyó en la vida política contemporánea del Ecuador. Sus escritos aún hoy son objeto de estudio y constituyen una bibliografía obligada para entender la dinámica social del país. Su pensamiento, plasmado en varios textos, tiene un respaldo vigoroso, expresado en su praxis coherente. Desde una rápida lectura de sus principales aportes, que no pretende ni mucho menos agotar los puntos de análisis posibles, y teniendo en cuenta esta simbiosis de pensamiento y acción de Velasco, propongo aquí unas breves reflexiones para seguir alentando el debate.

Velasco acompañó desde dentro las luchas de los movimientos sindicales y campesinos del país en los años setentas —luchas que, por lo demás, fueron motivo de su estudio e interpretación— y analizó la realidad social ecuatoriana en esa década crítica, marcada por cambios dramáticos. En el Ecuador, transitábamos de una sociedad agraria a una sociedad marcada por el rumbo de los petrodólares, de la mano de una dictadura militar, mientras se consolidaba el concepto de desarrollo de tinte cepalino y afloraban las profundas críticas dependentistas. Afuera, el mundo enfrentaba

la Guerra Fría, se sucedían las rupturas comunistas provocadas por los distanciamientos entre Moscú y Pekín (hoy Beijing), emergía la Nicaragua sandinista, triunfaba Salvador Allende en Chile al inicio de la década y luego esa república era víctima de una sangrienta dictadura militar que, conjuntamente con otras, destrozaron algunas sociedades latinoamericanas. Ese fue el contexto que acompañó a las reflexiones de Velasco.

No obstante, discutir el aporte de Velasco resulta oportuno. Es importante mirar atrás en la historia política de los países, sobre todo para tratar de entender los errores. Pues, finalmente, eso es lo que permitiría no volverlos a cometer, aunque esto pocas veces se logra... Estos desencuentros se explican justamente porque no se recurre a análisis vigorosos como los propuestos por aquellos pensadores ecuatorianos clave, como son Agustín Cueva y Bolívar Echeverría, a los que bien puede acompañar Fernando Velasco.

Basta revisar el pensamiento de Velasco para darse cuenta de dos cosas: por un lado, cómo sus múltiples reflexiones tienen una vigencia impresionante, y por otro, cómo la realidad social del Ecuador no ha cambiado mayormente. Es decir, nuestro tránsito político ha optado por caminar cansinamente muchas veces sobre el propio terreno, con muchos más retrocesos que avances y no pocas frustraciones.

La dependencia, una teoría siempre actual

El punto de partida de los trabajos de Velasco son sus reflexiones sobre la dependencia. Velasco nos planteaba la necesidad de recuperar los términos de la teoría de la dependencia, sobre todo en sus vertientes más radicales, con las que él se identificaba, para enfrentar la economía neoclásica y el imperialismo, que estaban –y siguen estando– insertos en nuestra sociedad. Sus aportes fueron fundamentales para entender las lógicas con que se maniataba a la frágil sociedad ecuatoriana y se la hacía cada vez más dependiente del capitalismo metropolitano. El país dejaba de ser una economía agroexportadora para transformarse en una economía petróleo-agroexportadora.

Se trata de una visión que debe ser recuperada para entender el presente. Velasco ya nos decía en los años setentas, que la dependencia entraba

en una nueva fase de la mano de la explotación de crudo. Hoy esa dependencia se mantiene y se reedita atada a los mismos ingresos petroleros y se proyecta con la megaminería. Es decir, se prolonga la misma modalidad de acumulación ligada a la explotación de recursos naturales que ha marcado la vida del Ecuador desde sus orígenes.

A inicios de los años setenta, en su libro clásico *Ecuador: subdesarrollo y dependencia* (publicado póstumamente en 1981), Velasco ya reflexionaba sobre el intento de industrialización, que era una de las propuestas políticas de la época. Entonces, como acontece con el actual planteamiento de transformación de la matriz productiva esgrimida desde el Gobierno, ya se optaba por un modelo asociado al desarrollo del capital transnacional. Un modelo que coincidía, como hoy, con la creciente participación del Estado en la economía, se financiaba sobre la base de la penetración del capital extranjero y el mantenimiento del patrón tradicional de exportaciones primarias (Velasco, 1981: 207). Este modelo, como lo anticipó Velasco, se dio “en una coyuntura marcada por el reforzamiento de la dependencia” (1981: 206). En tal contexto, Velasco explica por qué son las exportaciones tradicionales las que siguen financiando la capacidad de compra del país. Además, aclara cómo la evolución de la estructura social depende de la forma de inserción a la economía internacional, y cómo la coyuntura mundial confiere un especial sello de dependencia al proceso.

En un libro anterior, *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra* (1979), Velasco anticipó visionariamente cómo las exportaciones petroleras iban a incrementar “el endeudamiento externo hasta niveles nunca antes conocidos en el país” (1979: 117). Los capitales se acomodan en aquellas economías que dependen de sus recursos naturales, cuando las condiciones para la colocación de dichos recursos son provechosas y sobre todo si se pueden hacer buenos negocios. Hoy, además de los viejos imperios, algunas economías gigantes, que emergen y se expanden con fuerza, se encuentran de compras por el mundo para satisfacer sus modelos de crecimiento, endeudando a los países que les suministran materias primas y sometiéndolos a sus lógicas de expansión del capital. Basta ver cómo evolucionan actualmente las relaciones de Ecuador con China.

El desarrollo y el subdesarrollo, un fenómeno global

Ya a inicios de los años setentas, Velasco se cuestionaba si era o no posible el desarrollo nacional en un mundo cada vez más internacionalizado. Pregunta eminentemente actual. Es más, cabe debatir si realmente es posible el desarrollo a secas, cuando se ha convertido en una suerte de entelequia sin mayor contenido o significado. Hoy, las sociedades están en proceso de buscar alternativas, no de desarrollo, sino alternativas al desarrollo, como lo es –o debería ser– el Buen Vivir o *sumak kawsay*.

Durante el boom petrolero de los setentas, con el endeudamiento externo agresivo, se desconocía que se estaban sentando las bases para la invasión de las políticas neoliberales del Consenso de Washington en los años ochenta. De manera similar, hoy tampoco hay una conciencia clara de lo que significa la forma de vinculación sumisa a la economía china, en el marco de lo que podríamos considerar como el Consenso de Beijing. Las dos son formas más o menos refinadas de dependencia, en tanto se las presenta a través de un discurso que cierra la puerta a las alternativas.

En síntesis, desde los años setentas existe una pugna permanente entre el desarrollismo modernizador y las presiones que surgen desde la sociedad que exige transformaciones estructurales, tal como las planteaba Velasco con mucha claridad. Entonces, como hoy, mientras se despliegan discursos “revolucionarios” (Guillermo Rodríguez Lara y Rafael Correa), se mantiene la misma modalidad de acumulación. El petróleo fue la base de la modernización del capitalismo en la década de los setentas, tal como acontece en estos días. Es más, cuando se avizora el agotamiento de las reservas petroleras, se fuerzan las tareas de explotación de crudo abriendo la puerta a la undécima ronda petrolera en el sur de la Amazonia ecuatoriana y autorizando la explotación del crudo del Yasuní-ITT. Pero ahora ya no solo se trata del petróleo. Se está dando inicio a la megaminería, se pretenden dejar de lado las prohibiciones constitucionales permitiendo el uso de los transgénicos, también se favorece la producción de agrocombustibles, lo que solo será posible reconstituyendo los latifundios y minimizando la producción campesina.

En suma, actualmente se trata de avanzar hacia las que podrían ser las últimas fronteras de colonización de nuestro capitalismo periférico, dependiente de las demandas del capitalismo metropolitano. Esta es una suerte de reencuentro modernizado con visiones y prácticas pasadistas sobre la base de la expansión de la matriz primario exportadora con algunas ventajas para el Estado, como sucedió en los días en los que el *Conejo* planteaba una profunda revolución socialista y, sobre todo, proponía de manera precisa la necesidad de asumir el debate sobre el subdesarrollo y el desarrollo de una forma totalizante, entendiendo que se trata de un fenómeno global.

El campo, un terreno de permanente y actual disputa

Otro punto interesante en el proyecto político de Velasco era su visión sobre la necesidad de resolver los problemas del agro. Su aporte nos deja algunos elementos clave: por ejemplo que la reforma agraria no sería nunca una concesión generosa de los grupos dominantes. La reforma agraria de los militares, que tenían una concepción nacionalista, no buscaba una transformación estructural de la sociedad, de la economía o del agro mismo. La larga dictadura militar propició dicha reforma para modernizar el aparato productivo a través de la entonces dominante estrategia de industrialización vía sustitución de importaciones. Dentro de un modelo de recomposición del capital y con una nueva burguesía en ciernes, al igual que sucede ahora, resultaba impensable promover el empoderamiento de los grandes colectivos necesario para esas modificaciones radicales. Ya nos decía Velasco que para llevar a efecto una profunda reforma agraria era necesaria la acción de las clases subalternas, de actores políticos como el movimiento campesino, que era muy fuerte en esa época –más fuerte en la Costa que en la Sierra– para arrebatar a los sectores dominantes la tenencia de la tierra.

Velasco analizó con lucidez la transformación paulatina de los grandes terratenientes en comerciantes, en industriales y en banqueros, sin que ocurran rupturas de las estructuras oligárquicas anteriores. Esa era la realidad que se vivía. Velasco comprendió cómo la transformación en el agro vía industriali-

zación era parte de una modernización del capitalismo. Se afectaban relativamente las estructuras de tenencia de la tierra para ampliar los mercados, para tener más mano de obra, para lograr una mayor productividad, reduciendo incluso los bienes y salarios para impulsar la industrialización.

Las Fuerzas Armadas, entonces, actuaban como una suerte de “vanguardia de la burguesía industrial” (Velasco, 1981: 208). Es por eso que, como dice el mismo *Conejo*, se planteó una ley de reforma agraria que señalaba claramente, en su artículo 25, que la afectación solo era para las propiedades que no tengan por lo menos el 80% de territorio cultivado. Así, con este aporte desde el agro, sometido de una vez a las demandas de modernización, se consolidó un proceso de industrialización dependiente. En este contexto de los setentas, el tema agrario se asumía más como una lucha de los campesinos por la tierra, aunque ya aparecían reclamos culturales, que luego cobrarían redoblada importancia.

¿Qué podemos sacar de ese legado para abordar el tema agrario en la actualidad? ¿Por qué no hay ahora la voluntad política para el replanteamiento de la reforma agraria? Todavía existe un problema de tierras que afecta al campesinado y sobre todo al campesinado indígena. Pero, en la actualidad, al parecer no existe un sujeto político que reclame con fuerza la reforma agraria. El movimiento indígena está debilitado, cooptado, incluso dividido y también perseguido por parte del Gobierno central. La criminalización de la lucha popular afecta sobre todo a los campesinos e indígenas. En contraste, la dictadura militar nacionalista, con todas las limitaciones conocidas y ampliamente analizadas, cabe anotar, sí impulsó un limitado proceso de redistribución de la tierra. Mientras que hoy, un Gobierno que se presenta como revolucionario y que cuenta con un mandato constitucional que prohíbe el latifundio y la concentración de la tierra, cierra el camino para hacer realidad la indispensable reforma agraria y tampoco cumple con otra clara disposición constitucional que prohíbe toda forma de privatización del agua.

A la luz de estos hechos, cabe preguntarse si acaso ya no es necesaria la afectación de la concentración de la tierra dentro del actual proceso de modernización del capitalismo. El actual Presidente de la República no ve necesaria una reforma agraria. Para él, “la pequeña propiedad rural va en

contra de la eficiencia productiva y de la reducción de la pobreza. Repartir una propiedad grande en muchas pequeñas es repartir pobreza”. Según el presidente Correa lo importante es entonces “el problema de la productividad” (Enlace ciudadano 240, 1 de octubre del año 2011). De esa lógica presidencial se desprende el cambio de la matriz del agro planteada por el Ministerio de Agricultura. Se retorna entonces a una visión desarrollista, modernizada y orientada simplemente a incrementar la productividad y la eficiencia. Con ello se pretende reducir las importaciones en el ámbito alimenticio, aumentar las exportaciones agrarias y conseguir insumos cada vez más eficientes para tener productos que puedan ser transformados en la agroindustria. Como consecuencia de ese planteamiento, se contempla una lista corta de productos que demandarán grandes extensiones de tierra, con pocos dueños, con mucha tecnología de punta y, no hay duda, con crecientes volúmenes de agroquímicos. Así, un puesto preferente lo tienen los agrocombustibles, como la palma africana o la caña de azúcar, y la introducción de cultivos genéticamente modificados. Son propuestas modernizadoras, desde la lógica del capital, que reemplazarán a cultivos y a dueños de cultivos que trabajan en línea con la soberanía alimentaria.

En claro contraste, desde la Asamblea de Montecristi, cuando planteamos acabar con el acaparamiento de la tierra y el agua, nos sintonizamos con las consignas que Velasco recomendaba recogiendo las demandas de la lucha campesina: tierra sin patrones y tierra con libertad.

Cabría anotar que en la actualidad hay cambios que considerar en el agro. Los grandes terratenientes tradicionales ya no aparecen como la fuerza hegemónica. Hoy la lógica de producción está basada en los agronegocios. En el país no se podría impulsar una simple redistribución de la tierra, sino que habría que analizar cómo se afectan las cadenas de valor y control de estas grandes empresas agrarias. Pronaca nos presenta un ejemplo de este nuevo tipo de control agropecuario, pues los campesinos, todavía dueños de sus tierras, producen para una sola gran cadena de transformación y de comercialización de productos alimentarios. Bajo este esquema se han consolidado una serie de empresas que controlan las semillas y los servicios agroalimentarios, en el marco de una agricultura de precisión, caracterizada por ser altamente tecnificada y sobre todo mercantilizada.

Este tipo de agroproducción modernizada, con sus variantes, no es la única novedad. Están también las denominadas empresas translatinas¹, que alquilan la tierra, buscando obtener los máximos beneficios en el menor tiempo posible. Y por cierto, en medio de un rampante capitalismo acaparador, no falta la apropiación de tierras agrícolas con simples afanes especulativos.

No nos olvidemos que el capitalismo es tremendamente dinámico, tremendamente voraz y que tiene una enorme creatividad. Cada vez hay nuevas formas de colonización, ya no solo se trata de la colonización de la tierra. Estamos atestiguando en este momento la colonización de los servicios ambientales y la colonización del clima mismo a través de los mercados de carbono.

Desde esa perspectiva, entonces, una reforma agraria actual no debe consistir solo en el acceso a la tierra. Una reforma agraria en nuestros días tiene que afectar la estructura de control de la producción y comercialización de los alimentos. Desde una perspectiva plurinacional, en línea con el Buen Vivir o *sumak kawsay*, esto implica que las comunidades indígenas y campesinos puedan acceder a los territorios, que es algo más que la propiedad de la tierra.

En este marco de reflexiones actuales, por supuesto que se debe construir una soberanía alimentaria que no implique simplemente tener mayores niveles de productividad y eficiencia –elementos necesarios, pero dentro de otra lógica, con otros objetivos–. De lo que se trata es de asegurar la soberanía alimentaria a través del acceso equitativo a la tierra y al agua, en particular, rompiendo con las cadenas de valor del capital nacional y del capital transnacional.

Que no se vuelva a repetir

Desde el inicio de 1970 hasta ahora han pasado ya cuatro décadas. Es un tiempo con mucha historia. Son varios los procesos vividos. Han sido años en los cuales el petróleo ha dominado en el escenario económico nacional.

1 Las denominadas translatinas son corporaciones latinoamericanas transnacionales que invierten directamente fuera de sus países de origen.

Pero todo indica que los problemas profundos, esos que afectaban a la sociedad que analizó Fernando Velasco, solo se muestran renovados. El capital se transforma luciendo galas diferentes. El extractivismo deja más recursos a un viejo Estado patriarcal y autoritario, que sirve para disciplinar a la sociedad. Esa disciplina a su vez profundiza el modelo de dependencia. Sin embargo, una gran diferencia radica en que los recursos petroleros y naturales se terminan y deterioran. Pero las opciones propuestas son, hoy como ayer, extractivistas: megaminería, agrocombustibles, transgénicos, plantaciones diversas... No hay ninguna propuesta seria para superar esta dura y compleja realidad. ¿Qué implica esto para el futuro? Si seguimos la misma ruta, ¿qué pasará dentro de las próximas cuatro décadas?

Son muchas las lecturas que podemos elaborar utilizando el prisma de Velasco. Incluso se podría analizar, desde esa perspectiva, las deficiencias políticas de los últimos cuarenta años. También se podría analizar el accionar de aquellos colectivos políticos, sindicales y campesinos, que le interesaron a Velasco, y que hoy aparecen deprimidos. Colectivos que en otras circunstancias no hubiesen dejado de activar las contradicciones existentes y no habrían permitido la instauración de un nuevo modelo de dominación burguesa como es el correísmo. Todos los grupos de las izquierdas tienen una enorme tarea pendiente por delante.

Pero no solo las luchas campesinas y sindicales deben continuar. Se debe caminar con otros actores políticos que han emergido en esta época: los movimientos indígena y afroecuatoriano, el movimiento feminista, los grupos GLBTI y, por supuesto, los grupos ecologistas, entre otros. Si las izquierdas todavía quieren mantener su vigencia, deben dar respuestas profundas con todos esos sectores. Deben asumir el socialismo como un proceso de democracia sin fin. Sobre todo deben entender que la revolución será socialista, la revolución será feminista, la revolución será ecologista y lógicamente la revolución será plurinacional, entre otras características básicas de un proceso que busque ampliar las libertades sobre la sólida base de crecientes equidades. Alimentar y sostener ese proceso será el mejor homenaje que podamos rendir al legado político de Fernando, el *Conejo* Velasco.

Bibliografía

Correa, Rafael (2011). Enlace ciudadano 240, 1 de octubre.

Velasco, Fernando (1979). *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra:*

hipótesis para una investigación. Quito: Editorial El Conejo.

_____ (1981). *Ecuador, subdesarrollo y dependencia.* Quito: Editorial El Conejo.

El pensamiento político de América Latina en los setenta: sus rupturas y perspectivas en el siglo XXI

Francisco Muñoz Jaramillo

Debo empezar expresando mi satisfacción por participar en el cultivo de la memoria de un amigo de infancia y juventud, el Conejo Velasco. Con él y su hermana Margarita Velasco compartimos la vida en aquella época. Nuestras familias eran vecinas: ellos con el laicismo radical de sus padres y nosotros con nuestro catolicismo confesional. Fue justamente desde ahí y desde ese momento que aprendí a pensar en la necesidad del diálogo. El diálogo desde la vivencia y la transformación de ese catolicismo convencional, tradicional y conservador, y ese laicismo fundamental que tenían los padres del Conejo –Hermel Velasco y Blanca Margarita Abad– y que después de muchos años, con el transcurso de los tiempos, se expresará de muchas maneras.

Junto a la manifestación de los afectos, pensar en el Conejo nos permite generar una autoconciencia a todos aquellos que militamos y nos activamos desde la izquierda en la década de 1970. Rememorar a este personaje y su pensamiento supone también encarar la necesidad, todavía no saldada, de la autoconciencia crítica de la izquierda hoy. Esta es justamente la perspectiva en la que se inserta el presente trabajo.

El contexto mundial

El gran acontecimiento histórico que abrió la novedad en el mundo de la segunda mitad del siglo XX fue el mayo del 68. Nunca olvidaré el vivo entusiasmo del Conejo frente a este acontecimiento universal. “Fue la pri-

mera vez en 100 años”, escribe Wallerstein, en “que se podían cuestionar ciertas tesis aceptadas por la izquierda y nacería la discusión que hacemos desde ese momento en todas partes del mundo [...] precisamente el 68 fue el momento anunciador pero no el momento anunciado” (Wallerstein, 1998: 212). A través de este evento se expresaron respuestas a importantes procesos económicos, políticos y sociales presentes en el curso de finales de la década de 1960: el declive del Estado del Bienestar y la significativa organización estatal-empresarial-sindical obrera de la socialdemocracia, ocurrida en Europa Occidental principalmente; el giro de la Unión Soviética luego de la era estalinista: la revolución socialista cubana de 1959: la rebelión estudiantil de Tlatelolco en México. En el mayo del 68 irrumpieron, asimismo, el movimiento feminista y gay, el desbloqueo de formas de colonialismo y de discriminación social, racial y de género. Fue un momento, además, en que se retomaron aspectos del desarrollo del pensamiento crítico formulado desde la Escuela de Frankfurt, contraria al dogmatismo estalinista, o desde el pensamiento existencialista de Sartre a partir de un cierto Heidegger. El 68 creó así las condiciones para el desarrollo del pensamiento a partir de la ruptura con la ortodoxia dogmática que había impulsado la ex Unión Soviética e hizo posible el desarrollo de la teoría marxista que se recuperará como efecto y en medio de la crisis capitalista de la década de 1970. Este desarrollo teórico “favoreció la proliferación de complejas e iconoclastas reflexiones”, como sostiene Matari Pierre, “sobre la crisis del sujeto revolucionario y su superación, a menudo inspiradas en (re)lecturas de textos inéditos u otrora «heréticos» como los *manuscritos de 1844* de Marx. Lo cierto es que este *maelstrom* se convirtió en crisol del desarrollo de nuevos temas como la alienación de las formas de vida existentes, el rechazo de un «sistema» sin rostro, así como el surgimiento de una miríada de reivindicaciones que Alain Touraine llamó «comunismo utópico» tras mayo del 68” (Pierre, 2013: 160).

Por otro lado, estos nuevos canales de crítica sentaron las bases para el inicio de una reflexión renovada que recrea el marxismo en los siglos XX y XXI, e influye en la novedad y fecundidad latinoamericana. El pensamiento político de Althusser-Poulantzas y el retorno de Gramsci, principalmente, contradicen el hegemónico dogma estalinista y replantean la interpre-

tación del marxismo, dejando atrás la posición mecanicista-economicista, ligada a la concepción de “progreso” capitalista. Desde esta posición dogmática había surgido un materialismo histórico oficial, cuando lo que se requería, como señalaba Bolívar Echeverría (2007: 22), es “uno crítico, informal, profundo, no oficial”. Esta nueva corriente surge precisamente en los años 1970 y en América tiene una de sus expresiones en la comprensión del carácter de la formación social o en la heterogeneidad estructural capitalista. Refiriéndose a Gramsci, Agustín Cueva afirmaba que “desde cierto punto de vista el autor italiano aparece incluso como el verdadero fundador de la ciencia política marxista, por fin liberada, según se dice, del lastre del «dogmatismo» y el «economicismo» y por supuesto de la concepción instrumentalista del Estado que habría caracterizado el pensamiento leninista” (Cueva, 1984: 31).

El pensamiento político latinoamericano de izquierda

He organizado en dos partes mi exposición sobre el pensamiento de izquierda latinoamericano que surge en este contexto. Primero, identificaré las principales rupturas y virajes que inaugura el pensamiento político de las izquierdas de los años setenta en América Latina, quizás la más fecunda de las últimas décadas en este ámbito como –siguiendo a Alejandro Moreano– también lo fue para la literatura. A continuación, de manera provisional me permitiré señalar algunos retos o problemáticas de cara al siglo XXI. Junto a recordar, con toda justicia y legitimidad, al Conejo, nos debe interesar nuestra proyección hacia el futuro desde las necesidades del presente.

El contexto de la década de 1970 en América Latina estuvo marcado específicamente por el ascenso de la Unidad Popular y de Salvador Allende, quien llegó a la presidencia a través de elección popular, y la promoción de una inédita transformación democrático-socialista. En esta década, asimismo, se sintió la pérdida del guerrillero heroico Che Guevara y a la vez se fraguó la revolución nicaragüense y la insurrección centroamericana. Sin embargo, toda esta emergencia en la región se encontró con la respuesta imperialista, autoritaria y represiva, de las dictaduras militares del Cono Sur.

Tal fue el entorno desde el que nació el nuevo pensamiento político latinoamericano, generando un conjunto de rupturas. En primer lugar, frente a los paradigmas de una izquierda que había sido colonizada por la mencionada concepción predominante y dogmática de la ex Unión Soviética. Importantes sectores de la izquierda dejaron de pensar y actuar políticamente desde ese marxismo dogmático estalinista y se abrieron a una dimensión más social y más amplia. Se rompió, así, con la concepción determinista y mecanicista del materialismo oficial soviético cuya “adopción aparentemente astuta y ciertamente entusiasta”, como dice Wallerstein (2012: 88), se basaba en una “fe secular en el progreso”.

El pensamiento y actitud de vida de Fernando Velasco, el Conejo, se enmarcan en estas condiciones en las que se reivindican las tesis marxistas renovadoras. En el Ecuador de los años setenta estas tesis encontraron en Althusser y Gramsci, entre otros, a sus principales exponentes. El Conejo y otros sectores de la izquierda asumieron el reto de desarrollar un pensamiento de izquierda contrario al hegemónico promovido por los postulados colonizadores, ligados al dogmatismo soviético, que formaron el pensamiento y determinaron la acción política de sectores izquierdistas –y que en muchos casos se prolonga hasta la actualidad–. En los setentas, se buscó además alcanzar esta superación en forma práctica, a través de un polo de unidad –como ha señalado Santiago Ortiz–, expresado en el Frente Unitario de Trabajadores (FUT) y en el intento de construcción de unidad de las izquierdas revolucionarias.

Como un segundo aspecto, en esta década surge también el pensamiento político de izquierda latinoamericana gestado a partir de la ruptura del paradigma cepalino-desarrollista a través de la nueva comprensión sobre América Latina y su desarrollo con la teoría de la dependencia. En este proceso se encuentran intelectuales de fuste, como nuestro Agustín Cueva, los brasileños Ruy Mauro Marini, Celso Furtado y, evidentemente, nuestro Fernando Velasco. La teoría de la dependencia rompe, primero, con el desarrollismo propugnado por la CEPAL y con el keynesianismo. Segundo, desmistifica la ilusoria idea del desarrollo endógeno en un mundo hegemónico por la empresa transnacional y donde, en consecuencia, se derrumbaba la tesis de una supuesta burguesía nacional reivindicada tanto por el desarrollismo

cepalino-keynesiano como por la ortodoxia comunista de la ex Unión Soviética. Y tercero, la teoría de la dependencia insta a pensar con cabeza propia —quizás por primera vez en la historia— el paradigma crítico marxista, recordando procesos y personajes históricos como José Carlos Mariátegui para interpretar nuestra realidad latinoamericana, sin tutelas de pensamiento dogmático alguno y entendiendo el desarrollo más allá del capitalismo.

El contexto del inicio de la mundialización y financiarización capitalista de los años setenta gravitará, además, de manera determinante en la nueva concepción del desarrollo. El capital y el Estado serán examinados en otra dimensión. El Estado mundial y el capital financiero conducirán a la región a un proceso de re acumulación mundial que, por lo demás, condujo a Negri a elaborar su categoría de imperio. El renovado patrón de hegemonía mundial del capital financiero irá de la mano con la pérdida de soberanías nacionales y regionales.

En este contexto, además, desde el pensamiento crítico se genera una nueva lectura de Marx desde América Latina muy especialmente a través de nuestro filósofo Bolívar Echeverría. Aunque silencioso, Echeverría puso a circular ideas clave a partir de la que quizás es una de sus obras fundamentales, *El discurso crítico de Marx*, donde se ocupa de la comprensión marxista de la crítica de la economía política y abre otros horizontes heurísticos que se expresaran años más tarde y en la actualidad.

Por otro lado, el pensamiento político nace en la región a partir de una tercera ruptura: la que se da con la Iglesia oficial oligárquica y colonizadora, a través de una propuesta fidedignamente latinoamericana. La teología de la liberación juega en este desarrollo del pensamiento político un papel fundamental. No solo por la inclusión de la corriente social y cristiana insurgente de la lucha política, como fue la de Camilo Torres, sino porque introduce una dimensión crítica a la “trascendencia cristiano escatológica” desde la recuperación de la categoría “pueblo de Dios” y la afirmación de la liberación de las ataduras y opresiones terrenales. Ahí aparece una vez más el marxismo que influye decididamente en la interpretación y compromiso teológicos. Es precisamente en relación a esta corriente que al inicio rememoraba ese encuentro vital entre amigos de la infancia, donde dos familias, una de tendencia laica y otra católica confesa, se encontraban como vecinos. La teología

de la liberación que surge en los setentas expresa las mutuas transformaciones de estas dos corrientes –principalmente de la católica–, superando y trascendiéndolas. Fernando Velasco también tuvo vínculos con personajes ligados a esta corriente como el Obispo Leonidas Proaño, quien se identificó con el cristianismo liberador y el movimiento indígena de la época. Desde su laicismo fundamental, al que a mi modo de entender no renunció nunca, el Conejo incluyó en su actividad política, de manera abierta y comprometida, un diálogo con la teología de la liberación.

La nueva comprensión y la nueva práctica de la estructuración político organizativa constituye una cuarta ruptura de la izquierda latinoamericana de la época en cuestión. Más allá del aparato partidario, el pensamiento político de las izquierdas se desarrolló en relación con la sociedad, reivindicando lo espontáneo como constitutivo de la lucha política. Así, más allá del instrumento burocrático que condujo a las desviaciones estalinistas, se generó una reinterpretación del paradigma leninista de la organización. Al respecto hay varias anécdotas que recorren a una y otra organización. Evidentemente, en el medio siempre estuvo el Conejo. Estas anécdotas, más allá de su contenido, nos dan pistas sobre el carácter fraterno, evidentemente fraterno, que tuvo el debate sobre temas relacionados con la concepción y práctica organizativas de la izquierda. Esta ruptura con la ortodoxia partidaria fue, en todo caso, una clave del pensamiento político de los setentas. El tránsito del “sentido común” al “buen sentido” del teórico marxista italiano Antonio Gramsci, prometía generar las condiciones de la necesaria contra hegemonía. Sin prever ni experimentar la década de 1990, la década de 1970 pudo comunicarse y fecundar la insurgencia del movimiento indígena contra hegemónico en el Ecuador.

Retos y perspectivas en el siglo XXI

Como ya advertía al inicio, como cierre me voy a permitir plantear tres retos y perspectivas para el siglo XXI.

En primer lugar, me referiré a la necesidad de formular un nuevo paradigma diferente al desarrollista. Partiendo de las mismas premisas fun-

damentales de la teoría de la dependencia de los años setenta, hoy se requiere plantear el paradigma de una alternativa al desarrollo que enfrente la propuesta predominante para América Latina, ahora en el siglo XXI, ligada a las multinacionales y a la financiarización mundial y determinada especialmente por nuevos hegemonismos mundiales. Efectivamente, se han generado nuevas formas de dependencia ligadas al cambio de sistema mundo. La emergencia de países como los agrupados en los denominados BRICS, principalmente China y Brasil, caracterizan hoy a la economía dependiente latinoamericana. En este marco se configuran Estados subordinados y articulados a una necesidad planetaria. Si en el pasado inmediato dependíamos de fuertes y decisivas influencias de los países desarrollados del norte –Estados Unidos y Europa Occidental–, hoy se constituyen otras formas de dependencia que pueden ser vistas como un regreso al pasado desarrollista. En efecto, el neodesarrollismo ligado al extractivismo y/o a la reprimarización de la economía caracterizan al contexto postneoliberal de la región.

En la década de 1970 se generó, como ya señalaba, un nuevo patrón de reproducción o acumulación a nivel mundial centrado en el capital financiero. Fue en este contexto de mundialización –desde el que se formuló en América Latina la teoría de la dependencia– que los Estados se vieron obligados a negociar con el capital transnacional. A lo largo de las décadas 1980 y 1990 predominó el patrón de reproducción ligado a la financiarización global que fue conducido ideológicamente en la economía por el neoliberalismo y en la política por la corriente neo derechista expresada por figuras gobernantes como las de Margareth Thatcher y Ronald Reagan. Bajo estas condiciones, como ya había sido previsto por las principales proposiciones dependentistas, América Latina fue subordinada a la dependencia financiera y se generaron procesos de endeudamiento, crisis ante deudas impagables y la transnacionalización de la economía. Las llamadas décadas pérdidas configuraron, por otro lado, una geopolítica en la región que permitió la consolidación de gobiernos de derecha neoliberales, produciéndose el desmantelamiento del Estado y procesos de aceleradas y corruptas privatizaciones del sector público en beneficio de agentes privados, generalmente transnacionales.

Como ha argumentado Clyde W. Barrow: “la mencionada acumulación o patrón de reproducción ha sido durante mucho tiempo evidente en los países del Tercer Mundo, pero también se ha hecho cada vez más visible en las políticas de los países capitalistas metropolitanos. Lo que determinó que los Estados experimenten una crisis de «soberanía» en lo que respecta a las políticas y relaciones económicas. Esto es, las fronteras nacionales devinieron porosas e indefendibles cuando se trataba del movimiento de capitales, mano de obra, habilidades e información. En segundo lugar, la creciente hegemonía del capital transnacional significó que el aparato económico doméstico del Estado se volviera cada vez más ineficaz” (Barrow, 1993: 84). Todo este proceso determinó que los países dependientes limitaran aún más su soberanía respecto a las políticas y relaciones internacionales. Habría que examinar ahora en el siglo XXI qué dimensión adquieren estas relaciones en la región frente a la disputa hegemónica e influencia de la China, principalmente.

Desde la década de 1970 hasta la actualidad, se han sucedido distintos intentos de superar esta crisis del Estado (nacional) como la creación de Estados multinacionales (la Unión Europea, por caso) o de organismos internacionales. Se generó de este modo una nueva forma de Estado y un nuevo orden mundial que “combinará una creciente cooperación supranacional entre los bloques dominantes del capital internacional y una renovada militarización hacia las áreas de explotación subordinadas y dependientes” (Barrow, 1993: 84).

Al examinar el tema del Estado dependiente, Jaime Osorio parte de la tesis de la reproducción ampliada y su correspondiente forma de Estado, clave teórica que le permite diferenciar los procesos de acumulación del centro y los de desacumulación de las periferias. Esta comprensión se genera a partir de examinar el sistema mundial capitalista y la división internacional del trabajo que va a constituir la “imbricación entre núcleos económicos espaciales [...] con la capacidad de apropiarse –vía diversos mecanismos– de valores producidos en otras extensiones económico-espaciales, las llamadas periferias o economías dependientes. Así, tenemos un sistema mundial que opera con núcleos de acumulación de valor frente a amplios territorios que sufren de desacumulación” (Osorio, 2005). El

enfoque teórico dependentista de Osorio conduce a reconocer la necesidad de clasificar el sistema mundo en economías imperialistas y economías dependientes, que operan y se reproducen de distintas maneras y que repercuten en la estructuración de los patrones o regímenes de acumulación de los países latinoamericanos. En medio de la fase mundial de cambio del patrón de acumulación y de disputa hegemónica planetaria que se da hoy en el siglo XXI, surge la pregunta: ¿Cuál es el carácter de la reproducción de la economía ecuatoriana en relación a esta determinación internacional y tomando en cuenta las nuevas condiciones de acumulación capitalista y las nuevas hegemonías ligadas a los BRICS, particularmente a China?

Desde esta perspectiva es interesante observar la presencia e influencia, principalmente económica, de China en la región. El incremento de la inversión directa del país asiático, el cambio de fuente del endeudamiento latinoamericano hacia China, el incremento del comercio exportador e importador con ese país, y la significativa promoción de proyectos extractivistas ligados a empresas e inversión chinas –en el petróleo y la minería–, configuran un nuevo patrón de acumulación dependiente en muchos de los países latinoamericanos (Terán Mantavini, 2014).

Para ilustrar este tema cabe exponer información referida al Ecuador específicamente. China se ha convertido en uno de los principales financistas del país. Los préstamos contratados y las ventas anticipadas a China actualmente superan los 10,000 millones de dólares (*El Universo*, 2014). El peso de China como financista ha superado el de los financistas tradicionales como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) o la Corporación Andina de Fomento (CAF). El vicepresidente ecuatoriano Jorge Glas, luego de su gira por China en los meses de enero y febrero de 2014, informó haber negociado inversiones y financiamiento con el país asiático para el cambio de la matriz productiva en cinco industrias estratégicas: refinería, petroquímica, astilleros, siderúrgica y metalúrgica. Dentro de estas nuevas industrias, según el propio Glas, también se incluye la farmacéutica (*El Universo*, 2014).¹

1 A Sinopharm Group, una de las farmacéuticas más grandes de la China, se le habría planteado en el mismo viaje del vicepresidente el interés de instalar una fábrica de medicamentos y un centro de investigaciones. El representante de esta farmacéutica, Renato Carlo, presidente de la Asociación

Este caso particular ilustra una dinámica más amplia que, siguiendo a Terán Montavani (2014), “desde al menos principios de este siglo XXI, tiene extraordinarias implicaciones geopolíticas y políticas para los países latinoamericanos, principalmente los más tocados por la fuerza del avance chino en el sistema-mundo capitalista”. Este nuevo contexto global en el que se desenvuelven los países de la región, sostiene este autor, “repercute enormemente en sus modelos dependientes, en sus esquemas domésticos de poder, en sus sistemas sociales, y en sus vinculaciones territoriales y de relacionamiento con la naturaleza [...] la disputa geopolítica, los intereses estratégicos chinos, y en primera instancia, la lógica del capital, orientan esta relación hacia la profundización de nuestra función específica en la división internacional del trabajo y de nuestra condición de dependencia sistémica, en un contexto de crisis global que incrementa las vulnerabilidades de nuestra región”.

En síntesis, actualmente en América Latina predomina el carácter extractivista de la economía, hecho incentivado por la relación de la región con China, país hacia donde las exportaciones entre 2008 y 2012 representaron el 86.4%. Se ha acentuado entonces nuestra función de proveedores de *commodities*, lo que contradice las reivindicaciones históricas de la región para salir de la dependencia.

Todo lo señalado nos permite indicar, en principio, cuáles serán algunos de los conflictos generados por la nueva dependencia en el siglo XXI. Con respecto al cambio de la matriz productiva y el desarrollo endógenos propuestos por el gobierno de Correa, los intereses ligados al mencionado nuevo patrón de reproducción mundial limitarán este proyecto, tal y como ya ocurrió durante la anterior fase desarrollista cepalina de la mitad del siglo pasado. Por otra parte, otro ámbito conflictivo es el de la competencia de los tradicionales intereses transnacionales y del capital financiero frente a las inversiones chinas, en términos de concesión de deuda pública, principalmente, y de inversiones de todo tipo. Finalmente, no se puede olvidar la disputa comercial –importadora y exportadora– con bloques comerciales como la Unión Europea y otros. Analizar esta nueva situación es necesario para comprender la geopolítica latinoamericana, en la que se

de Laboratorios Farmacéuticos de Ecuador, ha presionado para ser parte de este proceso de fabricación de fármacos.

refleja una pugna mundial por la hegemonía que condiciona los procesos de integración en curso de América Latina.

Asimismo, se puede reconocer la necesidad de modificar el paradigma teórico dependencista, desafío que supone un examen detenido que requiere reflexiones desde la academia y la política. La teoría de la dependencia de la década de 1970, si bien reconocía la imposibilidad del desarrollo de los países dependientes (conocida como subdesarrollo) como efecto del sistema mundo y de los intereses de los países del centro o imperialistas, seguía en la línea del mito del crecimiento económico y del desarrollo “como expresión del progreso material” (Gudynas, 2011: 25). Por tanto, plantear una alternativa al desarrollo es un asunto de poder y de significación política, no un asunto económico tecnocrático. Al realizar un balance de las posturas de desarrollo existentes, siguiendo a Gudynas (2011: 35), “todos defienden el crecimiento económico como sinónimo de desarrollo y conciben que éste se logra aumentando las exportaciones y maximizando inversiones”. De este modo, la idea del desarrollo propia de las décadas de 1960 y 1970, reaparece ahora con un nuevo ropaje. Esto explica el fuerte apoyo al extractivismo por parte de ciertos gobiernos. En efecto, “se ha generado un neo-extractivismo progresista, que muestra diferencias importantes con las anteriores estrategias propias de gobiernos conservadores, basadas en la transnacionalización y la subordinación del Estado, pero de todos modos repite esa apropiación masiva de la naturaleza, las economías de enclave y su inserción global subordinada” (Gudynas, 2011: 36).

Frente a estos límites, se requiere generar un pensamiento político verdaderamente actual, que reflexione sobre estos cambios y recree la teoría de la dependencia de los setentas, fundamentada desde otros intereses y desde la necesidad, por otra parte, de romper el círculo vicioso del productivismo capitalista en crisis que nos puede llevar al derrotero de sociedades y Estados como Corea del Sur, constituido en emblema neo desarrollista para repetir y copiar lo mismo de siempre.

Como señaló Bolívar Echeverría: “No falta ironía en el hecho de que las repúblicas nacionales que se erigieron en el siglo XIX en América latina [...] pretendieron «modernizarse» obedeciendo a un claro afán de abandonar el modelo propio y adoptar uno más exitoso en términos mercantiles [...] Y

es que sus intentos de seguir, copiar o imitar el productivismo capitalista se topaban una y otra vez con el gesto de rechazo de la «mano invisible del mercado», que parecía tener el encargo de encontrar para esas empresas estatales de la América latina una ubicación especial dentro de la reproducción capitalista global, una función ancilar. En la conformación conflictiva de la tasa de ganancia capitalista, ellas vinieron a rebajar sistemáticamente la participación que le corresponde forzosamente a la renta de la tierra, recobrando así para el capital productivo, mediante un *bypass*, una parte del plusvalor generado bajo este capital y aparentemente «desviado» para pagar por el uso de la naturaleza que los señores (sean ellos privados, como los hacendados, o públicos, como la república) ocupan con violencia” (Echeverría, 2010).

Estos límites del desarrollo del siglo XIX, a los que alude Echeverría como una fatalidad, y que se mantienen hasta ahora, ponen en evidencia la imitación productivista guiada por la concepción del progreso capitalista que ha sido históricamente el norte de nuestras burguesías y Estados. En este debate, cabe preguntarse: ¿efectivamente estamos transitando hacia una sociedad distinta?, ¿en una época de transición civilizatoria, qué tránsito se está operando en América Latina y en el Ecuador de hoy si se remarca el productivismo tecnocrático, eficientista y extractivista, emblema de sociedades y Estados que niegan nuestro ser latinoamericano?

La reconceptualización del desarrollo, como la que se dio en los años setenta y a la que contribuyó nuestro Conejo, es un reto para el pensamiento y la práctica latinoamericana. Esta reconceptualización se debe elaborar considerando la etapa actual del capitalismo, es decir, a la luz de las condiciones de la globalización y superando las visiones sesgadas que sólo consideran su parte económica, soslayando las dimensiones sociales y la cultura ancestral de América Latina. Se requiere, en consecuencia, superar justamente los componentes clave del mito del desarrollo progresista modernizador, como ya Fernando Velasco desde la teoría de la dependencia nos alertó.

Pero la perspectiva de desarrollo del pensamiento crítico desde el siglo XXI es un reto que debe apuntar a la recreación y renovación, no solo del marxismo sino del amplio proceso creador generado especialmente en los siglos XX e inicios del XXI. Se requiere incluir los desarrollos de la crítica ecológica y del feminismo como crítica a la ordenación y dominio patriar-

cal de la sociedad. Asimismo, se requiere generar reflexiones que abran un diálogo y debate –no suficientemente saldado– con la corriente neo institucionalista que ha constituido el soporte ideológico del pensamiento oficial del poder. Organizada desde una concepción liberal-capitalista, en la práctica esta corriente ha orientado las salidas circunstanciales y estructurales –económicas, políticas y sociales– de los países y Estados ligadas a la necesidad de afianzar el dominio y la hegemonía del capital y su reproducción en nuestros países, configurando otra forma de dependencia ideológica. Pero al mismo tiempo es importante reconocer la necesidad de incorporar a la descripción de la realidad los parámetros aparenciales-empíricos usados comúnmente como interpretación teórica por el neo institucionalismo. Contando con tal descripción como punto de partida, a través de la aplicación del “hilo argumental del pensamiento crítico” (Echeverría, 1984: 48) es posible trascender e interpretar la realidad social desde las condiciones estructurales ligadas a las clases y sus intereses, perspectiva fundamental de la matriz teórica del pensamiento crítico.

En torno a este desafío de renovar el pensamiento crítico, se requiere poner atención a la reflexión y la práctica en las universidades públicas de una izquierda capaz de superar un modelo de universidad tecnocrática-productivista, elitista y excluyente de todo pensamiento crítico. Es decir, una izquierda que reivindique una universidad pluralista-democrática-humanista, que tenga como misión crear las condiciones para el desarrollo del pensamiento en América Latina.

Finalmente, un tercer reto que tenemos por delante es gestar una concepción y un proceso organizativo que retome, desde la renovación de la izquierda y más allá del viejo dogma estalinista del partido-aparato, nuevos sentidos organizativos que incluyan las versiones ecologistas y la renovación de los movimientos sociales, así como la recreación teórica del pensamiento crítico. Este proceso organizativo deberá dar curso al acontecimiento y espontaneidad nuevas y sintonizar con aquella consigna de los *Occupy Wall Street*, ya asumida por los neozapatistas de Chiapas, “cambiar la sociedad sin tomar el Estado”, como emblema y signo del tránsito civilizatorio que puede fecundar e insurgir en nuestra América Latina. En esta perspectiva, tesis como la del Sumak Kawsay constituyen vertientes de formulaciones ancestrales que se

abren paso en la situación de crisis mundial y de tránsito civilizatorio desde propuestas –todavía incipientes– que pueden constituirse en conductoras de un nuevo momento histórico político en la región que interrumpa el productivismo capitalista, el llamado progreso moderno, y abra el camino hacia una perspectiva que trascienda el capitalismo.

Bibliografía

- Barrow, Clyde W (1993). *Critical Theories of the State, Marxist, Neo-marxist, post-Marxist*, Madison, University of Wisconsin Press. Traducido por Daniela Barreiro.
- Cueva, Agustín (1984) en *Cuadernos Políticos*, número 38, Ediciones Era, México, D.F., enero-marzo 1984.
- Echeverría, Bolívar (1984). *El discurso crítico de Marx*. México, Editorial Era.
- _____ (2007). “El ángel de la historia y el materialismo histórico” en *Vuelta de siglo*, Caracas, Editorial El Perro y la Rana.
- _____ (2010). “América Latina, 200 años de fatalidad” en *Sin Permiso* <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=3236>
- El Universo* (9 de febrero de 2014).
- Eduardo Gudynas, “Debates sobre el desarrollo y sus alternativas en América Latina: Una breve guía heterodoxa” en Miriam Lang y Duompi-lania Mokrani (compiladoras), *Más allá del desarrollo*, Quito, Editorial El Conejo / Abya Yala.
- Osorio, Jaime (2005). “Patrón de reproducción del capital, crisis y mundialización” en *Seminario Internacional REGGEN: Alternativas a Globalização*, 8 al 13 de Octubre de 2005, Río de Janeiro, UNESCO, 2005.
- Pierre, Matari (2013). “Eric Hobsbawm, el marxismo y la transformación de la historiografía” en *Nueva Sociedad*, N°243, enero-febrero de 2013.
- Terán Mantavani, Emiliano (2014). “Los rasgos del efecto China y sus vínculos con el extractivismo en América Latina” en *Rebelión*, febrero, 2014.
- Wallerstein, Immanuel (1998). Entrevista de Armando Cisneros en *Revista Sociológica*, México.
- _____ (2012). *El capitalismo histórico*, Madrid, Siglo XXI.

Marxismo, socialismo y teología de la liberación en la década de los setenta en Ecuador

Hernán Rodas

Para contextualizar mi encuentro con Fernando Velasco como ser humano, pensador, político y pedagogo comprometido con los sectores populares, debo hacer referencia a los espacios y grupos de reflexión teológico-política en los que participamos muchas personas.

Me ordené en el año 1967. Mi padre, un obrero de una fábrica de llantas en Cuenca, mi madre, con su tienda de abastos en el mercado 10 de Agosto, y mis cinco hermanos y hermanas tuvieron que ver con mi decisión de entrar en el Seminario. Pero también tuvieron que ver con esta inclinación algunos camaradas de los partidos comunista y socialista de Cuenca, quienes me impulsaron a ordenarme como sacerdote para realizar juntos nuestros sueños revolucionarios. Pero mi experiencia religiosa, familiar de alguna manera, se desvirtuó en el Seminario. Mi encuentro real y entrañable con Jesús ocurrió en mi extensa parroquia de Pucará, Shagly, Pijilí y Ponce. Parroquia eclesíastica de 1,300 km², que va desde los 12 metros hasta los 4,070 metros sobre el nivel del mar, con una extensión de 17 horas a caballo de un extremo a otro. Se trata de una zona marginada, en la que antiguamente estaban asentadas grandes haciendas como la Tenguel, de 62,000 hectáreas, la de Mollepongo, Molleturo y luego la *United Fruit*. Territorio ideal para realizar mi sueño de seguir a Jesús pobre entre los pobres y el de mis camaradas marxistas-leninistas para hacer la revolución –aunque nunca fueron a la zona–.

El Concilio Vaticano II en lo teológico y la Revolución Cubana en lo político supusieron para muchos un ventarrón histórico, un impulso

optimista, un pentecostés renovador. Para quienes estudiábamos filosofía y teología, el Vaticano II fue un acontecimiento que se unía a la oleada incontenible y arrolladora de liberación que recorría Latinoamérica. La teología dogmática que estudié, la eclesiología, la exégesis bíblica, etcétera, quedaron obsoletas. Con Medellín nos liberamos de esa teología ahistórica y de ortodoxia pura que no nos entusiasmó nunca –la verdad es que también me gustaba más la guitarra que la estola, la salsa más que el canto gregoriano–. El Vaticano II nos habló de una iglesia en el mundo, para el mundo al servicio del Reino en respuesta a los signos de los tiempos en sentido histórico-pastoral e histórico-teológico. Medellín y la teología de la liberación, que nace de ella, representaba la nueva conciencia del cristianismo latinoamericano. El imperativo liberador era sentido con tal urgencia que se convirtió para nosotros en el gran objetivo de la fe, de la Iglesia y la teología.

Quienes nos ordenamos en el año 1967 vivimos con mucha esperanza los cambios que se estaban dando en el mundo. La teología que recibimos no nos servía para iluminar la historia que estábamos viviendo, debíamos estudiar la nueva teología del Vaticano II y las profundas reformas teológico-pastorales. El tema no era fácil y el debate se centraba en la utilización de las ciencias sociales en la teología: observar pastoralmente la realidad histórica, la situación del pueblo, los mecanismos de dominación y descubrir ahí los “llamados de Dios”, los signos de los tiempos, exigía el análisis económico, social, político, cultural que no conocíamos. Se hablaba del diálogo entre las ciencias y la fe. El tema se complicaba más tanto en el plano teórico-científico como práctico-político como consecuencia de la presencia del pensamiento marxista en el que se inspiraban las ciencias sociales.

Fue entonces cuando desde las ciencias sociales se elaboraba una nueva interpretación del llamado subdesarrollo: la teoría de la dependencia. Por su parte, la teología había elaborado una teología del desarrollo, entendida como desarrollo integral. En varios países, grupos cristianos optaron políticamente por situarse contra el capitalismo y por la liberación de la dependencia de los centros de poder. Se cuestionó a la socialdemocracia y a la democracia cristiana. La reflexión teológica, entendida como reflexión crítica sobre la praxis de la fe de la Iglesia, asumió las categorías de lenguaje aplicadas en

dicha interpretación socio-analítica y en la opción política correspondiente. Cada vez con más frecuencia encontrábamos en los textos y pronunciamientos de la Iglesia de nuestra América categorías como dependencia, opresión, capitalismo liberal, imperialismo, liberación, pecado estructural, clases sociales, praxis. Las ciencias sociales y el pensamiento marxista eran mediaciones que la teología necesitaba para construir su teología, ciencias auxiliares para constituir la materia prima de la teología. ¿Cómo evangelizar la realidad sin conocerla?, ¿cómo proclamar la buena nueva del mensaje de Jesús, sin relacionar la salvación con las situaciones concretas?, nos preguntábamos, pues se trata de la salvación de algo, de alguien.

El estudio del marxismo en lo que tiene de crítica a la sociedad capitalista, de teoría de los cambios revolucionarios, de praxis liberadora, no fue una tarea fácil. Debíamos esclarecer la autonomía de la fe y la política y, a la vez, descubrir la dimensión política de la fe en la práctica concreta y organizativa de los sectores populares, obreros, campesinos, político partidarios. La presencia de grupos cristianos en los procesos de cambio en Chile, Nicaragua y Cuba, demostraban en su práctica que no había contradicción entre cristianismo y socialismo pero tampoco una total coincidencia.

Cuando conocí a Fernando Velasco, surgió una empatía mutua porque estábamos transitando por senderos afines. Nos encontramos en el espacio de la Central Ecuatoriana de Servicios Agrarios (CESA), con quienes como Iglesia y desde el Centro de Educación y Capacitación Campesina (CECCA) hemos estado vinculados. Fernando era parte del equipo social y en la dirección de CESA se encontraba el economista Fausto Jordán. En el equipo de formación de la Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos (CEDOC) y la Federación Nacional de Organizaciones Campesinas (FENOC) también nos encontramos con Fernando, pues era nuestro coordinador en el Instituto de Estudios y Formación Social (INEFOS), cuando Paco Rhon fungía como director de capacitación. Asimismo, con los compañeros de la Unión Regional de Organizaciones Campesinas del Litoral (UROCAL), con Joaquín Vásquez y otros, militábamos en la Federación Clasista de Trabajadores del Oro (FCTO). Asimismo, con Fernando nos encontramos en la Diócesis de Riobamba junto a Monseñor Leonidas Proaño. Fernando llegó ahí por su actividad desde CESA y también por

su trabajo en la extensión universitaria del Movimiento de Transformación Universitaria de la Universidad Católica. Fue ahí, en el año 1976, donde se vivieron los conflictos de Toctesinín y ocurrió el asesinato de Lázaro Condo. Algunos compañeros y compañeras salieron de Riobamba y se unieron al trabajo sindical, campesino e indígena de otras provincias, en espacios coordinados con Fernando.

Como miembro del movimiento ecuménico Iglesia y Sociedad de América Latina (ISAL), Fernando conocía ya a algunos teólogos de la liberación que llegaban al Instituto Pastoral para América Latina (IPLA) en Quito. Allí conoció y dialogó con los teólogos Hugo Assman, Gustavo Gutiérrez, Raúl Vidales, con el filósofo Enrique Dussel, entre otros. Pero a su vez trató con teólogos y pastoralistas ecuatorianos que animaban las Convenciones Nacionales de Presbíteros de los años 1971-1973, entre los que estaban Monseñor Leonidas Proaño, Estuardo Arellano, Julio César Terán, Agustín Bravo, Simón Espinoza, y otros.

También compartimos espacios con Fernando en el Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (MRT), organización que llegó a tener cuadros y células en casi todo el país. Fue Fernando además quien me invitó a formar parte del equipo que diseñaba y ponía en marcha el programa Fondo de Desarrollo Rural Marginal (FODERUMA) del Banco Central del Ecuador y a hacerme cargo de los proyectos en el extenso territorio de mi parroquia, luego de los conflictos y confrontaciones con los terratenientes y el ejército por las tomas de tierras en el marco de la Ley de Reforma Agraria de 1973.

Nuestros temas de conversación y reflexión a partir de nuestras prácticas sociales, políticas y eclesiales, tenían que ver con las lecturas de la realidad, con las teorías y prácticas organizativas, con la educación popular, con las estrategias y tácticas políticas, con la teología de la liberación, el marxismo, el socialismo y el cristianismo, con la relación partido-masas, el centralismo democrático, el tema del imperialismo, los modelos de Iglesia y un largo etcétera. Nuestro método pastoral 'ver, juzgar, actuar' se veía confrontado a nuevas exigencias científicas y prácticas. Una praxis concreta, esa fusión de teoría y práctica, revolucionaba nuestro pensamiento teológico pastoral y político.

Por mi parte, en el año 1973 regresaba de España con el grupo Pucará, un conjunto de voluntarios españoles que se comprometieron con procesos organizativos, sindicales, políticos y eclesiales. Veníamos de participar, en diciembre de 1972, del Encuentro de Fe Cristiana y Cambio Social, al que asistieron más de 20 sociólogos, economistas y teólogos de la liberación. Venía también de mi experiencia como parte del equipo de traducción de la Biblia Latinoamericana. Fue en 1972 que se realizó el primer intento de elaborar una Biblia que, siendo fiel a los textos originales, sirva de iluminación y motivación en el contexto histórico y político de América Latina. Se trataba de elaborar una exégesis desde la experiencia liberadora del Pueblo de Dios en el Éxodo y desde la praxis revolucionaria de nuestros pueblos. Las ilustraciones y comentarios de esta Biblia Latinoamericana recogen las teofanías aztecas, incas y mapuches. Macchu Pichu y Teotihuacán son también Sinaís donde están las semillas del verbo. Cuba es un referente de nuestro éxodo bíblico. Quizás por estas razones, la Biblia Latinoamericana fue prohibida en Argentina y Chile. Algunos obispos la condenaron diciendo que era parte de una estrategia comunista a nivel continental. Sin embargo, hoy seguimos publicando millones de ejemplares en varios idiomas.

Desde el equipo de formación sindical y política y luego desde el MRT, Fernando apoyó el nacimiento del Movimiento Iglesia de los Pobres que se desarrolló a partir de la coordinación nacional de comunidades eclesiales de base urbanas y rurales. Una revisión de las memorias de los encuentros del Movimiento Iglesia de los Pobres con delegados de 15 provincias, de sus publicaciones y de las reflexiones de los frentes urbanos, campesinos, indígenas y de jóvenes, nos ubica en las tensiones y conflictos teórico-prácticos entre la Iglesia jerárquica, los movimientos y los partidos políticos. Algunos de los documentos de la Iglesia de los Pobres reproducen análisis sobre la realidad del país, sobre las tácticas de la burguesía y el imperialismo, difunden respuestas de los trabajadores y el pueblo, afirman la necesidad de unión de los obreros, campesinos y pobladores para construir la Central Única de Trabajadores (CUT) y la unidad de la izquierda. Los análisis, las propuestas de acción política y las consignas del momento son reflexionadas bíblicamente desde la teología de la liberación, desde una

praxis liberadora que veía el cambio social inminente. En muchos de esos análisis son muy claros los aportes de Fernando.

La Iglesia de los Pobres de Ecuador se vio enriquecida también por la coordinación a nivel latinoamericano. Varios encuentros se sucedieron: de los teólogos de la liberación, de los movimientos de Lectura Popular de la Biblia, de cristianos por el socialismo, de las comunidades eclesiales de base, de ecuménicos, obispos y pastores. Algunos de estos encuentros se realizaron en Cuenca y fueron espacios de producción teológica, de clarificación del análisis del contexto y de las respuestas y exigencias políticas.

Establecer una relación de causalidad entre trabajar por el Reino de Dios en fidelidad al espíritu de Jesús y los acontecimientos liberadores cotidianos, locales y globales, suponía una teología capaz de iluminar y proclamar palabras decisivas sobre las opciones igualmente decisivas entre capitalismo y socialismo. Una teología que ligue el presente histórico a lo absoluto sin sacrificar lo existente, que valore lo que aquí y ahora libera al hombre concreto. Una teología de fidelidad a Dios y al ser humano, más que una ciencia de lo inmutable. Una teología sensible a los esfuerzos por construir una humanidad digna, justa, fraterna y no a la reproducción de un sistema de opresión. Una teología que no sobrevuele entre la derecha e izquierda política, como sintiéndose al margen de la historia, sino que articule la interacción entre la praxis social y política y la teología, repensando el mensaje cristiano en conexión con los problemas y desafíos de nuestro país. No se trata de la posesión cómoda de la fe sino de una fe en crisis que tiene como horizonte problemas existenciales que se plantea el cristianismo. Los problemas se iluminan con la luz de la escritura, con la vitalidad del Vaticano II en Medellín, con la lectura permanente de la vida, con espiritualidad desde lo político.

Muchas veces me hospedé en casa de Fernando, con Rosa María y su hijo Juan Fernando, a quien le encantaba que le dé las volteretas que ahora él me da con su música. Recuerdo nuestros encuentros en casa de Erika Hanekamp y Sigi Adam, con miembros de la FENOC como Mesías Tatamúz y otros. Algunas veces viajamos juntos por la necesidad de Fernando de conocer y experimentar la situación de las organizaciones. En el equipo de FODERUMA aporté la parte pedagógica desde el pensamiento de la

Educación Popular y recibí de Fernando su lucidez para el análisis, su capacidad estratégica y sobre todo su calidez humana, su sencillez. Fernando me ayudó a desaprender la teología dogmática que recibí. Aquella que separaba la historia sagrada y la historia secular, el cuerpo y el alma, el individuo y la sociedad, la naturaleza y la gracia, el mundo y la Iglesia, lo sagrado y lo profano. Aprendí así el seguimiento a Jesús desde otra espiritualidad, desde una nueva teología y pastoral, rechazando el sistema capitalista como opuesto al Evangelio, a la fe cristiana, reencontrando a Dios en las luchas por la tierra, en las luchas obreras, campesinas, en la CUT, en el compromiso político, en la fidelidad a Dios y a los procesos humanos liberadores.

Toda esta experiencia vivida junto a los compañeros y compañeras de la izquierda, nos sirvió para plantear posteriormente el Encuentro de la Iglesia de los Pobres y la Izquierda Ecuatoriana celebrada a inicios de los años ochenta. A este encuentro fueron invitados el Partido Comunista Ecuatoriano, el Partido Comunista Marxista Leninista, el Partido Socialista Revolucionario, el Partido Socialista Venceremos y el Frente Amplio de Izquierda (FADI). La convocatoria surgió de un serio cuestionamiento al dogmatismo que dividía a la izquierda, al centralismo y teoricismo sin presencia significativa en los movimientos populares, y de la necesidad de un encuentro y coordinación desde los frentes populares.

La temprana muerte de Fernando ocurrió en medio de su trajín permanente por acompañar procesos de organización y formación política y por animar la unidad del movimiento popular. Desde la Iglesia de los Pobres quisiera compartir lo, después de dialogar con varias personas, creemos que fueron sus legados:

- Nos enseñó a ver la realidad con otras perspectivas más allá de los nacionalismos e imperialismos y la mirada de los opresores. Desarrolló la teoría de la dependencia desde nuestro contexto.
- Animó políticamente al movimiento campesino y sus movilizaciones a raíz de la Ley de Reforma Agraria y el decreto 1001.
- Sus análisis, los documentos producidos por las instancias que coordinaba, nos parecían excelentes y eran estudiados en el movimiento de la Iglesia de los Pobres.

- Señalaba con claridad los pasos a dar en los momentos políticos fruto de su inserción en los grupos organizados.
- Fue siempre un excelente estratega en la FENOC-CEDOC frente a las contradicciones generadas con la Democracia Cristiana, en las políticas institucionales y frente al Estado.
- Todos le recordamos por su gran calidad humana, que es parte de la política del hombre nuevo.
- Su calidad humana y su compromiso político nos enseñaron otra forma de vivir la militancia política.

En la Iglesia viví personalmente el dogmatismo, el verticalismo, las jerarquías, los rituales del poder, el orden y la disciplina canónica. Vi el sectarismo que a veces conduce a actuar como si un grupo fuera el dueño de Dios —como si afuera de la Iglesia católica no existiera la salvación—. También atestigüé el seguimiento riguroso a quienes se desviaban de la doctrina verdadera y la infalibilidad del Papa, la clericalización y la relación con los laicos como cristianos de segunda. Mi gran sorpresa fue encontrarme en esa época con un comportamiento similar en el seno de algunos partidos, entre sus militantes y en el funcionamiento de sus células. Trabajamos juntos largas temporadas en la toma de tierras de las haciendas, en las organizaciones campesinas. Ellos eran hombres entregados, un ejemplo de disciplina. Los admiraba. Se levantaban temprano, mientras yo oraba con el Evangelio de Jesús ellos meditaban con el Libro Rojo de Mao. Me comentaban sobre sus promesas y yo sobre mis votos de obediencia, pobreza, castidad. Compartíamos tal vez una seguridad en el dogma, en la doctrina ortodoxa, en la línea correcta. Nosotros predicando la liberación, la revolución en Cristo y ellos repitiendo permanentemente que las condiciones subjetivas y objetivas nos muestran que ya llega la revolución que nos libera.

La lógica del discurso religioso se repetía. Doctrina, línea política, promesa utópica, organización, jerarquía. Dirigentes máximos, comité central, coordinadores, secretarios de células, cuadros medios, militantes, simpatizantes. En la Iglesia tradicional el misterio es parte del ritual. Un círculo de misterio cubre a la dirigencia, que no explica lo que se va a hacer. Los contactos de un estrato jerárquico a otro eran un misterio. De

manera muy similar, en la mayoría de los militantes que conocí, había un lenguaje de apostolado, de agitación, de consignas, una repetición cansada de la doctrina, una exaltación de los santos padres de la revolución y una nula producción teórica. Nosotros con el catecismo cristiano y ellos con el marxismo reducido al catecismo.

Cuánto tiempo gastado en los debates que terminaron dividiéndonos. ¿Es partido de masas, es partido de cuadros? ¿Es línea marxista-leninista? ¿Es maoísta, es trotskista, sigue a Rosa Luxemburgo o es una tendencia estalinista? Las llamadas de atención por rasgos pequeño burgueses en nuestros comportamientos, el control sobre la comunicación o peor la amistad con los reformistas. Nosotros somos los verdaderos poseedores de la verdad revolucionaria, se escuchaba decir. Las lecturas de Gramsci, Mariátegui, las lecciones aprendidas en la Revolución Cubana no conmovieron ni llevaron en muchos casos a revisar las posturas dogmáticas. No descubrieron la originalidad de la vía cubana que interpretaba de una nueva forma a los clásicos del marxismo. Los poseedores de la doctrina y línea correctas la calificaron de voluntarismo, aventurismo, izquierdismo.

En contraste, Fernando y muchos compañeros y compañeras militantes tenían una actitud fresca, alegre, muy humana, de búsqueda con rigurosidad científica, más allá de los dogmas y más cerca del ritmo de los procesos populares y políticos. Fue la actitud dialogante la que nos permitió un conocimiento mutuo sin los prejuicios que oponían el llamado “opio del pueblo” a la idea de que “el socialismo es intrínsecamente perverso” (como sentenció Pío IX). El cristianismo no es una teoría, ni un conjunto de principios y valores, sino una práctica de seguimiento a Cristo. El marxismo no es teoría pura, meramente explicativa de la sociedad, sino teoría de una práctica política que quiere ser transformadora. Nuestros encuentros y diálogos se dieron desde unas prácticas concretas: desde la opción por los pobres en su dimensión teológica, social y política.

Una exposición tan breve puede correr el riesgo de banalizar hechos cargados de sentido o de autojustificar discursos que hoy son cuestionados. Me duele no nombrar a personas muy queridas todavía presentes y a otras que ya no están. Pero en todo caso, no se trata de crear añoranzas del pasado sino de asumir la presencia permanente de desafíos que fueron

respondidos de varias formas en el pasado y que hoy, en nuevos contextos, tienen vigencia. El Papa Francisco invita a los jóvenes “a salir a las calles, a hacer líos, a no dejar que se banalice la presencia de la juventud y la de los mayores, obliguen a hablar a los mayores”, dice. Las nuevas respuestas de los jóvenes a nuestro presente histórico sin duda constituyen también un gran homenaje a alguien como Fernando Velasco.

El legado político del Conejo y la(s) izquierda(s) en el Ecuador y el mundo de los setenta. Un ensayo testimonial

Máximo Ponce

Hicimos historia
en condiciones
no elegidas por nosotros

Había una vez,
un fugaz fulgor de gloria,
llamado MRT
y el Conejo estuvo allí

Fernando Velasco Abad, para mí y para los que conmigo compartieron su vida siempre será el Conejo. En este ensayo testimonial sobre su legado político así será evocado.

El legado político del Conejo que considero más importante y del que puedo dar testimonio remite a su participación en los procesos que a mediados de los años setenta dieron lugar a la construcción de una organización política que se hizo conocer como Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (MRT). Este movimiento resultó de un esfuerzo organizativo de variadas agrupaciones políticas que tenían distintas procedencias que, a su vez, remitían a su accionar en el marco de diversas tradiciones político-programáticas históricamente configuradas en el contexto nacional e internacional. La idea original que animó los procesos de acercamiento entre los grupos políticos que se involucraron fue la de unificarlos en una sola

organización. Se partía de un análisis que revelaba la posibilidad y la necesidad de hacer ese esfuerzo unitario.

Todos los grupos en cuestión hacían lo que entonces se denominaba trabajo de masas o trabajo de base: tenían influencia en lo que se denominaban sectores sociales obreros (el proletariado, los trabajadores asalariados) y populares (sus aliados: principalmente los campesinos, artesanos, pobladores y estudiantes); tenían una mayor o menor presencia en las organizaciones sindicales y reivindicativas de esos sectores sociales; y, como cuestión que se valoraba muy positivamente en esa época, disponían de cierto grado de organicidad interna como grupos políticos o como tendencias o partes de organizaciones políticas mayores.

Asimismo, todos estos grupos coincidían en concebirse como nueva izquierda en oposición a lo que denominaba vieja izquierda. De manera general, lo nuevo de esa izquierda era su convicción de que en el país se habían procesado tendencias que empujaban a la proletarianización de la fuerza laboral en el marco de la reforma modernizadora de la economía y el Estado. Todo esto ponía a la orden del día la caracterización del Ecuador como país capitalista, dependiente en el sistema mundial capitalista y, en consecuencia, la caracterización de la revolución como socialista.

Los debates sobre estos temas habían copado la atención de la militancia en todos los grupos y su definición en los términos anotados se había procesado en franca contradicción con lo que se concebía como vieja izquierda. La vieja izquierda era ubicada en las organizaciones políticas consideradas tradicionales del llamado movimiento comunista internacional que originalmente había agrupado a los partidos de la Tercera Internacional y que, luego de la disolución de ésta, pasaron a identificarse como pro-soviéticas o estalinistas y, ya en la década del sesenta, se habían dividido en torno a las contradicciones entre los partidos comunistas de la Unión Soviética y China—este último dirigido por Mao TseTung y llamado por eso maoísta—.

Más compleja era la ubicación de las organizaciones afines a la dirección cubana, denominada castro-guevarista. Pero en general se las caracterizaba como parte de la nueva izquierda, sobre todo en su vertiente guevarista condensada en la idea del Ché de que en América Latina la revolución será socialista o caricatura de revolución.

En algunos grupos cristianos que eran parte de esa nueva izquierda, el debate se daba desde tradiciones diferentes a las de los marxistas. Esto tenía que ver con las consecuencias del Concilio Vaticano II en el mundo católico y especialmente en América Latina. La propuesta de una teología de la liberación nació al calor de esos debates, del compromiso con las luchas sociales de los sectores obreros y populares por sus reivindicaciones y del acercamiento con las propuestas revolucionarias socialistas de las organizaciones marxistas de la nueva izquierda.

A mediados de los setenta, en medio de la coordinación para unificar acciones entre los grupos en los sectores sociales organizados en las centrales sindicales, los movimientos campesinos y poblacionales, y en las luchas de masas coyunturales, se fue abriendo paso la idea de unificar a los grupos en una sola organización. La iniciativa se activó desde un grupo de Guayaquil y otro de Quito que actuaron como convocantes a una jornada de trabajo con delegados de cada grupo involucrado, realizada en una ciudad de la Sierra. En el grupo de Quito, al que llamábamos Tarea Urgente, porque publicaban un periódico con ese nombre, el dirigente más conocido era el Conejo. El resultado de esa jornada fue la creación de un nuevo movimiento político que reagrupaba a cinco de los ocho grupos presentes: el Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (MRT). Se trató de un resultado no deseado porque la idea de la convocatoria no fue separar en dos campos a los grupos convocados. La idea era unir e incluía a todos los grupos. Se trataba de crear una dinámica que fuera alimentando en el debate y la acción revolucionaria de todos esos grupos una tendencia socialista en el seno del movimiento de masas. Las razones de que esto ocurriera habría que buscarlas, tal vez, en el escaso realismo de los convocantes que pretendieron armonizar, en un tiempo relativamente corto, grupos que provenían de diversas tradiciones y que en las organizaciones sociales a veces competían por la influencia en sus direcciones; en la inmadurez política de algunos grupos; en los afanes hegemónicos de otros; en las urgencias coyunturales de algunos más o quién sabe en qué otros motivos. Pero en fin, fue así, en medio de esta complejidad, que surgió el MRT.

El Conejo que conocí

El Conejo que conocí en el desarrollo de esta experiencia era ya una personalidad en los círculos izquierdistas del país. Sus antecedentes de intelectual notable por sus tempranos aportes a las ciencias sociales, especialmente su contribución al análisis de la sociedad ecuatoriana en el marco de la interpretación aportada por los teóricos latinoamericanos de la dependencia en su vertiente marxista y la reinterpretación de la historia del Ecuador a que dio lugar ese trabajo, lo convirtieron en una celebridad académica. Esto se reforzó por su labor como catedrático universitario e investigador social.

Su temprano prestigio en el campo académico, sin embargo, se vio prontamente superado por su notable labor como entusiasta formador, capacitador, activista y organizador en el seno de organizaciones sindicales y populares y en grupos políticos que impulsaban experiencias de lucha en Quito y todo el país y que vivían una coyuntura de ascenso en sus movilizaciones y un fortalecimiento social, político y organizativo. Esos grupos y organizaciones buscaban dotarse de una organicidad política que les permitiera incidir con sus intervenciones no solo en los niveles sindicales o reivindicatorios sectoriales, sino en los niveles de las relaciones políticas de poder en la sociedad en su conjunto. Buscaban una vía de lo que entonces se denominaba construcción del partido de la revolución.

Es en este contexto de actividad político organizativa que el Conejo adquiere experiencia suficiente como para impulsar los procesos que le granjean una temprana madurez política, suficiente como para convertirlo en referente de los diversos procesos grupales en curso. Porque el Conejo no era de los que pensaban que la política se podía hacer por separado, individualmente, aisladamente. El Conejo pensaba que era necesaria la organización política revolucionaria. Eso fue lo que buscó y eso fue lo que nos unió, la voluntad política de ser organización. Las organizaciones no se crean porque sí, ni por casualidad. Las organizaciones políticas revolucionarias se crean deliberadamente, bien o mal pero deliberadamente.

La labor del Conejo en la evolución del MRT fue de notable importancia. Su autoridad moral e intelectual era reconocida por todos. Fue elegido como uno de los tres miembros del Secretariado Nacional y fue uno de

los redactores del proyecto de la Primera Declaración Política aprobada en la Primera Conferencia Nacional del movimiento realizada en Quito en 1977.

La(s) izquierda(s) en el Ecuador y el mundo de los setenta

Desde una perspectiva actual habría que valorar ciertos conceptos que en la década de 1970 o no existían o no les dábamos ninguna importancia o se entendían –si es que existían los términos– de una manera muy diferente. En la actualidad le damos mucho valor al concepto de diversidad. Con este criterio podemos afirmar que la izquierda de los setenta, así en singular, no existió nunca, ni en el Ecuador ni en el mundo. Siempre existieron diversas izquierdas, diversas derechas, diversas composiciones de fuerzas políticas en diversas circunstancias. Alineamientos diversos, programas diversos, porque las sociedades eran y son diversas.

Dentro de una caracterización de las izquierdas en el Ecuador y el mundo de los setenta no se puede dejar de considerar al menos las siguientes corrientes. La socialdemocracia clásica, alineada en la Segunda Internacional, partidaria de un desarrollo capitalista con un Estado de Bienestar. El movimiento de países no-alineados del tercer mundo, que buscaban la tercera vía nacionalista para el desarrollo, concebida como camino intermedio entre el primer mundo capitalista y el segundo mundo socialista. El comunismo estalinista y maoísta, que se presentaba como un sistema mundial, aunque estaba ya irremediabilmente dividido desde los sesenta entre “prosoviéticos” y “prochinos”, ambos partidarios de la revolución por etapas aunque muy diferenciados en cuanto a las estrategias de lucha. El castrismo partidario de la Tricontinental y la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), que impulsaban la insurgencia revolucionaria anticolonial y socialista. El trotskismo, con sus múltiples tendencias agrupadas en la Cuarta Internacional, partidarias de la revolución permanente, anticolonial, socialista y antiburocrática. Y el cristianismo de izquierda, partidario de la teología de la liberación, la opción preferencial por los pobres y el socialismo.

Cada una de esas izquierdas, presentadas aquí a modo de listado muy esquemático y nada exhaustivo, era a su vez un conjunto muchas veces contradictorio de fuerzas y tendencias internas que dio origen a múltiples organizaciones, no siempre concordantes a la hora de definir posiciones y acciones políticas.

En esta perspectiva, el MRT no fue una excepción. En él convivieron diversas tendencias, con una diversidad de experiencias y problemáticas. En su composición organizativa destacaba la presencia de militancias provenientes de experiencias y formaciones principalmente marxistas y cristianas. Es cierto que había prejuicios, de lado y lado, pero nosotros nos juntamos. Algunos debimos superar esquematismos, de parte y parte, y en alguna medida lo conseguimos. Por lo tanto, la convivencia de diversos es la experiencia que marca las militancias en los setenta, no solo en el MRT sino en el conjunto de las izquierdas. Esa convivencia no fue casi nunca bien procesada, pero la experiencia de que es posible, aunque sea por un momento histórico, queda y debe ser recuperada y aprovechada.

Los setenta pasaron, fuimos derrotados

De algún modo las iniciativas organizativas de esa década, tanto las tradicionales como las que se formaron durante el período –incluyendo al MRT– agotaron sus posibilidades y entraron a la década de 1980 muy disminuidas o en crisis. De manera general, en todo el país estas organizaciones sufrieron severas derrotas y desaparecieron o se encontraron en una situación estacionaria.

Las razones de este devenir podrían ser, entre otras, las siguientes. En algunos casos, la extrema dependencia de los modelos de pensamiento y a veces hasta del soporte material para actuar en el medio nacional. Para otros, el manejarse en horizontes de corto alcance a la hora de articular sus iniciativas y darles forma orgánica. Y quizás para todas las organizaciones: la casi absoluta falta de capacidad para entender y enfrentar el “problema de la democracia”, que luego de casi una década de dictaduras civiles y militares en el país pasó al primer plano con el proceso de retorno a la

constitucionalidad. Hubo intentos y experiencias en ese sentido, pero de manera general no se alcanzó a consolidarlos como programas y prácticas revolucionarias.

Ahora es el momento de las nuevas generaciones. Cuenten con nosotros, pero tomen ustedes la iniciativa. Si quieren que los apoyemos, convóquennos, pídannos apoyo y dígnannos para qué. No esperen que los dirijamos. Actúen con audacia. Ustedes también tienen que hacer su historia en condiciones no escogidas por ustedes. Construyan su propio fugaz fulgor de gloria y llámenlo como prefieran.

A nosotros nos derrotaron y lo digo con todas las letras: nos derrotaron. Pero hemos vuelto cada vez que hemos podido aunque sea para que nos derroten de nuevo y no vamos a parar. Si nos vuelven a derrotar, regresaremos. ¿Hasta cuándo?

Para terminar esta reflexión testimonial, quiero rendir un homenaje al Conejo y a su principal legado, citando las consignas que creamos en su honor luego de su muerte:

El recuerdo... permanece.
Y la lucha... continúa.
Compañero Fernando Velasco... presente.
¿Hasta cuándo?... hasta la victoria siempre.

Fernando Velasco*

Fander Falconí

Brillante y comprometido. En el plano político, la vida de Fernando Velasco es ejemplar. Un compromiso de lucha social a toda prueba, vinculado siempre a los anhelos más profundos y justos de los trabajadores del país. Ese compromiso se desarrolló en una época difícil, cuando el nefasto triunvirato militar (1976-1979) preparaba un retorno a una democracia de baja intensidad o restringida, como la llamó Agustín Cueva, orquestada por lo que hoy conocemos como partidocracia. Su muerte prematura en 1978 privó a nuestras luchas sociales de una de sus figuras más positivas.

Velasco hubiese querido que sus escritos y aportes se los vea como instrumentos de análisis, siempre sujetos a la dialéctica, siempre perfectibles. En el nivel de las ideas, su legado es muy importante. Era profesor de economía política. Una materia que dejó de tener importancia en las universidades ecuatorianas y en la mayoría de universidades del mundo conforme avanzó la contrarrevolución neoclásica (o neoliberalismo, en nuestra región) a fines de los años setenta y durante toda la década de los ochenta, para finalmente concretarse como ‘reformas de segunda generación’ en la década final del siglo. Proceso este último dirigido en Ecuador, entre otros, por Alberto Dahik, Augusto de la Torre, Luis Jácome, Ana Lucía Armijos, Francisco Swett y Pablo Lucio Paredes.

* Este artículo, basado en la ponencia presentada en el seminario, fue publicado en el diario El Telégrafo el 4 de diciembre de 2013. Por tal motivo no ha sido modificado por el editor. Ver: <http://www.telegrafo.com.ec/opinion/columnistas/item/fernando-velasco.html>

Si Fernando Velasco siguiese vivo (hubiese tenido alrededor de 45 años cuando los políticos mencionados trataron de profundizar la reforma neoliberal), sin duda que sería un contendor tenaz e implacable de esas ideas perniciosas para la sociedad y la naturaleza, pero tan apreciadas para el gran capital, criollo y transnacional.

Pero esta elucubración contrafactual no es más que eso, una elucubración. El hecho real es que murió demasiado pronto, pero nos dejó un importante conjunto de análisis sobre los problemas sociales ecuatorianos y en especial sobre el rol y perspectivas de la clase trabajadora. Y lo más relevante, un pensamiento ligado a la acción, no a la teoría per se. Publicó varios libros cruciales para las ciencias sociales, entre otras: *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra* y *Ecuador: subdesarrollo y dependencia*, enseñándonos que la rigurosidad y el compromiso político no están reñidos y que es mejor expresarlos en forma clara y diáfana. Lo contrario es hipócrita: políticos disfrazados de ‘académicos’, que se valen de las aulas para imponer su ideología.

Ese legado, que constituye la base de sus ideas políticas, siempre ejemplares, debe seguir siendo motivo de crítica y reflexión en el ámbito académico. No es que la cátedra de Fernando Velasco dejó de tener importancia. Todo lo contrario. Sucedió, más bien, que esa oscura marea llamada neoliberalismo trató de arrasar con todo lo que fuera o pareciera ser pensamiento concreto, social, latinoamericano.

De ahí la importancia del seminario que organizó la Flacso, la semana pasada, sobre su legado y pensamiento. En la visión política de Fernando Velasco, lo último que él hubiera querido para sus escritos y aportes es que sean considerados como letra dogmática. Estoy convencido de que hubiera querido que se los vea como instrumentos de análisis, siempre sujetos a la dialéctica, siempre perfectibles. En otras palabras, siempre vivos para la consolidación del pensamiento social latinoamericano.

Pero me pregunto si él hubiera querido que sus ideas sean vistas como una proposición teleológica. La emergencia de nuevos problemas regionales y globales (reprimarización de nuestras economías, libre comercio, exclusión social, sobreexplotación de los recursos naturales, pérdida de biodiversidad, intercambio desigual en lo económico y ambiental, cambio

climático) nos obligan a repensar las tesis. Pero esta ya es una discusión presente, actual, que podemos asumir con fundamentos basados en nuestros antecesores en el pensamiento social. Uno de ellos es Fernando Velasco, proficuo y brillante. Y debemos agradecer su legado.

El Conejo Velasco y la lucha de los trabajadores en la década de 1970

José Chávez

Quiero expresar mi más sentida felicitación a los organizadores de este evento, en particular a la familia de Fernando Velasco, el Conejo, no solo porque este hecho nos permite a los trabajadores, campesinos, intelectuales y, en general, a amplios sectores sociales rendir un merecido homenaje a su memoria, sino además por la trascendencia histórica de difundir su pensamiento político intrínsecamente vinculado a los procesos de lucha que han llevado a efecto los movimientos sociales en la década de 1970, teniendo como protagonistas fundamentales a los trabajadores de la ciudad y del campo.

¿Qué tan importante es lo que se hizo en la década de 1970? ¿Qué se puede reeditar y qué no? ¿Cuántas lecciones nos dejaron los revolucionarios de esa década? Realizar un análisis crítico desde la izquierda, comparando las luchas sociales de esa época con las actuales del autodenominado “cambio de época de la revolución ciudadana”, es una tarea impostergable no solo para los intelectuales, sino para los movimientos sociales comprometidos con la transformación social.

En América Latina la década de 1970 se caracterizó por el protagonismo de una generación que proponía cambios profundos en las estructuras económicas, políticas y sociales de los Estados para salir del subdesarrollo, la pobreza, la exclusión social, eliminando la dependencia de los centros hegemónicos imperialistas, a través de un proceso revolucionario. El avance incontenible de la Revolución Cubana, el triunfo electoral de la Unidad Popular en Chile, la insurgencia armada en Colombia, en Nicaragua, la

victoria heroica del pueblo vietnamita, entre otros hechos de trascendencia histórica, probablemente influyeron en la juventud de esa época, de la que Fernando Velasco, el Conejo, era uno de sus más destacados exponentes en el Ecuador.

Al finalizar la década de 1960, luego de un corto intervalo de los gobiernos civiles de Clemente Yerovi Indaburu y Otto Arosemena Gómez, el país salía de la dictadura de la Junta Militar de Gobierno presidida por Ramón Castro Jijón, régimen anti-comunista, represivo y corrupto manejado por el gobierno de los Estados Unidos y de la dictadura civil de Velasco Ibarra, que en lo fundamental mantenía similares características, y desemboca en la toma del poder en 1972 del General Guillermo Rodríguez Lara con el programa “nacionalista y revolucionario” de las Fuerzas Armadas.

Esa dictadura que contaba con ingentes recursos económicos producto de las nacientes rentas petroleras, impulsó la obra pública, la creación de empresas estatales en petróleo, electricidad, comercialización de productos agrícolas, entre otros sectores económicos. Expidió la segunda Ley de Reforma Agraria que en lo fundamental planteaba “limitar total o parcialmente el derecho de propiedad que no cumpla con la función social”; y un “cambio gradual y ordenado de la estructura agraria en lo económico, cultural, social y político”.

En las centrales sindicales integrantes del Frente Unitario de Trabajadores (FUT) –esto es, la Confederación Ecuatoriana de Organizaciones Sindicales Libres (CEOSL), la Central de Trabajadores del Ecuador (CTE) y la Confederación Ecuatoriana de Organizaciones Clasistas (CEDOC)– y en los movimientos sociales y políticos vinculados a posiciones de izquierda, se mantenía un intenso debate respecto a si adoptar un apoyo incondicional al programa de gobierno del General Rodríguez Lara o si acoger los aspectos positivos y darles impulso preservando la autonomía e independencia de clase. El FUT adoptó esta segunda posición y el aporte del Conejo fue decisivo. Algunos políticos, intelectuales, profesionales, dirigentes populares de izquierda y de la llamada centroizquierda que asumieron la primera posición, se involucraron directamente en el gobierno de la dictadura militar, al igual que ocurre en la actualidad frente al gobierno de la llamada revolución ciudadana.

El programa de la dictadura de las Fuerzas Armadas despertó grandes expectativas en los trabajadores y los sectores populares. Rodríguez Lara exclamaba consignas como: “es la hora en que el pueblo armado y el pueblo civil se deben unir para hacer la revolución en el Ecuador y producir los cambios que exige la Patria”. A corto plazo esas expectativas se derrumbaron al constatar que se había consolidado una fuerte alianza con los empresarios. Eran tiempos en que estos últimos afirmaban que los trabajadores son privilegiados y que apenas representan el 1% de la población total.

El acuerdo entre la dictadura y los empresarios, entre otras cosas contemplaba la expedición de decretos anti obreros que afectaban derechos fundamentales de los trabajadores respecto a libertad sindical, contratación colectiva, pliegos de peticiones, derecho a huelga, jornadas de trabajo, congelamiento de los salarios por tres años (terminado este período los incrementos salariales debían ir acompañados de aumentos en los precios de los artículos de primera necesidad), y el compromiso del Régimen de “acabar con los agitadores”.

Lo antes descrito guarda algunas similitudes con lo que sucede hoy en día. Tenemos un gobierno que a través de una gigantesca campaña publicitaria afirma que está haciendo una revolución y que está construyendo el socialismo. Pero es difícil entender esta revolución y este socialismo que reprime a la izquierda, criminaliza la protesta social y acusa de terroristas a los luchadores populares, depreda la naturaleza y afecta la vida de pueblos ancestrales imponiendo un modelo extractivista, conculca los derechos de los trabajadores, divide al movimiento sindical y a los movimientos sociales, fortalece a los sectores más recalcitrantes de la burguesía como la banca, las financieras y las grandes empresas monopólicas nacionales y extranjeras, en detrimento de las condiciones de vida de la mayoría del pueblo. En la década de 1970 la dictadura planteaba un modelo nacionalista revolucionario, hoy el gobierno del presidente Correa plantea un socialismo del siglo XXI que nadie entiende y mucho menos la gente del gobierno. Desde la dictadura militar se pensaba, al igual que desde el gobierno actual, que era indispensable eternizarse en el poder para producir los supuestos cambios.

En la década del setenta, los trabajadores, campesinos, indígenas, estudiantes, intelectuales de izquierda y, en general, amplios sectores sociales

luchamos contra la dictadura, el sistema capitalista y el imperialismo. Realizamos una intensa campaña de solidaridad con los pueblos que luchaban por su liberación en diferentes lugares de América Latina y del mundo. Nuestro objetivo fundamental consistía en el compromiso de promover el socialismo, cambiando las estructuras económicas, sociales y políticas de la sociedad ecuatoriana. Los que somos parte de la generación del Conejo Velasco, seguimos creyendo que es indispensable luchar por construir el socialismo, pero esa posta tienen que tomarla los jóvenes. Comparto ese criterio de Máximo Ponce. Los jóvenes deben involucrarse de manera militante, consiente y consecuente en la transformación social. Sin embargo, no debemos ignorar lo que se manifestó en el seminario cuyas memorias se recoge en este libro respecto a que los jóvenes tienen miedo a la persecución del actual régimen. Al respecto, debo manifestarles que los jóvenes de la década de 1970 también teníamos miedo. Muchos fuimos víctimas de tortura, prisión, calumnias, campañas de desprestigio. Muchos compañeros fueron asesinados. No obstante, peleábamos. Con o sin miedo tenemos que luchar. Las formas pueden ser distintas, por ejemplo, en la actualidad utilizar las redes sociales puede producir importantes resultados en la consecución de nuestros objetivos.

En las luchas del FUT y otros movimientos sociales desplegadas durante parte de la década del setenta los aportes del Conejo Velasco fueron fundamentales. El plan estratégico, las plataformas de lucha, los manifiestos y los documentos adoptados en las convenciones, se enriquecieron con su pensamiento político y su posición revolucionaria. Entre sus aportes se destaca su definición en cuanto a que la lucha política y la lucha económica deben ir intrínsecamente entrelazadas y, asimismo, que es indispensable mantener autonomía e independencia de clase ante los detentadores del poder. Afianzar una posición anticapitalista y antiimperialista, asumir el compromiso histórico de las clase obrera y los sectores sociales explotados y oprimidos en la construcción de la patria socialista, sostenía el Conejo, son tareas que no pueden ser encargadas a los representantes de la burguesía y del capitalismo, por más que en declaraciones líricas y falsas pretendan aparecer como revolucionarios, mientras que en la práctica sus políticas favorecen a las clases dominantes.

Para quienes tuvimos el privilegio de conocer a Fernando Velasco, el Conejo, y de compartir con él debates, análisis, elaboración de documentos, movilizaciones, huelgas, seminarios e intensas acciones por la construcción de una patria nueva, no nos cabe la menor duda que su legado estará vigente y constituirá una guía permanente para las presentes y futuras generaciones hasta alcanzar el objetivo estratégico de la clase obrera.

El Conejo en la memoria de las organizaciones campesinas

Pedro Vásquez

Para elaborar esta exposición hemos tenido que recurrir a la memoria de los compañeros que fuimos cercanos a Fernando Velasco. Lo que he hecho es una recopilación de recuerdos e ideas que tuvimos respecto a la participación de Fernando Velasco en relación con la organización social en el Ecuador.

Evidentemente, para hablar de los aportes que Fernando hizo a la organización popular en Ecuador se requiere, en una primera instancia, partir del contexto de la década del setenta. En aquella década se vivía a nivel internacional una confrontación entre dos modelos: el mundo capitalista se enfrentaba al mundo socialista. La Guerra Fría era el marco más amplio de los conflictos regionales. En América Latina se vivía la efervescencia de las luchas revolucionarias. Estaban presentes los procesos del triunfo de la Revolución Cubana, las luchas en Chile, en Nicaragua y en otros países de América Latina. En el caso ecuatoriano básicamente vivíamos un proceso de luchas indígenas, de campesinos, de obreros, de pobladores, de estudiantes y profesores que desarrollaban formas organizativas y de lucha en defensa de sus reivindicaciones particulares y en búsqueda también de propuestas que pudiesen significar en ese entonces posibles opciones de cambio. Es en ese contexto en el que vimos involucrarse a Fernando Velasco. Como lo vimos nosotros, su acercamiento inicial se dio a través de la Iglesia católica, relacionada con corrientes progresistas y revolucionarias, y su accionar inicialmente se dio en torno a la teología de la liberación. Pos-

teriormente se involucró más en las organizaciones populares en las que se destacó fundamentalmente como ideólogo, organizador y líder.

Fernando tuvo un papel relevante en la izquierda ecuatoriana por sus capacidades intelectuales, de análisis y síntesis de propuestas innovadoras, las cuales utilizó para hacer planteamientos políticos, estratégicos y de alianzas, y para manejar los procesos revolucionarios del país de aquellos años. De los aportes que vimos de Fernando directamente en relación con las organizaciones populares del campo, la ciudad y de sectores políticos, podemos señalar su rol como investigador. Sus análisis de la realidad económica y política permitieron, básicamente, que desde la militancia de izquierda del campo y la ciudad contemos con una nueva comprensión de la realidad social, política y económica. Entre las obras que él escribió, las más conocidas y difundidas en nuestro medio fueron: *La Reforma agraria y movimiento indígena y campesino de la Sierra, Ecuador: subdesarrollo y dependencia*, y *La dependencia, el imperialismo y las empresas transnacionales*.

En la educación política de las bases y dirigencia popular, sus investigaciones, análisis y escritos se convirtieron en contenidos educativos que permitieron a la dirigencia tener elementos para la reflexión y una mayor comprensión de la realidad. Lo que otros recordamos es que su presencia se dio fundamentalmente en las relaciones con la Federación Nacional de Organizaciones Campesinas (FENOC), la Asociación de Cooperativas Agrícolas del Litoral (ACAL), la Unión de Organizaciones Campesinas del Ecuador (UOCE), Unión de Regional de Organizaciones Campesinas del Litoral (UROCAL), para mencionar algunas de las organizaciones que están en nuestras memorias. En el apoyo a la organización social, su aporte se reflejó con absoluta claridad en coadyuvar a la reorganización de la CEDOC. Ahí lo veíamos luchando para que la CEDOC pueda reorganizarse y fortalecerse. Pero también estuvo presente en el establecimiento de procesos unitarios de la CEDOC con la CTE, con la CEOLS. Él fue uno de los que planteó la posibilidad de que existiese una Central Única de Trabajadores en el Ecuador. A su vez, en ese proceso su aporte significó el soporte político y educativo a la dirigencia de las organizaciones que se han mencionado. También lo vimos como catalizador, unificador y líder de fuerzas sociales y políticas en pro de los sectores populares. Y lo vimos

estableciendo puentes de diálogo, acercamientos y estructuración de procesos unitarios, tanto en sectores sindicales –en este caso CEDOCCUT–, como en la relación de las organizaciones del campo y la ciudad –Confederación Ecuatoriana de Organizaciones Sindicales Libres (CEOSL), FENOC, UROCAL, etcétera–.

Al interior de los sectores políticos de izquierda, sus marcos de análisis y propuestas coadyuvaron al surgimiento de la Unión Revolucionaria de los Trabajadores (URT), organización que luego dio paso a la conformación del Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (MRT), en este caso como expresión de nuevos sectores de la izquierda que buscaban una renovación en los análisis, en los entendimientos de los procesos que se vivían en el Ecuador y en América Latina, para plantear nuevas propuestas estratégicas y políticas para el cambio social, económico y político.

Además de los aportes que hemos mencionado, también vemos que Fernando Velasco nos dejó un legado humanista. Esa parte también es importante destacar. Lo vimos con su ejemplo dando muestra de su compromiso no solamente discursivo sino práctico. Rescatando las propuestas que él tenía en la parte humana, podemos destacar lo siguiente: nos enseñó y aprendimos de él que la transformación del ser humano empieza por cada uno de nosotros, luego con los demás, el país y el continente. Esta parte es importante. A veces queremos cambiar primero lo de afuera, pero él nos decía, él nos planteaba que el cambio empieza primero por nosotros mismos. En la medida en que podemos cambiar internamente, los cambios pueden darse hacia afuera también. No debemos acomodarnos al sistema sino debemos nosotros evolucionar y transformar al sistema. Creo que esto es muy importante. Tiene mucha vigencia ahora también porque a veces, con el devenir del tiempo, hay condiciones que nos obligan a que simplemente perdamos la perspectiva y nos acomodemos en los espacios que encontramos o que podemos generar. Eso lo consideramos como un error, creo que hay que seguir este ejemplo que él nos plantea. También nos planteó el hecho de que no debemos perder la capacidad de indignarnos ante las injusticias, sino más bien enfrentarlas y generar justicia. En el seminario cuyas memorias se recoge en este libro, entre el público se expuso el temor que existe actualmente en Ecuador. Yo creo que Fernando nos

decía que no tenemos que perder la sensibilidad de indignarnos. Creo que tenemos que recuperar esa conducta, esa forma de comportarnos frente a nosotros mismos y frente a la sociedad. Fernando también planteaba el hecho de que en nuestras manos están los cambios, las transformaciones y el mundo que soñamos. Es decir, Fernando nos entregó también un aspecto humanista que tuvo importancia antes y debe tener vigencia actualmente.

Nosotros también hacemos un reconocimiento y en este caso cuando hablo de nosotros hablo desde la UNORCAC. Consideramos que es justo que se honre la memoria de Fernando Velasco, que se valoren sus aportes pero, sobre todo, exhortamos a que asumamos los retos y legados que nos dejó para avanzar en la construcción de una sociedad que se transforme y evolucione basada en valores humanos, en la que se practique verdadera justicia, equidad y vivamos día a día el bienestar para todas y todos. Asimismo, consideramos que es importante reconocer que existen hermanos y hermanas de causa de Fernando Velasco, a quienes es justo también darles el reconocimiento que merecen por su involucramiento, sus convicciones, sus compromisos y aportes para las causas populares. Ellos y ellas ahora desde sus trincheras y espacios continúan en la búsqueda de la construcción del ser humano y de la sociedad que anhelamos. Esa misma sociedad por la que nuestro Conejo Velasco, como le llamábamos, militó y entregó parte de su vida. Entre estos compañeros podemos señalar a Francisco Rhon, Santiago Ortiz, Simón Corral, Manuel Chiriboga, Diego Cornejo, Hernán Rodas, Raúl Borja, Dennis García, Manuela Ponce, Lourdes Pealvo, Eduardo Paredes, Rafael Guerrero, Eduardo Ruiz, Bolívar Martínez, Patricio Martínez, Emilio Ochoa, Dalton Burgos, Germán Parra, Mesías Tatamuez, Froilán Asansa, entre otros. La lista es mucho más grande... Pero a todos los compañeros y hermanos de causa de Fernando Velasco, les decimos: vuestros pensamientos, orientaciones y ejemplos siguen presentes en el quehacer de la UNORCAC.

Finalmente, quisiera expresar una reflexión. Es cierto que la década del setenta y la actividad de personajes tan importantes como los señalados –y particularmente de Fernando Velasco– marcaron una época muy especial. Sin embargo, con el devenir de los tiempos y de la vida, posiblemente nuestra militancia se ha dispersado un tanto. Quizás algunos compañeros

habrán perdido la perspectiva de lo que queríamos hacer en el transcurso de largos años, pero creo que eventos como esta conmemoración marcan pautas que nos permiten constatar que los sueños no han desaparecido, los compromisos no han desaparecido. Tal vez estamos distantes físicamente, pero en los sentimientos, los sueños y los anhelos seguimos juntos y estamos aquí presentes. Algunos compañeros queridos han partido ya, pero los que estamos vivos aquí, como decía la compañera Silvia Vega, podemos seguir dando aportes a las generaciones actuales. Debemos aunar los esfuerzos para seguir soñando, para seguir construyendo el ser humano que queremos, la sociedad que queremos. Yo creo que no es pertinente conformarnos con las reformas que ahora se nos plantean. Nosotros soñamos con cambios profundos, revolucionarios. Creemos que lo que se está dando ahora son fundamentalmente procesos de reforma. Pero la reforma no cambia las estructuras de injusticia de fondo que vive la sociedad ecuatoriana. Por lo tanto, teniendo esto claro, traemos el mensaje y exhortamos a que recuperemos los espacios que nos dignifiquen, que nos den presencia, que nos den unidad, que nos permitan continuar nuestra búsqueda y nuestra lucha para cambiar esta sociedad.

IV. Hacia una lectura crítica de los proyectos de izquierda en la década de 1970



Apuntes para una crítica feminista de la izquierda (de los setenta)

Silvia Vega Ugalde

Cuando estudiaba mis primeros años en la Universidad en Cuenca, allá por 1977, un grupo de compañeros y compañeras interesados en la política recibimos la noticia de que nos visitaría Fernando Velasco, quien ya venía rodeado de cierta aureola de reconocimiento como un intelectual y político prestante. Lo que realmente nos sorprendió –y a mí se me quedó grabado como primera impresión al conocerlo– fue su afabilidad, su sencillez y, claro, ciertamente su elocuencia verbal que, basándose en ideas profundas y bien sustentadas, no dejaba de ser comprensible y accesible. A partir de ese encuentro pasamos a integrar las filas del Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (MRT) en el Azuay, organización a la que permanecí vinculada por algunos años.

Por el respeto que desde entonces guardo por la personalidad política, académica y humana de Fernando Velasco acepté participar en los debates en torno a su memoria. Además, esto me da la oportunidad de plantear un tema que tiene mucha actualidad y pertinencia. Lo que presento a continuación son algunas reflexiones basadas en mi experiencia personal, pero también en la de muchas mujeres militantes de izquierda en los setenta y ochenta quienes fuimos promotoras y fundadoras de organizaciones de mujeres y dimos forma a ese pujante feminismo de la segunda ola –que en esos años en Ecuador fue todavía balbuceante, pero no por ello menos apasionado y activo–¹. El hecho de que la mayoría de mujeres militantes

1 Usualmente se habla de “feminismo de la segunda ola” para referirse a las corrientes que surgieron en el mundo a partir de los años sesenta del siglo pasado. Con ello se reconoce que hubo feministas pioneras desde fechas tempranas de nuestra historia ecuatoriana y mundial.

tuvieran que emigrar de los partidos políticos de izquierda para abrazar el feminismo e impulsar la construcción del movimiento de mujeres fue un fenómeno no sólo ecuatoriano sino latinoamericano y mundial.² Yo viví esta experiencia inicialmente desde Cuenca. Debido a que cuando ocurría este proceso no existían las conexiones de comunicación de las que disponemos ahora, a la hora de elaborar este trabajo temí que mi visión pudiera ser incompleta. Por eso decidí entrevistar a algunas mujeres que vivieron su experiencia desde Quito y Guayaquil. Esto me permitió nutrirme de la riqueza de opiniones y vivencias de algunas amigas como Carmen Gantogena y María Arboleda, militantes del MRT, Dolores Padilla y Rocío Rosero, militantes del Partido Comunista Marxista Leninista (PCMLE), y de Cecilia Torres, quien no fue militante formal de la izquierda pero sí una de las líderes feministas principales en Guayaquil.³ Muchas de las ideas de todas ellas están presentes en estas líneas.

La hipótesis, quizás un poco provocadora, que quisiera proponer para debate es que la izquierda de los años setenta no logró, no fue capaz de asumir la lucha de las mujeres por su liberación como género dentro del programa de transformación revolucionaria de la sociedad. Esto se debió a dos factores fundamentales: los límites del marxismo tradicional como teoría para explicar y proponer alternativas a la opresión de las mujeres y, de otro lado, el divorcio radical entre la vida cotidiana y la vida política que se vivía en los partidos de izquierda. Podría mencionar otros factores que contribuyeron a que el movimiento de mujeres se desarrollara paralelamente y a veces en confrontación con los partidos: entre otros, el cambio de condiciones materiales de la sociedad que hizo aparecer nuevos grupos y movimientos sociales, como el movimiento de derechos humanos, en los que participaron muchas mujeres generando nuevas sensibilidades; o la coyuntura internacional que colocó el tema de las mujeres como preocupación incipiente de los Estados. No obstante, en este espacio me limitaré a desarrollar las que considero son las dos causas principales.

2 Una apretada síntesis de este proceso en los países del norte se puede encontrar en Ana de Miguel (2010).

3 Lamento que militantes del Movimiento de Izquierda Cristiana no me concedieran la oportunidad de entrevistarlas en esta oportunidad.

Los límites del marxismo

Hay dos aproximaciones clásicas del marxismo para explicar la opresión de las mujeres. La una forma parte de la teoría del valor de Marx. De acuerdo a esta teoría, los capitalistas, dueños de los medios de producción, pagan salarios que permiten la reproducción de la fuerza de trabajo de los obreros y no la totalidad de su trabajo, quedándose con una parte que constituye la plusvalía. Los medios de subsistencia con los que se recupera la fuerza de trabajo son consumidos en el seno de las familias individuales y allí aparece la funcionalidad del trabajo doméstico –generalmente realizado por las mujeres–. Al ser gratuito, este tipo de trabajo abarata los salarios y contribuye a la reproducción del capital y al aumento de la plusvalía del capitalista. De esta forma, Marx señala que el trabajo doméstico está plenamente articulado a la opresión del proletariado, pero no se detiene en analizar cómo y en qué condiciones se realiza ese trabajo doméstico, pues su interés se concentra en las formas de explotación de los trabajadores en el ámbito fabril.

La otra entrada la ofrece Engels, quien en su célebre libro *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* explica que, históricamente, la familia monogámica que conocemos en la modernidad surgió a la par de la propiedad privada como una necesidad para precautelar la herencia. La anterior línea matrilineal se cambió por la línea patrilineal para hacer posible la herencia.⁴ En el prefacio a la primera edición de su libro Engels sostiene:

Según la teoría materialista, el factor decisivo en la historia es, en fin de cuentas, la producción y la reproducción de la vida inmediata. Pero esta producción y reproducción son de dos clases. De una parte, la producción de medios de existencia, de productos alimenticios, de ropa, de vivienda y de los instrumentos que para producir todo eso se necesitan; de otra parte, la producción del hombre mismo, la continuación de la especie. El orden social en que viven los hombres en una época o en un país dados, está condicionado por esas dos especies de producción: por el grado de desarrollo del trabajo, de una parte, y de la familia, de la otra (Engels, 1884: 472).

4 Un año antes a la aparición de este texto de Engels, se publicó *La mujer y el socialismo*, libro escrito por Augusto Bebel en 1883, donde se sostenían similares argumentos a los expuestos por Engels.

El marxismo se ocupó principalmente del análisis del primer ámbito y no analizó aquel otro donde se produce principalmente la opresión de las mujeres.

Los primeros textos de Marx y Engels tocaron en ocasiones el tema de la opresión de las mujeres, pero según varias autoras que los han estudiado a profundidad, lo hicieron de forma imprecisa y ni de lejos con la rigurosidad con que analizaron el funcionamiento del capital y de las relaciones de producción. Sin embargo, en *La sagrada familia*, Engels llegó a hacer suya aquella frase del socialista utópico Fourier: “el grado de la emancipación femenina constituye la pauta natural de la emancipación general” (citado por Haug, 2006: 329).

La explicación marxista sobre la opresión de las mujeres a través de estas dos entradas fue importante porque superaba visiones naturalistas, o bien, porque planteaba una base material para entender la funcionalidad de esta opresión dentro del modo de producción capitalista. Sin embargo, indudablemente, no fue suficiente. Al mostrar que la división sexual del trabajo servía a la reproducción del capital, la consecuencia política de ese análisis ataba la lucha de liberación de las mujeres a la lucha clasista de liberación del proletariado.⁵ (Podría suprimirse la cita 5 por no tener fecha del artículo) Se asumía que la liberación de la mujer requeriría, por un lado, de una incorporación masiva a la producción que la saque del encierro doméstico, y por otro, de la socialización absoluta de las tareas de la reproducción, lo que tenía como presupuesto la producción industrial a gran escala de los servicios que se prestan en los hogares a nivel particular –cuestión que no ha ocurrido en muchos países, especialmente en los del sur–.

A principios de la década de 1980 se publicó un libro clave: *Mujeres y revolución: una discusión sobre el infeliz matrimonio entre el marxismo y el feminismo* editado por Lydia Sargent (1981). En ese volumen se recogían diversos artículos de feministas marxistas, especialmente de países del norte, quienes criticaban los límites del marxismo para captar adecuadamente los fundamentos de la opresión de las mujeres y proponían diversos ca-

5 Sin embargo, no se debe dejar de considerar que en algunos pasajes de *El capital* Marx denunciaba las terribles condiciones de explotación de las mujeres y niños en las fábricas y que reconocía que esa participación sentaba nuevas bases para la relación entre los sexos (citado por Toledo, 2006).

minos para superar esos límites. El núcleo del cuestionamiento era que el marxismo subordina la lucha de liberación de las mujeres a la lucha clasista por el socialismo, entendiendo siempre aquello que no sea clasista como una “contradicción secundaria” y por lo tanto relegada a un segundo orden. En el libro, además, se discutía si el trabajo doméstico servía al sistema y a los hombres, o sólo al sistema y, por ende, si la lucha de las mujeres debía dirigirse sólo contra el capitalismo o también contra los privilegios masculinos; si los conceptos de propiedad sobre los medios de producción y de clase social resultan tan importantes como el concepto de división sexual del trabajo y, en consecuencia, si las luchas de las mujeres debían enfocarse principalmente al cambio de esta división sexual del trabajo; por último, si el patriarcado y el capitalismo eran dos sistemas superpuestos o imbricados.

Otras autoras abogaban por un marxismo que integre centralmente un enfoque cultural que permita captar diversas opresiones más allá de las de clase. Aún otras planteaban la necesidad de ampliar el espectro disciplinario para explicar la opresión de género desde sus connotaciones psicológicas o desde las relaciones jerárquicas de poder que éstas expresan. En todo caso, lo que sobresalía en este debate era la constatación de un infeliz matrimonio entre marxismo y feminismo, sea porque se requerían luchas específicas y diferenciadas de las mujeres respecto de las luchas clasistas para enfrentar su opresión, o porque al imbricar ambas luchas se terminaban subordinando las de las mujeres como menos importantes. Parecía entonces que se llegaba a un callejón sin salida dentro del marxismo.

Resonancias e intuiciones en Ecuador

Ciertamente este debate llegó mucho más tarde a América Latina y al Ecuador. Pero algunas mujeres ecuatorianas militantes de izquierda, a partir de ciertas influencias teóricas y sobre la base de una gran intuición, empezaron a plantear inquietudes en sus partidos respecto de su autoorganización como mujeres para impulsar demandas específicas y la necesidad de que los partidos prestaran atención a este tema. Algunos hechos podrían dar luces sobre

por qué algunas rebeldes levantaron estos planteamientos. Por un lado, las mujeres habían empezado a ir a la universidad. En Quito y Cuenca, las Escuelas de Sociología eran espacios de lectura y aprendizaje –de marxismo fundamentalmente–, lo que les permitió formarse y adquirir capacidades para confrontar a los líderes hombres de los partidos que asentaban su liderazgo en base del manejo de cierto conocimiento no tan generalizado entre las bases de los partidos. Asimismo, algunas mujeres de clase media tuvieron la oportunidad de realizar estudios en Europa y Estados Unidos durante los años posteriores a mayo del 68. En ese marco, conocieron figuras, textos y movimientos feministas que les infundieron nuevas ideas.

Las mujeres en los setenta eran un contingente nada despreciable de militancia de la izquierda. Carmen Gangotena y María Arboleda estiman, por ejemplo, que en el MRT había alrededor de un 40% de mujeres. Una influencia importante en los imaginarios de esos años eran las numerosas líderes guerrilleras sandinistas, varias de ellas dirigentas del movimiento insurreccional y de los primeros años de gobierno sandinista. Ellas eran luchadoras sociales que también planteaban a la revolución reivindicaciones como mujeres.

Como militantes del PCMLE, Dolores Padilla y Rocío Rosero tuvieron que sustentar teórica y políticamente las razones para trabajar con mujeres y a partir de estructuras de mujeres. Elaboraron un documento que fue analizado y discutido por los dirigentes hombres de ese partido, quienes les dieron luz verde para hacer su trabajo. Ellas formaron las brigadas femeninas universitarias y desde ese espacio comenzaron a hacer talleres y organizar a mujeres en los barrios. Esa fue, digamos, la gota que derramó el vaso y dio lugar a que fueran expulsadas del partido por haber cometido una grave indisciplina, a criterio de la cúpula dirigente masculina.

El grupo “Manuelas” fue un intento de Carmen Gangotena y otras militantes del MRT, que se formó poco antes de la escisión y que no fue aceptado dentro del Movimiento. Luego esta iniciativa intentó sobrevivir fuera, como un espacio de articulación de mujeres de izquierda interesadas en empujar luchas desde las mujeres, pero no duró mucho tiempo más.

Otro espacio que recuerdan mis entrevistadas es el Comité de Solidaridad con los Conflictos Laborales –que ciertamente fueron muchos en los

años setenta—. Este comité les permitió a estas mujeres vivir una experiencia unitaria sin precedentes en el marco del sectarismo de esos años. Pero además el trabajo en este comité les abrió el contacto con las realidades de las mujeres obreras que estaban en huelga o de las esposas de los obreros en huelga que tenían que hacerse cargo por largos meses de sus casas y enfrentar la situación de sus compañeros.

En la década de 1980 ocurrió una reconfiguración de las organizaciones de mujeres. Unas pocas optaron por el feminismo y crearon el Centro de Información y Apoyo a la Mujer (CIAM) en Quito, el Centro de Acción de la Mujer (CAM) en Guayaquil y el grupo feminista Caracola en Cuenca, fundados en 1981 el primero y en 1982 los segundos (Romo Leroux, 1997; y entrevista Rodas, 2014). Otras mujeres se cuidaron de aparecer como feministas y reivindicaron más bien su carácter “político”. Desde estos sectores surgieron el Centro Ecuatoriano de Promoción y Acción de la Mujer (CEPAM), creado en 1983 en Quito y luego en Guayaquil, con una fuerte influencia de mujeres del Movimiento Revolucionario de Izquierda Cristiana, y el Frente Amplio de Mujeres del Azuay, creado en 1976, como una coalición de mujeres de algunos partidos políticos de izquierda y de mujeres no militantes. En esta línea también aparecieron en 1978 las secretarías femeninas en la Ecuarrunari y en la Confederación Ecuatoriana de Organizaciones Clasistas (CEDOC) —denominada, esta última, Unión de Mujeres Trabajadoras (UMT)—, y en 1979 el Departamento de la Mujer Trabajadora de la Confederación de Trabajadores del Ecuador (CTE) (Romo Leroux, 1997). Unas y otras tuvieron su vertiente en los partidos y movimientos de izquierda que actuaban en los setenta.

La bifurcación del movimiento de mujeres en los ochenta entre las feministas radicales y las mujeres “políticas” no sólo se expresó en organizaciones sino en eventos. Unas y otras apuntaban a construirse con una base de mujeres de sectores populares. En esta línea, se organizaron encuentros de organizaciones populares de mujeres promovidos sobre todo por el CEPAM⁶ y también encuentros feministas organizados por el CAM y el

6 En torno a estos encuentros realizados en 1983 en Riobamba y en 1985 en Guayaquil, Lizi Ernst comenta que “si bien buscaban poner sobre el tapete de la discusión la problemática específica de la mujer, estuvieron marcados claramente por una posición clasista y popular” (Ernst, s/f: 2).

CIAM⁷. Por otro lado, varias mujeres ecuatorianas asistían a los encuentros feministas –a secas– a nivel latinoamericano que comenzaron a realizarse desde 1983 con una frecuencia anual o bianual y también asistían a los encuentros de feminismo popular latinoamericano, que se organizaron por primera vez en México en 1986 y luego en otros países, incluyendo uno que tuvo lugar en Quito (Gangotena, 2013). La tensión entre el feminismo popular clasista y el feminismo a secas sin duda nutrió al movimiento de mujeres en los ochenta.

Pero existían además otras organizaciones no vinculadas con la izquierda: la Unión de Mujeres del Ecuador, formada desde los sesenta, el CECIM formado en 1974 como capítulo ecuatoriano de la Comisión Interamericana de Mujeres, el Frente de Promoción de la Mujer, impulsado en 1976, entre otras (Romo Leroux, 1997). También se formaron organizaciones profesionales de mujeres como la Asociación Jurídica Femenina de Guayaquil, que empujó varias de las primeras reformas legales para eliminar la discriminación legal de las mujeres, o la organización de maestras que luchó por lograr espacios de visibilización y representación dentro de la Unión Nacional de Educadores.⁸ Fue en este contexto que se inauguró entonces la presencia organizada de las mujeres en la vida nacional.⁹

7 Estos encuentros se realizaron en Ballenita en 1986 y en 1987 y en Jambelí en 1988. Contaron con la presencia de feministas latinoamericanas reconocidas (CAM, CIAM, s/f).

8 Las luchas de las maestras han quedado recogidas en dos libros de Raquel Rodas (2000 y 2005).

9 Bajo el impulso de Marta Bucaram de Roldós se puso en funcionamiento la Oficina de la Mujer en 1980, se aprobó el plan quinquenal de acción para la integración de la mujer en el desarrollo económico y social del Ecuador, y se organizaron eventos nacionales e internacionales de discusión sobre la problemática de las mujeres. Magdalena Adoum inauguró la publicación *Nueva Mujer* en 1980, como parte del proyecto editorial de la *Revista Nueva*. Se plantearon reformas legales y se ratificó en 1981 la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW por sus siglas en inglés), que había sido aprobada por Naciones Unidas en 1979. En 1984 convergieron en “Mujeres por la democracia” un conjunto de mujeres de Quito interesadas en una participación política más dinámica (Romo Leroux, 1997).

Un paréntesis retrospectivo

La oposición que las mujeres militantes de izquierda enfrentaron dentro de sus partidos para organizarse como mujeres en los setenta, contrasta un poco con experiencias anteriores de organización como la Alianza Femenina Ecuatoriana (AFE), en los tiempos de la revolución del 28 de mayo de 1944, o la Unión Revolucionaria de Mujeres Ecuatorianas (URME) en los años sesenta. Habría que investigar si esas organizaciones fueron o no apoyadas por los partidos, o si acaso las apoyaron porque levantaban una plataforma democrática general más que una referida a reivindicaciones desde las mujeres propiamente.

Hace unos años tuve oportunidad de hacer un estudio introductorio a una antología de escritos de Laura Almeida (Vega, 2007). Laura fue la primera y única dirigente de un partido de izquierda a fines de los años sesenta e inicios de los setenta: fue Secretaria General del Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano (PSRE). Después de ella ninguna mujer dirigió ningún partido, ni de izquierda ni de derecha, hasta muchos años después. En una biografía que escribió sobre Luisa Gómez De la Torre, Laura se refiere varias veces a la importancia y la necesidad de la organización de las mujeres, pero mientras dirigió el PSRE no la impulsó como prioritaria.¹⁰ Era la época en que el PSRE planteaba la lucha insurreccional y sus intentos de estructurarla seguramente consumieron la mayor parte de sus energías. Destaco, sin embargo, que Laura produjo una larga biografía de Luisa Gómez de la Torre, una militante comunista, pese a las diferencias ideológicas que separaban a los dos partidos. Ellas fueron entrañables amigas y su amistad se situó por encima del sectarismo que carcomía las relaciones humanas y también las políticas dentro de la izquierda. Ambas compartieron luchas, persecuciones y solidaridades.¹¹ En su estudio bio-

10 Laura Almeida llegó a impulsar un encuentro de mujeres socialistas para discutir la problemática de las mujeres, pero no se pasó de esta primera iniciativa.

11 En el primer párrafo de la biografía en cuestión se lee: “No sé cuándo fue, no podría precisarlo; pero es como si la hubiese conocido toda mi vida. Ha sido tan sutil, tan imperceptible su penetración en mi alma, en mi vida misma, que he sentido su presencia permanente en mi conducta de mujer y de revolucionaria. Ella es así, llega como la luz, como el aire, como algo que nos es indispensable para seguir viviendo, y que, sin embargo, no lo notamos sino cuando nos falta” (Almeida, 2007: 27).

gráfico, Laura destaca de Luisa “su discreta presencia en todos los actos del pueblo que contrasta con la aparatosa y estridente de los revolucionarios de último cuño, cuya aparición tiene el movimiento de la marea: cuando ésta sube, ellos están en la cúspide más visible, cuando baja, desaparecen en lo más hondo del mar” (Almeida, 2007: 27).¹²

Volviendo a los setenta y ochenta

Volviendo a fines de los años setenta y esta vez, en particular, a mi propia experiencia, recuerdo que cuando se produjo la escisión del MRT luego de la muerte de Fernando Velasco entre un ala trotskista, liderada desde Guayaquil por el amigo Máximo Ponce, y la llamada “regional norte”, algunas mujeres optamos por adscribirnos a la primera, justamente porque el trotskismo asumía a la liberación de las mujeres como parte de su programa revolucionario.

En 1979 la Cuarta Internacional aprobó un documento titulado “La revolución socialista y la lucha por la liberación de la mujer” donde se analizaban las manifestaciones de la opresión de las mujeres en los países imperialistas, en los semicoloniales y coloniales y en los llamados “Estados obreros”. Se explicaban ahí los orígenes de esta opresión en los mismos términos que los clásicos marxistas y se declaraba que la liberación de las mujeres era parte sustancial del programa de la revolución socialista (Cuarta Internacional, 1979). Lo que resultaba novedoso, a la luz del contexto que se vivía en los setenta, era que el documento apoyaba la existencia y desarrollo de movimientos autónomos de mujeres que lucharan por sus reivindicaciones específicas y que no los concebía como subordinados a los partidos. Expresamente en el documento se señalaba:

Queremos decir que el movimiento está organizado y dirigido por mujeres; que toma la lucha por los derechos y necesidades de las mujeres como su primera prioridad, negándose a subordinar esta lucha a cualquier otro interés; que no está subordinado a las decisiones o las necesidades políti-

12 Para profundizar en el conocimiento sobre estas dos mujeres, ver Rodas (1992).

cas de cualquier tendencia política o de cualquier otro grupo social, que quiere realizar la lucha por los medios que sea, y junto con las fuerzas que demuestren ser necesarias (Cuarta Internacional, 1979: 53).

Los trotskistas, además, proponían y acogían reivindicaciones muy concretas del feminismo radical en el ámbito económico, social, sexual y legal. Este enfoque estaba en consonancia con la crítica que siempre hizo Trotski a la desviación estalinista que se produjo en la URSS luego de la muerte de Lenin, que en el ámbito de las relaciones de género significó un retroceso en los avances que inicialmente había alcanzado la Revolución Rusa, en la que se socializaron muchos servicios públicos para aliviar el trabajo doméstico de las mujeres, se legalizó el aborto, se promovió la inserción de las mujeres en áreas no tradicionales del empleo, entre otras medidas. El estalinismo, por su parte, promovió un reforzamiento de la familia patriarcal y un conjunto de valores conservadores en la sociedad que Trotski criticó en varios de sus escritos.

Yo había llegado a Quito en 1984 y traía conmigo la experiencia de participación en el Frente Amplio de Mujeres del Azuay. En Quito decidimos constituir un espacio de trabajo de mujeres y con las mujeres: el grupo Tomasa Garcés, del que fueron parte compañeras como Mónica León y Pilar Ortiz, quienes también militaban en el ala trotskista del MRT. El grupo trabajó sobre todo con mujeres obreras y pobladoras en temas vinculados, por ejemplo, con la obligatoriedad de construir guarderías en las fábricas y también en torno a la participación política de las mujeres.

Que yo recuerde, por esas épocas ningún partido de izquierda estaba comprometido con las demandas de las mujeres que fueran más allá de las vinculadas a la lucha clasista de los trabajadores. Los ámbitos de la vida privada no eran objeto de cuestionamiento crítico de la izquierda. Sí debo mencionar aquí, sin embargo, un texto de Manuel Agustín Aguirre, dirigente y fundador del Partido Socialista Revolucionario, escrito en 1981 y titulado “El trabajo doméstico y la doble explotación de las mujeres en el capitalismo”. Aguirre sustenta en ese texto con mucha solvencia la explicación marxista de la opresión de las mujeres a la que me refería antes, explicando la función que cumple el trabajo doméstico para la repro-

ducción del capitalismo y el carácter conservador de la familia. Tiene frases tan fuertes como la siguiente:

la confiscación del trabajo de la mujer a través del matrimonio monogámico permite que el capitalista, no sólo explote al marido, en la esfera social, sino también a la esposa en la esfera privada, a través del hombre que actúa como una especie de capataz. Aquí el hombre es el burgués y la mujer la proletaria (Aguirre, 2009: 563).

Este análisis de Aguirre es quizás lo más avanzado que un hombre de izquierda produjo en los años ochenta sobre la opresión de las mujeres. Aguirre combatía los argumentos naturalistas que derivaban los roles domésticos de las mujeres de su biología; reconocía que Marx y Engels trataron muy superficialmente esta problemática; era categórico en señalar el mutuo beneficio que obtenían del trabajo doméstico tanto el capital como los hombres; y expresaba su apoyo a la propuesta feminista de calcular el aporte del trabajo doméstico al PIB —cuestión que ahora la reivindica fuertemente la economía feminista y que en 1981 resultaba realmente una formulación pionera—.

Sin embargo, en el mismo texto Aguirre hace una alusión simplista y caricaturesca del feminismo, presentándolo como la otra cara del machismo, alertando a las mujeres trabajadoras a no dejarse influenciar por esta doctrina. Planteaba que la lucha de las mujeres debía ser por la revolución socialista, aduciendo que la conciencia de su doble opresión haría doblemente revolucionarias a las mujeres.

El divorcio entre la vida cotidiana y la vida política en los partidos de izquierda

El divorcio entre la vida cotidiana y la vida política en los partidos de izquierda es, como se recordará, el segundo punto de mi hipótesis para explicar la incapacidad de estas organizaciones para entender y comprometerse con la lucha por la liberación de las mujeres. Esto remite a la nula atención que se prestaba (¿se presta?) al tipo de relaciones interpersonales

entre los y las militantes, al cuestionamiento de prácticas discriminatorias y jerárquicas dentro de los partidos y a la posibilidad de construcción de nuevas subjetividades, de nuevas sensibilidades humanas, de nuevas prácticas cotidianas.

Como estos no eran temas de discusión y no estaban sujetos a cuestionamiento, en los partidos (de izquierda y derecha indistintamente) se reproducían diferentes tipos de ‘prácticas de domesticidad’¹³: las personas y grupos con menos poder, entre ellos las mujeres, cumplían ciertos roles de menor valor que aquellos asignados a militantes que pretendidamente sabían más, hablaban mejor y manejaban las estructuras organizativas. Las mujeres generalmente llevaban la peor parte, se sentían ridiculizadas y su voz no pesaba igual que la de los líderes hombres.

Un segundo elemento era la “conquista sexual” como instrumento para lograr y mantener la adhesión política de las mujeres. Algunas de mis entrevistadas me hablaron de frases escuchadas por ellas y que repito pese a lo grotescas que resultan. Algunos compañeros llegaban a decir: “ya que a las mujeres les entra la conciencia política por la vagina, necesitamos un voluntario que le pise a *x* compañera”...

Un tercer aspecto que pesaba, que estaba allí y nadie lo cuestionaba, era la división sexual del trabajo reflejado en las prácticas militantes de las estructuras políticas que funcionaban con ritmos y horarios, con hábitos y hasta chistes, que no facilitaban la participación real de las mujeres en igualdad de condiciones. Los dirigentes hombres podían dedicarse las veinticuatro horas del día a la revolución, pero las mujeres participaban intermitentemente pues sus ciclos de militancia estaban vinculados con sus ciclos humanos de la vida cotidiana: el nacimiento y crianza de los hijos e hijas principalmente. La maternidad les aislaba por tiempos de la militancia y no podían tener la misma intensidad de participación que los hombres, porque ni de lejos se pensaba que el quehacer doméstico y el cuidado de los hijos correspondían a la pareja de revolucionarios.

Estos temas, por lo demás, se los resolvía individualmente. No se pensaba que podían merecer ni siquiera medidas parciales del partido, como

13 Concepto utilizado por María Arboleda (entrevista 2013).

programar las reuniones en horarios que sean más apropiados para las mujeres u organizar espacios de cuidado de los niños y niñas pequeñas cuando se realizaran talleres, conferencias y eventos que demandaran la participación masiva de la militancia. En otros casos, especialmente en los partidos clandestinos, con estructuras compartimentalizadas y mucho más verticales, según cuentan sus militantes de entonces, se vivía una realidad distinta pero igualmente agobiante: el partido lo dominaba todo, al punto que la casa, la relación de pareja y las decisiones laborales se veían invadidas por las directrices que tomaba el partido. La división sexual del trabajo también regía la vida y actividades partidarias y mientras unos se dedicaban a las definiciones estratégicas en interminables reuniones, otros, y especialmente otras, tenían que mecanografiar los manifiestos, pintar las pancartas, servir café y lavar las tazas...

Finalmente, primaba un sentido descarnado de heroicidad. Todos y todas éramos muy jóvenes en ese entonces, teníamos que terminar estudios, muchos y muchas trabajaban. Con familias recién formadas había también que atender las casas. Pero se planteaba un modelo de militante con un compromiso tan absoluto que suponía jornadas extenuantes, donde se dormía tres horas, no se atendía la salud y entonces a las mujeres, con todas las responsabilidades humanas adicionales añadidas, nos quedaba la sensación de desazón por no poder cumplir siempre con esos parámetros de exigencia y merecer directas o veladas críticas de los compañeros.

Recapitulando

Lo que se gestó en la década de 1970 y eclosionó en la de 1980 y en las décadas siguientes es justamente la diversificación de problemáticas sociales que se resistían a ser explicadas desde un solo ángulo: lo étnico, el género, la diversidad sexual. Como se señala en una interesante y preciosa publicación de Ana María Goetschel y otras autoras sobre las imágenes públicas de las mujeres ecuatorianas de comienzos y fines del siglo XX: “la nueva subjetividad (de los años 80) se configura en torno a la autonomía, la politización de lo privado, la sexualidad y el cuerpo” (Goetschel, 2007: 21).

Para dar respuestas a estas nuevas preocupaciones no bastaba el marxismo, se requerían también otras líneas de pensamiento y acción. Pretender explicar toda la realidad de las mujeres desde la óptica de clase y suponer que una visión de totalidad omnicomprendiva desde las contradicciones de clase puede dar cuenta de la complejidad social en general y de las relaciones de género en particular, fue (¿sigue siendo?) el límite del marxismo.

Las feministas echaron mano del psicoanálisis, de la deconstrucción del lenguaje, de la crítica cultural, de las teorías que cuestionaban el micro poder tanto como el poder de las estructuras sociales. Los feminismos se diversificaron y enriquecieron en los ochenta con reflexiones cada vez más complejas sobre las múltiples variables que intervienen en las identidades de las mujeres. Apareció el feminismo lesbico, el afro, el decolonial y se fueron tejiendo propuestas de liberación mucho más intrincadas. Estas visiones han ido llegando lentamente al Ecuador, a través de dificultosas búsquedas de las feministas y, más tarde, a través de los estudios de género que se abrieron en algunos espacios académicos. La vía principal a través de la que estos debates han sido conocidos en nuestro medio ha sido la introducción del “género en el desarrollo” que, asumido parcialmente en el Estado y en las ONG, ha supuesto una “tecnologización” del tema que lo ha vaciado en gran medida de su sentido subversivo.

Si entre las mujeres feministas el aprendizaje ha sido y sigue siendo lento y dificultoso, mucho más difícil ha sido en los partidos de izquierda, cuyos cuadros, por lo general, no se han interesado en conocer el nuevo pensamiento crítico y siguen aferrados a la idea de que con el marxismo clásico basta y sobra. A los partidos de izquierda les reconocemos haber sido la cuna donde muchas mujeres luchadoras de los setenta, ochenta y años subsiguientes nos formamos y adquirimos conciencia social y política. Si en el llamado Primer Mundo la nueva izquierda abrigó a pensadoras y líderes que ayudaron a configurar el feminismo occidental, en América Latina los partidos de izquierda más tradicionales y los nuevos movimientos que surgieron en los setenta, también cobijaron inicialmente a la mayoría de mujeres que luego conformaron las dos grandes vertientes del movimiento de mujeres en el continente y en el país en los años ochenta: el de las feministas (a secas) y el de las feministas políticas; unas y otras con

el interés de crear grupos enraizados en y nutridos por mujeres de sectores sociales populares.¹⁴

Pero lamentablemente esa cuna se anquilosó no sólo en su pensamiento sino en sus prácticas. La nueva subjetividad colectiva que fue surgiendo en los grupos de mujeres chocaba con la doble moral de los militantes: muy revolucionarios en la vida política y muy conservadores en su vida privada; muy radicales en la política pública y muy machos en sus casas y en sus relaciones humanas. No en vano, los lemas de las feministas de los ochenta eran –y siguen siendo– “lo personal es político” y “lucha por la democracia en el país, en la casa y en la cama”.

Adentrados ya en la segunda década del siglo XXI, estos mismos temas siguen planteados. Algunas mujeres apuestan por transformar los partidos y movimientos políticos desde dentro; otras nos sentimos más convocadas a la siempre ardua tarea de mantener vivo un movimiento de mujeres que ha crecido y se ha diversificado mucho más. Sectores de la izquierda política hablan de que hoy la izquierda debe ser feminista, pero ciertamente no ha habido un esfuerzo serio por conocer, entender y dialogar sobre la agenda feminista. Ojalá los nuevos intentos de construir organización política y de seguir soñando con la utopía socialista no repitan los errores del pasado. Ojalá las nuevas generaciones de feministas e izquierdistas no se tengan que tropezar con las mismas piedras en el camino.

Bibliografía

- Aguirre, Manuel Agustín (2009 [1981]). “El trabajo doméstico y la doble explotación de la mujer en el capitalismo” en *Pensamiento político y social*. Quito, Banco Central del Ecuador, Corporación Editora Nacional.
- Almeida, Laura (2007). “Luisa Gómez de la Torre” en *Laura Almeida. Antología*. Quito, Ediciones La Tierra.
- Centro de Información y Apoyo a la Mujer (CIAM) y Centro de Acción de la Mujer (CAM) (s/f). *Tomando fuerzas para volar con fibra. Memorias*

14 Todavía tenemos pendiente la tarea de escribir la historia de este rico y complejo feminismo de los ochenta en el Ecuador.

- del primer y del segundo encuentro-taller de teoría feminista*. Ballenita-Ecuador 1986-1987. Colombia, Editorial Carvajal.
- Cuarta Internacional (1979). “La revolución socialista y la lucha por la liberación de la mujer”. Resolución adoptada por el Congreso Mundial, noviembre 1979. En http://archive.4edu.info/Youth_2007/CSY_5.1_FI_Women_1979.htm Última visita realizada el 12 noviembre 2013.
- De Miguel, Ana (2010). “Neofeminismo: los años sesenta y setenta”. En *Los feminismos a través de la historia*. <http://www.mujiresenred.net/historia-feminismo3.html> Última visita realizada el 15 de noviembre 2013.
- Engels, Federico ([1884]). *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. En Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas*. Moscú: Editorial Progreso.
- Ernst, Lizy (s/f). “Una visión crítica de Acción por el Movimiento de Mujeres”. Documento inédito.
- Goetschel, Ana María et al. (2007). *De memorias: Imágenes públicas de las mujeres ecuatorianas de comienzos y fines del siglo XX*. Quito, Flacso, Fonsal.
- Haug, Frigga (2006). “Hacia una teoría de las relaciones de género”. En Atilio Borón (compilador) (2006). *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*. Buenos Aires, CLACSO, págs. 327-339.
- Rodas, Raquel (2000). *Maestras que dejaron huellas*. Quito, Editorial Trama.
- _____ (2005). *Teodosia Robalino*. Quito, Comisión Nacional de Conmemoraciones Cívicas, Ministerio de Relaciones Exteriores.
- _____ (1992). *Nosotras que del amor hicimos*. Quito, Editorial Fraga.
- Romo Leroux, Ketty (1997). *El movimiento de mujeres en el Ecuador*. Guayaquil, Universidad de Guayaquil.
- Sargent, Lydia (editora) (1981). *Women and Revolution. A Discussion of the Unhappy Marriage of Marxism and Feminism*. Boston, South End Press.
- Toledo, Cecilia (2006). “El marxismo y el problema de la emancipación de la mujer”. En: <http://www.marxismo.org/?q=node/135> Última visita realizada el 28 de octubre de 2013.
- Vega, Silvia (2007). “Estudio introductorio”. En *Laura Almeida. Antología*. Quito, Ediciones La Tierra.

Personas entrevistadas:

María Arboleda (12 de noviembre 2013)

Carmen Gangotena (21 de noviembre 2013)

Dolores Padilla (23 de noviembre 2013)

Rocío Rosero (20 de noviembre 2013)

Cecilia Torres (21 de noviembre 2013)

Raquel Rodas (22 de febrero 2014)

En torno a los fantasmas de la izquierda radical ecuatoriana del setenta

Hernán Ibarra

Evocar a Fernando Velasco nos ofrece una ocasión para mirar hacia nuestro pasado y tratar de entender un tiempo que se nos puede aparecer como muy distante por las marcadas diferencias de nuestros actuales modos de pensar. Recordar es pensar ese pasado. El recuerdo es una lucha en la que pueden emerger fantasmas aunque este viaje al pasado también se puede realizar de modo nostálgico, generando recuerdos gratificantes. Hay muchas clases de recuerdos que inevitablemente son selectivos. Ante esta dificultad de manejar los recuerdos, he pensado en plantear una aproximación a una *memoria crítica* que tome en cuenta las cuestiones básicas que, desde mi interpretación *personal*, definieron una experiencia colectiva. Se trata de situar los hechos del pasado incluyendo aquello que ha sido reprimido en los recuerdos y que puede aflorar a partir de una reflexión retrospectiva.

El clima político en el que transcurrieron los años setenta nos remite a un período histórico más amplio que el de una década cronológica: el ciclo entre la Revolución Cubana y la caída del muro de Berlín. Durante este período fuimos testigos del ascenso y caída del gobierno socialista de Allende (1970-1973) y de las crudas represiones en el Cono Sur. Solo con el paso de los años se ha podido evaluar la dimensión de esas derrotas de la izquierda. Aunque simultáneamente surgieron las vigorosas experiencias de la izquierda peruana y brasileña, no creo que esos procesos hayan sido apreciados en sus implicaciones reales. La Revolución Sandinista, sin embargo, presentó problemas que no estaban en el libreto: el tema de la

democracia y del pluralismo, aunque en lo inmediato el triunfo sandinista aparecía como la ratificación de la vía insurreccional armada.

Durante los años setenta se fue produciendo una creciente dirección ideológica del Partido Comunista Ecuatoriano sobre amplios sectores de la izquierda con el acatamiento sin reservas de los planteamientos provenientes de la Unión Soviética y el silencio ante el autoritarismo de los regímenes de Europa oriental. La información crítica disponible sobre el socialismo real provocaba fuertes sospechas y rechazos. La Revolución Cubana estaba cubierta por un manto de prestigio que hacía ignorar la situación de monolitismo partidario que se consolidó en los años setenta. La transformación de los partidos comunistas del sur de Europa –su crítica e independencia de la dirección de Moscú– produjo lo que se llamó el eurocomunismo.¹ Pero la notable variedad de la tradición marxista, incluyendo el pensamiento de Gramsci, solo llegó limitadamente a pequeños núcleos.² En los años setenta también se produjo en Perú el redescubrimiento de Mariátegui por parte de la izquierda peruana.³ En tanto que en México una importante corriente

- 1 El llamado eurocomunismo fue un cuestionamiento a la política de sumisión respecto de las directrices de Moscú que abarcó a los partidos comunistas de España, Francia e Italia. El momento de mayor difusión de las ideas eurocomunistas fueron los años de 1976 y 1977. Las revistas españolas *Triunfo* y *El viejo topo* divulgaron análisis y reportajes sobre el eurocomunismo junto a debates sobre la crisis del marxismo. Una de las mayores consecuencias del influjo de esta corriente frente a las formulaciones políticas tradicionales del marxismo leninismo fue el abandono de la noción de dictadura del proletariado. Ver Claudín (1977).
- 2 El intelectual marxista argentino José Aricó (1931-1991) fue el editor de la colección Cuadernos de Pasado y Presente en la que se publicaron estudios y documentos relativos a la tradición marxista que fueron divulgados en los años setenta y ochenta ampliando los horizontes del precario conocimiento existente sobre la trayectoria plural del marxismo. Sobre la recepción de Gramsci en América Latina, ver Aricó (2005).
- 3 En la década del setenta se produjo una intensa relectura de Mariátegui desde la izquierda peruana. Eran lecturas desde posiciones estalinistas, leninistas y maoístas que aparecieron en folletos y en la prensa partidaria. Por ejemplo, en el semanario *Marka* se presentaron algunos debates e interpretaciones sobre Mariátegui. Una de estas lecturas fue la que propuso Abimael Guzmán, líder del Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso, organización de stirpe maoísta que emprendió el camino armado desde 1980. Dirigiendo la recepción de Mariátegui hacia rutas distintas, la importante compilación de José Aricó (1980) reúne los documentos más relevantes que, ya desde la década de 1930, muestran el impacto de las ideas de Mariátegui en un plano internacional. En la introducción a esta compilación Aricó estableció un enfoque interpretativo que destacaba la originalidad y excepcionalidad del pensamiento de Mariátegui frente al marxismo ortodoxo. Por su parte Alberto Flores Galindo (1980) escribió por las mismas fechas un texto que abordó de modo sugerente temas nuevos sobre el legado de Mariátegui que refuerzan y confirman su originalidad y heterodoxia.

dentro del Partido Comunista conducida por Arnoldo Martínez Verdugo promovía una crítica al estalinismo que concluyó en la formación del Partido Socialista Unificado de México (PSUM) en 1981.

Frente al caso ecuatoriano, mi intención es pensar los rasgos básicos de la izquierda radical de los años setenta tomando en cuenta sus raíces sociales y políticas en el marco de una época de intensa modernización social. Esta elaboración personal propone un acercamiento a lo que fue la izquierda radical de esa época. Con ese término me refiero a las organizaciones políticas que se situaron a la izquierda del Partido Comunista del Ecuador (PCE) surgido en 1931 y que también marcaron una diferencia frente al Partido Comunista Marxista Leninista Ecuatoriano (PCMLE) fundado en 1964 como una escisión del PCE. En medio de esta reconfiguración del espacio político de la izquierda, nuevas organizaciones políticas como el Movimiento Revolucionario de Izquierda Cristiana (1972) y el Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (1977) se instalaron en el mismo espacio donde antes ya estaban situados el Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano (1962) y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) (1965).⁴ De menor incidencia fueron las distintas vertientes del trotskismo que también aparecieron en la década del setenta de manera más o menos simultánea. En contraste, dicho sea de paso, en Colombia el trotskismo tuvo una mayor incidencia que en el Ecuador.

La circunstancia política fundacional que vivió la izquierda radical ecuatoriana fue el proceso reformista de la dictadura militar de Rodríguez Lara que, entre 1972 y 1975, abrió un ciclo de reformas de tipo nacionalista y desarrollista. Coincidiendo con una fase de cambios en el sindicalismo, de crecimiento de la organización del campesinado y del movimiento estudiantil, en este período se produjeron las condiciones para el desarrollo de la izquierda radical. Paradójicamente, había un clima favorable para la izquierda con el proceso de expansión del Estado y el nacionalismo militar. De allí que el apoyo crítico al gobierno de Rodríguez Lara que preconizó

4 Sobre el PCE ver Ibarra (2013) y acerca del PCMLE ver Sofía Zapata (2013). Para una aproximación a la izquierda de la década del sesenta, ver Bonilla (1991). El PSRE fue una escisión del Partido Socialista Ecuatoriano (PSE) nacido en 1926 y "refundado" en 1933 tras la ruptura que implicó la creación del PCE en 1931. Una visión parcial de la izquierda del setenta se encuentra en Rodas (2000: 100-130).

el PCE no debía sorprender a nadie, aunque estaba en la memoria la reciente experiencia de la dictadura militar de 1963-1966 y su represión a la izquierda. Por otra parte, la supresión de la actividad de los partidos políticos produjo una crisis en las viejas élites políticas liberales, conservadoras y velasquistas.

Las condiciones sociales de los años setenta fueron las de un crecimiento paralelo de las clases medias asalariadas y de una clase trabajadora urbana con el desarrollo industrial. La izquierda proveyó los activistas para el desarrollo del sindicalismo en tanto que el discurso tecnocrático estatal tenía una apertura hacia las ideologías de izquierda. Aun cuando no faltaron los episodios represivos y se creó un marco restrictivo al derecho de huelga —sobre todo en el periodo de Rodríguez Lara—, en estos años se toleraron las movilizaciones de trabajadores y campesinos.

Se puede definir a la izquierda radical tomando en cuenta por lo menos cuatro características constitutivas: 1) Un conjunto de principios doctrinales que tienen como base la confrontación del sistema establecido. 2) La proposición de métodos activos de lucha que sitúan a la lucha armada como una necesidad o quizá como algo eventualmente inevitable y ante la que se debe estar preparados aunque solo sea mentalmente. Desde este punto de vista, se trataba de una insurrección de las conciencias: existía la idea general de que se trata de preparar una insurrección popular. 3) La presencia imperante de un repertorio de ideas políticas provenientes del castrismo, el trotskismo y el maoísmo. Sin embargo, no se dejaba de insistir en algunos clásicos que debían ser de lectura obligatoria: *¿Qué hacer?* de Lenin, *El manifiesto comunista*, de Marx y Engels y los documentos partidarios. Todas estas versiones de la ideología y la teoría tenían sus claves interpretativas proporcionadas por los cuadros y los militantes más antiguos. 4) Finalmente, uno de los aspectos más problemáticos es la visión que se tenía de la lucha de clases y la asunción de ésta como parte de la vida personal.

Una organización política radical es un grupo de gente que comparte un conjunto de valores y expectativas alrededor de un cambio que se espera se produzca en la sociedad como consecuencia de la acción organizada. Las organizaciones de izquierda radical tuvieron un ciclo de origen, desarrollo

y posteriormente de crisis. Se trató de gente organizada no para resolver sus problemas, sino lo que se creía eran los problemas de la sociedad. Para ello se intentó elaborar algún diagnóstico, objetivos y metas. Pero independientemente de las intenciones de los miembros, como efecto de una réplica de lo que se criticaba, se reprodujeron las estructuras de la izquierda tradicional y su autoritarismo. En este sentido, la izquierda radical cayó presa de una tradición organizativa previa, el llamado centralismo democrático, adoptando formas parecidas de organización basadas en la jerarquía y la disciplina.

En tanto el objetivo central era hacer una revolución social, la organización fijaba los términos en los que se producían los revolucionarios, aquellos individuos que justamente, con algún método violento, transformarían la sociedad. En mayor o menor grado, se trataba de sociedades secretas que poseían sus mitos unificadores, jerarquías de poder y rituales que se articulaban en varios niveles de la participación de los miembros. En tales medios se producía una mentalidad conspirativa.

Comprender qué conduce a las personas hacia la militancia política puede ser visto desde diversos ángulos. Una parte de los militantes provenía de un entorno familiar favorable o permisivo, donde ya había existido una vinculación con ideas de izquierda. Asimismo, ocurrieron contactos con la ideología de izquierda a través del sistema educativo. Al respecto es importante tener en cuenta que en el sistema educativo ecuatoriano se había producido la difusión del marxismo a nivel incipiente, aunque esto fue más claro en el ámbito universitario y solo parcialmente en la educación secundaria. Además, el impacto de la teología de la liberación que proponía un acercamiento a los pobres y la educación liberadora de Paulo Freire produjo un efecto de radicalización en sacerdotes y jóvenes cristianos. A esto se debe agregar la divulgación de la literatura realista de los años treinta que sensibilizaba ante el tema de la opresión y la vida de las clases populares.⁵

5 Desde 1970, dentro de la colección Clásicos Ariel se publicaron una significativa cantidad de títulos de autores de la generación del treinta. Eran libros baratos de circulación masiva que produjeron un nuevo momento de divulgación de la literatura realista de los años treinta en el sistema educativo.

En cuanto a la difusión del marxismo, es necesario observar varios ambientes. Por una parte, las escuelas de sociología y carreras afines donde se estudiaba el marxismo con mayor o menor profundidad. Más ampliamente, la difusión del materialismo histórico en la educación universitaria tuvo como textos predominantes *Los conceptos elementales del materialismo histórico* de Marta Harnecker (1971) y un repertorio de antiguos manuales soviéticos.⁶ Tales manuales ofrecían un conjunto de verdades universales y una capacidad explicativa que proporcionaba certezas ante hechos de la realidad. De esta manera, el marxismo leninismo se convirtió en un conjunto de afirmaciones fáciles de captar ante interpretaciones de naturaleza más compleja provenientes de las ciencias sociales. A esto se refirió Carlos Iván Degregori (2005: 174-175) con lo que denominó “la revolución de los manuales”: una visión esquemática del marxismo que entendía la revolución como destino ineluctable y naturalizaba el autoritarismo. Mientras el manual de Harnecker expandía su influencia en los años setenta, el manual de marxismo de Manuel Agustín Aguirre se eclipsaba luego de haber tenido vigencia durante dos décadas.⁷ Por otra parte, el acercamiento al marxismo ocurre en el ambiente propio de las estructuras y formaciones políticas. Esto incluye cursos, lecturas dirigidas y discusiones donde era fundamental la transmisión de conocimientos del cuadro hacia el militante y al simpatizante.

Los rasgos de las estructuras organizativas de la izquierda radical tenían antecedentes en la vieja izquierda. Tanto el PCE como el PCMLE eran los portadores de la versión estalinista del “centralismo democrático” cuyos rasgos distintivos predominantes eran la autoridad inapelable de los dirigentes y la aceptación de la unanimidad como regla. Las discrepancias generaban sanciones y por ello no existía el pluralismo. Una consecuencia de esto era que los puntos de vista diferentes podían terminar en la marginación o la expulsión de disidentes mediante purgas internas.

6 De modo más limitado también se produjo la lectura de Althusser y Poulantzas, en tanto que Gramsci fue poco leído. El teórico trotskista belga Ernest Mandel, por otro lado, también tuvo cierta influencia.

7 El manual de Manuel Agustín Aguirre (1950), publicado en dos volúmenes es un texto de divulgación que muestra su conocimiento directo de los clásicos del marxismo. Su estructura evidencia el influjo de Georges Politzer, Riazanov, Lapidus y Ostroviatinov.

En el PCE y el PCMLE, la dirección era ejercida por personajes de generaciones más antiguas que mantenían bajo control a las generaciones más jóvenes. En el PCE la participación en la juventud comunista era una estación necesaria antes de pasar a la organización mayor que mantenía en un estado de hibernación el ímpetu comunista juvenil. La izquierda radical, por su parte, reunía a personas de aproximadamente la misma generación donde predominaban los atributos juveniles —en general, se trataba de gente de una edad menor a los treinta años—. Sin embargo, de una manera u otra, la izquierda radical terminó por reproducir este mismo esquema organizativo. El hecho es que los militantes participaban en estructuras autoritarias y asumían la disciplina como el fundamento de su vida personal.

La estructuración de un discurso de corte radical y la proclamación de la acción armada se convirtieron en fuertes marcadores de tipo discursivo. En un país donde las luchas sociales habían sido esencialmente no violentas y las organizaciones laborales se institucionalizaron desde los años treinta, la invocación a la violencia se tornó en un rasgo de identidad radical.

La militancia de izquierda tenía un conjunto de rasgos que deberían ser aclarados y especificados. La izquierda, para empezar, otorgaba un tipo de identidad. Se trata de una identidad colectiva, fundada en mayor o menor medida en la participación en una organización “total”, en el sentido de que abarcaba el mundo público y privado de las personas. El ámbito de la vida privada se hallaba reprimido o represado, por decir lo menos. El militante vivía por y para la organización. Se definían pautas de vida que aludían a una moral revolucionaria cuyos fundamentos eran la austeridad y el espíritu de sacrificio.

Pero por otra parte, hasta cierto punto, la organización política podía ser compatible con trayectorias de ascenso social. Podía facilitar el acceso a empleo en el aparato de Estado, en el sistema educativo o aseguraba ese tipo de empleo que consistía en ser funcionario rentado en la organización política (el cuadro profesional) y después en una ONG, si era el caso. En este sentido, la izquierda radical cumplió un papel organizador y racionalizador del acceso al empleo o, más precisamente, participó en la formación de una clase media profesional. Papel que también cumplió la izquierda tradicional más antigua. Por ello, la izquierda como tal no estaba apartada

de los procesos de desarrollo de la clase media, aunque muchos militantes pusieran por un tiempo entre paréntesis su inserción en el mercado de trabajo.

Algunas referencias culturales de la izquierda remiten a la lectura de obras literarias, preferentemente las provenientes del realismo social y el realismo mágico. La música protesta proporcionó una banda sonora y las formas de vestir predominantemente informales poseían un aire ligeramente hippie. Pero en otra dimensión del ámbito cultural, en una sociedad como la ecuatoriana cabe preguntarse qué papel jugaron los símbolos y significantes de la religión católica en la izquierda, tanto como ambiente cultural general como en lo que se refiere a su vinculación específica en el sistema educativo. Al respecto, podemos hablar de la *fé* del militante. Al margen de una sociedad con aspectos laicos y racionales, que la izquierda teóricamente contribuyó a fomentar, hay un nivel religioso que se halla dado por un conjunto de creencias y valores que tienen rasgos ideológicos. La fe en los dirigentes, en las acciones, en la necesidad de *mantener flameando las banderas*: todo esto a veces se ha englobado erróneamente bajo la noción de “las utopías”. Tal vez sea más adecuado hablar de la construcción de imaginarios sustentados en la existencia de lo que se llamó el campo socialista.

Dentro de la izquierda, existían diagnósticos elementales de la sociedad y un escaso nivel de elaboración teórica. A través de mecanismos de transmisión de conocimiento predominantemente orales, las organizaciones políticas producían ideólogos más que teóricos. Era una izquierda que poseía una prensa irregular que tenía como característica ofrecer poca información y análisis.⁸ Junto con las hojas volantes y la folletería, se hacían llamados a la acción y reafirmación de la línea partidaria.

El lenguaje político de la izquierda estaba poblado de palabras clave: imperialismo, lucha de clases, capitalismo, revolución, revisionismo, reformismo, desviaciones de derecha o izquierda, oportunismo, vanguardismo,

8 *El Pueblo* (del PCE) y *En Marcha* (del PCMLE) fueron periódicos partidarios que se publicaron regularmente en los años setenta. Entre su público lector se contaba la militancia de la izquierda radical que también leía la revista *Nueva*, cercana al reformismo militar, al sindicalismo y a las ideas progresistas.

clase obrera, desviaciones pequeño burguesas, enemigo de clase. Habría que indagar qué palabras clave pesaban más en la izquierda radical y cuáles más en la izquierda reformista y cuáles eran los significados que delimitaban las fronteras entre amigos y enemigos.

El militante es fruto de sus circunstancias sociales y familiares originarias, pero también es producto de la maquinaria en la que está inserto. Una organización puede generar un espíritu de secta. La pertenencia a una formación política determinada, en la que se dispone de poca visión hacia afuera y donde predominan creencias afirmadas, lealtades y compromisos que incluyen las relaciones de pareja y familiares, va creando un espíritu de particularismo.⁹ Bajo tales condiciones surge el sectario, el militante con rasgos que le pueden acercar al fanático.

Si aceptamos que en estos casos se trata de una comunidad sectaria en la que hay autoridades, vínculos, lealtades y obligaciones, habría que asumir que tales comunidades tienen en su interior diferenciaciones de clase y étnicas. Estas diferenciaciones eran ignoradas a través de la nivelación con el trato de “compañero”. Pero esta aparente igualación quebraba tan solo ilusoriamente las reales diferencias y las postergaba.

Las organizaciones de izquierda radical proporcionaban seguridad y protección a sus miembros. Si asumimos que se trataba de grupos de creyentes, habría en su interior una idea de protección grupal. Quizá más precisamente de protección y control entre sí.

El autoritarismo tiene que vincularse necesariamente con los procesos de representación y delegación del poder en estas pequeñas organizaciones cerradas. Predominaba una tendencia a exagerar los roles de representación y el desarrollo de una actitud pasiva consistente en delegar funciones en quienes cumplían el papel de dirigentes.

La crítica y autocritica en estos contextos pueden ser entendidas parcialmente como procedimientos de confesión, sanción y expiación de culpas que cumplen un papel ritual. Se trataba también de un sistema regulatorio de la conducta donde se producía un extraño juego entre la coacción y la autocoacción. Era pues un sistema de vigilancia y control. La crítica

9 Para una profundización de este tema ver Tarcus (1998).

y la autocrítica posibilitaban evacuar conflictos personales, producían una catarsis grupal y permitían mantener siempre activa la expectativa frente a objetivos y tareas. Eran coacciones que surgían de un determinado modelo de acción colectiva que implicaba una organización política clandestina con diversos grados de compartimentación. Todo esto puede ser entendido como los patios interiores de la izquierda: esa cara oculta de formaciones políticas donde se desarrollan un conjunto de relaciones y experiencias que marcan la vida de los individuos que optan por la militancia.¹⁰

Las mujeres militantes tenían una presencia notoria. Probablemente entre una cuarta a tercera parte de la militancia era aportada por mujeres.¹¹ Pero la izquierda en todas sus variantes fue resistente a la incorporación del tema de género en su seno. El feminismo incipiente de los años setenta no tenía cabida. El rol subordinado de la mujer puede evidenciarse en su virtual ausencia de los lugares de toma de decisiones donde predominaban los hombres.

Por otro lado, la ausencia del tema étnico tiene que ver con el predominio de las ideas de clase. Esto ocurría básicamente porque se identificaba como sujeto social portador de la revolución a la clase obrera, mientras que el tema rural se resolvía alrededor de la alianza obrero-campesina y las demandas de clase. Un tema oculto era el racismo inconsciente de la izquierda que no podía abordar la problemática de la dominación étnica en la sociedad.

Me pregunto sobre las diferencias entre lo que puede llamarse la sociabilidad y la socialización como procesos en los que se halla inserto el militante de izquierda. La sociabilidad estaba dominada por la vida organizativa, los ocasionales vínculos con el mundo popular, las fiestas militantes y las peñas folklóricas. En cuanto a la socialización, la izquierda podía ofrecer un marco de transición hacia la edad adulta, aunque esto no se encontraba claro para los sujetos implicados. Los espacios de izquierda también

10 He podido conversar informalmente sobre estos temas con militantes de la izquierda radical y comunista de aquel tiempo. Aunque no necesariamente hayan coincidido con mis apreciaciones, estos intercambios me han permitido recrear las motivaciones de esa época.

11 Por su valor testimonial, es muy sugestivo el relato autobiográfico de Maruja Martínez (1997), una militante trotskista peruana del setenta que presenta un vivo retrato de una experiencia militante femenina.

contribuían a forjar un tejido de relaciones personales con vínculos dados por la ideología, con la tendencia a la represión de los afectos y a gestar fuertes conflictos personales.

Uno de los mayores obstáculos para la adquisición de un conocimiento adecuado del mundo laboral fue el mito de la clase obrera. Éste consistía en atribuir a los trabajadores una determinada conducta radical o revolucionaria. Según la izquierda tradicional, esas formaciones políticas eran las que representaban al sujeto revolucionario, eran su vanguardia. Sin dejar de atribuir esa conducta ideal a los trabajadores, la izquierda radical consideraba que la izquierda tradicional había carecido de una voluntad transformadora traducida en prácticas de naturaleza reformista. El mito de la clase obrera originado en la difusión del marxismo vulgar, se basaba en suponer que los trabajadores industriales eran el eje de cualquier proceso transformador. Este mito surgido de una teoría social se cristalizaba en la forma de una doctrina que postulaba al proletariado como una clase con la misión de transformar la sociedad bajo la dirección de su partido de vanguardia que conduce a los explotados. Afirmaciones de este tipo no necesitaban ser probadas ni discutidas. Estas ideas estaban muy enraizadas en la izquierda ecuatoriana desde sus orígenes. El desconocimiento de la cultura popular y la vigencia del mito de la clase obrera impedían comprender la conciencia real de trabajadores y campesinos.

Históricamente, las propuestas sindicales tuvieron poca relación con el peso social y organizativo de sus miembros. Desde los años treinta hasta los años setenta, la constitución de discursos y demandas obreristas fueron una paradoja histórica en una sociedad ampliamente rural, con un marco de organizaciones mayoritariamente conformadas entre los trabajadores de servicios, los artesanos y débilmente entre los trabajadores industriales y campesinos. La base social del sindicalismo, en todo caso, estuvo más acorde con el discurso obrerista en la década del setenta, cuando se amplió la afiliación de segmentos importantes de trabajadores industriales y de otros grupos laborales provenientes del empleo público en una época de desarrollo industrial y crecimiento del Estado.

En este marco, una cuestión conflictiva fue la relación contradictoria con los intelectuales. Inicialmente surgió la dificultad de definir lo que era un in-

telectual en esos espacios de izquierda. Se buscaba el apoyo de intelectuales, es más, ciertos grupos de militantes habían tenido una formación intelectual. Sin embargo, la estructura política generaba un poderoso estímulo anti intelectual que consistía en gestar un anti intelectualismo. Así, se llegaba a concebir la actividad intelectual como una desviación, aunque en ciertos círculos se alababa la inteligencia como un atributo personal. Esto tenía como efecto producir la ausencia de ideas alternativas o, también, de impedir el apareamiento de posiciones antagónicas. Con ello tendía a predominar un solo discurso o variantes del mismo discurso, o bien, la disponibilidad de cierto tipo de intelectuales para legitimar el discurso dominante que emanaba de la dirección política. La producción intelectual tenía que ser útil a los fines de la organización, de otro modo carecía de sentido. Esto alejaba a potenciales adherentes provenientes del mundo artístico y literario.

Los nexos de la izquierda radical con el mundo popular estuvieron relacionados sobre todo con el sindicalismo. Sería necesario situar el vínculo entre el sindicalismo y la presencia de fuerzas políticas en su seno. Frente a un control formal e informal de fuerzas políticas, persistía una autonomía real de las organizaciones de base. El fundamento de esto se halla en que el sindicalismo cumple un rol sociopolítico, donde el sindicato de base tiene un conjunto de mecanismos de presión para resolver ocasionales conflictos con la patronal y, a cambio de eso, toleraba la presencia de fuerzas políticas en la conducción formal de la dirección sindical. Los grupos de izquierda radical proveyeron de activistas y discursos que promovieron la consolidación del sindicalismo en la década del setenta con la formación de una identidad obrera y dirigencias radicales que encontraban su sentido cuando había rasgos de confrontación en los conflictos laborales.

A lo largo de los años setenta estuvo presente una tensión muy fuerte entre el espíritu insurreccional y la acción reivindicativa de trabajadores y campesinos, quienes se guiaban más por negociaciones para resolver sus demandas. Con el retorno a la democracia, se instaló la problemática de la inserción política de la izquierda radical en las nuevas condiciones. Esto produjo la respuesta pragmática de la formación del Frente Amplio de Izquierda (FADI) con la hegemonía del PCE, mientras que el PCMLE optó por crear el Movimiento Popular Democrático (MPD) como estructura legal.

En 1979, cuando se produjeron las elecciones presidenciales que dieron el triunfo a Roldós en Ecuador, también ocurría la fundación del Partido de los Trabajadores en Brasil, el triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua y la crisis de la efímera Alianza de Izquierda Revolucionaria en Perú. Al año siguiente, en 1980 Sendero Luminoso iniciaba las acciones armadas que llevaron a un período de violencia cuyas graves consecuencias serían reveladas muchos años más tarde con el trabajo de la Comisión de la Verdad y Reconciliación.

La década de 1980 presentó un modo de resolución del conflicto que se había instalado en la izquierda radical entre el llamado a la insurrección y la inserción en el sistema político que exigía otras modalidades de acción política. La crisis de las organizaciones de izquierda radical condujo a procesos de disolución y fraccionamientos que, por lado, dejaron disponibles a grupos de militantes para formar organizaciones armadas y, por otra parte, la participación electoral llevó a otros círculos a buscar la inserción en el PCE o en la Izquierda Democrática.

Mi intención al acercarme a la definición de ciertas coordenadas de una memoria crítica de la izquierda radical del setenta, ha sido la de señalar aspectos problemáticos que no han sido discutidos. Entre la neblina del ayer y el olvido también se encuentra una resistencia a explorar el pasado liberándolo de censuras morales e ideológicas. Justamente el desafío de la memoria consiste en asumir el pasado con sus conflictos y contradicciones. Más que conclusiones tajantes se abren entonces nuevas interrogaciones.

Bibliografía

- Aguirre, Manuel Agustín (1950). *Lecciones de marxismo o socialismo científico*. Quito, Imprenta de la Universidad.
- Aricó, José (1980). *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México DF, Cuadernos de Pasado y Presente.
- _____ (2005). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI.

- Bonilla, Adrián (1991). *En busca del tiempo perdido. Diferenciación y discursos de la izquierda marxista en los sesenta*. Quito, Flacso.
- Claudín, Fernando (1977). *Eurocomunismo y socialismo*, México DF, Siglo XXI, 4ª edición.
- Degregori, Carlos Iván (2010). *Qué difícil es ser Dios. El Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú: 1980-1999*. Lima, IEP.
- Flores Galindo, Alberto (1980). *La agonía de Mariátegui. La polémica con la Komintern*. Lima, DESCO.
- Ibarra, Hernán (editor) (2013.) *El pensamiento de la izquierda comunista (1928-1961)*. Quito, Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados.
- Martínez, Maruja (1997). *Entre el amor y la furia*. Lima, Sur Casa de Estudios del Socialismo.
- Rodas, Germán (2000). *La izquierda ecuatoriana en el siglo 20*. Quito, Abya Yala.
- Tarcus, Horacio (1998). “La secta política. Ensayo sobre la pervivencia de lo sagrado en la modernidad” en *El Rodaballo*, No. 9, Buenos Aires 1998/99.
- Zapata, Sofía (2013). *Hacia la reclusión de un espacio social crítico: la acción del PCMLE en la Universidad Central del Ecuador*. Tesis de Maestría, FLACSO-Sede Ecuador, Quito.

Visión crítica sobre los aportes en torno a la problemática indígena de Fernando Velasco Abad

Luis Maldonado Ruiz

Debo manifestar, desde un inicio, que políticamente no pertenezco a la generación de los años sesenta y setenta del siglo pasado dentro de la que Fernando Velasco tuvo su destacada presencia política, como investigador social, militante y líder político de izquierda. Me considero más bien parte de los ochentas, pues fue en esos años que me integré como delegado de la organización de Imbabura, mi provincia, al movimiento indígena. En ese momento se realizaban grandes esfuerzos para articular una organización propia y de alcance nacional. Digo propia en el sentido de que se mantuvo una distancia orgánica frente a los partidos de izquierda y las centrales sindicales, debido a las enormes dificultades que se tenía para que comprendan nuestras particulares reivindicaciones y la exclusión de la que éramos objeto en tanto actores sociales y políticos diferentes. Por ello, considero que podría orientar mi intervención hacia describir el contexto de los años setenta y ochenta y comentar, en la medida de lo posible, los aportes de Fernando Velasco en el naciente movimiento indígena. Además debo aclarar que no conocí a Fernando Velasco. Tuve referencias de él en la universidad y también a través de la Editorial El Conejo. Por lo menos desde mi experiencia, para la década de los ochenta el acceso que tuvimos a sus reflexiones fue reducido. Posiblemente esto se deba a que su militancia se dio principalmente con el sindicalismo obrero y campesino, más que con el movimiento indígena propiamente dicho. No se puede olvidar que en aquella época, dentro del debate sobre el denominado “problema

indígena”, se temían supuestas amenazas a la “unidad del campesinado y al avance de la revolución socialista”.

Para los años setenta apenas si iniciaba mi vida de adolescente. Sin embargo tengo memoria de que la población indígena era campesina mayoritariamente y constituía, por lo menos en Imbabura, la mayoría en cuanto a población. Por ello, los intelectuales y sus organizaciones políticas de izquierda usaban como sinónimos para denominar a esta población los términos campesino e indígena. Su visión progresista y evolucionista tuvo mucha incidencia en el análisis de la sociedad. Para aquella época el estatus del campesino era superior social y políticamente al del indio o indígena. En todo el continente una corriente poderosa incidió en diversas organizaciones sindicales que terminaron ocultando la diversidad cultural de sus miembros, definiéndolos y asumiéndolos como una población campesina. En nuestra subregión andina todavía persiste hasta nuestros días esta visión –especialmente en Perú y Bolivia, donde la presencia sindical campesina estructuró formas organizativas paralelas a la comunidad y sus autoridades–.

En la región andina o de la Sierra de Ecuador, ya desde hace tres décadas antes de los años setenta se dio una alianza entre los partidos de izquierda, las centrales sindicales, la iglesia progresista y la población campesina e indígena –particularmente de los trabajadores de las haciendas de la Iglesia y el Estado– por la lucha por la “recuperación de la tierra”.¹ Pero a lo largo de esas décadas se dio muy poca importancia a la lucha por las particulares reivindicaciones culturales indígenas. Este soslayo fue todavía más marcado con respecto a la lucha que los pueblos de la Amazonía emprendían por la defensa de sus territorios. Asimismo, se ignoraba la existencia de los pueblos de la Costa o simplemente se la consideraba de poca valía para los fines de la revolución.

En el caso de la Sierra, las relaciones de servidumbre de la población indígena en las haciendas, ese sistema de explotación basado en la institución del huasipungo, se mantuvo hasta inicios de los años noventa. Esta relación

1 A diferencia de los sindicatos agrarios que hablaban de la “redistribución de la tierra”, para la población indígena esta lucha se entendió como el proceso de recuperación y restablecimiento de las formas de organización comunitaria.

se sustentó en una ideología racista que ha marcado hasta nuestros días a la sociedad ecuatoriana. También existían las comunidades libres que se articularon al mercado a través del comercio de sus productos agropecuarios y textiles, dotándose de ciertas libertades de circulación e independencia económica y liberándose también de la mediación del terrateniente con respecto al Estado. Este proceso generó dos sectores sociales: los campesinos indígenas y los indígenas productores independientes. Para las décadas de los sesenta y setenta, estos últimos migraron a las ciudades y conformaron nichos de mercado especializados que alcanzaron grandes réditos económicos que rivalizaron con los de la población mestiza. Esto generó conflictos raciales muy fuertes y permitió, a su vez, una alianza entre los dos sectores indígenas que buscaban expresarse políticamente y visibilizar su problemática. En este proceso se adoptaron las tesis clasistas para reivindicar la lucha por la tierra y la población campesino-indígena se definió como tal.

Por otra parte, en la región amazónica y en la Costa emergieron luchas de los pueblos indígenas orientadas a la defensa de sus territorios frente a la ampliación de la colonización promovida por el Estado a través de la Ley de Reforma Agraria y Colonización, cuyo objetivo era garantizar la explotación petrolera y la apropiación de la tierra por colonos de la Sierra y la Costa. Las diversas iglesias cumplieron un rol preponderante como medios para doblegar la voluntad de estos pueblos y establecer las pautas para su integración al Estado. En este contexto, estos sectores desarrollaron un discurso y una ideología que parte de su identidad como pueblos ancestrales con derechos propios. Pasaron así a reivindicar sus territorios, sus propias instituciones de autoridad, económicas y espirituales, los recursos renovables y no renovables, etcétera.²

Los intelectuales de izquierda denominaron a esta visión política como “etnicista” y algunos de los líderes de las organizaciones sindicales combatieron de manera muy dura estas tesis por considerarlas contrarias a la

2 La nacionalidad shuar, por ejemplo, se planteó dos objetivos en esa época: “el reconocimiento de la cultura shuar como sistema constitutivo de la sociedad ecuatoriana; esto es, la autodeterminación del grupo shuar en un nuevo concepto de Estado ecuatoriano pluralista y el logro de la autosuficiencia económica, como base de un desarrollo libre de presiones e influencias del exterior” (CONAIE, 1989: 91).

doctrina marxista y por tanto a la transformación social y política del país.³ Desde estas visiones ortodoxas previsiblemente hubo muy poco interés en contribuir al fortalecimiento del movimiento indígena y, más bien, los esfuerzos se orientaron a combatirlo. Ese es el contexto que me tocó vivir en los ochenta.

Sin embargo, es justo también afirmar que el movimiento indígena tuvo la oportunidad de constituirse como tal y posteriormente como un actor político, gracias al apoyo de sectores progresistas de las iglesias, tanto la católica como la protestante, alineadas con la doctrina social que logró su punto máximo en el Concilio Vaticano II y dio origen a la teología de la liberación. Asimismo, los partidos políticos de izquierda fueron importantes a pesar de sus visiones dogmáticas. Defendieron arduamente las reivindicaciones concretas orientadas a alcanzar la justicia social. A través de los sindicatos, varios de los líderes indígenas se formaron políticamente, adoptaron su forma de organización, pero para las décadas de 1980 y 1990 realizaron reformas de sus estructuras organizativas desde una visión de gobierno propio. Varios intelectuales críticos, por su parte, apostaron por el movimiento indígena. Las ONG promovieron la formación y el fortalecimiento organizativo. E incluso las universidades se comprometieron con la educación indígena, proceso que dio origen a la educación intercultural bilingüe.

En resumen, diríamos que hacia la década de 1970 la población indígena se encontraba fragmentada y aislada y que los sectores que iniciaron organizándose para luchar por sus derechos, asumieron una posición clasista y campesina y adoptaron las formas de organización sindical. Por otro lado, existían poblaciones indígenas especialmente en la Amazonía

3 En 1978 se realizó por primera vez en la Amazonía un congreso internacional de pueblos indígenas en el que participaron diversas organizaciones ecuatorianas de la Amazonía y de la Sierra, así como delegados del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC) de Colombia e intelectuales internacionales. Resulta muy ilustrativo observar la reacción frente a este evento de organizaciones como la Federación Nacional de Organizaciones Campesinas (FENOC), la Federación Ecuatoriana de Indios (FEI) e incluso la Ecuarruniarí. En tono de denuncia desde estas organizaciones se declaró: “El mencionado congreso busca primordialmente escamotear la lucha de clases, so pretexto de reivindicaciones culturales puramente indigenistas, que aislarían a los campesinos de la lucha por sus objetivos fundamentales; la reforma agraria y la alianza con la clase obrera, factor fundamental para las transformaciones revolucionarias”. Ver revista *Nueva* No.45, Quito, 1978.

que adoptaron formas de organización modernas, como ocurrió con los centros promovidos por la Iglesia Católica y particularmente por los salesianos, con una ideología étnica que se fundamentaba en sus derechos ancestrales como pueblos. Luego de un largo proceso de acercamientos y diálogos políticos, estas organizaciones junto a las comunidades de la Sierra configuraron al movimiento indígena actual.

Situación interna

Como ya hemos anotado, el control de la hacienda y la intermediación del terrateniente mantuvieron a la población indígena-campesina en una situación de aislamiento y dispersión, a diferencia de las comunidades libres que podían establecer relaciones de comercio y tenían algún nivel de conocimiento de los otros pueblos. Cuando inicié mi actividad política en Peguche –mi comunidad–, más o menos en el año 1976, no tenía conciencia de la existencia de otros indígenas. Incluso existían prejuicios con respecto a otros pueblos como los Kayambi, denominados por los Otavalo como “puendo”, término cargado de connotaciones como amestizado, denigrado o desvalorado.⁴ Este tipo de diferenciaciones reproducían el racismo que fue ampliamente promovido en la Colonia y que profundizó las rivalidades existentes en la época del Tawantinsuyu con la finalidad de afianzar el control político español.

Apenas tuve la oportunidad de conocer otras comunidades y otros pueblos cuando me integré a los grupos juveniles cristianos promovidos por las hermanas Lauritas en mi comunidad y a los grupos culturales que constituimos, a inicios de la década de 1980, para denunciar nuestra situación de exclusión social y política. Pero fue especialmente cuando me integré al Ecuarrunari⁵, como su secretario técnico, que pude conocer y

4 Puendo viene originalmente de la palabra *Puente*, término que denomina el cargo de señor o jefe de los Kayambi. Resalto la profunda denigración que implica darle una carga negativa a esta palabra cuyo origen remite a la designación de una autoridad.

5 Son las siglas de Ecuador Runacunapac Riccharimui, el despertar de los seres humanos del Ecuador, nombre con el cual se designó a la organización kichwa de la Sierra ecuatoriana.

tener conciencia de que existían otros pueblos indígenas. Comparto este testimonio personal con la intención de ilustrar el alto nivel de aislamiento al que habíamos sido reducidos, pero también el tremendo trabajo que realizamos para, en menos de una década, lograr consolidar una organización nacional indígena y, además, convertirnos en un actor político nacional.

A la situación de dispersión y aislamiento que primaba, hay que agregar que para la época de los años setenta la mayoría de la población indígena era analfabeta. Apenas para fines de esa década se reconoció el derecho de los analfabetos a votar en las elecciones. Con esto cobró mayor importancia el sector indígena y rural para las diversas tendencias políticas.

Entre la población indígena y entre sus líderes no leíamos a Fernando Velasco —ni los textos de Marx o Engels—. Apenas si se tenía alguna referencia sobre los escritos de Velasco a través del acompañamiento que hacían algunos militantes de izquierda. Pero que hayamos estudiado su pensamiento o que hayamos hecho un análisis de sus aportes teóricos era imposible. Diría que nos encontrábamos al margen de esos espacios. Pero más allá de lo anecdótico, es importante tomar esto en cuenta. Esta experiencia debe servirnos para evaluar la forma en la que difundimos el pensamiento y las reflexiones al pueblo, si lo recepta o no, si se reconoce en él y lo asume como suyo y como instrumento de transformación.

Los aportes de Fernando Velasco

En esta sección quisiera exponer mi opinión sobre los aportes significativos que he encontrado a través de la lectura de los textos de Fernando Velasco y analizar cómo éstos fueron aplicados en la praxis política y de qué manera pudieron contribuir en el proceso de construcción del discurso político del movimiento indígena.

Un primer aporte que me parece fundamental es la tesis sobre la necesidad de estudiar el marco de desarrollo material de las relaciones de producción. Esto es primordial porque estas relaciones producen y reproducen las relaciones de las clases sociales. Tales relaciones son complejas, cambiantes y múltiples, es decir, no se manifiestan de una sola manera en

todas las realidades sociales. En el caso de nuestro país, por ejemplo, estas relaciones materiales y de producción estuvieron atravesadas por relaciones de explotación, dominación y colonización de un amplio sector de la población perteneciente a los pueblos originarios. Las prácticas sociales y políticas de la sociedad dominante y el Estado se expresaron en el racismo, la exclusión, el empobrecimiento y el despojo de territorios ancestrales. Sin lugar a dudas, esta tesis ayudó mucho en los años ochenta para realizar una lectura crítica de la realidad ecuatoriana, que dio apertura a repensar las relaciones concretas de los pueblos indígenas con la sociedad dominante y el Estado, pero también con las organizaciones sociales y los sectores políticos de izquierda.

Como ya hemos dicho, en el Ecuador de los años ochenta no solo existían relaciones sociales de clase como consecuencia del desarrollo capitalista, sino también relaciones de dominación y colonización de los pueblos como expresión real de las relaciones de expansión del capitalismo. A pesar de que la configuración de sociedades diversas con sus procesos históricos, este proceso era desconocido por la mayoría de la sociedad dominante. Lamentablemente, para la época de los setentas las contribuciones teórico políticas de Velasco parecerían haber encontrado mucha resistencia a ser incorporadas en el discurso y en la práctica política y social.

Desde al dogmatismo predominante de la izquierda de ese entonces, resultaba impensable que los pueblos indígenas pudieran convertirse en actores políticos nacionales y constituirse en protagonistas de la transformación social y política del país; situación que, en contradicción con la teoría, efectivamente ocurrió. A pesar de los significativos aportes que ha dado el movimiento indígena a la transformación del país, sinceramente no creo que estas limitaciones y enseñanzas del pasado hayan sido incorporadas en la actualidad.

Otro aspecto muy relevante de la reflexión de Velasco remite a sus preocupaciones para generar las condiciones que permitan emanciparse a los campesinos indígenas ecuatorianos. Entre estas condiciones, citando a Gerrit Huizer propone las siguientes: a) La identificación de una necesidad o agravio profundamente sentidos. b) Contar con una dirigencia con alguna experiencia organizativa relevante. c) La creación o consolidación de un

grupo de partidarios fuertemente leales a un líder. d) La alianza con partidarios urbanos que ayuden a relacionarse con otras fuerzas a nivel regional o nacional. (Velasco, 1979: 132)

Estas pautas tienen sentido dentro de la pregunta recurrente: ¿qué hacer frente a la situación del campesinado indígena? En el marco de una visión ideológica evolucionista que concibe a los campesinos indígenas como un sector de la sociedad que se encuentra en la total marginalidad, no integrado al mercado capitalista y cuyo proceso progresivo hacia la proletarianización está consecuentemente en ciernes, obviamente las respuestas no tomarán en consideración las potencialidades propias de estos pueblos.

Con respecto al primer punto, efectivamente existían muchas necesidades y agravios seculares sentidos en común por la población indígena, como el racismo, la explotación, la ausencia de derechos, la inseguridad en la tenencia de la tierra, etcétera. Había entonces sobradas razones que permitirían organizarse con finalidades claras, aunque los problemas relacionados con las relaciones de dominación no fueron valorados en igual nivel. Estos temas fueron insertados en el debate teórico, cargado de mucha polémica y que duró décadas, en torno a etnia y clase.

Con respecto al segundo punto, relacionado con la existencia de un liderazgo con experiencia organizativa relevante, es innegable que las formas comunitarias de organización no fueron consideradas relevantes y tampoco sus liderazgos. Las formas comunitarias, con todas sus variantes o adaptaciones resultado de las imposiciones de modelos organizativos por parte del Estado, contaron con sus formas sociales de organización y de gobierno en un ámbito territorial concreto. Esa fue su fortaleza, pero como se partió del supuesto de que los indígenas no estaban organizados o que las formas comunitarias eran arcaicas, se promovió las formas modernas de organización como los sindicatos, las cooperativas o asociaciones agrícolas, las células partidarias, etcétera. En este marco, además, el liderazgo de estas organizaciones le correspondió a un militante del partido, con lo cual se creaba una estructura paralela al sistema de gobierno propio, debilitando de esta manera a la comunidad y a sus autoridades.

En la actualidad, las formas de organización sindicales perviven en las organizaciones de segundo grado y en las organizaciones nacionales. Las

adaptaciones realizadas por algunas organizaciones corresponden a los procesos de revaloración del modelo de gobierno comunitario. A pesar de que la Constitución actual (2008), reconoce a estas entidades como sujetos de derechos colectivos, las políticas públicas y las instituciones que se han creado en ese marco no contemplan estas particularidades, fragmentan las organizaciones y debilitan la autoridad comunitaria.

En esa misma tónica, la tercera pauta se orienta a crear o consolidar un grupo de partidarios fuertemente leales a un líder. Con esa intencionalidad crearon sus células partidarias. A través de éstas reprodujeron las confrontaciones ideológicas y partidarias existentes en los partidos de izquierda al interior de las comunidades, generándose fuertes discrepancias y disputas que debilitaron aún más a las comunidades. Recuerdo que para los años ochenta hubo una crítica muy fuerte al respecto. Tanto los partidos políticos, como las ONG y las iglesias, para justificar su accionar político decían que “trabajaban con la comunidad”, cuando en realidad lo hacían con un grupo o célula partidaria o gremial. Estos liderazgos respondían más a las orientaciones del partido que a los intereses de la comunidad, por lo que nunca lograron consolidar una amplia base de apoyo social y político.

Por último, las alianzas con los partidarios urbanos que ayuden a relacionarse con otras fuerzas a nivel regional o nacional, son un aspecto fundamental para la lucha popular. Sin embargo, estas alianzas fueron muy escasamente promovidas desde los partidos y las organizaciones sindicales. Se priorizaron fundamentalmente las alianzas ideológicas, sin analizar la totalidad de las relaciones sociales que las comunidades y su naciente movimiento nacional desarrollaban desde su vida cotidiana. El movimiento indígena siempre estableció una diversidad de alianzas con diversos sectores. Esto le permitió abrirse espacios sociales, políticos y económicos para lograr seguridad y apoyo político. En efecto, se generaron pactos políticos con sectores afines y relacionados económica y socialmente para lograr mayor presión social ante los gobiernos y abrir nichos de mercado y acuerdos comerciales para el comercio de ciertos productos. Este comportamiento es coherente y se comprende por los principios desde los que parten los pueblos indígenas como la complementariedad, las relaciones de reciprocidad y la búsqueda permanente de interrelaciones.

En conclusión, es justo reconocer que el movimiento indígena de ninguna manera nació de forma solitaria en el escenario político. Este proceso se logró a través de la interrelación fructífera con diversos sectores. Lamentablemente en la actualidad algunos sectores olvidan esto movidos por sus propios intereses. Pero la emergencia del movimiento se dio gracias a las interrelaciones, no siempre positivas y armoniosas, con muchos actores. Con los propios partidos políticos de izquierda, a pesar de los errores cometidos. También fueron un aporte importante las iglesias de la teología de la liberación. Diversas ONG que surgieron en esa época. Los intelectuales que aportaron en el proceso de reflexión del movimiento indígena, especialmente aquellos inspirados en los Acuerdos de Barbados en la década de los setenta –que a su vez originaron el neoindigenismo que posteriormente impulsó el movimiento por los derechos colectivos–. Ante la necesidad de tener interlocutores legítimos de la sociedad, la acción gubernamental de ese entonces orientó esfuerzos en fortalecer el tejido social. Me refiero concretamente a las políticas de organización social impulsadas por el gobierno de Jaime Roldós a través de la primera Oficina de Asuntos Indígenas ubicada en el Ministerio de Bienestar Social. A través de esta instancia, el Estado asumió el llamado “problema indígena” que anteriormente estuvo relegado en manos del sector privado o de la iglesia como tutora oficial de los “indios”. Efectivamente, desde los años setenta para atrás, el tema de los pueblos indígenas fue concebido como el “problema indígena” y fue entendido como un problema del sector privado. Recordemos simplemente quiénes manejaban la política con respecto a los pueblos indígenas en la época de la Colonia: los encomenderos. En la República quien manejó la relación con los pueblos indígenas fue, por mandato constitucional, la Iglesia. Y más tarde los terratenientes fueron quienes mediatizaron la relación con el Estado y los partidos políticos, quienes los representaron en el Congreso Nacional.

Debido al carácter conflictivo de estos relacionamientos sociales, económicos y políticos, las políticas de alianzas siempre fueron muy complejas y llenas de desconfianza. Se tendió siempre a que los indígenas se desarrollaran en el ámbito local de sus parcialidades. Podría afirmar que recién desde los años noventa el movimiento indígena logró ampliar sus alianzas

nacionales, lo que le permitió posicionarse como actor político nacional e internacional, en la medida en que es un actor autónomo y legítimo, fraguado por su propio esfuerzo y en sus propios errores.

De manera concomitante con lo desarrollado hasta ahora, Velasco hace referencia a un problema referido al horizonte ideológico limitado y estrecho que tendría el sector campesino-indígena con respecto a afianzar un proceso revolucionario y de transformación global del Ecuador. Al respecto afirma: “Encerrado en los estrechos límites de su parcela, ligado a un sistema económico caracterizado por el bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y por una producción escasamente socializada, el horizonte ideológico del campesino es necesariamente limitado y estrecho, estallando esporádicamente sus anhelos de cambio, en forma espontánea, a través de su adhesión a movimientos mesiánicos o milenarios” (Velasco, 1979: 131-132). Es decir, el sector campesino no estaría articulado en la dinámica del desarrollo de las fuerzas productivas, sino que es el sector “arcaico”, primitivo, pre-capitalista, que no puede por su propia condición histórica comprender la naturaleza de su dominación y explotación del capitalismo. Se esboza aquí el sentimiento del “indio” de aferrarse a sus tradiciones domésticas frente a la agresión colonial y capitalista, lo que determina sus limitadas aspiraciones que constituyen su limitación histórica. Escribe Velasco: “la utopía de los campesinos es la aldea libre de los explotadores y del Estado. Los indígenas ven al Estado –dice Velasco siguiendo a Eric Wolf– como algo negativo, un mal que debe ser reemplazado por su propio orden doméstico. ¿Pueden existir sin un Estado? (Velasco, 1979: 132). Esta concepción la explica, citando a Hector Díaz-Polanco, como consecuencia de “sus condiciones de producción que no les permiten captar la esencia de la explotación que sufren, por estar objetivamente limitados en su liberación definitiva solo la lograrán en tanto se alíen políticamente con el proletariado” (Velasco, 1979: 133). De esta manera se expresa lo que podríamos llamar las limitaciones históricas del campesino indígena como clase social, cuyo destino de liberación únicamente sería posible si es arrastrado por la fuerza revolucionaria del proletariado.

Históricamente hablando, hoy podemos afirmar que esas tesis teóricas no se correspondieron con la realidad de nuestro país. Avizorando esta

realidad, Velasco también afirma que “los cambios de la sociedad se dan en la medida que las contradicciones de clase y de dominación en general, cambian por la acción política organizada desde los sectores oprimidos y explotados” (Velasco, 1979: 138). Hoy posiblemente podríamos ironizar afirmando que como el proletariado casi ha desaparecido, entonces ya no tendríamos la posibilidad de impulsar una revolución, sino es a través de la nueva clase media de la “revolución ciudadana”.

Hoy estas tesis son refutadas. En un contexto de crisis global, ambiental, de calentamiento climático, las formas de vida de los pueblos indígenas ancestrales (arcaica, primitiva, modesta, de autoconsumo) son tomadas como un referente de vida alternativa al desarrollismo capitalista. Se ha tomado, por ejemplo, al Sumak Kawsay como alternativa al desarrollo. En este sentido, las teorías sociales del siglo pasado se han desmoronado frente a la realidad y las necesidades políticas actuales, al punto de criticar los paradigmas del progreso y el desarrollo.

Por otra parte, la izquierda tenía como estrategia política la proletarianización de la población indígena, para de esa manera engrosar el ejército del proletariado, clase “destinada” a revolucionar la sociedad. A la derecha liberal, por su parte, le interesaba liberar a los indígenas del enclaustramiento en las haciendas para de esa manera disponer de fuerza de trabajo libre para el fomento de sus nacientes industrias. Este proyecto le permitiría construir un mercado interno y la construcción del Estado Nación como su soporte social, político y jurídico, vital para la implementación del capitalismo en el Ecuador. Desde esta perspectiva, se requería con urgencia la ciudadanización del “indio”, entendido como ciudadano pequeño propietario y trabajador asalariado (proletario). Esta fue una de las razones por las cuales las dos tendencias políticas llegaron a acuerdos en algunos momentos de la historia, cada uno pensando en sus intereses y no en los de los indígenas. La pregunta es, sin embargo, ¿nos interesaba ser proletarios?

A través de otra tesis importante, Velasco afirma que “los estratos más pobres son los que encabezan las luchas” y que las clases medias campesinas “son las que lideran el proceso, los mismos que se alían al proletariado” (Velasco, 1979: 133). Entiendo que con esta tesis planteaba la necesaria alianza entre clases sociales explotadas, especialmente en el sector cam-

pesino indígena donde las clases medias, tanto rurales como urbanas, a pesar de sus mejores condiciones sociales y económicas continuaron siendo segregadas, discriminadas y excluidas por el hecho de ser “indios”. Se requería entonces de la alianza y unidad de estos sectores para fortalecer su lucha. Históricamente las luchas de liberación, las luchas revolucionarias, como se ha constatado, no han sido lideradas por los más pobres. Sin embargo en el caso ecuatoriano y con relación a los indígenas, estas ideas se desvirtuaron. Algunos sectores de izquierda hicieron una diferencia entre los “indígenas propiamente dichos” y los “indígenas alienados”, generando incluso rivalidades y disputas internas en las organizaciones y comunidades. El “indígena revolucionario” debía ser el indio analfabeto (entiéndase pobre, campesino), el que labraba la tierra y vivía en el campo, el que no sabía leer ni escribir. Mientras que los “estudiados”, los “leídos” o los indígenas de clase media baja eran “peligrosos” por no ser manejables, porque ponían en riesgo el liderazgo del líder sindical o del partido político. Velasco aclara que los campesinos pobres priorizan la reivindicación de sus necesidades inmediatas, mientras que el campesino medio, debido a su acceso a estudios primarios y bachillerato —en el mejor de los casos— se encuentra en mejores condiciones económicas y de relacionamiento con otros sectores sociales para liderar un proceso de organización con una visión más amplia e integral y, por tanto, con mayor visión para afianzar alianzas con el proletariado. Sin embargo, estas reflexiones no fueron incorporadas ni en el discurso ni en la estrategia política de ese tiempo.

Yo mismo viví en los años ochenta una discriminación por no ser “indio propiamente dicho”. Mi familia emigró en los años cincuenta de la comunidad de Peguche a la pequeña ciudad de Otavalo. Mi padre fue un emprendedor incansable. Como muchos de mi pueblo, él fue uno de los precursores de la industria textil en Otavalo. Alcanzó un gran prestigio social y bienestar económico. El mismo Municipio de Otavalo le reconoció con una medalla al mérito por ser el primer industrial indígena de textiles. Esta situación fue de conocimiento de algunos líderes sindicales, de algunos intelectuales y dirigentes de algunos partidos políticos. Desde entonces fui considerado un “burgués indígena” peligroso. Tuve enormes dificultades por esa razón en el orden político y organizativo. ¿Cómo entender esta

situación? Desde mi punto de vista, simplemente era el racismo nacido del miedo que generaba que los indígenas expresáramos con claridad que queríamos impulsar nuestro propio proceso de organización, definir nuestro propio programa político, que las alianzas implicaban la revisión de las plataformas de lucha para incluir nuestras reivindicaciones y nuestra visión política. Realmente para ese tiempo todo esto era impensable, era una osadía inaceptable. Una situación similar se vivió cuando a fines de los ochenta se empezó a plantear la idea de la inexistencia de la nación ecuatoriana y su inviabilidad como proyecto político. Frente a la realidad diversa del Ecuador, cundió el pánico y los indígenas fuimos acusados de querer dividir al Ecuador. Ahora pasa lo mismo cuando queremos ejercer nuestros derechos plenamente y se nos acusa de terroristas.

Como lección histórica, me parece conveniente decir que dentro de la izquierda también hubo un temor ante la posibilidad de que los indígenas puedan desplazar de la dirigencia a los líderes sindicales y a los líderes políticos “no indígenas”. Este fue otra forma de manifestación del racismo todavía vigente en la actualidad. Esta situación llevó a la larga a que los indígenas se planteen la construcción de su propio movimiento social y político.

Recuerdo que a fines de los años setenta en la *Revista Nueva* se publicó una serie de denuncias sobre la penetración de la CIA en el movimiento campesino del Ecuador que se cubrió por lo menos en tres ediciones. La denuncia la hicieron varios líderes campesinos de la FENOC, la FEI y la Ecuarrunari de ese tiempo. Se afirmaba que se estaban realizando reuniones en la Amazonía y una parte de la Sierra para constituir una organización de indígenas considerada como una gran amenaza. Los participantes indígenas, se aseguraba, estaban siendo manipulados por agentes de la CIA. Plantearse una estrategia política desde su condición de indígenas era considerado un revisionismo de las tesis de la izquierda marxista y un atentado contra la unidad de los campesinos, lo que implicaba frenar la revolución socialista. Palabras muy similares todavía se escuchan en nuestros días: los ingenuos indios siempre son manipulados, se afirma. En todo caso, solo será recientemente, a partir del levantamiento de 1990, que estos sectores iniciaron un proceso de reflexión seria sobre la emergencia política de los pueblos indígenas. Algunos sectores inclusive utilitariamente em-

pezaron a incorporar las tesis del movimiento indígena en sus discursos y reivindicaciones, generándose como siempre disputas por acceso a espacios de poder en el Estado o por mantener algún nivel de hegemonía política y de representación. Los indígenas nos convertimos entonces en un sector importante y de prestigio.

A inicios de la década de 1990 la CONAIE formalizó un proyecto político que se expuso a debate a nivel nacional, que incorporó tanto las tesis marxistas de lucha de clases como las tesis denominadas por varios intelectuales como etnicistas, sintetizadas en lo que conocemos ahora como el proyecto de Estado Plurinacional, una forma particular de articular en un proyecto dos visiones que por varias décadas estuvieron confrontadas y que impulsó diversos estudios y tratados en el continente.

Conocer, procesar y aprender de todo este proceso, en el que han contribuido pensadores como Velasco y cientos de personas que han soñado con una sociedad nueva y revolucionaria, es una necesidad impostergable para las izquierdas. El debate sigue abierto.

Bibliografía

- VV.AA. (2006). *Los pueblos indígenas en la agenda democrática. Estudios de caso de Bolivia, Ecuador, México y Perú*. Bolivia, CAF / Plural Ediciones.
- CONAIE (1989). *Las nacionalidades indígenas en el Ecuador*. Editorial Tincui - Abya Yala.
- Velasco A., Fernando (1981). *Ecuador: subdesarrollo y dependencia*. Quito, Editorial El Conejo.
- _____ (1979). *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra: hipótesis para una investigación*. Quito, Editorial El Conejo.

V. Los setentas dentro de nuevas agendas de investigación en el contexto regional y nacional contemporáneo



Las pendientes de los años setenta: cuestiones y reflexiones para una agenda de investigación

Massimo Modonesi

En este ensayo apuntaré a cuestiones vinculadas con el análisis de los movimientos socio-políticos de la época de Fernando Velasco Abad. Tales cuestiones se relacionan con la militancia y el marxismo de este pasaje de época y son seleccionadas en función de algunas preguntas que tienen relevancia no sólo historiográfica sino frente a problemáticas muy actuales tanto políticas como relativas a una agenda para la sociología política latinoamericana a la altura de los desafíos de nuestros tiempos.

Señalo, de paso, a nivel metodológico, la necesidad y al mismo tiempo el riesgo que implica periodizar la historia latinoamericana asumiendo que existe un tiempo y un espacio latinoamericano, susceptible de ser reconocido, observado y pensado como tal. Desde mi perspectiva, lo latinoamericano, este escurridizo objeto de estudios y de deseos políticos y culturales, puede ser abordado desde una perspectiva transversal: atravesando países y épocas, buscando elementos comunes a la mayoría de los países, sin paralizarnos cuando no se expresen de forma estrictamente comparable o con una perfecta sincronía histórica. Con esto apunto al reconocimiento de tendencias generales al interior de las cuales se pueden identificar elementos recurrentes que se presentan regularmente bajo diferentes combinaciones o configuraciones temporales y espaciales. En este sentido y bajo estos criterios, en el ejercicio de reflexión histórica que presento a continuación trataré de atender la relación entre lo nacional y lo regional.

Fernando Velasco Abad fue parte de aquella generación que vivió las que podemos visualizar como las pendientes políticas de los años setenta

latinoamericanos. Es decir, los procesos de ascenso y descenso de los movimientos revolucionarios en esta década. En efecto, los años que cruzan las décadas de 1960 y 1970 pueden ser considerados como el punto más alto de un largo proceso de acumulación de fuerza por parte de las clases subalternas quienes ejercieron su contrapoder provocando una creciente conflictividad al interior de las sociedades capitalistas, vislumbrando alternativas socialistas.¹

Podemos convenir en que los años setenta constituyen un parteaguas de la historia de las izquierdas latinoamericanas. Diría que se trata de un pasaje de implicaciones mucho más profundas que la de la caída del muro de Berlín, ya que la derrota histórica no se vivió en Moscú sino, años antes, en los procesos de lucha de clase y en la capacidad de respuesta reaccionaria de las derechas de la región.² El legado de esta década se configura en función de la tensión entre el ascenso de movimientos revolucionarios –que cierra un largo ciclo de acumulación de fuerzas iniciado desde los años 1920– y su derrota histórica –que abre un periodo de reflujo hasta inicios o mediados de los años noventa o hasta el inicio del nuevo milenio, según los casos–. Entre ascenso y descenso, victoria hipotética y derrota real, se vislumbran dos agendas temáticas y problemáticas, una agenda del antagonismo y una agenda de la subalternidad, que merecen ser atendidas en sí mismas y, paralelamente, relacionadas y vinculadas entre sí. Esto para dar cuenta de un proceso ambivalente y contradictorio así como para mostrar una apertura de escenarios y bifurcaciones políticas que pueden enriquecer el actual debate de las izquierdas latinoamericanas y ofrecer un horizonte de visibilidad que, desde la retrospectiva, permita pensar en perspectiva, más allá de la coyuntura y el cortoplacismo que generalmente imperan en el debate político inmediato y en el periodismo y opinionismo que lo acompañan.

La avanzada, la pendiente ascendente, podemos caracterizarla en general a partir del concepto de *antagonismo*. Antagonismo entendido como un proceso de subjetivación centrado en la experiencia de insubordina-

1 Para una mirada sobre esta década desde la perspectiva de las luchas en Italia y Francia ver Modonesi (2014).

2 Avancé esta idea en Modonesi (2007).

ción. El reflujo, la derrota, la desmovilización podemos pensarla a partir de la noción de *subalternidad*, o usando un neologismo poco elegante, re-subalternización. En términos de investigación, habrá que construir y atender agendas temáticas y problemáticas propias del antagonismo y de la subalternidad y posteriormente vincularlas, cruzarlas, sobreponerlas para tratar de captar la imbricación del proceso entre continuidades y rupturas. Además de su indiscutible valor historiográfico, a nivel de sociología política, el estudio y la revisitación de los años setenta sirve para pensar la contradicción, los procesos contradictorios, los puntos de inflexión entre flujos y reflujos de la acción colectiva, entre movilización y desmovilización, siempre relativas, siempre imbricadas y, al mismo tiempo, reconocibles como marcas históricas, como sellos de procesos visibles y por lo tanto susceptibles de ser nombrados y caracterizados.

Bajo este prisma, voy a tratar de vislumbrar tres temas puntuales. El primero relacionado con el antagonismo, el segundo como criterio de distinción entre el momento antagonista y el subalterno, y el tercero centrado en el retorno a la subalternidad.³ Hablaré de la politización de la juventud como rasgo substancial de todo ciclo ascendente de lucha, de la democracia como criterio de distinción entre ciclo y procesos entre los años setenta y ochenta, y de la derrota como problema de interpretación, ahondando en la idea de revolución pasiva como una variante de la contrarrevolución en América Latina.

Ha sido ampliamente destacado el tema de la militancia, de la moral, de la mística militante y se ha remarcado la cuestión generacional. Es sabido que la generación de militantes revolucionarios de los años setenta fue un fenómeno transversal, latinoamericano y mundial. En Italia a esta generación se la denominó la “mejor juventud” para remarcar una excepcionalidad histórica. Pero, ¿ha sido excepcional o más bien constituye un fenómeno recurrente aunque lamentablemente no regular? Tenemos que seguir las pistas e investigar y analizar los ciclos de movilización y politización juveniles y estudiantiles, contrastar distintos momentos históricos, empezando por los años ochenta (años de reflujo en la gran mayoría de

3 El uso de estos conceptos se sustenta en Modonesi (2010).

los países latinoamericanos), ver ciclos de protesta, reconocer y destacar generaciones marcadas por experiencias de politización y movilización, pero también, a contrapelo, dar cuenta de generaciones “perdidas” que no tuvieron ni vivieron nada parecido. Este tipo de ejercicio permite tener claves de lectura para pensar la política y lo político, los horizontes de transformación que se abren y cierran en distintos momentos históricos, empezando por el que estamos viviendo. En efecto, en la historia de las izquierdas no hay ciclo ascendente, no hay emergencia de movimientos antagonistas como los de los años 1920-1930 o de los años 1960-1970 sin la contribución substancial y fundamental de una generación politizada y, tendencialmente, radicalizada. Con esta preocupación, para el caso mexicano, hice un pequeño ejercicio en relación con la que llamé la generación neozapatista entre 1994 y 2001, cierto vacío intermedio y la experiencia reciente del #YoSoy132 (Modonesi, 2013a). Pero, ¿qué sucedió en Ecuador? ¿Cuál fue la trayectoria de la generación del Conejo? ¿Qué tipo de politización o despolitización marcó a las generaciones posteriores?

Regresando a los setenta, planteo a modo de ejemplo dos preguntas puntuales de investigación, seleccionadas, lo admito, en función de mis propias inquietudes político-intelectuales: una en el sentido del ascenso antagonista, otra del retorno de la subalternidad.

- A. ¿Qué significó y puede volver a significar para las juventudes—universitarias y no— la experiencia del clasismo, del basismo, de la identificación, de la solidaridad transversal, de una forma específica de politización y de proyección de la politicidad?
- B. ¿Qué frustraciones produjeron y qué impactos desmovilizadores tuvieron los excesos de sectarismo, voluntarismo y, en particular, el sobredimensionamiento del papel histórico de los grupos dirigentes, de las vanguardias?

El segundo punto, relativo al pasaje entre antagonismo y subalternidad, entre el ciclo ascendente que se expresa en los años setenta y el reflujo de los ochenta, remite al problema de la democracia. Cuestión que me parece un indispensable criterio de lectura de época que permite subrayar una discontinuidad fuerte en el pasaje entre la década del setenta a la del ochenta en América Latina y también en Ecuador.

El criterio se constituye en función de la tensión entre democracia participativa y democracia electoral. En los años setenta, desde el florecimiento de los debates marxistas entre distintas corrientes, con un viento libertario *dans l'air du temps*, como dicen los franceses, la democracia aparecía de forma explícita como una cuestión de justicia y de igualdad pero también como participación masiva, como movimientos socio-políticos, como clase en sí, como autodeterminación, hoy diríamos, en general, como acción colectiva. Sindicatos, partidos y movimientos eran espacios de conquista democrática, de democratización social, además de poderse ver también como ámbitos de prefiguración que anunciaban la emancipación (aunque en ellos, ha sido ampliamente señalado, como en cualquier proceso, se manifestaban inercias conservadores, vicios autoritarios, discriminaciones, etc.). La cuestión del poder popular, no solo como fórmula del proceso chileno, era una forma de plantear el tema de la participación como antídoto al estatalismo, que no dejaba de estar presente como tendencia, así como el autoritarismo enmascarado de centralismo democrático y la burocratización. Así que los setenta están atravesados por un anhelo democrático substancial y por cierta concepción de la democracia como proceso de participación que está muy lejos de la que se impuso en la década siguiente.

A nivel latinoamericano, los años ochenta son conocidos como los años de la transición a la democracia. Una transición que albergó ilusiones variables pero que, a la postre, mostró claramente ser un poderoso dispositivo hegemónico en función estrictamente conservadora en términos políticos, una forma para dar consenso y legitimidad a un proceso profundamente reaccionario a nivel socio-económico como fue el neoliberalismo, correlato político que sostuvo una neo-oligarquización que se expresó en forma partidocrática. La democratización formal fue permitida e inclusive propiciada por derechas históricamente antidemocráticas en tanto se había despejado el terreno de las oposiciones antisistémicas y el pluralismo se reducía a un polo, se volvía pluralismo unipolar, alternancia entre diversas expresiones partidarias del consenso neoliberal.⁴ Me parece que esta

4 Agustín Cueva fue un precursor de esta perspectiva radicalmente crítica de las transiciones a la democracia, ver Cueva (1988).

caracterización latinoamericana calza con la experiencia ecuatoriana, en particular después de la muerte de Roldós.

El contraste entre la perspectiva democrática participativa (en algunos casos cooperativa y autogestionaria), progresiva y prefigurativa de los movimientos revolucionarios de los setenta, y la democracia procedimental, controlada o restringida de los ochenta, es flagrante y constituye una clave de lectura histórica.

Para pasar al tercer punto, referido a unas breves consideraciones sobre el retorno a la subalternidad a partir del debate sobre la derrota, menciono brevemente dos intervenciones incluidas en este libro a modo de ejemplo del alcance y perímetro de este tema. Máximo Ponce señala en forma contundente que sí hubo una derrota pero habla de retornos, al estilo del viejo topo, y de nuevas derrotas con lo que, si me permiten la ironía, vislumbra una teoría de la derrota permanente que, desde otra perspectiva, podemos pensar como resistencia permanente. Por su parte, Agustín Lao Montes señala que no deberíamos hablar de derrota. Si alargáramos la mirada espacial a Centroamérica, en particular a la Revolución Sandinista de 1979, y ampliáramos el horizonte temporal hasta el zapatismo en 1994, podemos asumir las derrotas como episodios, como expresiones parciales del proceso general, apuntando a una acumulación profunda y –no sé si pensando en la fórmula de Rosa Luxemburgo– señaló que se puede ganar perdiendo, creando repertorios de acción, contradiscursos, etcétera.

A este debate podríamos agregar otro argumento cercano al de Agustín Lao Montes y que complementa al de Máximo Ponce. Considerando que el lugar y el papel de los movimientos revolucionarios en la historia ha consistido en reiteradas ocasiones en mover las correlaciones de fuerzas, vislumbrar saltos históricos y abrir horizontes de visibilidad que se convirtieron no tanto en excepcionales revoluciones triunfantes sino, más frecuentemente, en ciclos de reformas, generalmente hechas por otros y utilizadas en función desmovilizadora –pero reformas, al fin y al cabo, que mueven, reacomodan y renegocian la relación entre capital y trabajo–. Dicho en forma escueta: los movimientos revolucionarios pueden servir para impulsar procesos reformistas.

Todas estas consideraciones incluyen elementos de verdad y pueden sustentarse en referencia a procesos concretos. Pero nada de esto revierte

la tesis general de la derrota histórica. Subrayo lo *histórico* y remito al ciclo amplio latinoamericano entre los años 1920 y los años 1970, un amplio ciclo de acumulación de fuerzas, con altos y bajos, con algunos picos variables según los países. Más de medio siglo de difusos e intensos procesos de movilización, organización, educación y politización de masas.

Un criterio general para evaluar la derrota de los movimientos revolucionarios podría ser que no solamente no se pudo “hacer época” –para usar una fórmula por medio de la cual Gramsci (1975: 1334, 1680 y 1744) señalaba un principio de discontinuidad– como se pretendía, sino que, además y por el contrario, se revirtió la tendencia.

¿Por qué se dio y cómo se dio esta derrota?

En torno a estas preguntas florecen las interpretaciones. Sobre los límites y los errores de las izquierdas, además de las versiones conservadoras y reaccionarias (un botón de muestra magistral de Oswaldo Hurtado aparece en el documental sobre el Conejo Velasco realizado por Pocho Álvarez W.), mucha tinta ha corrido e infinitas autoflagelaciones han circulado por América Latina. No quiero ni puedo, por falta de espacio, detenerme sobre este punto. Solo haré una mención sobre la cuestión de la unidad. Tema recurrente en el seminario a partir del que se ha elaborado este libro, ya que ésta era una preocupación y fue una contribución política del Conejo Velasco.

En efecto, la izquierda, entendida como espacio político relativo y cambiante, fue habitada en los setenta por diversas organizaciones y movimientos que sólo esporádicamente fueron convergiendo en torno a luchas y fines comunes. La diversidad fue fuente de riqueza y de debate y, al mismo tiempo, causa de rivalidad y de división. Por una parte, el pluralismo era un factor que potenciaba y fortalecía en la medida en que daba cabida a varias expresiones y matices sobre distintos temas cruciales característicos de las definiciones políticas izquierdistas, las cuales requieren de debate y se nutren de la crítica. Por la otra, debilitaba en tanto no permitía sumar las fuerzas necesarias para hacer frente al poder de las clases dominantes, poder económico y político que no depende tanto del número y la orga-

nización como en el caso de las clases subalternas. Número y organización (cuántos militantes, simpatizantes-votantes y cómo se vinculan entre sí) que pueden ser potenciados por medio de procesos de unificación. Sin embargo, la palabra *unidad* tenía y sigue teniendo una fuerte connotación imperativa ya que alude a una visión mecánica de las relaciones políticas y a una resolución cosificada, monolítica y eventualmente burocrática del problema de las alianzas y las convergencias.

La historia latinoamericana, no tan diferente en esto de la de otras latitudes, nos cuenta cómo este esquema se presentaba, en la realidad, fragmentado en diversas y distintas corrientes y expresiones partidarias. Frente a esta dispersión, el llamado a la unidad se volvió un recurso frecuente, a veces rutinario, en otras ocasiones eficaz como antídoto contra extremismos y sectarismos, en alguna otra oportunidad como consigna que encubría la renuncia a un proyecto radical y autónomo para terminar diluyéndose y subordinándose.

Ahora bien, es cierto que los momentos más exitosos y fecundos de la izquierda del siglo XX fueron acompañados por movimientos convergentes, pero no siempre unitarios, pues no implicaron fusiones o confusiones en el plano partidario o ideológico. Como regla general, la convergencia resultó indispensable y decisiva para empezar a sumar fuerzas y dejar de restarlas a causa de enfrentamientos internos causados por la disputa por la supremacía o hegemonía de una u otra fracción dentro del campo de la izquierda.

En efecto, me parece que en los setenta hubo convergencia a partir de objetivos comunes. Las divisiones entre comunistas, católicos, maoístas, trotskistas, guevaristas se enmarcaban en un universo compartido que podemos llamar izquierda radical o, mejor dicho, izquierda socialista revolucionaria. Está documentado, en otras experiencias como la italiana por ejemplo, que la falta de unidad entre grupos dirigentes y las encendidas y a veces violentas polémicas verbales doctrinarias no siempre impidieron colaboraciones de base sobre principios de compañerismo y solidaridad. Además no es tampoco lo mismo una convergencia o alianza en fase ascendente, como en la época del Conejo, que una en fase de reflujo, defensiva y de resistencia como la que le siguió.

Para entender a la derrota histórica más allá del análisis de los aciertos y desaciertos de las izquierdas y de la eventual falta de unidad, ha sido ampliamente analizado y documentado el papel y el peso de la represión, de la violencia política, del terrorismo de Estado, de la doctrina de contra-insurgencia, aplicada con diversas intensidades pero en todos y cada uno de los países latinoamericanos. Ahora bien, a diferencia de otros países, en Ecuador el proyecto y el proceso no desembocaron en un *militanticidio*⁵, en la eliminación física o psicológica —por medio de la tortura o el miedo— de la figura social del militante de la escena política. En esto también se define el tamaño de la derrota histórica y del triunfo de la reacción: en la desaparición relativa de una figura crucial que en forma creciente había habitado las sociedades latinoamericanas entre los años 1920 y 1970.

Además de la represión, que sigue siendo un instrumento muy eficaz para contener la protesta y los movimientos sociales en la región, aún bajo gobiernos progresistas, en el repertorio de las estrategias de dominación aparece una opción menos violenta, una modalidad más consensuada y menos coercitiva que Antonio Gramsci llamaba revolución pasiva.

Insisto sobre este punto, el último de este ensayo, porque me parece relevante para pensar la derrota histórica de las izquierdas en algunos países latinoamericanos, entre los cuales incluiría al Ecuador, y además porque podría permitir trazar un paralelismo, al cual aludió Santiago Ortiz en la inauguración del seminario, entre la década de 1970 y el presente ecuatoriano y la llamada revolución ciudadana.

Se trata de un tema extenso que aquí solo puedo enunciar en forma esquemática, remitiendo a un trabajo que escribí sobre los gobiernos progresistas latinoamericanos actuales caracterizándolos como revoluciones pasivas (Modonesi, 2013b). En los *Cuadernos de la cárcel*, Gramsci forjó el concepto de revolución pasiva con la intención de dar cuenta de procesos de transformación y reformas conducidos desde arriba que incorporaban demandas de movimientos y sectores subalternos que no tenían la fuerza de imponerlas por sí mismos. En este sentido la noción de *revolución pasiva* reconoce un grado significativo de transformaciones

5 Usé esta expresión por primera vez en Modonesi (2008).

económicas, sociales y políticas pero el adjetivo pasivo destaca la conducción desde arriba, el control social y la desmovilización que acompañaba a este tipo de revolución. A este dispositivo general, Gramsci agregaba en otros pasajes de los *Cuadernos* y en la senda de la teoría del bonapartismo inaugurada por Marx, la idea de que en situaciones de empates catastróficos entre clases dominantes y subalternas, empates en donde ninguna podía imponerse, solían surgir figuras carismáticas —que llamaba *cesaristas*— que podían presentarse y cumplir funciones progresivas o regresivas, a lo que agregaría, operando un proceso de delegación en clave de pasivización, de desmovilización o de control y manipulación instrumental de las movilizaciones. Por último, a estos dos conceptos, podemos asociar la idea de *transformismo* con la que Gramsci indicaba el desplazamiento de los grupos dirigentes surgidos de las luchas de las clases subalternas hacia el universo de las clases dominantes, hacia las instituciones del Estado. Gramsci planteaba esta triada conceptual como una herramienta para explicar transformaciones substanciales que no asumían la forma típica o paradigmática de la revolución activa, al estilo de la revolución francesa o rusa. A través de ella leía tanto el fascismo como el *New Deal* rooseveltiano y parecía aludir indirectamente a la incipiente involución burocrática de la URSS. Ahora bien, si aplicamos la distinción progresivo y regresivo a distintos tipos de revoluciones pasivas, podemos ser más precisos en su uso en relación a casos diversos.

En particular, revolución pasiva, cesarismo progresivo y transformismo, a mi parecer, pueden ser conceptos que permitan entender el conjunto de las prácticas que caracterizan a los gobiernos progresistas latinoamericanos de la última década, en tanto, si bien promueven cambios desde arriba en el terreno de las políticas públicas, al mismo tiempo se asentaron y propiciaron la desmovilización relativa de los movimientos antineoliberales que fueron fundamentales para modificar la correlación de fuerzas a partir de las cuales estos gobiernos pudieron surgir.

Ahora bien, regresando a los setenta, me pregunto si no se podría interpretar también a partir de estas claves al gobierno de Rodríguez Lara en el Ecuador, con su mezcla de autoritarismo y reformas, de cierre y apertura, y con ello avanzar hacia una explicación multicausal de la derrota de las

izquierdas revolucionarias ecuatorianas de esa década y, de paso, con ello, si es del caso, tender un paralelismo con el tiempo presente, entre el ciclo de movilizaciones de los noventa y mediados de la década de 2000, y el establecimiento de un gobierno progresista —electo a diferencia del de las Fuerzas Armadas— pero que, más allá de evaluaciones en otros órdenes (soberanía, justicia social y ecología por ejemplo), evidentemente no apuesta a pero tampoco parece apreciar o tolerar la movilización, la participación autónoma y la crítica de las clases subalternas organizadas, sino todo lo contrario.

Una vez más afloran y se contraponen distintas formas de entender la democracia.

Bibliografía

- Cueva, Agustín (1988). *Las democracias restringidas en América Latina*. Quito, Planeta.
- Gramsci, Antonio (1975). *Cuaderni dal Carcere*. Roma, Einaudi.
- Modonesi, Massimo (2007). “Los árboles y el bosque. Notas sobre el estudio del movimiento socialista y comunista en América Latina” en Elvira Concheiro, Massimo Modonesi y Horacio Crespo (2007). *El comunismo: otras miradas desde América Latina*. México, CEEICH-UNAM.
- _____ (2008). “Crisis hegemónica y movimientos antagonistas en América Latina. Una lectura gramsciana del cambio de época” en *A contracorriente*, Vol. 5, No. 2, University of Oregon.
- _____ (2010). *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismo y subjetivación política*. Buenos Aires, Prometeo-CLACSO-Universidad de Buenos Aires.
- _____ (2013a). “De la generación zapatista al #YoSoy132. Identidades y culturas políticas juveniles en México” en *OSAL* núm. 33, CLACSO, Buenos Aires, mayo de 2013.
- _____ (2013b). “Revoluciones pasivas en América Latina. Una aproximación gramsciana a la caracterización de los gobiernos progresistas de inicio de siglo” en Massimo Modonesi (coordinador) (2013). *Hori-*

zontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci. México, FCPyS-UNAM.

_____ (2014). “Antagonismo y autonomía en los años incandescentes. Las experiencias italianas y francesas de la década roja post 68” en Varios Autores (2014). *De la comuna a las autonomías. Historias de libertad y autodeterminación.* México, Bajo Tierra Ediciones. (En imprenta).

Crítica y política en la sociología radical de los años setenta. Un homenaje a Fernando Velasco Abad

Valeria Coronel

La obra de Fernando Velasco Abad contribuyó de forma sustantiva al giro teórico que revolucionó el pensamiento social en América Latina en medio de la crisis sistémica de la década del setenta. Según propondré aquí, más allá de su vínculo con la teoría de la dependencia, visible en su tesis universitaria *Ecuador: subdesarrollo y dependencia* (1972), el Conejo produjo un giro teórico más consistente en su obra más tardía, especialmente en *Reforma agraria y movimiento campesino indígena en la Sierra: hipótesis para una investigación* (1979). Allí reconoció límites en la teoría de la dependencia – centrada en la inequidad del intercambio– y aportó a la teoría crítica desde una sociología del conflicto de clases que arrojó nuevas luces sobre el peso de la arena política en la historia del mundo moderno. A partir de estos aportes, puede pensarse en su obra como uno de los referentes teóricos de mayor impacto a largo plazo en las ciencias sociales y en la praxis política de las izquierdas que ofreciera su generación.

En el mencionado estudio sobre la reforma agraria, Velasco (re)construyó las relaciones de clase, sus contradicciones y tipos de conflictividad política, como el objeto de estudio fundamental para observar la formación histórica regional del capitalismo y de los Estados nacionales modernos. Su observación de las contradicciones de clase y los tipos de conflictividad como factores dinámicos estructurantes en la formación social de un país, iba más allá de la mirada de los términos desiguales de intercambio, abarcando el estudio del espacio interior en el que señaló un nivel estructural

de las relaciones sociales dentro del “modo de producción” así como el desarrollo del conflicto político.

Este giro coloca a Velasco en la misma ruta que había emprendido Barrington Moore Jr. quien, a través de sus estudios comparados sobre la formación del mundo moderno en Europa y Asia, analizó tipos de conflicto entre clases agrarias en la expansión mercantil y sus impactos sobre la formación del Estado moderno en sus versiones democráticas y dictatoriales. La opción teórica de Velasco dialoga también con la revisión marxista de la transición del feudalismo al capitalismo en Europa central, y dentro de ésta con el conocido “debate Brenner”. Asimismo, Velasco confluye con la posteriormente influyente obra del intelectual chileno Carlos Sempat Assadourian, particularmente con su tesis paradigmática según la cual la “heterogeneidad estructural”, característica en las relaciones de producción en contextos coloniales, había sido revitalizada exitosamente en las repúblicas en fase de desarrollo capitalista. Esta propuesta, por lo demás, era afín a los hallazgos de Witold Kula en Europa Oriental, que identificaron la expansión del latifundio y de formas de trabajo servil subsidiarias de los procesos de industrialización de los países centrales durante el auge del desarrollo capitalista.

Estos teóricos de los “modos de producción” habían identificado cómo las relaciones precarias y compulsivas de trabajo, las formas comunitarias, la esclavitud y la servidumbre que parecían rezagos del pasado, no eran disfuncionales al capitalismo en el modelo colonial y oligárquico. Al contrario, la subordinación de formas comunitarias y extraeconómicas de producción había sido un útil instrumento para la acumulación. La teoría de los modos de producción en América Latina mostraba cómo en regiones de administración colonial y oligárquica se había implementado un régimen de producción y de acumulación en el marco global del capitalismo que contrastaba claramente con el modelo imperante al interior de los países industriales, donde se había generalizado la forma mercancía trabajo y el mercado se había liberalizado. En la entrada de las repúblicas oligárquicas al mercado mundial, se habían revitalizado dos instituciones forjadas durante la expansión mercantil en las colonias: de un lado la forma característica de división social del trabajo, y de otro, la forma de control

de la circulación. De una parte se estimulaba la pervivencia de formas de producción compulsivas y de formas comunitarias de subsistencia, algunas de ellas “tradicionales”, readaptadas y subordinadas en el marco de la acumulación. Esto permitió a las oligarquías colocar mercancías subsidiadas en el mercado mundial. Así, nichos tradicionales y modernos se integraban en una red articulada por la mediación de instituciones que, de acuerdo a Assadourian, deben entenderse como mediaciones extraeconómicas o instituciones políticas.

Desde esta perspectiva, el uso combinado de la servidumbre y el salario había subsidiado la acumulación oligárquica. En este marco, la servidumbre tendió a renovarse antes que a sucumbir con el desarrollo capitalista bajo determinadas formas de dominación. Velasco, al igual que Assadourian, llamó la atención sobre estas mediaciones políticas de la dominación colonial en las que se asentaba la explotación. En consecuencia, ambos definieron tales mediaciones como el blanco al que debía apuntar una estrategia de transformación. Ambos autores concluían con una tesis según la cual la transformación del modelo interno colonial y la superación de la dependencia se librarían en la arena de la política, cuando las diversas facciones subalternas de la compleja estratificación del mundo del trabajo en estas sociedades lograran superar la fragmentación política y confrontar la dominación en la que se asentaba ese sistema. La revolución de las formas de dominación y de sus mediaciones, y no la evolución espontánea de la economía, resulta en esta teoría el vehículo para la transformación hacia formas nacionales. La contienda, el conflicto, la confrontación política, la lucha de clases podrían reformar o revolucionar el escenario de crónica descapitalización en estas sociedades. La arena política era, entonces, el lugar donde se podía asentar el camino hacia la formación de las economías de masas y de los Estados nacionales que la oligarquía se negaba a construir.

Precisamente con respecto a este último punto coinciden otros fundadores de este paradigma de la teoría crítica como Rebecca Scott y Emilia Viotti da Costa, quienes en sus estudios sobre la abolición de la esclavitud en el Caribe y Brasil demuestran que no fueron ni el interés de los amos en la abolición de la esclavitud, ni razones humanitarias las que acabaron con esta institución. Fue la participación masiva de los propios esclavos

politizados en el proceso de destrucción de la esclavitud lo que desencadenó su fin, al tiempo que generó identificaciones populares con el discurso nacional popular. Con ello, además, se apuntalaba la noción de que la transformación moderna democrática en los países de capitalismo dependiente provendría de la revolución, de manera afín a los casos del Caribe y Brasil, a las revoluciones de Francia, México y China. En esta visión, el desarrollo económico no implicaba la transformación superadora del complejo edificio en el que se conjugaban colonialismo y capitalismo, sino la política surgida del antagonismo de clase.

En su interpretación sobre la reforma agraria en el Ecuador, Velasco niega validez a la tesis “dualista” que había manejado la izquierda hasta entonces y según la cual el feudalismo y el capitalismo coexistían de forma contradictoria en el Ecuador. Velasco insistió en la necesidad de no aislar la hacienda del conjunto de la *formación socioeconómica*. Así, distinguió distintos tipos de haciendas en las que se combinan de distinta manera tipos de empresa patronal y condiciones de la clase subalterna y por tanto de la dialéctica de clases. Las haciendas tradicionales estaban caracterizadas por un tipo de relación entre la patronal y la familia huasipunguera. Estas haciendas tradicionales, en crisis o desintegración, presentaban un interesante escenario en el que comunidades externas e internas de campesinos asediaban su unidad desplazando a la patronal y convirtiendo paulatinamente al terrateniente en un rentista mientras tomaban la administración del territorio los campesinos. Pero Velasco también describió la presencia de la hacienda moderna atravesada, fundamentalmente, por la generalización de la forma salarial, lo cual generaba una dinámica de clase distinta.

Su caracterización de la hacienda tradicional es una pieza fundamental del paradigma conocido como de los modos de producción. Las coincidencias entre los textos de Assadourian sobre el sistema colonial andino y los estudios de Velasco sobre la hacienda después de las reformas agrarias de 1963 y 1973 son evidentes. Codo a codo, cada uno hizo un esfuerzo en su región por levantar investigaciones documentales y de campo que les permitieran dar una base empírica a las tesis marxistas de la subsunción entre eslabones de producción en la estructura del capitalismo. Velasco

elaboró un mapa del escenario laboral que incluyó la compleja estructura de relaciones entre tipos distintos de actores en el escenario económico: huasipungueros o trabajadores por deuda, comuneros libres o yanaperos que recurrían a la hacienda intercambiando servicios por acceso territorial, jornaleros, arrendatarios, entre otros. Velasco se interroga no solo por la diversidad de relaciones patrón-campesino que esta organización encierra sino también por la diversidad y articulación jerárquica que liga a los tipos diferenciados de renta. A diferencia de la tesis dualista que desligaba prácticas rentistas de prácticas modernas, Velasco muestra cómo la hacienda promueve ambos modelos, tanto las economías morales y la presión “extraeconómica” como la inversión de capital. En el cálculo hacendatario se conjugan las rentas en especie que se realizan en el mercado con la producción del sector asalariado y los arrendamientos. La ganancia de esta empresa proviene de la articulación de todas estas esferas, unas subsidiarias de las otras y, finalmente, realizadas en el mercado.

Para Velasco era claro que había un error con serias implicaciones estratégicas en el análisis social que había hecho la izquierda representada en el Partido Comunista Ecuatoriano (PCE) y su rama representativa del movimiento indígena histórico –la Federación Ecuatoriana de Indios (FEI)–. La izquierda histórica había impulsado la reforma agraria como una guerra contra el feudalismo. Paradójicamente este impulso proveniente del conflicto de clases y étnico a nivel de la Sierra, había resquebrajado la gran propiedad para desatar el desarrollo capitalista sin resolver políticamente las diversas contradicciones de clase que existían en el conjunto social.

Para Velasco, el movimiento indígena y campesino y la izquierda comunista habían luchado contra el feudalismo pero no contra la articulación de conjunto o la formación social de este modelo del capitalismo. De este modo, se habían desconocido, por ejemplo, las contradicciones del campesino sin tierra y el subproletariado que estaba más ligado de lo que se había reconocido al ámbito “feudal”.

Disputas por el significado histórico del concepto democracia

El giro teórico hacia el estudio de los modos de producción había contribuido a algo más que identificar el carácter estructural de la desigualdad. Había conducido a revalorizar el conflicto, colocándolo en el centro de la formación del mundo moderno y de la democracia, con lo cual se resquebrajaba el mito sustantivo para la dominación neocolonial según el cual la democracia estaba en las antípodas de la lucha social.

Cuando Velasco –junto con autores como Assadourian y CLR James– irrumpió en el discurso con su propuesta de una sociología del conflicto de raigambre marxista, ingresaba a un territorio vedado. La Guerra Fría había puesto en circulación una noción de democracia despojada de su historia política. La conflictividad social, tan presente en la historia latinoamericana, había sido categorizada por el discurso dominante del sistema interestatal de la Guerra Fría –la teoría de la modernización– como un impedimento, una anomalía y una resistencia atávica al progreso, al bienestar y la democracia moderna.

La definición funcionalista de la democracia se había impuesto al final de la Segunda Guerra Mundial desde la academia y la política exterior de Estados Unidos, para enterrar los sentidos de la política que se habían formado entre republicanos, fascistas y socialistas de varios continentes desde la era de la revolución. En el discurso de la Guerra Fría la democracia era patrimonio de países centrales de tradición liberal. El retorno del concepto de revolución en el desarrollo teórico era un asalto político significativo después de más de tres décadas de predominio del discurso normativo sobre la democracia en el “hemisferio occidental”. Al volver visible el rol determinante que tuvo la conflictividad política en la formación del mundo moderno, especialmente en la formación de las “democracias”, el Conejo abrió una puerta clausurada desde inicios de la Guerra Fría. Detrás de esa puerta se hallaba represada una visión histórica de la democracia que había surgido conjuntamente con el concepto de soberanía popular al calor de las revoluciones modernas. Con ello confrontó, a un nuevo nivel, los cimientos teóricos funcionalistas que acompañaron a las agencias asesoras para el fomento y la institucionalización democrática en América Latina durante la Guerra Fría.

En la recuperación que proponía la izquierda del concepto de democracia se restablecía su vínculo con la tradición de las revoluciones modernas, se rescataba la agencia política y se valoraba el papel del conflicto en la formación del mundo moderno. Este recentramiento del conflicto hizo posible pensar nuevamente que el motor del cambio se encontraba al interior de las sociedades latinoamericanas. Así, las democracias ya no aparecían como el producto de la evolución capitalista o de la superioridad del racionalismo moderno, ni como dependientes de la importación de un patrimonio de las metrópolis.

Por otra parte, este giro teórico iluminaba la realidad de una amplia gama de países donde la democracia moderna era resultado de la guerra librada por movimientos de raigambre popular. Dichos movimientos imaginaron la nación contra élites que pretendían mantener privilegios y rentas derivados de su estatus, mientras violentaban las bases territoriales de las comunidades campesinas mediante un uso selectivo del derecho liberal.

A ojos de los demócratas liberales de la postguerra, la historia política ecuatoriana era básicamente de inestabilidad y expresaba una precariedad institucional. En la campaña presidencial de Galo Plaza en 1948, el candidato calificaba la política de entreguerras como una improductiva confrontación entre dos movimientos políticos más bien totalitarios: el conservadurismo y las izquierdas. Nada de la época de formación de los partidos de masas y de reformas estatales era rescatable para la refundación democrática que soñaba implantar aquel presidente, con respaldo de agencias de fomento norteamericanas.

Ya en los años cuarenta, Galo Plaza enarbolaba un discurso que duraría varias décadas en el sistema interestatal. En este discurso, se colocaba a la izquierda y a los movimientos populares entre los actores proclives al totalitarismo, en las antípodas de la democracia, y ésta se redefinía como un sistema de instituciones y reglas electorales. Esta visión justificaba la asesoría norteamericana en la reforma del Estado. Aunque la incidencia de esta asesoría en reformas específicas está aún por estudiarse, se puede mencionar que las reformas tendieron a limitar y reorientar el trabajo de organismos del Estado, como el Ministerio de Previsión Social y Trabajo, que giraban en torno a los derechos sociales conquistados. Desde esta

perspectiva, la influencia socialista en la fundación del régimen de bienestar ecuatoriano se veía como peligrosa. Esta influencia se podía leer en el reconocimiento dado al trabajo y la etnicidad como atributos de sujetos jurídicos y políticos, en el respaldo del Estado a los trabajadores en conflicto con el sector patronal, en procesos de expropiación de haciendas, en el reconocimiento de formas de posesión colectiva de la tierra, y también en la promoción del sindicalismo y el estímulo a la representación política de estos sectores en la Asamblea Legislativa. Negando todos estos procesos históricos, el discurso de refundación democrática amparaba una reforma que buscaba, entre otras cosas, extirpar las entidades públicas construidas por la izquierda del organismo estatal.

El desprestigio de la historia política de entreguerras y la deslegitimación de la movilización social y el conflicto como vehículos para adelantar demandas democráticas resultaban claves para la refundación promovida por Estados Unidos. El concepto de “inestabilidad política” con el que se caracterizaba al escenario ecuatoriano nos atribuía también una falta de civilización democrática. La presencia de raíces culturales que nutrían tendencias totalitarias, el legado hispánico de los imperios antiguos y el comunismo, confluían contra la democracia.

Esta lectura afectaba particularmente a los movimientos populares y a la izquierda, a comunidades campesinas e indígenas que habían practicado la confrontación y la movilización, junto con otros mecanismos de lucha —entre estos los legales— para conquistar inclusión, justicia, reclamar posesión y exigir reconocimiento político, todo lo cual en realidad había sido un factor crucial en la democratización. En efecto, entre la década de 1920 y los inicios de la Guerra Fría, el concepto de democracia tenía otro significado. Se asociaba a la idea de integración a la nación y al concepto de soberanía popular, lo cual legitimaba la lucha política. Con la construcción estatal que tuvo lugar tras la crisis de los Estados oligárquicos, a través de los populismos y los Estados nacional-sociales, se promovió la integración popular y se estableció un marco de derechos sociales con la visión de fortalecer a quienes por su posición subalterna podrían sufrir de violencia y privación de acceso a la justicia, buscando garantizar derechos que debían cubrir a todo miembro de la nación.

Como se ha adelantado, para Velasco, inestabilidad o precariedad no eran las nociones más apropiadas para interpretar la historia política del siglo XX en Ecuador. Más bien, proponía, había que reconocer en esa historia un campo dinámico de lucha de clases, de conflictividad y el sostenimiento de una larga disputa por el sentido del cambio. La falta de resolución hegemónica de varias décadas, ha sido revaluada ahora precisamente como expresión de esta tenaz contienda.

Interrogado desde la perspectiva teórica de la sociología del conflicto en la obra de Fernando Velasco, el caso ecuatoriano de transición al capitalismo y al Estado nación contrastaba con experiencias como las de Inglaterra y Francia, donde se reveló de forma rápida y contundente cuál de las dos clases rurales logró sobreponerse mejor a la crisis del paternalismo y construir la dirección política de la modernización. En Ecuador, ni el campesinado ni la élite terrateniente logró derrotar e imponer su visión de la modernización en un solo asalto. La revolución moderna, siguiendo a Velasco, tomó dos siglos y las alternativas desde abajo y desde arriba coexistieron sin solución de hegemonía hasta los años setenta.

Efectivamente, a lo largo de su vida republicana, el Ecuador fue escenario de un largo y conflictivo proceso de transformaciones en el que se involucraron y posicionaron campesinos y terratenientes, artesanos y trabajadores, clases medias y élites, en interlocución muchas veces con movimientos políticos muy vitales, de raigambre conservadora, liberal o socialista. Estos actores disputaron tenazmente entre sí la definición del carácter del Estado y el tipo de régimen de propiedad con el que era socialmente aceptable y viable el desarrollo capitalista.

En este punto, el giro teórico de Velasco deslegitima las teorías y promesas en las que se respaldó el neocolonialismo desde la postguerra. Es innegable que la identificación del carácter estructural del subdesarrollo en condiciones de dependencia ya había revelado la falacia de la promesa de la evolución. Sin embargo, el recentramiento del conflicto en el origen de la democracia, propuesto por Velasco, propina un segundo y potente golpe a la retórica académica neocolonial. Este giro reposiciona la lucha en la historia de la democracia, entendiendo que ésta se forja al interior de la lucha de clases de las sociedades latinoamericanas y globales.

Como se puede observar a la luz de la sociología crítica propuesta por Velasco, entre mediados de los veinte y la Constituyente de 1945 una serie de derechos integrados en la legislación ecuatoriana fueron resultado de la conflictividad que logró que el poder se viera obligado a recurrir a estrategias de hegemonía, lo cual modificó las anteriores formas de dominación. La confrontación dio paso a la constitución de nuevos sujetos políticos e introdujo nuevas variables en la estratificación social. La conflictividad dio lugar a la integración de las clases subalternas en la arena política, reconstituyéndola como campo donde se exigían procesos de consenso y de legitimidad en la coerción, es decir, estrategias de hegemonía para su subsistencia. El Estado ya no dependía solo de los imperativos de contadas familias oligárquicas sino de un conjunto diverso y contradictorio de actores sociales frente a quienes debía erigirse como autoridad legítima y representativa del bien común.

Para leer la conflictividad política en cuestión, la historiografía contemporánea ha relevado la competencia entre élites regionales organizadas en movimientos políticos antagónicos como un impedimento para la formación de un bloque de alcance nacional capaz de imponerse sobre la conflictividad planteada desde abajo. Sin embargo, sucedió que la competencia entre élites regionales y los partidos involucrados dieron lugar a articulaciones entre distintas clases en organizaciones políticas, lo cual estimuló la integración popular a la vida partidista.

La contienda política se libraba también en las acciones colectivas y diversos litigios jurídicos fueron emprendidos por campesinos, comunidades, peones y sindicatos contra propietarios rurales, patrones y transnacionales. Las tensiones en el espacio rural, la práctica de toma de tierras y los litigios legales acompañados de movilizaciones colectivas ponían en entredicho la institución de la propiedad. El uso del litigio jurídico en particular parecía un buen vehículo para convocar la mediación del Estado: a través de este recurso se activaron derechos especiales que amparaban y fortalecían a las organizaciones sociales frente a sus enemigos.

La teoría crítica: discurso de la crisis y recomposición de la izquierda

A través de su posicionamiento, Velasco rompía con una amnesia y una violenta deslegitimación impuesta sobre la lucha popular y veía en ella la matriz de procesos de democratización en América Latina. De hecho, como bien lo observa, las recomendaciones para el desarrollo institucional impartidas por agencias de cooperación norteamericanas que enfatizaban en el equilibrio realmente atentaban contra las dinámicas sociales democratizadoras en la región. Así, la renovación de la estrategia de la izquierda propuesta por Velasco consistía en fortalecer la posición del campesinado y del subproletariado en la lucha de clases. Fortalecer su capacidad de instalar y definir la conflictividad era crucial para reposicionar a la izquierda en la dirección política del proceso de modernización.

Esta teoría crítica surgió de una visión generacional sobre los síntomas de la crisis sistémica. El nuevo ciclo de revoluciones nacionales impulsadas con la descolonización del África volvían a la memoria las revoluciones silenciadas de México y Bolivia. A esto se sumaba la visión del fracaso del proyecto nacional bajo la fórmula desarrollista. Los discursos sobre soberanía nacional puestos en circulación por la Revolución Cubana ejercían, además, un poderoso atractivo entre la nueva generación de la izquierda latinoamericana. En este contexto, la revaloración del conflicto que propuso Velasco recuperaba un tipo de conocimiento que daba bríos a la agencia social.

La teoría crítica de autores como Velasco era entonces un aporte a la inminente recomposición de la izquierda en América latina y a la construcción de una alternativa de izquierdas a la crisis sistémica. Esta recomposición ocurría después de tres décadas de proscripción de la izquierda de las instituciones democráticas, ciclo que se inició con el desalojo impuesto por Estados Unidos sobre la generación socialista del treinta de los Estados que, paradójicamente, habían colaborado a edificar. Después de haber sido proscrita en el discurso democrático de la Guerra Fría, la crisis fue una oportunidad para que la izquierda recuperara legitimidad como agente político de una democracia integral.

Lo paradójico era que si bien los intelectuales de los setenta habían irrumpido con su paradigma teórico renovador, el de la sociología del conflicto, su década también era un momento de cierre del largo ciclo de la revolución. Como vimos al iniciar este ensayo, la tesis de Velasco era que el movimiento campesino e indígena había luchado contra el feudalismo y favorecido el desate del capitalismo al no reconocer que feudalismo y capitalismo eran parte de la misma estrategia de articulación y, por tanto, sin recoger las múltiples contradicciones de clase que encerraba la dinámica interno colonial de la modernización. Así, algunos de los eslabones más problemáticos de la subordinación que subsidiaban la acumulación de la patronal terrateniente, siguieron vigentes en el nuevo modelo desprovisto de latifundio.

Aquel largo ciclo de la disputa social en la que se libraba la batalla sobre modelos de desarrollo capitalista y modelo estatal, terminaba en los setenta con un saldo sombrío: se encontraban una reforma agraria “desde arriba” con un boom petrolero que financiaba la diversificación de una élite de origen terrateniente. Precisamente cuando la sociología crítica revalora el conflicto en la construcción democrática y cuando se anunciaba la crisis sistémica, el Ecuador parecía haber cerrado el escenario de la contienda y se imponía un nuevo orden.

El conflicto entre terratenientes y el movimiento campesino-indígena del siglo XX había sido resuelto desde arriba y la nueva etapa en formación encarnaba un escenario complejo para la lucha de clases donde el tipo de conciencia “antifeudal” del comunismo histórico era insuficiente. Esto exigía una renovación de la estrategia de las izquierdas para articularse con el nuevo tipo de campo popular. Para Velasco el escenario de la lucha ya no era solo el espacio rural sino que abarcaba el nuevo conjunto social dentro del cual se destacaba la expansión del subproletariado.

El movimiento campesino e indígena de la Sierra que se había integrado al movimiento comunista de los años treinta y cuarenta se había convertido en un actor débil hacia 1970. Políticamente, se había empantanado en dinámicas de articulación corporativista con el Estado. Estructuralmente, la comunidad indígena y campesina había arrojado a la sociedad una clase obrera frágil e informal. En esto coincidieron Velasco y Andrés Gue-

rrero, quien en su ensayo *La hacienda precapitalista y la clase terrateniente en América Latina y su inserción en el modo de producción capitalista: el caso ecuatoriano* (1975) observaba que la comunidad indígena huasipunguera –de hacienda– era una fuente estructural de trabajo subproletario. La comunidad huasipunguera, o comunidad indígena cautiva del régimen de la hacienda tradicional, tenía en su estructura un sector de campesinos sin tierras (los arrimados), quienes hacían prestaciones cíclicas en la hacienda, al tiempo que constituían una provisión permanente de proletarios informales y precarizados en otros sectores de la economía.

Para Velasco la reforma agraria y el boom petrolero habían modificado la correlación de fuerzas entre clases. La élite terrateniente había impuesto al ejército en el gobierno un alto costo, una gran tajada de la renta petrolera, que le sirviera para sus inversiones como condición para acceder a la reforma agraria. Así, bajo condiciones muy convenientes y ventajosas, esta élite dejó la condición señorial y reconfiguró su poder en el capital y en la dirección del proceso de modernización. Por otro lado, solo una parte de la familia campesina había accedido a tierras. Los campesinos sin tierra y arrimados alimentaban un creciente subproletariado que todavía dependía del subsidio limitado de la familia campesina y que no había sido totalmente integrado al mercado salarial.

La nueva estrategia de la izquierda tenía que tomar en cuenta este eslabón social y promover la integración de este sector migrante interno e informal dentro de organizaciones de un movimiento popular. Tal horizonte de acción era muy lejano a la estrategia del PCE y la FEI.

Memorias fragmentarias de un saber crítico: legados al presente

Los jóvenes intelectuales latinoamericanos de izquierda de la década de 1970 identificaron la crisis del proyecto funcionalista e inspiraron una alternativa que fue rápidamente convertida en el blanco de ataques de la reacción. La poderosa influencia de esta generación en el pensamiento social y en el éxito electoral del socialismo en Chile fueron percibidos como ataques a la seguridad sistémica. La década del setenta fue por tanto tam-

bién el escenario de una reacción de violenta represión de la generación del Conejo. Sobre las víctimas de esta reacción se estableció la estrategia del neoliberalismo.

Destinos distintos y desiguales, marcados todos por el neoliberalismo, por la violencia en el Cono Sur y la precarización en la región andina, condenaron a algunos intelectuales al olvido. Es así que aún hoy tenemos una memoria fragmentada del debate intelectual de esa generación. En este marco, la convocatoria a reevaluar el trabajo intelectual de Fernando Velasco es un paso hacia la reparación de una generación golpeada por la reacción.

El nuevo paradigma teórico que hemos analizado tuvo un impacto a largo plazo en la renovación de las ciencias sociales en el mundo académico desde la década del ochenta hasta nuestros días. Su influencia se puede notar particularmente en una sociología política antagónica al funcionalismo que acompañó e interpretó a los movimientos sociales antineoliberales así como el proceso de retorno del Estado actualmente en curso.

La escuela de los “modos de producción” nutrió una nueva historia social que ha arrojado estudios sustantivos sobre la formación de los Estados nacionales de América Latina en las últimas tres décadas. La historiografía cuenta hoy con una rica gama de estudios monográficos y comparativos sobre la formación del Estado nacional que muestran con claridad cómo las revoluciones políticas que contaron con una amplia movilización popular y con coaliciones interclasistas fueron los procesos que lograron el cambio en sociedades postcoloniales. Los Estados nacionales, las tradiciones democráticas y la abolición de la esclavitud son productos de la confrontación política, como lo demuestran una serie de estudios monográficos sobre países del Caribe y de la región andina, producidos por una generación de académicos educados en la sociología del conflicto forjada en América latina en la década de 1970.

Algunos de los más destacados estudios contemporáneos sobre la formación del Estado nacional en América latina y el Caribe hacen explícita esta genealogía teórica. En la moderna historiografía que estudia la transición capitalista y la formación nacional se reconoce el legado de la escuela de los modos de producción de América Latina forjada por varios intelectuales latinoamericanos, algunos de ellos del Cono Sur exiliados en México

y los Estados Unidos –donde la crítica latinoamericana encontró un lugar en la academia y se consolidó como paradigma entre nuevas generaciones de investigadores–. Emilia Viotti da Costa, Rui Mario Marini y Carlos Sempat Assadourian son, de hecho, recordados como maestros de varias generaciones en la academia del norte.

Por su parte, los intelectuales de la región andina, aunque influyentes en la escuela crítica de los setenta, vivieron la precarización neoliberal y la crisis de la universidad en sus propios países. Esto impidió que tuvieran la misma capacidad que tuvo la academia del norte de consolidar aquella escuela crítica forjada en el sur. Es así que en contraste con la clara presencia de estudios sobre los conflictos de clase y las revoluciones populares en la academia norteamericana, las historiografías latinoamericanas han tenido un desigual desarrollo de los estudios de la política popular.

La nueva historiografía ecuatoriana persiste en una mirada de la modernización que hace una parcial apropiación del discurso crítico de los setenta. Si bien recoge la imagen de modernización desde arriba de la coyuntura de esa década, no se ha desarrollado la propuesta teórica de una historia de la conflictividad social de más largo plazo. Son escasos y fragmentarios los estudios que den cuenta de tendencias contradictorias en la historia ecuatoriana a largo plazo. Son pocos los estudios sobre cómo influyó en la formación social el antagonismo político informado por tensiones de clase, antes y después de los dos hitos contrarrevolucionarios de la Guerra Fría y de inicios del neoliberalismo. El predominio de una visión pesimista sobre el potencial político de las clases subalternas –análisis de coyuntura en los años setenta– predomina y no se han desarrollado estudios sobre el rol del campesinado en la contienda política que forjó el mundo moderno –problema central en el debate teórico de la sociología histórica–.

Algunos de los legados de la generación y obra de Fernando Velasco Abad están todavía sobre el tapete para ser potenciados por los investigadores del presente. Entre éstos quisiera rescatar tres. Primero, la interrogación sobre la estrategia de dominación basada en la heterogeneidad de las relaciones sociales de producción y en el control del mercado, es decir en la complementariedad estructural y jerárquica entre escenarios de precarización y de desarrollo capitalista. Segundo, la interrogación sobre el estado

del movimiento popular, sobre su capacidad de librar una confrontación política que pudiera superar los sistemas de dominación y estratificación de clase, dentro de una mirada de la influencia de este antagonismo en la formación de los Estados nacionales a largo plazo. Un tercer legado se relaciona con la indagación sobre las posibilidades de renovación de la estrategia de la izquierda por fuera del marco corporativista. Esto apunta a una estrategia que articule al campo popular en su heterogeneidad y sobre todo en sus eslabones de trabajo doméstico, no remunerado, incluyendo al subproletariado y considerando la precarización estructural. Esto exige una articulación política de los eslabones y estratos del heterogéneo mundo del trabajo, el género y la etnicidad, y supone la hasta la fecha aplazada articulación política del subproletariado que Fernando Velasco reclamara a la izquierda de su tiempo.

El amplio sector informal y precarizado de la economía sigue subsidiando la acumulación a una escala tanto nacional como global en nuestro tiempo. ¿Cómo se encuentran articulados estos sectores con el campo político popular y de las izquierdas contemporáneas? Con la cuestión del subproletariado irresuelta y con la estrategia del corporativismo histórico en crisis en el Ecuador, ¿sigue debilitándose la opción de izquierda y al movimiento indígena y campesino en la formación del Estado nacional? De otro lado, ¿cómo opera la dinámica de integración de este actor dentro de los programas de inclusión del régimen de bienestar? ¿Se puede hablar de una integración progresiva que altere las formas de dominación sin reconocer y estimular el campo de la política contenciosa como la fuente de toda descolonización? La radicalidad de los unos y las promesas universalistas de los otros encuentran en este actor que el Conejo identifiqué como el subproletariado sus retos o límites más significativos. Las contradicciones de la época contemporánea inaugurada en los setenta y las interrogantes de los críticos latinoamericanos de esa generación son, como vemos, plenamente vigentes en nuestros días.

Bibliografía

- Assadourian, Carlos Sempat (1975). *Modos de producción en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- _____ (1979). “La producción de la mercancía dinero en la formación del mercado interno colonial” en Enrique Florescano (editor) (1979). *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina (1500-1975)*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Aston, T.H y C.H.E Philpin (1985). *The Brenner Debate: Agrarian Class Structure and Economic Development in Preindustrial Europe*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Barsky, Osvaldo (1978). *Iniciativa terrateniente en el pasaje de hacienda a empresa capitalista: el caso de la sierra ecuatoriana (1959-1964)*. Quito, CLACSO.
- Ayala Mora, Enrique (editor) (1989). *Nueva Historia del Ecuador*. Quito, Corporación Editora Nacional.
- Coronel, Valeria (2013). “Justicia laboral y formación del Estado como contraparte ante el capital transnacional en Ecuador 1927-1938” en *Illes i Imperis*. Número 15: *Justicia, violencia y construcción estatal*. Ediciones Bellatera.
- _____ (2011). “La fragua de la voz: cartas sobre revolución, subjetividad y cultura nacional-popular” en Nela Meriguet Martínez (coordinadora) (2011). *Vienen ganas de cambiar el tiempo. Nela y Joaquín. Epistolario entre Nela Martínez y Joaquín Gallegos Lara, 1930-1938*. Quito, FONSAL.
- _____ (2009). “Orígenes de una democracia corporativa: estrategias para la ciudadanía del campesinado indígena, partidos políticos y reforma territorial en Ecuador (1925-1944)” en Eduardo Kingman (2009). *Espacios y flujos. Historia social urbana*. Quito, FLACSO, Ministerio de Cultura del Ecuador.
- Coronel Valencia, Valeria y Mireya Salgado Gómez (2006). *Galo Plaza Lasso, un liberal del siglo XX. Democracia, desarrollo y cambio cultural en el Ecuador*. Quito, Serie Documentos #7 del Museo de la Ciudad, marzo 2006.

- Guerrero, Andrés (1975). *La hacienda precapitalista y la clase terrateniente en América Latina y su inserción en el modo de producción capitalista: el caso ecuatoriano*. Quito, Escuela de Sociología de la Universidad Central del Ecuador.
- _____ (1991). *La semántica de la dominación: el concertaje de indios*. Quito, Libri Mundi y Enrique Grosse-Luermern.
- Grandin, Gregory (2000). *The Blood of Guatemala: A History of Race and Nation*. Londres y Durham, Duke University Press.
- Halperin Dongui, Tulio (1977). *Historia contemporánea de América Latina*. Buenos Aires, Alianza Editorial.
- Harootunian, Harry (1999). *History's Disquiet: Modernity, Cultural Practice and the Question of Everyday Life*. New York, Columbia University Press.
- James, C.R.L. (1979). *The Black Jacobins. Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution*. New York, Vintage Books.
- Joseph, Gilbert M. (2001). *Reclaiming the Political in Latin-American History: Essays from the North*. Durham, Duke University Press.
- Maignushca, Juan y Liisa North (1991). "Orígenes y significado del velasquismo: lucha de clases y participación política en el Ecuador, 1920-1972" en Rafael Quintero (editor) (1991). *La cuestión regional y el poder*. Quito, Corporación Editora Nacional, FLACSO, CERLAC.
- Quintero, Rafael. ed. 1991. *La cuestión regional y el poder*. Quito: Corporación Editora Nacional, FLACSO and CERLAC.
- Quintero, Rafael y Erika Silva (1991). *Ecuador, una nación en ciernes*. Quito, FLACSO.
- Scott, Rebecca (1985). *Slave Emancipation in Cuba. The Transition to Free Labor, 1860-1899*. Pittsburgh, University Press of Pittsburgh.
- Viotti da Costa, Emilia (1985). *The Brazilian Empire: Myths and Histories*. Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- Moore Jr., Barrington (1976). *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*. Barcelona, Península.
- Kula Witold (1981). *La teoría económica del sistema feudal*. México, Siglo XXI Editores.

- Mallon, Florencia (1983). *The Defense of Community in Peru's Central Highlands: Peasant Struggle and Capitalist Transition, 1860-1940*. Princeton, Princeton University Press.
- _____ (1995). *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*. Berkeley y Los Angeles, University of California Press
- Plaza Lasso, Galo (1952). *El gobierno del Sr. Galo Plaza. Presidente Constitucional del Ecuador 1948-1952, Economía Nacional*. Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1955.
- _____ (1948). Problems of Democracy in Latin America. Conferencia en la University of North Carolina. Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- Stanley J. Stein y Barbara H. Stein (1970). *The Colonial Heritage of Latin America*. Oxford, Oxford University Press.
- Velasco Abad, Fernando (1981). *Ecuador: subdesarrollo y dependencia*. Quito, Editorial El Conejo (Tesis PUCE, Quito 1972).
- _____ (1979). *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra*. Quito, Editorial el Conejo.

Sobre los autores*

Alberto Acosta

Economista ecuatoriano. Estudió Economía en la Universidad de Colonia, Alemania. Fue subgerente de comercialización de la Corporación Estatal Petrolera Ecuatoriana (CEPE). Trabajó en la Organización Latinoamericana de Energía (OLADE). Fue consultor del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS - Fundación Friedrich Ebert). Fue Ministro de Energía y Minas (enero-junio de 2007) y Presidente de la Asamblea Constituyente (noviembre de 2007-junio de 2008). Participó como candidato a la Presidencia de la República (2012-13). Entre otras contribuciones estudió el tema de la deuda externa, los alcances de los acuerdos comerciales, los efectos de la emigración, las implicaciones de la energía, así como cuestiones vinculadas al desarrollo y alternativas al desarrollo, como el Buen Vivir-Sumak Kawsay. Ha sido docente en universidades de pregrado y posgrado. Desde noviembre del 2008 se desempeña nuevamente como profesor investigador de la FLACSO, Ecuador. Ha participado como panelista en múltiples conferencias nacionales e internacionales. Es autor de una gran cantidad de aportes en libros colectivos e individuales: La Deuda eterna (cuatro ediciones, 1990-94); El Estado como solución (1998); Ecuador Post Petrolero (2000); Desarrollo Glocal - Con la

* Listado en orden alfabético.

Amazonía en la mira (2005), La migración en el Ecuador - oportunidades y amenazas (2006), El rostro oculto del TLC (2006), ; La maldición de la abundancia (2009); Agua, un derecho humano fundamental (2010); Yasuní-ITT: entre el petróleo y la vida (2010); Breve historia económica del Ecuador (tres ediciones, 2001-2013); Buen Vivir-Sumak Kawsay - Una oportunidad para imaginar otros mundos (2013 en español, francés y pronto en alemán), entre otros.

Enrique Ayala Mora

PHD en Historia por la Universidad de Oxford. Licenciado y Doctor en Educación por la PUCE. Se desempeña como Rector de la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador y profesor principal del Área de Historia de esta universidad, de la que además es su fundador. Se ha desempeñado como editor de la colección Nueva Historia del Ecuador (15 volúmenes), es miembro del comité editorial de la Historia General de América Latina de la UNESCO, coordinador editorial de Historia de América Andina, consultor de la Universidad de las Naciones Unidas, Tokio. Miembro de las academias de Historia de Bolivia, Ecuador y España, y de la Asociación de Historiadores de América Latina (ADHILAC) de la Oxford Society, de la Society of Latin American Studies (SLAS) de Gran Bretaña y de la Corporación Editora Nacional. Sus líneas de trabajo son: historia andina y latinoamericana del siglo XIX; historia del Ecuador; revolución liberal; formación del Estado nacional; pensamiento ecuatoriano y andino; integración y la realidad nacional. Entre sus publicaciones se encuentran: *Ecuador del siglo XIX: Estado nacional, ejército, iglesia y municipio*, *Interculturalidad: camino para el Ecuador*, *El socialismo y la nación ecuatoriana*.

Valeria Coronel

Ph.D. por el Departamento de Historia de la Universidad de Nueva York. Maestra de Ciencias Sociales por la Flacso, Ecuador. Su investigación aborda la transición del Estado oligárquico al Estado nacional social en la región andina, formas de movilización e integración del campesinado indígena en

partidos políticos durante los siglos XIX y XX. Investiga la trayectoria de la formación de los derechos sociales en la región a partir del análisis del conflicto social y la negociación de las fronteras internas de clase y etnicidad en sociedades postcoloniales. Ha publicado ensayos sobre la relación entre corporativismo y proceso democrático en Ecuador. Sus investigaciones y publicaciones se inscriben en los siguientes campos disciplinarios: la historiografía latinoamericana, la sociología histórica y comparativa, y la teoría crítica. Algunas de sus publicaciones son: “*Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación ecuatoriana*” (2010), “Galo Plaza Lasso, un liberal del siglo XX; “Democracia, desarrollo y cambio cultural en el Ecuador” (2006), “Ciudadanía y emancipación: alianzas, postergaciones y aspiraciones en torno a la Revolución Liberal (1895-1922)” (2009), entre otros.

José Chávez

Cinco años de estudios de Derecho en la Universidad Central del Ecuador. Dirigente histórico de la Central Ecuatoriana de Organizaciones Sindicales Libres (CEOSL). Se desempeñó como Director del Instituto Nacional de Educación Laboral en Quito. Miembro de la Comisión Jurídica que elaboró la Nueva Constitución aprobada en Referéndum en 1978. Miembro del Consejo de Administración de la Organización Internacional del Trabajo por tres años. Se desempeñó como dirigente de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres con sede en Bruselas, Bélgica por seis años. Realizó estudios en centros de formación laboral, sindical, social y política de la OIT en Ginebra, Suiza; Friedrich-Ebert-Stiftung, Alemania; Escuela Julián Berteiro, España; INCAE, Costa Rica; Instituto de formación de CTM, México. Fue dirigente del Frente Unitario de Trabajadores (FUT) en varios períodos. Dirigente del Partido Socialista Frente Amplio en varios periodos. Su trabajo ha estado inmerso en la lucha por la construcción del socialismo y vinculado a la defensa y promoción de los derechos de los trabajadores de la ciudad y del campo.

Manuel Chiriboga Vega

Sociólogo ecuatoriano, investigador principal del Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural, RIMISP, y Director Ejecutivo del Observatorio de Comercio Exterior.

Cuenta con más de cincuenta publicaciones sobre la cuestión agraria en el país, entre las principales figuran: *Jornaleros y gran propietarios en 135 años de exportación: cacaotera, 1790-1925* (1980), *El problema agrario en Ecuador* (1988), *La reforma agraria ecuatoriana y los cambios en la distribución de la propiedad rural agrícola 1974-1985*.

Ha ocupado cargos como el de Subsecretario del Ministerio de Agricultura y Ganadería y del Ministerio de Comercio e Industrias del Ecuador. Ocupó la Secretaría Ejecutiva de la Asociación Latinoamericana de Organizaciones de Promoción (ALOP) entre 1994 y 2002 y fue director del Programa de Desarrollo Rural del Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA). Es columnista en el diario *El Universo*.

Fander Falconí

Doctor en Economía Ecológica por la Universidad Autónoma de Barcelona, España. Académico y político ecuatoriano. Se desempeñó como Secretario Nacional de Planificación y Desarrollo (2007-2009). En el año 2008 ocupó el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores. Actualmente es profesor investigador en la Flacso, Ecuador. Sus líneas de investigación son: economía ecológica, globalización, comercio y medio ambiente. Es autor de los libros: *Iniciativa Yasuní-ITT. La gran propuesta de un país pequeño* (2009), *Desarrollo social y económico de la Amazonía ecuatoriana basado en el ecoturismo: emprendimientos populares como alternativa a un desarrollo excluyente* (2007), *Análisis de coyuntura económica 2005* (2006), *El rostro oculto del TLC* (2006), entre otros.

Francisco Hidalgo

Sociólogo. Profesor de sociología agraria en la Universidad Central del Ecuador. Director ejecutivo del Sistema de Investigación sobre la Problemática Agraria en el Ecuador (SIPAE). Autor de los libros: *Alternativas al neoliberalismo y bloque popular*; *Procesos políticos y contra hegemonía*. En cuanto a la temática rural ha publicado artículos como “¿Reforma agraria en el Ecuador?: viejos temas, nuevos argumentos” y “Tierra urgente”, así como propuestas respecto de legislación de soberanía alimentaria y legislación sobre la problemática de la tierra.

Hernán Ibarra

Sociólogo e historiador. Se ha desempeñado como profesor e investigador en varias instituciones universitarias y centros de investigación ecuatorianos. Actualmente es investigador principal en el Centro Andino de Acción Popular y Profesor Asociado en Flacso; es editor de la revista Ecuador Debate. Sus libros más recientes son *La caricatura política en el Ecuador a mediados del siglo XX* (2006); *Visión histórico política de la Constitución del 2008* (2010); es coautor con Victoria Novillo de *La radio en Quito (1935-1960)* (2010); *El pensamiento de la izquierda comunista* (editor) (2013). Sus intereses principales de investigación se encuentran en la sociología cultural; historia social y cultural del Ecuador y otros países andinos.

Agustín Lao Montes

Ph.D. en Sociología por la Universidad del Estado de Nueva York en Binghamton.

Es investigador del Centro de Estudios Latino/Americanos y del Caribe, profesor del Doctorado de Estudios Afroamericanos de la Universidad de Massachusetts y profesor investigador asociado al Departamento de Sociología y Estudios de Género de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Sus áreas principales de investigación y docencia refieren a la crítica decolonial, la sociología histórico-mundial, los

estudios culturales, la sociología política (especialmente los temas de Estado y movimientos sociales), estudios críticos de raza y etnicidad, la crítica y política feminista.

Algunas de sus publicaciones son: *Des/colonialidad del poder, crisis de la civilización occidental capitalista y movimientos antisistémicos y afroamericanos* (2012) y *Debates sobre ciudadanía y políticas raciales en las Américas Negras* (2010).

Luis Maldonado Ruíz

Originario del pueblo kichwa-otavalo, ecuatoriano de la comunidad de Peguche.

Presidente del Centro de Estudios sobre Buen Gobierno y Sumak Kawsay para las Nacionalidades y Pueblos (CEGOPE) y de la Escuela de Gobierno y Políticas Públicas para las Nacionalidades y Pueblos del Ecuador (ESGOPPE). Es miembro de número de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, miembro del consejo académico sobre interculturalidad de UNICEF, catedrático de la Universidad Intercultural Indígena de América Latina y el Caribe - Cátedra Indígena Itinerante. Ex Ministro de Bienestar Social y Coordinador del Frente Social. Asesor permanente y ex Presidente del Directorio del Fondo Indígena Latinoamericano y del Caribe. Ex Secretario Ejecutivo del Consejo de Desarrollo de las Nacionalidades y Pueblos del Ecuador (CODENPE) (1998-2001). Asesor político de la CONAIE (1997). Estudios superiores en filosofía (Pontificia Universidad Católica del Ecuador) y en ciencias políticas (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales FLACSO-sede ECUADOR).

Massimo Modonesi

Historiador, sociólogo y latinoamericanista. Profesor titular de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) donde es Director de la revista *Acta Sociológica*. Director de la Revista del Observatorio Social de América Latina (OSAL) del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Su trabajo se

ha centrado en el estudio de los movimientos socio-políticos en América Latina, así como en los conceptos y debates marxistas relacionados con el análisis de los procesos políticos contemporáneos. Publicó los siguientes libros: *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci* (2013); *Una década en movimiento. Luchas populares en América Latina* (2010); *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismos y subjetivación política* (2010); *La autonomía posible. Emancipación y reinención de la política* (2009); *El Partido de la Revolución Democrática* (2009); *El comunismo: otras miradas desde América Latina* (2007) y *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana* (2003).

Alejandro Moreano

Doctor en Historia por la Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, y licenciado en sociología por la Universidad Central del Ecuador. Ensayista y novelista. Fue miembro de los Tzántzicos, grupo intelectual de los años sesenta y presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). Ha sido profesor de la Universidad Andina Simón Bolívar y la Universidad Central del Ecuador. Entre sus publicaciones como coautor se incluye: *Ecuador: pasado y presente* (1975); *El sistema político en el Ecuador contemporáneo* (Quito, 1990); *Universidad, Estado y sociedad* (Quito, 1994); *Identidad y cambios culturales en la globalización* (Quito, 1995); *La literatura ecuatoriana en los últimos 30 años* (Quito, 1983). En 1989 con la novela “El devastado jardín del paraíso” obtuvo el Primer Premio en la I Biental de Novela Ecuatoriana. Su texto “El apocalipsis perpetuo” fue finalista en el Concurso Anagrama de España el más importante de habla española. Escribe para revistas especializadas del país y el extranjero con artículos sobre política y cultura nacional y latinoamericana.

Francisco Muñoz

Docente e investigador de la Universidad Central del Ecuador. Coordinador del proyecto de investigación: *Balance Crítico del Gobierno de Correa*. Director de la revista *La Tendencia*.

Matari Pierre Manigat

Doctor en economía por la Universidad de París 13. Actualmente es profesor-investigador de historia en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) y de economía en la Facultad de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Sus campos de investigación incluyen la historia económica y social de América Latina y la teoría del capital financiero. Entre sus publicaciones recientes se encuentran: “La deuda pública en la reproducción de los sistemas financieros contemporáneos: paraguas y pararrayos del capital ficticio”, “De la industrialización a la financiarización: auge y crisis del capitalismo en España (1959-2012)” y “Eric Hobsbawm, el marxismo y la transformación de la historiografía”.

Máximo Ponce

Sociólogo y Licenciado en Sociología y Ciencias Políticas por la Escuela de Sociología, Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales y Políticas, Universidad de Guayaquil. Maestro en Ciencias Sociales con mención en Estudios Ecuatorianos por la Flacso, Ecuador. Desde 1984 es profesor titular en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Guayaquil y actualmente, Director del Instituto de Investigaciones Económicas y Políticas de la misma facultad. También es profesor en la Facultad de Administración y Ciencias Políticas de la Universidad Casa Grande, Guayaquil. Realiza consultorías en temas como: investigación social y económica, planificación e investigación en gestión de riesgos, planificación estratégica y sistematización de experiencias. Algunas de sus publicaciones y ponencias son las siguientes: *Ciencia y tecnología en Ecuador: una mirada general* (2011), *Coyuntura nacional y violencia en Ecuador* (2003), *Desarrollo local y economía popular* (2001), *Economía solidaria: el estado de la cuestión* (2001).

Francisco Rhon Dávila

Antropólogo con estudios en filosofía y economía del desarrollo. Director Ejecutivo del Centro Andino de Acción Popular (CAAP). Miembro a título individual del Consejo Superior de FLACSO. Miembro del consejo editorial de EUTOPIA revista de la FLACSO; Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Central del Ecuador; de la revista Cuestiones Urbano Regionales del Instituto de la Ciudad; de Comentario Internacional editada por la Universidad Andina Simón Bolívar UASB. Se ha desempeñado como Presidente del Consejo Superior de la FLACSO; como Coordinador Nacional de Educación Campesina; como director de la revista Ecuador Debate. Ha sido profesor de la Universidad Politécnica Salesiana, profesor invitado en la Maestría Regional del Colegio Andino, FLACSO, y de la UASB. Fue delegado por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) al XII Congreso de Cientistas Políticos de África-Yaoundé-Camerun.

Patricio Rivas

Sociólogo y doctor en filosofía de la historia. Decano de la Escuela de Estudios Estratégicos y Seguridad del Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN). Premio Nacional de Ensayo 2003 por el libro *Chile, un largo septiembre*. Posee amplia experiencia docente en las áreas de: políticas culturales, metodología de la investigación y teoría del Estado en diversas instituciones como: Universidad de Chile, Universidad Externado de Colombia, Instituto Cultural Itaú de Brasil y Universidad Tecnológica de Bolívar (Colombia). Entre sus publicaciones se encuentran: *Los suicidios de Platón: visión crítica de la universidad contemporánea*; *La izquierda ante el fin del mundo*, “Análisis de políticas culturales comparadas 1960–1970 y 1990–2000: el caso del Cono Sur” y “Del Chile soñado al Chile vivido. ¿Cómo soñamos vivir?”.

Hernán Rodas

Sacerdote católico con estudios de filosofía, teología, antropología pastoral y sociología. Se ha desempeñado como vicario de la arquidiócesis de Cuenca, como presidente de la Cooperativa Jardín Azuayo –un referente nacional e internacional de buenas prácticas para la economía popular y solidaria– y como presidente del Centro de Educación y Capacitación del Campesinado del Azuay (CECCA).

Pedro Vásquez

Integrante de la Organización Regional de Pequeños y Medianos Productores Rurales (UROCAL) e integrante del Consorcio del Comercio Justo, organización de segundo grado que agrupa asociaciones de pequeños productores y productoras –actualmente la conforman 10 asociaciones de base, con un total de seiscientas familias afiliadas– ubicada en la zona sur del Guayas, en la parte costanera del Azuay y en el norte y centro de la provincia de El Oro.

Silvia Vega Ugalde

Feminista ecuatoriana, integrante activa del movimiento de mujeres, en el que ha impulsado y codirigido algunas organizaciones a nivel nacional y andino. Doctora (candidata) en Ciencias Sociales por Flacso, Ecuador. Máster en Historia Andina. Doctora en Sociología por la Universidad de Cuenca. Docente de la Universidad Central del Ecuador en la carrera de Sociología y Ciencias Políticas. Autora de numerosos libros y artículos de historia del Ecuador, de género y de política



A partir de la figura de uno de los más claros y entrañables referentes de la izquierda ecuatoriana de la década de 1970, la presente publicación retoma una parte de la memoria de toda una generación de intelectuales y activistas.

En este volumen se recogen diversos análisis y testimonios que se presentaron en el seminario “El legado intelectual y político de Fernando Velasco Abad”, celebrado en FLACSO en noviembre de 2013. Estos cubren una amplia gama de problemas puestos a la orden del día en un momento histórico, los años setenta, que puede ser concebido como el punto de llegada de un amplio ciclo de participación política y demandas de cambio de los sectores subalternos, que se inició desde la década de 1920. Tales problemas incluyen los dilemas en la construcción del sujeto histórico desde las clases subalternas, la comprensión del surgimiento de movimientos sindicales y campesino-indígenas y la emergencia de corrientes de interpretación teórica en América Latina como la Teología de la Liberación y la Teoría de la Dependencia, junto con la renovación, no ortodoxa, del marxismo. En este marco, amplio y conflictivo, Fernando Velasco Abad —el Conejo, como siempre será recordado— aparece como una figura que, simultáneamente, imbrica diversos planos de pensamiento y acción y señala la necesidad y la posibilidad de abrir históricamente nuestro presente.



FLACSO
ECUADOR